

**Rosa Regàs**

Música de cámara



de

Acompañada por su tía Inés, una viola y una maleta llena de recuerdos, Arcadia vuelve a Barcelona en 1949. Hija de republicanos exiliados en Francia, se refugia en su pasión por la música para sobrevivir en el ambiente opresivo de la posguerra. Un día conoce a Javier, un prometedor estudiante de Derecho que pronto se convertirá en el centro de su vida. Con todo pueden y a todos se enfrentan para llevar adelante su relación, hasta que la personalidad libre y rebelde de Arcadia se convierte en un estigma social que sella sus destinos.

*Música de cámara* es la historia del amor de dos jóvenes que pertenecen a mundos no sólo distintos, sino contrarios. Y es, también, la historia del reencuentro entre los dos amantes, en el otoño de 1984, durante una larga noche en la que se adentran en una turbadora y lúcida reflexión sobre los años transcurridos.



Rosa Regàs

# Música de cámara

ePub r1.1

Titivillus 19.07.15

Título original: *Música de cámara*  
Rosa Regàs, 2013

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2



*A Carlos Barral,  
siempre en la memoria.*

Nada retorna... aun cuando cada aliento del ser humano clama por la resurrección. Nada que haya sido puede volver a ser y, no obstante, el mayor anhelo del ser humano es el de volver de nuevo. De nuevo, de nuevo, ésas son las palabras que nos hacen débiles. Hasta que no hayamos conseguido superarlas, seguiremos siendo un juguete del destino...

JAKOB WASSERMANN, *Golowin*

# **Primera parte**

**1949-1960**

# ESTOS DÍAS AZULES

Estos días azules y este sol de la infancia.

ANTONIO MACHADO

Aquí termina tu exilio, habría dicho mi padre si aquel día lluvioso de abril me hubiera acompañado a la estación. Habría subido conmigo al tren y después de dejar mi maleta en la redecilla del compartimiento y de comprobar que mi billete correspondía al asiento vacío junto a la ventana en la dirección de la marcha me habría levantado el cuello del abrigo para que no cogiera frío, habría descendido del vagón dejándome en la plataforma y se habría situado en el andén adquiriendo un aire mayestático, con el sombrero puesto y los guantes cubriéndole las manos enlazadas en la cintura. Sólo entonces habría pronunciado esas palabras sobre el exilio preparadas y pensadas durante muchos días y muchas noches como si ese breve golpe de trascendencia al que tan aficionado era aunque no recurriera a él más que en las grandes ocasiones pudiera condensar el ansia inalcanzable de su dolorido corazón. Y aprovechando los minutos previos a la leve sacudida que anuncia la partida del convoy habría fijado sus ojos en los míos convencido de que con esa tenue corriente de comunicación yo sería capaz de revivir aquel momento todos los días de mi vida.

Pero mi padre no había ido a la estación de Toulouse a despedirme ni yo de haber podido mantener su mirada cargada de emoción habría comprendido lo que suponía para él acabar con el exilio. A mis doce años el exilio como la vejez era una curiosa situación en la que se encontraban las personas mayores, muy mayores, como mis padres, que habían vivido sumergidos en él, siempre hablaban de él y suspiraban por que un día la



frase que mi padre me habría dicho en la estación de haberme acompañado se la hubieran podido dedicar el uno al otro. Para mí en cambio era poco más que el telón de fondo de nuestra vida familiar.

Lo mismo ocurría con la muerte, había pensado yo siempre. Es algo que les pasa a los demás, a los más viejos y bien que lo había demostrado la repentina ausencia de mis padres, la aparición precipitada de tía Inés al día siguiente y el largo parlamento que el *directeur* del *lycée* me había dedicado, paseando arriba y abajo de su pomposo despacho sobre los imprevistos que la vida ofrece y contra los que de nada vale rebelarnos para acabar diciéndome que mis padres habían muerto y que tenía que ser fuerte ante la nueva situación que —esto no me lo dijo pero así había de ser— iba a alterar el rumbo de mi vida.

No podría precisar cómo ocurrió este cambio que comenzó con su muerte y mi salida de Toulouse en un tren envuelto en espesos humos negros, es difícil recordar mi reacción ante la noticia que con tan pocos miramientos y tanta ceremonia me había comunicado el *directeur* con el deseo de acabar cuanto antes con aquella misión que se le había encomendado. Se detenía, buscaba las palabras que no parecían acudir en su ayuda, me miraba con los ojos medio entornados como si no tratara de verme a mí sino a mi sombra porque era evidente que no sabía cómo enfrentarse a la situación. Y volvía a ponerse en marcha ante el gesto inquieto y lloroso de la profesora que me había acompañado a esa sala en la que yo nunca había entrado, y de Luis y Teresa Ruiz, nuestros vecinos, compungidos también y perdidos sin saber qué decir ni qué hacer. Yo mantenía la mirada en un punto indefinido que debía de estar frente a mí porque no recuerdo haber bajado la cabeza en ningún momento ni haberla vuelto hacia ellos cuyos movimientos seguía por el rabillo del ojo como si con esa postura de indiferencia evitara tomar conciencia de lo que me estaban diciendo.

Me habían sacado de clase con mucha delicadeza cogiéndome del brazo como si temieran que mi cuerpo se desmoronara y me habían llevado a la sala de visitas donde ya me esperaban los Ruiz, con los que yo iba a vivir hasta que mis padres volvieran de su viaje de tres días al que habían sido invitados por su amigo el pintor Grau Sala —también huido de Barcelona al

final de la guerra pero en mejor situación económica— para asistir a su última exposición en París donde residía desde que se había exilado. Era su primer viaje desde que se habían instalado en Toulouse gracias a la ayuda de un colega francés, Yves Monat, que se había personado en el campo de concentración de Argelès —«un infierno sobre la arena», como lo había descrito Robert Capa, palabras que mi padre repetía cada vez que recordaba nuestra historia— en el que nos habían internado cuando entramos en Francia huyendo del ejército de Franco, en enero del 39; él junto a los hombres y mi madre y yo en otro campo colindante. Fue Yves Monat, catedrático de Historia del Arte y vicerrector de la Universidad de Toulouse, quien respondió por mi padre y su familia, es decir, mi madre y yo, lo que nos permitió abandonar el campo antes de morir de hambre, humedad, frío o abatidos como tantos otros por la disentería, el tifus o la sarna. Nos llevó a Toulouse y además le ofreció a mi padre un puesto de profesor invitado en la universidad. Al cabo de dos años se convirtió en ayudante de cátedra de Historia Contemporánea y pudo así conseguir el permiso de residencia y gracias a éste mi madre fue a París y en dos o tres semanas lo consiguió también para nosotras.

Recuerdo el frío que hacía en aquella sala de visitas que no debía de usarse jamás, las lágrimas que Teresa intentaba contener, las voces lejanas y vibrantes de los niños en el parque más allá de la carretera donde íbamos a jugar después de las comidas y una mosca que revoloteaba en torno a la cabeza del *directeur* quien al no atreverse a acabar con ella de un manotazo precisamente en esas dolorosas circunstancias se limitaba a alejarla con un suave movimiento de la mano como si se diera aire, sin conseguir más que llevarla de un sitio a otro y que volviera al principio, concitando toda mi atención. Yo seguía sin darme cuenta de lo que había pasado. Comprendía las palabras del *directeur* y los sollozos de Teresa, veía lo que querían decir, entendía que había ocurrido un terrible accidente y que mis padres habían muerto esa misma mañana junto a muchas otras personas que viajaban en aquel tren, pero se me antojaban conceptos vacíos de contenido como las palabras que repetidas hasta la saciedad acaban despojadas de significado. Ni siquiera por la noche con nuestra casa llena de gente que había venido a darme el pésame ni menos aún cuando se fueron yendo todos los amigos y

nos quedamos Teresa Ruiz y yo solas en ella de pronto vacía e inabarcable logré vivir el dolor que mi mente reclamaba ante la noticia y la nueva situación que poco a poco iba tomando cuerpo en mi vida y en mi alma. El desamparo se iba adueñando de mí pero no la tristeza.

El tren corría por los campos cubiertos de escarcha pero el sol que asomaba por el horizonte habría de acabar con ella mucho antes de que llegara a mi destino. Junto a mí, tía Inés, que había venido de España para recoger la casa y llevarme con ella, había conseguido mitigar sus constantes sollozos después de casi tres semanas.

«Qué va a ser de ti, Arcadia, qué va a ser de nosotras», susurraba de habitación en habitación intentando poner orden en un espacio que había estado siempre atiborrado de libros, carpetas y documentos. «Qué va a ser de ti, Arcadia, qué va a ser de nosotras», repetía mientras me cogía de la mano, me ponía el abrigo y la bufanda y tiraba de mí hasta los grandes edificios donde teníamos papeles que presentar, preguntas que responder, permisos que conseguir. Hasta que cuando ya me había hecho a esa nueva vida de desidia y andaba por la casa sin saber qué hacer, sin poder salir por el frío intenso y la nieve que aquel año se encarnizó con la ciudad, sin tener que ir al *lycée* ni a la *École de Musique* de Toulouse porque ya me habían dado de baja, sin saber lo que sería de mí al día siguiente ni entender qué se proponía tía Inés, apareció en casa una tarde con una carpeta llena de papeles en una mano y en la otra unos billetes que aireaba como si quisiera abanicarse, orgullosa y feliz, diciendo a gritos:

—¡Ya lo tenemos todo, ya podemos irnos!

—¿Y adónde nos vamos, tía Inés?

—¿Adónde va a ser? A Barcelona.

Así que se trataba de irnos, comprendí, y me fui a mi habitación medio deshecha y destartalada como el resto de la casa para recoger lo que quería llevarme adonde fuera que hubiera que ir. Así fue como rescaté del fondo de un armario la viola embutida en su funda cuya existencia había olvidado tal vez porque ni mi padre ni mi madre estaban en casa para exigirme que estudiara como hacían a diario buscando ratos libres a todas horas mientras

mis compañeras del colegio esperaban en la puerta a que yo hubiera terminado para ir a merendar o al cine, y sentí una honda nostalgia de la normalidad, de la rutina de una vida que había terminado.

Y por primera vez, junto a mi viola metida en su funda, en el vacío de voces de mis padres entendí de una manera que ya no era borrosa sino clara y contundente lo que me había sucedido y que por más que no supiera qué iba a ocurrir en los próximos meses a partir de ese momento mis días iban a ser completamente distintos.

Ya no habría más paseos junto al canal ni explicaciones sobre los secretos de la construcción de Saint-Étienne ni disquisiciones sobre la forma de las hojas de los árboles del Jardin Royal; ya no nos sentaríamos sobre la hierba en primavera mientras mi madre extendía un mantel y sobre él fiambreras con tortillas de patata que tanto les gustaban a los amigos franceses, como ella los llamaba; no habría más discursos sobre la derrota de los sediciosos que nunca tenían realmente el tono de una derrota porque todo parecía indicar que si bien nos encontrábamos en un largo y oscuro túnel al final aguardaban el resplandor y la recuperación de los valores de la República, decía siempre mi padre mirándome como si quisiera grabar con una marca indeleble en mi memoria y en mi inteligencia lo que para él y para todos los luchadores por la libertad había sido la guía y la esperanza. Ni volvería a casa lentamente mientras oscurecía para que él tuviera tiempo de leer, mi madre de hacer la cena y yo de dejar pasar el rato con mis ejercicios de viola. «¿Estás estudiando?», preguntaría ella desde la cocina. Y yo, como siempre, le respondería, si no lo hacía mi padre por mí: «¿Acaso no me oyes? ¿Crees que es el vecino el que toca?». «No te había oído, disculpa». Así había ocurrido desde el día en que había comenzado a estudiar sola en mi cuarto, hacía tanto tiempo que ya apenas recordaba esos ejercicios al atardecer, el sueño acercándose a mis párpados y el ansia creciente de que me llamaran a cenar.

Afloró de pronto en el paisaje de mi memoria la pequeña sala de conciertos de nuestro barrio, sus volutas de yeso en el techo y la cortina de terciopelo echada a la espera de que cuando se apagaran las luces se abriera y aparecieran los intérpretes afinando sus instrumentos. Melodías que anticipaba y que podría haber escrito en mi libreta de música como un

ejercicio más de teoría o de dictado de tantas veces que había oído la mayoría de ellas interpretadas por mis compañeros de la *École de Musique*. Andando el tiempo también yo subiría al escenario con mi viola para interpretarlas a mi modo cuando mi propia forma de expresarme se acoplara a sus instrumentos, el violín, el contrabajo, el violonchelo y el piano.

El tren se detuvo de golpe y se desvanecieron visiones y sonidos. Sí, la escarcha ya se había fundido y los árboles desnudos emergían de una tierra oscura y brillante como acabada de regar.

Tía Inés dormitaba frente a mí. Era una mujer mayor a la que yo no había visto nunca y que sólo conocía de oídas. Calculé que tendría unos cincuenta años porque me había dicho que era la hermana mayor de mi padre y él debía de tener cuarenta y pocos, nunca había pensado en eso. Ahora, con el ronroneo del tren y ese calor espeso que flotaba en el vagón, recordé sus palabras tantas veces repetidas: «Yo tenía veintiséis años cuando el golpe de Estado». Y el golpe de Estado, bien lo sabía yo mejor que cualquier otra gesta o acontecimiento de la Historia de Francia que estudiábamos a diario en el *lycée*, había ocurrido en 1936, dos años antes de que yo naciera. Historias fundidas con la de mi familia con el pegamento que unía todas sus piezas ratificadas en las veladas de lecturas inacabables interrumpidas por la voz de mi padre con su eterna voluntad de que yo conociera los hechos y las fechas que habían conformado el inicio de nuestra familia, de nuestra derrota, de nuestro exilio, como si tuviera miedo a que la lejanía en el tiempo y la distancia acabaran llenando mi espíritu de otros acontecimientos e intereses que a su modo de ver no revestían la misma importancia que «el desmoronamiento y la caída de un gobierno legalmente constituido y la vergüenza más grande para las grandes potencias que habían visto perecer la República sin prestarle la menor ayuda y habían acabado reconociendo al gobierno ilegal y fascista de los sediciosos». Frases que me sabía de memoria, coletillas a las largas explicaciones sobre la rebelión y los movimientos de tropas que siguieron, y el afianzamiento represor de la retaguardia que describía con el mismo ardor y conocimiento con que contaba las campañas de Tito contra

Jerusalén, de Tácito, campañas, tanto las unas como las otras, que escenificaba en mapas imaginarios sobre la mesa del comedor marcando los avances y retrocesos de los ejércitos con naranjas o libros o lo que tuviera más a mano, entreteniéndose en detalles que no hacían sino postergar la hora de la cena sin acabar de completar jamás el panorama definitivo de esa guerra que los había arrojado a él y a mi madre, y a mí con ellos, al otro lado de la frontera.

—Y yo, ¿dónde estaba entonces? —pregunté un día cuando debía tener seis o siete años (retazos perdidos y recurrentemente recuperados que apenas podía retener en la memoria) durante una de las primeras pero definitivas clases de la Historia de mi país que me dedicó mi padre.

—Con tu madre en nuestra casa de la Barceloneta, donde vivíamos desde que nos casamos. Allí naciste tú en plena guerra, cuando yo estaba en el frente.

Veo el frente tal como lo he visto en fotografías y pongo el rostro de mi padre a un soldado con su fusil alerta agazapado en la trinchera, que ahora aparece nítido y claro como si el *flash* le estuviera dedicado. Lo veo luego montado en ese *jeep* atiborrado de entusiastas soldados que levantan el arma con aire triunfal y puedo verlo igualmente en cualquier otra fotografía de aquellas multitudes de mujeres y hombres caminando cargados con bultos y niños de la mano por una carretera camino de los campos de refugiados, «los campos de concentración», corregiría mi padre. El tren sigue su camino por un paisaje que no debe de haber cambiado tanto desde entonces y vuelvo a tener apenas un año cuando mi madre me lleva envuelta en un gran pañuelo que no me deja ver más que un breve segmento del cielo gris opaco sin nubes como el que ahora cubre la tierra del exilio. Y a lo largo del resto del viaje se van sucediendo reflejos de mi vida anterior que serán los que luego aparezcan cuando quiera evocar momentos, situaciones o personas, igual que aparecen las fotografías que hemos visto tantas veces cuando queremos recordar el pasado y que han sustituido para siempre los archivos de la memoria.

A la llegada a la última estación francesa largas colas de gente envuelta en viejos chales de lana oscura cargada con maletas de cartón aseguradas con deshinchadas cuerdas de cáñamo, niños con viejas boinas caladas hasta

las orejas en brazos de sus madres, una fila hasta el infinito a la que nosotras nos sumamos dispuestas a avanzar al miserable ritmo de la voluntad de los aduaneros y de los minuciosos trámites que exige una frontera recién abierta que sirve para reconocer a los que huyeron hace más de diez años. ¿Eran así todavía las fronteras en aquel año de 1949 o no hacía yo más que trasponer a esas interminables hileras de viajeros aquella huida del terror y de la muerte que había visto en recortes de periódico con los ojos derrotados de mi padre? ¿O tal vez me negaba a ver el presente tal como se mostraba a mis ojos infantiles convencida de que cualquier otra versión sería comparable a una traición?

No lo sé. Sólo sé que apenas notaba los pies acartonados por el frío cuando muy de vez en cuando adelantábamos un paso, y que a medida que pasaba el tiempo se cernía sobre nosotras de pie y al raso un viento cada vez más gélido y demoledor, y la oscuridad de un cielo que tardaría años en ser para mí un cielo protector.

Sé que acabamos entrando en el país del que habían salido mis padres para convertirse en exilados, pero no me quedan imágenes del camino, sólo la sensación imparable de un traqueteo puntiagudo que en vano intentaba confundir con el tictac del metrónomo de *mademoiselle* Ivette, mi profesora de solfeo en la *École de Musique*, los brazos de tía Inés intentando protegerme de los deslavazados movimientos de un nuevo tren mucho más lento y de su ruido ensordecedor, viajeros echando por la ventana pesados sacos, fardos mal envueltos y toda clase de bultos que recogían hombres, mujeres y niños corriendo junto al tren para atraparlos cuando casi en la entrada de Barcelona se reducía todavía más la velocidad y atravesábamos los destartados barrios de Badalona, Pueblo Nuevo o San Adrián del Besós con el mar a nuestra izquierda como me iba señalando tía Inés. Y poco más porque el sueño se confundía con la vigilia y la realidad con los sueños y no tuve conciencia de que acabara aquel viaje ni de llegar a la casa donde iba a vivir hasta que me desperté por la mañana con los ojos pegados por la deslumbrante luz del sol sobre una cama que no reconocí como mía. Y es que no lo era, de un lado y de otro se alargaba acogiendo mis brazos y mis piernas cuando los estiraba para comprobar sus confines. Había ruido en la casa cerca de mí, cacharros en la cocina, un grifo abierto en alguna

parte, gritos indescifrables que subían de la calle, pájaros que piaban en un lugar misterioso rasgando el cielo que veía a través de la ventana sin cortinas. Fue entonces cuando me eché a llorar en silencio al principio y poco a poco con gemidos intermitentes, breves aullidos que salían de mi garganta y de mi pecho cada vez más convulsionado por los sollozos que no quería ni tenía sentido contener como si nadie pudiera oírme, como si estuviera sola en la vida.

«Son muchos días de tensión, pobrecita mía, son demasiadas tristezas para una niña como tú. Yo cuidaré de ti, llora, mi niña, llora, te hará bien», estaba diciendo tía Inés cuando al fin me percaté de que había entrado en la habitación, se había sentado en la cama y me abrazaba y me secaba con su pañuelo la cara inundada de lágrimas. No dejé de llorar hasta que debieron de acabarse todas las que había acumulado el indescifrable dolor que se había adueñado de mi mente y de mi corazón paralizándolos desde el momento —parecía haber pasado un siglo entero— en que oí las palabras del *directeur*. Fueron cediendo los espasmos y estremecimientos, los lamentos cada vez más entrecortados, y acabé dejándome mecer por los brazos de tía Inés y por sus palabras que repetía empeñada en que entraran y vivieran para siempre en un reducto de mi interior donde debían de almacenarse las ternuras por nuevas que fueran y del que no quería que salieran jamás.

Cuando finalmente me ayudó a levantarme para que me lavara y me vistiera y conociera esa casa que ahora era la mía vi de pronto cómo era de verdad tía Inés. Como si acabara de descubrirla, como si todos esos días que me había acompañado desde su llegada al día siguiente del accidente de mis padres hubiera sido poco más que una sombra deslizándose por la casa y el tren, una sombra que sin embargo tenía autoridad sobre mí y decidía en cada momento lo que había que hacer y decir. Ahora era una mujer de carne y hueso, menos alta que su sombra, con una pañoleta de lana sobre los hombros por donde resbalaban unas pocas guedejas de un moño casi suelto recogido en la nuca de cabellos pálidamente rubios con pinceladas canas. Tenía los ojos grandes y dorados y la voz sonora y un tanto oscura y rasposa como la de las personas que no hablan demasiado y cuando lo intentan parece que están roncadas. Era, me pareció, como esas hadas domésticas



regordetas y sonrientes que ajenas a la impresión que provocan van aleteando por el mundo en busca de males que remediar y sortilegios que desvanecer. Me tomó de la mano cuando ya estuve vestida y fue vagando por la casa, mostrándome todos sus rincones. Un piso hecho a su medida, de techos bajos, pequeñas ventanas cuadradas, fundas de cretona en sillones y sillas, cacharros colgados de las estanterías de la cocina en riguroso orden decreciente y breves alfombras de gruesa tela de esparto junto a las camas y debajo de la pequeña mesa del comedor.

No sabía entonces, porque nada sabía de mi vida ni de mi futuro, que en esta casa habría de vivir los ocho años siguientes, viendo los cielos movidos de una ciudad que comencé a conocer y a amar a partir de mi llegada, cuando tía Inés después del desayuno me volvió a poner el abrigo, me levantó el cuello como lo hacía mi padre, me encasquetó el gorro de lana que había llevado en el viaje, me puso los guantes y me arrastró con ella al mercado de La Boquería. A los pocos días ya pude ir al colegio de las monjas dominicas en la calle Elisabets al que tía Inés me acompañó durante unas semanas, inquieta por si no había aprendido el camino, igual que venía a buscarme al acabar las clases, a las seis. Y una tarde apareció con ella Tobías, alto y soñoliento como si nos contemplara a nosotras y a la vida en general desde un punto lejano que no tenía la menor intención de abandonar. Era amable, cariñoso, contaba historias muy breves pero muy graciosas sobre personajes populares de las Ramblas, como esa famosa mujer que describía entre estrafalaria y pordiosera, la Moños, o los que habían aparecido en revistas satíricas antes de la guerra y que, según decía, se desvanecían de la memoria individual y colectiva. Caminábamos los tres por la calle y a mí se me antojaba que éramos una familia más como las de las niñas del colegio que, según contaban, los domingos sustituían el uniforme por un vestido que les había hecho su madre o una modista amiga de su madre y paseaban por las Ramblas arriba y abajo hasta que cercana la hora de comer entraban en la pastelería Riera casi tocando la plaza de Cataluña o en Can Rota ya cerca del Liceo para comprar el postre. Yo no tenía más vestido que el que había traído de Toulouse que con el tiempo iba

perdiendo color ni más abrigo que el que llevaba en el viaje a Barcelona al que tía Inés había cosido una banda negra en la manga izquierda en señal de luto. No me molestaba la que me había cosido también en el uniforme ni los calcetines o las medias negras que me hacía llevar y que siempre provocaban infinitas preguntas como si todos estuvieran interesados en conocer los macabros detalles de la muerte de mis padres que yo desconocía por completo. ¿Fue un accidente muy grave? ¿Hubo muchas víctimas? ¿Tuviste que ir a reconocerlos? ¿Dónde los enterraron?

También nosotros comprábamos a veces el postre del domingo y paseaba ansiosa por encontrarme con alguna niña del colegio para demostrarle que también yo tenía una familia y no era sólo esa «huérfana extranjera» como me llamaban a todas horas. Pero nunca coincidí en las Ramblas con ninguna niña y su familia, aquella de la que tanto presumían en los recreos, y esa reiterada ausencia me fue convenciendo de que no eran más que puras mentiras para impresionarme, el primer paso hacia una desconfianza que muy pronto se extendió a todo lo que decían y sobre lo que presumían y que con los años cuando me fuera dado vivir entre gente con la que como con ellas no tenía en común ni la situación familiar ni las ideas ni los gustos ni siquiera los orígenes habría de convertirse para mí en un comportamiento generalizado que confundí con la prudencia pero que debí adoptar por instinto de supervivencia. Tal vez ésta fue la razón por la que en los años que fui al colegio no logré tener ninguna amiga, me bastaban las del Conservatorio del Liceo —que llamábamos pomposamente Conservatorio Superior de Música del Liceo—, donde había reanudado las clases de viola, que me parecían más cercanas, con las que compartía lo que para mí se fue convirtiendo en el mayor de los placeres, la música.

Fue precisamente Tobías que había sido pianista en su juventud pero que por un accidente se había quedado con la mano izquierda casi paralizada quien me llevó al conservatorio en el último piso del Gran Teatro del Liceo al que se accedía por una escalerilla lateral. Tobías había sido represaliado al acabar la guerra e inhabilitado para trabajar en centros oficiales y ahora se ganaba la vida dando clases particulares de solfeo y piano que seguramente le proporcionaban algunos colegas del conservatorio. Me ayudó a matricularme en solfeo, composición y viola, y

era quien más me animaba como habían hecho mis padres en Toulouse para que siguiera estudiando y practicando, y tuviera la opción de convertirme en concertista. Durante mucho tiempo cuando tenía la tarde libre como si no confiara en que fuera a las clases de música a la salida del colegio venía a buscarme, me acompañaba al conservatorio, me esperaba y luego me llevaba a merendar chocolate con unos bizcochos que llamábamos «melindros», aunque ya casi fuera la hora de cenar. No lo hacía por temor a que me perdiera, como decía él, porque siguió haciéndolo cuando yo ya conocía el camino y podía volver sola a nuestra casa sin dificultad. Y digo nuestra casa porque la hice mía enseguida. Era pequeña y costaba llegar por la estrecha escalerilla que oculta tras una columna del rellano del primer piso donde terminaba la majestuosa escalinata que partía de la entrada como en casi todas las casas señoriales de la ciudad empinaba sus altos escalones hasta la azotea. De hecho tía Inés me había contado que no era siquiera un piso como los de los niveles inferiores sino los cuartos del lavadero de cada uno de los vecinos que se habían unido unos pocos años antes de la República y que una vez adecentados se habían convertido en nuestra vivienda. Ésa era la casa familiar donde había vivido con sus padres y «donde vivió el tuyo hasta que se casó un poco antes de irse a la guerra y después al exilio», decía mirándome, temerosa de que la sola mención de mi padre pudiera entristecerme.

Al día siguiente de mi llegada incluso bajo un sol radiante como no había conocido más que alguna vez durante los suaves veranos de Toulouse la ciudad me había parecido envuelta en una atmósfera temblorosa, apagada. Una ciudad vieja de casas descascarilladas como si hubiera sido bombardeada el día anterior. En aquel panorama de desolación las calles deterioradas, descompuestas, las aceras sucias, muy sucias, los pocos árboles escuálidos tal vez por el invierno parecían haber sufrido los tormentos de los leñadores más salvajes. Camino del mercado la iglesia de Belén tan gris y carcomida por las llamas como si en los rincones escondidos quedaran todavía rescoldos humeantes y un humo silencioso y negro hubiera de escurrirse por las rendijas de los muros resquebrajados. En la puerta entornada lo único que debía de quedar en pie del templo, decenas

de mendigos, tullidos en su mayoría, con la mano adelantada esperaban la limosna. La gente caminaba encogida, mal vestida, ojerosa y oscura.

«Parece que la guerra la hayamos ganado nosotros». Recordaba las palabras entre risas de don Eulalio, el asistente de la farmacia de nuestra calle en Toulouse, al volver de un breve viaje clandestino a Barcelona al poco tiempo de acabar la guerra, horrorizado ante el aspecto demoledor de la ciudad que parecía recién salida de la batalla a pesar de que habían transcurrido cuatro años «desde que había caído en poder de los sediciosos». Yo no entendía por qué los amigos de mis padres y mis padres con ellos se reían tan a gusto. Sabía que la guerra no la habían ganado ellos y sabía que la habían ganado esos que unos llamaban los sediciosos y otros los fascistas, igual que sabía que nosotros estábamos en Toulouse de precario. Pero no entendía dónde estaba la gracia.

Aun con el recuerdo de aquellas incomprensibles chanzas y la visión deprimente de sus calles me acostumbré a esa ciudad triste y gris que se balanceaba al son de las campanas de todas las iglesias, incendiadas o no, de los alrededores de la plaza del Pino (del Pi, corregía en un susurro tía Inés) donde vivíamos casi tocando otra minúscula plaza que no era más que un ensanchamiento de nuestra calle, la plazoleta de San José Oriol, el santo capaz de hacer los milagros catalanes por excelencia, contaba Tobías, que cortaba un salchichón a lonchas y las convertía en duros.

Me gustaba salir con el buen tiempo a la terraza comunitaria que estaba al mismo nivel que nuestra pequeña vivienda donde las criadas de todos los pisos tendían la ropa cantando o vociferando cuando se encendían en alguna riña, ahogados sus gritos por las campanas que se sucedían y se pisaban unas a otras: El Carmen, Santa María del Pino, San Jaime, la catedral, San Felipe Neri y hasta Santa María del Mar, mucho más lejana, cuyos nombres y ubicaciones fui aprendiendo igual que me hice al tono y al ritmo de las cantinelas que lanzaban al viento cada hora sus campanarios, un concierto de clamores graves y agudos y de tonadas que me hechizó desde el día de mi llegada. A tía Inés en cambio tanta cantinela de día y de noche la tenía agotada porque venía oyéndolas desde que había nacido dos años antes que mi padre en plena efervescencia de una gripe que habría de dejar miles de muertos en la ciudad, en el país y en el mundo entero. Y no había logrado

acostumbrarse a ellas. A veces para descansar de tantas horas de música en el colegio y en el conservatorio en cuanto había terminado los deberes del día siguiente abría la ventana para oírlas al tiempo que buscaba en el cielo la sombra o la nube donde se escondía la luna recién estrenada. La mirada se extendía entonces por las callejas de la ciudad vieja y por ciertos edificios que se me antojaban señoriales en comparación con la mayoría de las estrechas y descascarilladas casas de nuestro barrio.

Fueron muy duros los dos primeros años porque a pesar de que no tenía problemas con el idioma que había hablado siempre con mis padres y sus amigos se me hacía muy difícil hacerme a los nuevos usos de aquel colegio de monjas donde tuve que aprender no sólo geografías e historias que me eran ajenas sino sobre todo costumbres y preceptos morales que se me había enseñado a no aceptar jamás. Había que rezar a todas horas, había que caminar con la cabeza gacha, había que ser discreta y silenciosa, había que confesarse y comulgar y cantar el *Cara al sol*, el himno del Régimen, con el saludo fascista cuando llegábamos por la mañana y nos colocábamos en fila en el patio, y había que comerse ese horrible pan espeso, moreno y sin sabor que se deshacía en migas secas en la boca, con un chocolate rasposo y anodino que, como la arena, se metía entre los dientes. Y había que sentarse en clase frente a la fotografía de Franco y de otro señor más joven cuyo nombre, José Antonio, e historia tuve que aprender enseguida, ambos debajo de un crucifijo cuyas heridas sangrientas me causaron tremendas pesadillas durante los primeros meses.

—No es más que una estatuilla, no es real —decía tía Inés consolándome cuando me oía gritar por las noches—, piensa que para ellos es un ser sagrado.

—¿Cómo pueden verlo sin temblar y cómo pueden encomendarse a él? Es una imagen angustiosa, me da miedo cuando la miro y cuando estoy en la cama a oscuras el miedo se convierte en terror.

—No pasa nada, no es más que una figurilla —insistía y añadía luego —: Pero nunca se te ocurra decirles a las monjas lo que me estás diciendo a mí.

—No, no me atrevería. La hermana Engracia, la directora de todos los cursos del bachillerato que es también la monja de mi clase nunca se ríe ni

sonríe y todo se lo toma mal. Va con una varilla en la mano y con ella se da en la otra, como si quisiera mostrarnos de lo que es capaz. Al verla llegar se hace el silencio en la clase, nadie habla, nadie se ríe.

—Arcadia, hija, hay que tener paciencia y ser muy discreta. —Siempre decía lo mismo y en cuanto tenía ocasión repetía las recomendaciones que me había hecho desde el primer día—: Nunca hables de religión con ellas, ni con tus compañeras por más amigas que creas que son ni se te ocurra decir que tus padres se exilaron ni mucho menos que fueron maestros durante la República y olvida sus teorías sobre la religión que ha esclavizado a este país y a tantos otros. Y ni se te ocurra hablar de Tobías ni decir si entra o sale de la casa, por favor. Y nunca, nunca repitas esas frases lapidarias de tu padre que de vez en cuando te vienen a la memoria. Sería el fin para nosotras, ya te lo advertí el primer día que fuimos al colegio. Cualquier opinión que no sea la oficial se utilizaría como acusación en tu contra, te quedarías sin poder ir al colegio y quién sabe lo que podría ocurrirnos. No olvides que estoy en este piso de alquiler desde mucho antes de la guerra, cuando los señores del primer piso se lo ofrecieron a nuestros padres junto con la portería cuando llegaron de Hornachuelos, un pueblo de Córdoba. Yo sigo en el mismo trabajo en Correos y Telégrafos que conseguí entonces cuando tenía veinte años y que a día de hoy conservo aunque nunca he tenido que manifestar mi adhesión al Movimiento. Y tampoco saben que fuiste bautizada como quien dice hace cuatro días con el nombre de Arcadia por san Arcadio de Mauritania, nombre que buscó en el santoral un sacerdote muy amable de la parroquia de Santa Ana que hizo la vista gorda con las fechas porque tuvimos que falsificar tu partida de bautismo para no levantar dudas en el colegio y para que fueras admitida. No era una buena recomendación llegar de Toulouse, aquello está lleno de rojos, dicen, y tienen razón aunque más que rojos son anarquistas, claro que aquí a todos los llaman igualmente rojos, pero la historia del accidente de tus padres y que tuvieras los papeles en regla convenció a las monjas. De momento no me han dicho nada y es posible que ya no lo hagan, parece que transcurridos diez años desde el final de la guerra las cosas están mejor pero nunca se sabe.

Yo no sabía si las cosas comenzaban a ir mejor pero seguíamos haciendo largas colas para recoger el racionamiento y no teníamos luz más que a ciertas horas del día. La señora Llausás, una amiga de tía Inés que vivía en la calle de la Puertaferriosa, se quejaba porque cuando cortaban el suministro tenía que subir tres pisos hasta su vivienda y «a mi edad —decía— las piernas ya no me aguantan». A nosotras la falta de luz nos afectaba poco porque igualmente hubiéramos tenido que subir andando, nuestro edificio no tenía ascensor y el piso era tan luminoso que incluso en diciembre y enero cuando en la calle amanecía tarde y oscurecía pronto nuestro gélido apartamento que no había forma de calentar con el minúsculo brasero y una oxidada estufa de carbón recogía las primeras luces y bien avanzado el atardecer seguía conservando la última claridad de la tarde invernal. Yo prendía una vela cuando llegaba del colegio y esperaba la hora en que volviera la corriente y se iluminaran las calles. Las farolas tenían una luz azulada y mortecina pero aun así las aceras se llenaban de gente que aprovechaba aquellas horas de animación ciudadana. Eran las que más me gustaban. La noche se había instalado en la ciudad y en toda la Tierra, decían, y el día siguiente parecía tan lejano como el colegio al que había que ir irremisiblemente me gustara o no todos los días, mañana y tarde.

Era un colegio de largos y oscuros pasillos, monjas dispuestas a reñir y chicas que me veían como una forastera, una extranjera. Y tenía que llevar el pelo recogido en dos largas trenzas acabadas con gomitas que tía Inés elaboraba después de humedecerlas con colonia para evitar, decía, que criaran los piojos.

—Señorita Arcadia, no atiende usted. Acérquese a la tarima.

Con las manos cruzadas sobre la cintura escondidas tras el escapulario tan blanco como el hábito la hermana Engracia sostenía la palmeta apenas visible bajo el pliegue de la tela. El rosario colgaba del cinturón negro y su mirada era tan intensa que traspasaba los gruesos cristales de sus gafas de oscuro carey.

Yo me había levantado del banco y, titubeando, había dado un golpe a mis libretas y libros que habían resbalado por la tapa inclinada del pupitre y habían caído al suelo. Con la cara roja del bochorno y las manos patosas por

las risas y las miradas de las demás alumnas fijas en mí apenas lograba recoger un libro cuando otro volvía a caer. Al final logré retirarlos todos del suelo y me acerqué a la tarima con las lágrimas a punto de brotar. «Extranjera», me susurró una de las niñas cuando caminaba por el pasillo central del aula, «extranjera, francesa», dijo la de enfrente envalentonada por el silencio de la monja.

—¿Ha oído lo que la han llamado sus compañeras, señorita Arcadia?

No respondí, estaba concentrada en mantener la cabeza gacha como me habían dicho que debía estar a perpetuidad para mostrar la actitud modesta y sumisa que ha de tener una niña, una mujer.

—¿No me ha oído, señorita Arcadia? ¿No ha oído tampoco a sus compañeras? Tal vez los años que ha pasado fuera de nuestro glorioso país le han endurecido el oído además de hacerle olvidar sus deberes religiosos, la pureza que ha de ser la virtud más preciada de una mujer por niña que sea y el amor al sacrificio como corresponde a la vida que habrá de llevar cuando tenga que regir un santo hogar al servicio de la patria y de Dios. ¿Lo ha oído ahora, señorita Arcadia?

—Sí. —Un susurro, sin entonación, sin movimiento.

—Sí, hermana —bramó la monja—. Sí, hermana, así es como se contesta. ¿O es que esto tampoco se lo han enseñado en Francia, ese país sin religión donde ha estado usted viviendo durante todos estos años?

—Sí, hermana.

—Sí, hermana ¿qué? ¿Que le han enseñado a no responder o sí, hermana, que he oído que mis compañeras me llamaban extranjera? Explíquese.

Las sonrisas de las chicas se habían convertido en tímidas carcajadas de adhesión a la monja. Yo seguía sin moverme, sin levantar la cabeza, pero de pronto ya no pude contener las lágrimas que brotaron de mis ojos como un torrente mientras la vergüenza y la rabia cabalgaban sobre mis hombros al ritmo de los sollozos.

—No me sea cobarde, señorita Arcadia. Ha de saber dominarse y no ser tan débil como para llorar en cuanto la amonestan. Humildad es lo que le falta.



Pero los sollozos eran tan poderosos que la clase quedó en silencio unos instantes hasta que la monja tal vez temiendo perder el dominio de la situación se acercó, me agarró del brazo y tirando de mí me condujo hacia la puerta, la abrió y con una sacudida me empujó hacia la pared del pasillo oscuro sólo iluminado por la luz lejana de las bolas de carbón que ardían en la escuálida estufa del fondo.

—Aquí podrá llorar todo lo que quiera, éste es su sitio, las tinieblas. Aquí, como dijo el Señor, encontrará lo que merece, el llanto y el crujir de dientes. —Dio un portazo y me dejó sola en un ámbito cargado de silencio y frío.

Con el tiempo y para no verme siempre sometida a los caprichos de mis lágrimas que brotaban en cualquier ocasión desarrollé un sistema que había comenzado a utilizar en Toulouse cuando tenía un ataque de risa en el *lycée* que me permitía alejar de la conciencia lo que estaba ocurriendo en mi interior. Sólo tenía que pensar en Franco que yo imaginaba cabalgando en las nubes sobre los ejércitos que luchaban o azuzando desde las alturas las interminables filas de hombres y mujeres envueltos en mantas y cargados con niños y bultos camino de la frontera. Mi padre me había mostrado las imágenes en recortes de viejos periódicos que guardaba en una carpeta y que miraba de vez en cuando pasmado y horrorizado de que una cosa así pudiera haber ocurrido en su país ante la indiferencia del mundo, decía. Pero ahora no me funcionaba por más que intentara convocar la película que me había forjado y a la que tantas veces había recurrido.

—¿Y cómo ha acabado la historia? —me preguntó tía Inés aquella noche sin darle mayor importancia. Estábamos en la cocina y como cada sábado habíamos llenado el barreño de zinc con ollas de agua que se calentaban en los fogones. Y mientras me frotaba el cuerpo con una esponja enjabonada yo le había ido contando lo de la monja y las niñas tal como había ocurrido—. ¿Te ha dejado volver a entrar en clase? —preguntó.

—Sí, porque al cabo de un rato se encendió la bombilla del pasillo y vi llegar a la madre superiora que quiso saber qué hacía allí llorando y yo entre sollozos traté de contárselo y en aquel momento salió la monja de la clase y la superiora se la llevó más lejos. No sé lo que le dijo pero cuando volvió me agarró del brazo sin empujones esta vez pero tan fuerte que creí

que me lo rompía y me hizo entrar. Las niñas callaban y la monja fruncía el entrecejo y apretaba los labios para mantener la boca cerrada.

Ésa fue la última vez que lloré en clase, había aprendido que parecer fuerte te hace fuerte ante los demás y las niñas tenían miedo de la fortaleza.

Lloré también en el confesionario, aterrada por tener que inventarme pecados que no había cometido porque estaba obligada a confesar pero no sabía qué contarle al cura. La capilla oscura sólo se mantenía alumbrada por la lámpara del altar mayor y unas velas en los altares laterales, dos en cada lado, dedicados a santos que habían ofrecido su vida por el Señor, decían las monjas. A la santa de la capilla de la derecha, santa Águeda, le habían arrancado los pechos por negarse a renunciar al cristianismo en una época en que a todos los martirizaban por lo mismo. Sobre todo a las mujeres. «Hubo cientos de mujeres mártires en los siglos II y III de nuestra era y casi todas de buena familia —iniciaba su discurso la hermana Engracia con velado respeto por una aristocracia que siempre le provocaba veneración—. A una le arrancaron los senos —decía púdicamente refiriéndose a santa Águeda. A otra, santa Lucía, los ojos, que en los grabados llevaba como ofrenda sobre una bandeja, aunque por un milagro extraordinario siguió viendo hasta que fue decapitada». También nos ponían como ejemplo a santa Cecilia y a santa Inés que murieron torturadas por el fuego y el hierro, todas ellas de nobles familias de Roma o de otros lugares privilegiados, o santa Dorotea que fue degollada en Cesarea de Capadocia, o santa Apolonia de Alejandría a la que le habían arrancado todos los dientes y según un grabado antiguo que nos mostró la monja para que viéramos que no se lo inventaba también los cabellos. «Por eso es la patrona de los peluqueros y de los odontólogos», decía dándose importancia. O santa Eulalia de Emerita Augusta a la que azotaron con varas de hierro y en las heridas le pusieron antorchas encendidas, o santa Emerenciana que murió apedreada aunque, pobre, nadie conocía el nombre de su familia ni el lugar de su martirio. De todos modos la hicieron santa.

Según rezaban nuestros misales estas santas, todas vírgenes y mártires, se veneraban en el mes de febrero y luego en marzo el año litúrgico se tranquilizaba porque comenzaba con santa Francisca viuda y romana,

también de muy buena familia, pero que no sufrió los horripilantes martirios que nos habían puesto como ejemplo.

Muchos años después cuando ya me había anclado definitivamente en el agnosticismo heredado de mis padres que ninguna amenaza del infierno, ningún sentimiento de culpa había podido destronar de mi conciencia cuando habían dejado de asustarme los cristos ensangrentados y ya no confesaba pecados inventados ni cometidos y habiendo descubierto los placeres del sexo —la virtud de la pureza había dejado de inquietarme— encontré en un libro sobre los concilios de un padre de la iglesia la siguiente noticia que me dejó pasmada: «En el Concilio de Trento, que duró de 1545 a 1563, que creó las bases para una renovación en la iglesia romana, entre otros muchos temas se habló de las diversas categorías del alma humana, llegando a afirmar algún teólogo “que mientras el alma del hombre era de naturaleza racional, la de la mujer lo era vegetal”. Pero finalmente, el 10 de diciembre de 1563 tras largas discusiones teológicas y sólo por un voto de diferencia se decretó que la mujer sí tenía alma». Y reparé entonces en que si en el Concilio de Trento se había debatido y votado sobre ello habría sido porque se trataba de una cuestión en la que preclaras mentes de la jerarquía de la iglesia habrían defendido con pasión a lo largo de los siglos que la mujer no tenía alma, de lo contrario ni siquiera habría figurado en el orden del día del concilio, fuera cual fuese el nombre que se diera a los temas a tratar en él. Y si era así, ¿cómo un Papa o varios de ellos podían haber elevado a los altares, es decir, convertir en santas a tantas mujeres martirizadas que vivieron en los primeros siglos de nuestra era si faltaban todavía más de mil años para que la iglesia decidiera si tenían alma o no la tenían y mucho tiempo igualmente para descartar de una vez que su alma fuera vegetal? ¿Puede un santo o una santa ser bautizado si no tiene alma como los pingüinos de la isla que el cegato san Maël bautizó al confundirlos con salvajes como cuenta Anatole France en *L'île des pingouins*?

Estas dudas no me acuciaban por aquel entonces pero sí la confesión. De hecho la hora de confesar era la que más temor me infundía. Nunca la entendí tal vez porque nunca entendí el pecado ni el remordimiento ni el propósito de enmienda que exige. La hermana Engracia pasaba largas horas intentando hacer florecer en nuestras benditas almas las angustias del

remordimiento que sólo se calmaría con la confesión. De no confesarnos ni arrepentirnos de nuestros numerosos pecados llegaríamos a las llamas del infierno por un inmenso boquete en la tierra que pisábamos que se abría a las profundidades de la oscuridad y del tormento. «¿Aunque no tengamos pecados mortales?», preguntaba Sofía, una chica pálida y pelirroja que vivía esas sesiones temblando de miedo. «Se comienza no dando importancia a una falta leve, a un pecado venial —respondía la hermana Engracia con el rostro carcomido por la gravedad— y para cuando queremos darnos cuenta ya hemos cometido un pecado mortal y si no nos confesamos, si no nos arrepentimos y pedimos perdón por ese pecado y expresamos el firme propósito de no volver a cometerlo lo único que hacemos es revolcarnos en el lodo de nuestra propia podredumbre».

Me imaginaba a Sofía como el cerdo que había visto en un corral de La Floresta donde Edelmira, una compañera de tía Inés del Servicio de Correos y Telégrafos, nos había invitado a la matanza en la masía donde vivían sus padres. El cerdo tembloroso sabía que lo iban a matar, chillaba desafortunadamente y se revolcaba en el lodazal de agua y excrementos que había dejado su compañero antes de ser sacrificado como él iba a serlo ahora. Sentía pavor y tristeza por ella.

—La pureza, queridas niñas —nos llamaba cuando se trataba no de gramática o aritmética sino de los pecados de la carne— es la virtud por excelencia de la mujer. Una mujer sin pureza es lo más repugnante que puede imaginar la mente humana. Es un sinsentido, es un error de la naturaleza —se quedaba callada con las manos cruzadas bajo el escapulario concentrada en la repulsión que la imagen que ella misma había convocado le provocaba, convencida de que había de transmitírnosla con la misma intensidad con que ella la vivía—. Hay que hurgar en la memoria una y otra vez, hay que revivir todos los actos y todos los gestos que hemos hecho, todos los pensamientos que hemos tenido, todos los placeres que hemos deseado, para conocer el alcance de nuestros pecados de palabra o de obra o de omisión contra la pureza que ha de ser nuestra única luz. Hay que hurgar hasta descubrir nuestra oculta intención de pecar aunque creamos que no ha habido esa intención. Somos las mujeres las que incitamos a los hombres al pecado. Mirad si no lo que nos cuenta la santa Biblia: fue Eva la que tentó a

Adán y la que lo convenció para que comiera la fruta prohibida. Somos nosotras las responsables del pecado original y con él de todos los vicios de todos los hombres. Así que hay que hurgar, insisto —decía con el rostro enrojecido de pasión— hay que hurgar para descubrir en las acciones en apariencia más inocentes y triviales lo que esconden de impureza y de maldad. De lo contrario el infierno nos espera. —Y dirigiéndose a mí el primer día de mi entrada en el colegio, me dijo—: Recuérdelo señorita —y la palabra señorita me pareció cargada de sarcasmo, de burla incluso de amenaza—. Recuérdelo, porque en el infierno hay una silla preparada para usted. —Y sacando la mano de debajo del escapulario la dirigía hacia mí señalándome con su índice acusador igual que aquel miliciano del cartel que colgaba en la entrada de nuestra casa de Toulouse—: Y tú ¿qué has hecho por la victoria?

Sobrecogida de espanto veía ante mí una sillita de anea y madera como la que usaba tía Inés para sentarse a zurcir los calcetines en la cocina aunque de dimensiones más pequeñas que las demás que ya estaban ocupadas por sombras de hombres y mujeres oscilando entre las llamas. Y dejaba de oír su voz ahogada por el crepitar del fuego de un infierno en el que no creía pero más real en aquel momento que la oscura clase en la que la hermana Engracia lo había hecho renacer.

—¿Tú crees que de verdad nos espera el infierno, tía Inés?

—Yo no creo nada, hija, yo nunca he creído en nada pero ahora además no quiero pensar en nada ni quiero discutir nada con nadie y tú harías bien en hacer lo mismo que yo. —Y siguió planchando la ropa que tendríamos que ponernos el lunes, yo para ir al colegio, ella al Servicio de Correos y Telégrafos.

Pero aun así teníamos que ir los domingos a misa porque todo se sabía, todo eran rumores y el alcalde de barrio informado por vecinos y vecinas del comportamiento de los más tibios tenía en su mano dar o no dar el certificado de buena conducta que para tantos permisos necesitábamos todos.

En los últimos años de colegio nuestra educación social pasó de las monjas a las señoritas de la Falange que me inquietaban mucho menos aunque parecían conocer todos los secretos de la vida de las mujeres y de lo

que ellas llamaban vida íntima; mucho más tarde comprendí que se referían al sexo, nuestro sexo, sin hablar de él más que con veladas insinuaciones. Su admiración por los hombres no tenía límites y su desprecio por las mujeres que no aceptaban su triste destino tampoco:

—Las mujeres nunca descubrimos nada, nos falta el talento creador reservado por Dios a las inteligencias varoniles, nosotras no podemos hacer nada más que interpretar mejor o peor lo que los hombres nos dan hecho — repetía la señorita Amanda con entusiasmo en cuanto tenía ocasión, palabras que en 1942 había proclamado como una verdad concluyente Pilar Primo de Rivera, presidenta de la Sección Femenina de la Falange y hermana de José Antonio, aquel «mártir» cuya fotografía al lado de la de Franco y bajo ese crucifijo que tanto me asustaba seguía presidiendo todas las clases.

Y así, de mil maneras y con cien ejemplos nos lo iban transmitiendo las señoritas de la Falange que se sucedían unas a otras con la misma divina misión de enmendar los errores que la naturaleza había cometido con nosotras.

## AFINIDADES ELECTIVAS

... sólo después de haberse puesto plenamente de acuerdo sobre lo conocido se puede avanzar de forma conjunta hacia lo desconocido.

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE,  
*Las afinidades electivas*

Nunca sabemos de dónde proceden, cómo ocurren ni por qué, los hechos que de pronto hacen cambiar el curso de nuestra vida. Vivimos, como vivía yo desde que había salido del colegio, una rutina gozosa, de hermosos despertares y estudios apasionados en el conservatorio con amigos nuevos con los que compartía el anhelo de llegar a formar un trío, con los que ensayaba e intercambiaba toda clase de información sobre partituras y discos que oíamos con deleite en casa de un profesor que tenía un tocadiscos, intentando descubrir los secretos de una interpretación que admirábamos. Éramos Laura, Daniel y yo, y a veces se nos juntaban los hermanos Solius, estudiosos del violín y el contrabajo respectivamente. Todos teníamos el mismo objetivo, no teníamos otro. Sí, por supuesto, era una vida limitada al ir y venir del conservatorio a casa pasando a veces por la de mis amigos, domingos de excursión con tía Inés y Tobías y otros conocidos suyos con los que compartíamos la comida bajo los árboles de La Floresta y poco más. Hasta que un día, desafiando ese humilde acontecer irrumpió en mi vida cotidiana un hecho imprevisto que aun teniendo el aspecto de un encuentro casual y fortuito, mejor dicho, un encontronazo, me previno enseguida aunque de forma borrosa e inconcreta de los cambios que se iban a operar en mí y que iban a transformar también y de manera definitiva el curso del destino que creía haber elegido como si llevara en sí

mismo un revulsivo, un resorte de tal potencia y magnitud que iba a poner en movimiento pasiones ignotas que dormitaban en lo más hondo de mi alma creando corrientes incontrolables cargadas de angustias desconocidas pero también de placeres y plenitudes más escondidos aún. Y es que, como habría de repetir muchas veces Javier parafraseando un cuento chino que me contaba siempre que había ocasión, «somos los dulces frutos del árbol del azar».

A mis casi dieciocho años todavía no había salido de una ingenua adolescencia que lejos de rebelarse se mantenía en suspenso esperando quizá, me dije cuando ya todo se había cumplido, ese golpe certero del azar que habría de situarme en el lugar que me correspondía por la edad que tenía.

Mis idas y venidas desde que tía Inés me había enseñado el camino de casa al colegio, y de allí al que hacíamos Tobías y yo cuando iba a buscarme, pasaban en un momento u otro por las Ramblas. Y así continuó cuando acabé el colegio. Y fue precisamente en las Ramblas donde se produjo el hecho. Había salido del conservatorio y me dirigía a casa atravesándolas como todos los días hacia la calle del Cardenal Casañas y la plaza del Pino. Con la viola colgada al hombro daba saltitos por los grandes adoquines sin pisar la raya —quien pisa raya pisa medalla, decíamos en el colegio—, igual que había hecho siempre durante todos los cursos escolares. Los años habían ido pasando sin que la costumbre de eludir las rayas hubiera desaparecido por más que ya no hubiera tantas grietas ni huecos en aceras y calzadas como en aquellos primeros años, que tanto me habían inspirado —de las bombas, decían, o de las barricadas— como si una mano invisible hubiera ido poco a poco poniendo en su sitio adoquín tras adoquín.

El aire olía a primavera, los plátanos de las Ramblas se habían llenado de minúsculos nudos de hojas todavía sin estallar y de bandadas de gorriones o golondrinas que se arracimaban en las ramas centrales. Su ensordecedor gorjeo saturaba el paseo antes de elevarse en desordenadas bandadas hacia el cielo inmaculadamente azul del atardecer. Iba por la calle respirando ese aire nuevo que tienen todas las cosas cuando asoma la primavera y no me di cuenta de lo que ocurrió. Fue tan rápido que me vi de



pronto en el suelo y acto seguido alguien me ayudó a levantarme ante un corro de personas que se había formado a mi alrededor. Recuperé la viola que había quedado a mis pies, y la misma persona que me había ayudado me alcanzó la cartera de cuero donde llevaba las partituras, el monedero y las llaves de casa.

—¿Te has asustado? —me preguntó, y sin esperar la respuesta me contó que yo había sido víctima de un intento de robo.

Sí, me había asustado pero no sabía de dónde procedía ese temblor imparable que me zarandeaba los brazos. No había visto nada, o no recordaba haber visto nada.

—¿Vives cerca de aquí? ¿Quieres que te acompañe a tu casa? — Tampoco esta vez esperó a que contestara—. ¿Qué hacías en mitad de las Ramblas mirando embobada el cielo?

Era un soldado, llevaba el pelo cortado como los niños del orfanato Ribas al que íbamos algunos domingos a ver al hijo de una amiga de tía Inés que había muerto hacía unos años, un niño de grandes ojos negros refulgentes y tan inquietos como esa voz que no paraba de preguntar. La gente se había dispersado o había centrado su interés en otro asunto, porque entre las brumas de mi turbación vi cómo sus miradas se desplazaban hacia un policía que subía por una de las aceras laterales arrastrando a un muchacho al que tenía agarrado por la chaqueta.

—Es él —dijo el soldado señalando en la dirección del vocerío de la gente—. Ése es el que ha querido llevarse tu cartera. ¿No te habías dado cuenta? ¿En qué estabas pensando?

Seguíamos los dos en medio de la calle, yo callada porque no sabía qué hacer, él sin parar de hablar tal vez porque tampoco lo sabía.

Cargada con la viola y la cartera comencé a caminar y el soldado lo hizo junto a mí. Y sólo entonces se calló. Caminamos en silencio, yo dejé de preocuparme por las líneas divisorias de los adoquines azorada por una presencia tan cercana y tan desconocida. Sin embargo fui yo la que antes de llegar me detuve y le pregunté:

—¿Cómo te llamas?

Recobró al instante la energía que parecía haber perdido con el paseo y respondió:

—Me llamo Javier, Javier... y ¿tú?

—Arcadia.

—¿Arcadia? Nadie se llama Arcadia.

—Yo sí.

—Pero no es el nombre de ninguna santa, que yo sepa. No, no lo es. Es el nombre de una diosa griega, ¿me equivoco?

—Sí, creo que te equivocas. Yo diría que es el nombre de un país de la Antigua Grecia, del Peloponeso para ser exactos.

Y habría podido añadir que también había un san Arcadio de Mauritania mártir que se celebraba el día 12 de enero, que tía Inés y el cura de Santa Ana habían encontrado buscando en el santoral. Fue ese bendito santo quien hizo posible que cuando me bautizaron en la parroquia, a los pocos días de mi llegada a Barcelona, conservara el nombre que me habían puesto mis padres. «De no haberlo encontrado —se justificaba tía Inés— no habría conseguido la fe de bautismo sin la cual, por más papeles que tuvieras, no habrías podido entrar en el colegio de monjas de la calle Elisabets». Pero no le dije nada.

De pronto se detuvo y me miró entre sorprendido e irónico.

—¿No serás extranjera? ¿Francesa? ¿Alemana?

—Soy española, pero he vivido muchos años en Francia.

Y eso debió de hacerle gracia.

—Te lo he notado en el acento, casi nada, pero tienes ese deje, esa forma de acentuar las palabras como si todas fueran agudas. No quiero decir que lo hagas, sino simplemente que lo insinúas, como el leve gorgoteo de las erres.

Un nuevo silencio. Y otra vez una serie de preguntas:

—¿Esto que llevas es un violín? ¿Estudias música?

—No, es una viola; sí, estudio música en el Conservatorio del Liceo, en el último piso del teatro, donde me has encontrado, quiero decir donde me has defendido.

Sonrió con timidez ante el cumplido. Seguimos caminando y unos pasos más allá dijo:

—Una viola es más o menos como un violín.

Pensativo, me había mirado esperando una respuesta, aunque más que una pregunta era casi una afirmación que se hacía a sí mismo, como si quisiera ubicar el papel de la viola en la orquesta, en la música. Estaba un poco confundido.

—Bueno, es un instrumento de cuerda también y en algo se parecen aunque la viola es un poco mayor y su sonoridad se mueve entre los graves del violín y los agudos del chelo y el contrabajo, como un puente entre unos y otros. Yo diría que tiene una voz más melancólica, más expresiva...

Me escuchaba pero estaba ensimismado, atento a un recuerdo inesperado o como si hiciera mucho tiempo que no había reparado en la existencia de un artefacto tan original y tan alejado de su vida como la viola. Seguimos caminando.

Cuando llegamos al portal, Josefina, la portera, estaba sacando brillo a los dorados de la reja. Se detuvo con el trapo en la mano y nos miró con malévolos curiosidad. Nosotros, frente a ella, no nos movíamos.

—Adiós —dije yo—, gracias por ayudarme. —Pero no avancé hacia la escalera como parecía esperar Josefina.

Y mientras ella murmurando se agachaba a recoger el cubo lleno de trapos y papeles de periódico para limpiar los cristales, el rostro del soldado se iluminó con una pícaro sonrisa y como si me propusiera una travesura señaló el banco del fondo de la plaza, se dio la vuelta y, sin dejar de mirarme sonriendo divertido, se dirigió hacia allí. Yo lo seguí despacio, así que cuando llegué ya se había sentado, y parecía muy contento de haberme convencido para compartir esa diablura.

La plaza me pareció más viva, menos deteriorada, incluso más limpia. Sonaba el órgano en el interior de la iglesia de Santa María del Pino a dos pasos de donde nos habíamos sentado. Cuando se detuvo la música la plaza quedó un instante sumida en el silencio hasta que de pronto como si se hubieran abierto de golpe todos los vitrales del templo atronó en el aire la voz de mosén Tusquets, aquel cura que como un inquisidor destronado denunciaba a gritos a los pecadores que habían renegado de la religión y pretendían vivir como si hubiera salvación para el hombre fuera de la fe. Su voz desató la mía y le conté al soldado lo popular que era el cura en el barrio aunque sembrara el pánico entre las beatas y los niños que las

acompañaban a la hora del rosario. Nos reímos de sus aullidos que nos llegaban audaces aunque confusos sin entender qué decía y poco a poco dejamos de oírle, también los gritos de los chicos jugando a la pelota en la calzada y el chirrido del afilador de cuchillos apostado junto a la puerta de las galerías Maldá como si un halo invisible e insonoro nos hubiera aislado y enviado a leguas de distancia de donde nos habíamos instalado. Y allí estuvimos hablando no recuerdo cuánto rato pero debió de ser mucho porque cuando me levanté para ir a casa consciente de que se había hecho tarde el cielo había pasado del azul al negro y el farolero armado con su pértiga ya iba encendiendo las altas farolas de la calle.

—¿Mañana irás también al conservatorio? ¿Saldrás a la misma hora? — fue lo último que me dijo cuando yo ya iniciaba la subida de la escalera y por la cara que tenía cuando levantó la mano para decirme adiós desde la calle comprendí que me había oído:

—Todos los días salgo a la misma hora.

Al entrar en casa tía Inés ya sabía que había estado sentada en un banco de la plaza con un desconocido, un soldado. Había subido Josefina y con el pretexto de preguntarle si tenía luz como si no supiera ella que habían terminado las restricciones en la ciudad le había chismorreado que habíamos pasado más de media hora sentados en el banco hablando. «No sé lo que pensará usted, señorita Armengol, y tampoco sé lo que pensarán los vecinos», había añadido la portera con punzante ironía. Y de muy mal humor porque no había obtenido la reacción y los comentarios que esperaba se había ido farfullando sobre la decencia que había que exigir a las jóvenes de hoy en día que parecían haber perdido los principios y la moral. «El mundo está cambiando, y es a peor», murmuraba aún al bajar la escalera según me contó tía Inés que de todos modos quería saber quién era ese soldado desconocido.

Le conté lo que había ocurrido en la Rambla frente al conservatorio y cómo el soldado me había ayudado y acompañado hasta la puerta y me había invitado a sentarme en el banco aprovechando el buen tiempo, dije por decir algo, porque habría sido incapaz de recordar si hacía frío o calor. Pero no le conté el levísimo temblor de mis manos cuando había comenzado a subir los primeros peldaños de la escalera ni la desconocida

inquietud que me provocaron sus últimas palabras que presagiaban un nuevo encuentro o la duda de si ese encuentro se produciría o no. Ni tampoco esa insólita conversación que mantuvimos como si fuéramos dos desconocidos ni las risas compartidas oyendo los alaridos del cura en la parroquia o viendo la cara enfurruñada de la portera que siguió espiándonos un buen rato antes de cerrar la mitad del portal como hacía cada noche dejando la otra mitad para el sereno que pasaba sobre las diez golpeando los adoquines con su bastón. Ni siquiera le dije cómo se llamaba el soldado ni que vivía en esa parte alta de la ciudad, una zona que yo sólo había visto a través de los cristales del tranvía cuando íbamos al Tibidabo o al orfanato Ribas porque no conocíamos a nadie que viviera allí ni se nos habría ocurrido pasear por la plaza Adriano o la calle Muntaner, donde el soldado dijo que su padre tenía el despacho. Para tía Inés Barcelona comenzaba en el puerto o en el muelle de las golondrinas y en el monumento a Colón y acababa en la plaza de Cataluña. Lo demás eran «las afueras» y se le antojaba un territorio tan lejano y forastero como la misma ciudad de Toulouse.

Pero sí recordé todas sus palabras cuando aquella noche me metí en la cama y apagué la luz. Sí, él me había dicho dónde vivía, me había contado que estaba acabando el servicio militar, que su padre lo había enchufado como asistente de un coronel que tenía su despacho en Capitanía, en el paseo de Colón donde sólo tenía que presentarse un par de días a la semana en uniforme y que eso le permitía ir casi a diario a las clases de la facultad. Que había preferido hacer la «mili» en esas condiciones a incorporarse a las milicias universitarias que le habrían obligado a ir todos los veranos al campamento de Ronda en Málaga o al de la Granja en Segovia. Que no le importaba quedarse en soldado raso, en «quinto», y no llegar ni a sargento ni a alférez de complemento como habría sido de haber hecho las milicias universitarias. Y bajando la voz igual que la señora Llausás, nuestra vecina de la Puertaferrisa, cuando hablaba de los «obreros» o de los «exilados» me dijo sonriendo: «No me tienta en absoluto ser militar ni tener estrellas y más estrellas, odio los uniformes, me cansa desfilar, no soy disciplinado y si no se lo dices a nadie te confesaré que no le veo la gracia a perder la vida por la patria». Se reía al contar cuánto le había costado al principio distinguir

una estrella de seis puntas de una de ocho, esas que llevan en el uniforme los militares. «Esas puntas y la cantidad de estrellas es lo que define a los oficiales pero yo me concentré desde el principio en las tres estrellas de seis puntas de mi coronel que es lo que de verdad me importaba, aunque también tuve que aprender todas las demás porque es obligatorio saludar a cualquier oficial con quien te cruces en la calle. Si vas de uniforme, claro, que no siempre voy». Que él habría querido ser arquitecto pero no tuvo más remedio que estudiar Derecho como le ordenó su padre, también abogado. Que el próximo año acabaría la carrera y que tal vez aún le diera tiempo de ir a la nueva sede de la Facultad de Derecho en la Diagonal que estaba en obras, «un edificio racionalista casi acabado de tres jóvenes arquitectos que se llaman López, Giráldez y Socias», o Subías, no recuerdo bien el nombre del tercero aunque me lo repitió dos veces y cuando le pregunté cómo conocía los nombres de los arquitectos de la Facultad me respondió que Giráldez era un seguidor del GATEPAC, un grupo de artistas y técnicos y arquitectos creo que también dijo de los años treinta, los años de la República, y se extendió largamente en explicarme ese edificio que le fascinaba porque era uno de los primeros en alejarse de la arquitectura clasicista tan común durante los primeros años de la posguerra y en incorporarse al movimiento moderno.

La confianza con que me hablaba era inquietante y de haberme dado cuenta entonces a la fuerza tendría que haber dudado de su sinceridad y de su buena fe porque nadie que yo conociera, ni siquiera los que en voz baja contaban chistes de Franco o se pasaban información sobre lo que ocurría en las cárceles y en los campos de concentración, se habría atrevido a expresarse con tanta libertad ante una persona que acababa de conocer. ¿A qué se debía esa seguridad o incluso esa libertad?, tendría que haberme preguntado. Pero ni se me ocurrió pensarlo, tenía la impresión de que habíamos entrado en un ámbito de voces distintas donde no cabían secretos ni confidencias.

Y yo, ¿qué le había contado? Le había contado mi historia, la historia de mi pasado, tan antigua me parecía que yo misma comprendí que el tiempo ya había hecho su propia versión oficial no tanto para los demás con los que nunca hablaba de esas cosas sino para mí porque ya se iban petrificando

detalles que quedaron encasillados, imágenes que un día había recordado y que conservadas en la memoria habían adquirido categoría de representación de aquellos primeros años de mi vida.

—¿Qué haces en el conservatorio?

—Estudio. He acabado los estudios de viola que comencé en Toulouse y ya no puedo ir más lejos, aquí sólo me queda seguir practicando y trabajar, trabajar lo que he aprendido. Además me he matriculado en otras asignaturas como composición y teoría de la música.

—¿Quieres ser compositora? —Me miraba con profunda sorpresa y admiración.

Y entonces le conté que no pensaba componer sino que Laura, Daniel y yo estábamos ensayando para formar un trío, un pequeño grupo de música con viola, chelo y violín, una minúscula orquesta de cámara, aclaré, al parecer sin demasiado éxito. Me extendí en las dificultades de lugar y de tiempo con que nos encontrábamos para los ensayos y más dificultades aún para darnos a conocer y llegar a quien quisiera oírnos aunque no perdíamos la esperanza porque ya habíamos dado un concierto en una residencia universitaria de la calle Aragón aunque éramos conscientes de que habría que buscar más actuaciones si queríamos ganar un poco de dinero con la música. Mi discurso estaba cargado de confianza en el objetivo que nos habíamos propuesto por más que yo misma viera el futuro sombrío y difícil. Parecía tan sorprendido que mostraba un interés al que yo no estaba acostumbrada moviéndome como me movía únicamente en círculos musicales donde el estudio y las dificultades para abrirse camino eran lo habitual, lo cotidiano.

Tía Inés había aceptado mi escueta versión de aquel encuentro y con cierto tono de duda sólo me había dicho como colofón:

—Mientras no te aleje del estudio de la música...

—¿Por qué dices eso? Lo he visto una tarde y lo más probable es que no vuelva a verlo, tía Inés.

—Volverás a verlo —sentenció en tono tan contundente que por un instante me devolvió la seguridad de que efectivamente sí vendría, la seguridad que yo había perdido casi en el tercer piso cuando tras deshojar la margarita durante más de cien escalones había llegado a la conclusión de

que no tenía por qué volver, no había sido más que un encuentro casual, entretenido y cordial, un divertido encontronazo, nada más, me dije sumida en una vaga tristeza.

¿Estaré armándome castillos en el aire con un chico que no conozco de nada? No era mi estilo, al contrario. Desde que había comenzado a tratar con chicos en el conservatorio me había preciado de saber mantener las distancias. Aunque no creía en ellas no podía olvidar las admoniciones y amenazas de la hermana Engracia cuando hablaba de pureza, de castidad, de la maldad que llevábamos en lo más hondo de nuestra alma todos los seres humanos que renacía y se manifestaba cuando nos encontrábamos con el sexo contrario, maldad que debíamos desterrar, destruir si se producía aunque la mejor manera era no tener que llegar a la extirpación sino simplemente evitar la ocasión y así no habría por qué luchar contra las tentaciones de la carne. Nunca desveló en qué consistían esas tentaciones de la carne. «Las nuestras y las de ellos —añadía con verdadera furia—. Ya sabéis, el hombre es fuego, la mujer, estopa, y viene el diablo y sopla». Y no porque la creyera sino porque tantos años de oírla diciendo lo mismo habían hecho mella en mí y del mismo modo que imaginaba la sillita que me esperaba en el infierno me veía sumida en los tormentos del pecado envuelta mi carne de estopa en volcánicas llamaradas que de pronto se confundirían con las del infierno. Sí, evitaba a los chicos, incluso evitaba hablarles cuando hacíamos cola ante la puerta del aula donde el señor Pérez Masdeu nos hacía entrar de uno en uno para tomarnos la lección. Y no me di cuenta hasta mucho después de que mi alejamiento de los chicos no era consecuencia sólo de la presión que sobre nosotras había ejercido la hermana Engracia con sus tormentos y sus misteriosos pecados, sino que también se debía a una extraña timidez e inseguridad que tardé mucho en reconocer como mías y que curiosamente no aparecieron en aquel primer encuentro con el soldado tal vez, me atreví a creer, porque nunca antes había conocido a nadie que me impresionara, me atrajera y me divertiera como me impresionaba, me atraía y me divertía el soldado.

Y por más que la situación fuera —siempre en palabras de la hermana Engracia— mucho más escabrosa de lo que ella podría haber imaginado y en absoluto digna del comportamiento que se esperaba de quien había de



ser «madre y esposa y regir un santo hogar para la patria y para Dios» tampoco había aparecido en mi conciencia ninguna de aquellas imágenes dantescas cuando hablaba con el soldado sentados uno junto al otro en el banco de la plaza mientras el azul del cielo iba convirtiéndose en portentosa oscuridad como si con su presencia hubiera ahuyentado esas visiones que yo debía de guardar en mi interior más por la machacona repetición que porque hubieran calado en mí y me hubieran convencido.

¡Oh, sí! Apareció al día siguiente y al otro y al otro, con la sonrisa en la boca, vestido de paisano, con americana y corbata a veces o jersey de cuello alto, lo que yo consideraba extremadamente moderno, más alto que ayer me parecía y con el pelo cada día un poco menos rapado tal vez precisamente porque no llevaba el uniforme; sonriendo siempre y siempre repitiendo lo mismo: «Podría decirte que pasaba casualmente por aquí pero no sería cierto: he venido a verte».

Los misterios de la atracción, de las afinidades que acercan día a día a los amigos, a los amantes en ciernes, la pasión que los ciega y los aísla de la realidad, no intentaba comprenderlos aunque como misterios del alma humana que eran nunca lo habría logrado. Simplemente me dejaba vivir temblando de emoción o muriendo de añoranza alternativamente con una intensidad que aumentaba con cada hora que transcurría.

Al principio recorríamos el barrio en busca de una granja o una chocolatería donde sentarnos y charlar y poco a poco fuimos habituándonos a un café recoleto de la calle de La Boquería. Teníamos una necesidad insaciable de contarnos lo que habíamos vivido, lo que habíamos pensado, lo que creíamos que éramos y lo que creíamos que un día llegaríamos a ser. Al compartirlo nos sentíamos mucho más llenos de proyectos y esperanzas en el futuro de lo que habíamos supuesto en la intimidad de nuestros pensamientos y nos dábamos cuenta de que deseábamos que ese futuro pudiera ser irremisiblemente mejor que el presente. Muy pronto nos hicimos adictos a lugares que sentíamos nuestros por el mero hecho de haber pasado en ellos esa hora que bien lo sabíamos y bien lo íbamos comprobando por gloriosa que nos pareciera no era más que un peldaño en el camino ascendente hacia una complicidad, una relación que nos mantenía unidos cuando ya nos habíamos separado.

Al cabo de muy poco tiempo ya salíamos las tardes de los sábados y enseguida lo hicimos todos los domingos desde muy temprano por la mañana. Dábamos vueltas por la ciudad que él conocía mucho mejor que yo, siempre moviéndome sólo por la parte antigua, decía él, «pero Barcelona es muy, muy grande y está rodeada de barrios depauperados y de otros que fueron antiguamente pueblecitos y que poco a poco se unieron al centro».

—Tú vives en la parte alta —quise saber un día—. En la plaza Adriano donde tu padre tiene el despacho, me dijiste, ¿no?

Para Javier la plaza Adriano no estaba en la parte alta de la ciudad sino en la intermedia. Él había nacido allí y allí había crecido pero una vez acabada la guerra cuando su familia volvió a Barcelona se habían ido a vivir a una casa más grande en Pedralbes.

—Ésa es la parte alta —me dijo—, la que comienza partir de la Bonanova y Sarriá, se encarama por las lomas que separan el Tibidabo de Esplugas y está tapizada de casas ajardinadas y calles anchas envueltas en un silencio sólo resquebrajado por las campanas del monasterio de Pedralbes y los pocos coches que una vez abiertas misteriosamente las puertas metálicas de los jardines salen despacio hacia la ciudad. No hay ni tiendas ni quioscos ni perros ni niños jugando en las aceras, sólo ocultos jardines cargados de flores en invierno y en verano reptando sobre las tapias y espesas barreras de cipreses que guardan la preciosa intimidad de sus propietarios. —Así la describía y había en su voz cierto tono de ironía.

—¿Vosotros también fuisteis exilados? —le pregunté.

A Javier le hizo gracia mi pregunta, pero se limitó a contestar:

—No, nosotros no estuvimos en el exilio, por lo menos no en el exilio tal como lo entendemos ahora. Al principio de la guerra toda la familia viajó a través de Francia a San Sebastián, en la parte de las Vascongadas que habían conquistado los nacionales.

Como un relámpago apareció en mi memoria la reproducción del cuadro de Picasso que mis padres tenían en la entrada del piso de Toulouse cuya historia tantas veces me habían explicado, el *Guernica*, que Josep Renau, en aquel momento director general de Bellas Artes, le había encargado a Picasso en nombre de la República para exponerlo en el

pabellón español en la Exposición Internacional de 1937 y mostrar así al mundo cómo los fascistas bombardeaban las poblaciones civiles.

Claro, pensé, Guernica estaba en la parte de las Vascongadas que había resistido, por eso fue bombardeada. Aun así me costó aceptar que si ellos habían vivido en los territorios que Franco había ganado y habían podido volver es que pertenecían a los que habían ganado la guerra ya que mis padres que la habían perdido no habían podido hacerlo. Por primera vez y con esa deducción elemental que debió de haber hecho por mí la niña que todavía llevaba dentro lo vi a él en la orilla opuesta aunque no me importó demasiado en aquel momento ni creí que tuviera importancia porque nuestra unión era mucho más sólida, pensaba yo, que cualquier mapa entre vencedores y vencidos que pudiera dibujar a partir de lo que había aprendido en mi infancia.

Me mostró su casa desde la calle un día que paseábamos por las lomas de Pedralbes. Tenía una amplia fachada y dando una vuelta por las desiertas calles del barrio pasamos a la parte trasera llena de altísimos árboles que más parecían los de un parque que los de un jardín privado. Y mientras él seguía hablando de sí mismo, de sus padres, de su casa, de sus estudios, yo, más distraída de lo que creía estar, seguía pensando en esas dos orillas que por primera vez veía claramente dibujadas en el contorno de mi propia vida.

—Yo quería ser arquitecto —contaba—, y no sé caminar por la ciudad sin tener la vista levantada en busca de un detalle insignificante que no hubiera visto antes en la fachada de una casa. No entiendo cómo puede gustar una ciudad si no se conoce su arquitectura ni entiendo qué hacen en ella quienes la visitan si prescinden de su urbanismo. Yo podría explicar la historia de Barcelona por sus construcciones y si me apuras incluso la historia de las ideas que la han mantenido a flote durante siglos. Los edificios hablan igual que lo hace la pintura.

—Y la música —añadí yo.

—Y la música —repitió él con timidez como si reconociera que nunca se había adentrado en ese ámbito. Sí, he ido a muchos conciertos pero creo que más como una actividad social que por afición. Tengo la impresión de que nunca me he detenido a escuchar lo que la música tenía que decirme.

Pero llegó el día en que lo llevé a un concierto de música de cámara en el conservatorio. Era un recital de antiguos alumnos que comenzaba con *La muerte y la doncella* de Schubert. Y yo lo miraba con disimulo para conocer por la expresión de su cara la impresión que le causaba. «Nunca había oído nada igual», dijo emocionado al acabar, pero yo sabía que no era lo que oyó lo que lo había conmovido sino cómo lo hizo, qué puso de sí mismo en la música que oía, cómo se convirtió él mismo en creador o recreador del quinteto de Schubert aportando a la música su experiencia y todo lo que contenía su conocimiento y su memoria. A partir de entonces comenzamos a ir al Palacio de la Música o a la Casa del Médico los días que había algún concierto de música de cámara para que entendiera a qué quería dedicarme yo, a cambio de lo que él me enseñaba de la ciudad para mostrarme lo que habría deseado ser de haber podido elegir su propio destino profesional.

# AYUDAR EN LUGAR DE CORREGIR Y SANCIONAR

*Aider, aider au lieu de corriger et sanctionner.*

CÉLESTIN FREINET

No fue fácil enseñarle a Arcadia a callar cuando no entendía algo o no le cuadraba con la imagen que tenía de la vida, o por ejemplo cuando la monja de su clase le hablaba del cielo y del infierno, a ella que desde que nació había vivido en un agnosticismo incuestionable. A veces creía que lo único que podía serle útil era enseñarle a no manifestarse, a no denunciarse en un peligroso ambiente sembrado de amenazas que ella difícilmente podía adivinar ni comprender. O tal vez mi pensamiento se enroscaba en sí mismo impulsado por el miedo que me oprimía a todas horas a que nos descubrieran, a ella como hija de exilados que nunca habrían podido volver, a mí como quien ha logrado escabullirse y hacerse un hueco lejos de la violenta búsqueda de republicanos que había dejado mi mundo vacío de amigos. ¡Fueron tantos los que murieron y tantos los que emprendieron el doloroso camino hacia una frontera que parecía no ser capaz de engullir la larga fila de hombres y mujeres que huían de la persecución y de la muerte! Y los que no lograron cruzarla ¿qué fue de ellos? De algunos supimos en qué cárcel cumplían condena, otros fueron condenados a trabajos forzados en la obra magna que se construía en el valle de Cuelgamuros de la sierra de Guadarrama, en la provincia de Madrid y otros fueron enviados al canal del Bajo Guadalquivir en las provincias de Sevilla y Cádiz que ya se conoce como el canal de los presos o a la prisión de Valdenoceda en Burgos o la de Los Almendros en Alicante o al campo de Albaterra en esa misma provincia

cerca del lugar donde habían sido detenidos. A algunos de ellos los fuimos localizando e intentamos ayudarles pero de la mayoría no supimos nada ni al acabar la guerra ni tantos años después de la derrota. Tal vez fueron enviados lejos, tal vez murieron o los fusilaron, nadie ha podido saber lo que les ocurrió y nadie ha osado preguntar. Lo mismo ocurrió con los míos, los que yo conocí del grupo de mi hermano César (mi hermanastro, somos hijos de distinto padre), profesores de historia como él o maestros de escuela, algún catedrático y dos o tres investigadores, republicanos declarados y afiliados a los partidos políticos del Frente Popular, así que casi todos se habían alistado y cruzaron la frontera al avanzar las tropas de los sublevados y más aún cuando entraron en Barcelona excepto claro está los que habían muerto en el frente, los que no alcanzaron la frontera a tiempo y los que fueron detenidos y siguen cumpliendo condena. Yo tuve la suerte de pasar desapercibida porque trabajaba en el Servicio de Correos y Telégrafos en un puesto que había obtenido por oposición en 1929 y al parecer a nadie se le ocurrió ir a buscarme allí por mucho que yo creyera haberme significado durante la República. Pero éramos tantos que debieron de conformarse con los que eran más conocidos y tenían una actitud más comprometedora. Viví la derrota y la entrada de las tropas fascistas en Barcelona sumida en el terror, escondida y pensando en mis hermanos y mis amigos que habían elegido el camino del exilio y luego volví al trabajo amedrentada pero procurando comportarme y mantener una actitud de normalidad igual que hacían los funcionarios que quedaban. Y así ha sido hasta hoy. De hecho aunque mis jefes hubieran cambiado y continuaran cambiando en los años siguientes he conservado este puesto y he gozado siempre de una situación de regularidad y de cierto prestigio por mi trabajo que ahuyenta cualquier duda sobre mi condición de persona políticamente peligrosa. Nunca tuve problemas, nadie me denunció tal vez porque fui discreta y lo sigo siendo, porque mis actividades políticas fueron más de testimonio que de acción, porque mi hermano y yo teníamos apellidos distintos y no se nos vinculó o porque las luchas se habían dirimido en ambientes muy alejados de la oficina. No lo sé, sea como fuere han pasado casi dos décadas desde el fin de la guerra y creo que puedo vivir tranquila aunque por más que siga sumergida en el silencio y la discreción y no me

permita hablar con nadie que no conozca desde siempre, nunca sé lo que puede ocurrir porque sabido es que cuando menos lo esperas al socaire de una antigua investigación puede aparecer tu nombre que como las hormigas, las ranas o las serpientes, permanece abotargado y dormido invernando a la espera de un escueto rayo de sol para renacer con fuerza y es entonces cuando algo acaba contigo.

Tobías también se salvó de la cárcel, no Tobías Margenat sino Raúl Torres Guardia, que así se llamaba antes y durante la guerra, uno de los grandes amigos de mi hermano César. Había sido siempre un hombre peculiar cuyo comportamiento, aunque propio de un anarquista convencido, era difícil vincularlo con la CNT, con la que además había tenido problemas durante los hechos de mayo del 37 aunque en el 38 en un último intento de unificación de los anarquistas fue rehabilitado. Hacia el final de enero del 39 desapareció en la retirada de Barcelona hacia Francia: uno de la larga fila de soldados y civiles que huían del terror camino del exilio cuando ya los fascistas estaban a las puertas de la ciudad. Y de pronto a finales del 42 cuando vivíamos lo peor y más violento de la posguerra apareció por sorpresa con un aspecto completamente distinto. Había adelgazado por lo menos veinte kilos, el corpulento hombretón de todas las luchas y trifulcas que enardecido por sus propias palabras lanzaba mensajes revolucionarios a las masas con un vozarrón bien modulado de bajo de concierto se había convertido en una figura pensativa y vagamente iluminada, alta y escuálida como un quijote. Se había afeitado el tupido mostacho que le ocupaba media cara y mostraba ahora un rostro alargado, de mejillas hundidas y ojos tan brillantes que parecían haber oscurecido, cabello ligeramente largo y completamente blanco —esto era también una novedad— y profundas ojeras de autor romántico. No era la misma persona y no sólo por el aspecto y porque había abandonado su extrovertida manera de comportarse sino porque ese nuevo talante de ciudadano discreto, silencioso y elegante parecía ser la expresión más profunda de su verdadera personalidad. Yo no lo reconocí hasta un buen rato después de haber abierto la puerta y de que me preguntara si podía entrar. Fue su voz la que me desveló al hombre que ya no existía y le creí cuando me contó que había entrado en el país con una nueva identidad amparada por una documentación en regla a nombre de

Tobías Margenat, un maestro que había conocido en la huida, en el camino de La Fajol a La Junquera y con el que había sido internado en el campo de Argelès. Enfermo como estaba sucumbió de frío e inanición en aquel «infierno sobre la arena», repitió con nostalgia, ese mismo año. Él se había quedado con su documentación y más tarde al salir del campo se la había mostrado al equipo técnico que los comunistas habían establecido en Perpiñán, que sólo tuvieron que cambiar la fotografía.

—Quiero creer —me dijo con ese aire triste y un poco taciturno que no le habíamos conocido antes—, que el que soy ahora se parece más a él que a mí hasta tal punto que esté donde esté si es que hay algún lugar para los muertos acabará dudando de quién es quién y de algún modo me acompañará porque desde que soy él sigue viviendo en mí. —Y añadió un poco más risueño—: Ahora soy un hombre soltero, maestro de profesión, sin familia, cuyos padres murieron hace ya mucho tiempo en Molinos, Teruel, un hombre que ha entrado en el país como ha podido y se ha presentado a las autoridades, ha sido aceptado pero represaliado e inhabilitado por tanto sin permiso para trabajar como maestro y con la obligación de personarse cada mes en comisaría. —Se quedó un momento en silencio y después con una sombra de triunfo en la mirada dijo—: He conseguido una nueva forma de vivir en paz en mi ciudad.

—Y de seguir luchando, ¿no es así? —no pude evitar preguntarle.

Me miró dulcemente pero con cierta extrañeza y en el tímido movimiento de sus labios me pareció entender lo que hubiera querido decirme y lo que quería que yo creyera: «Nunca luché más que con mi palabra y mi pluma», pero sonrió esta vez con ironía y no añadió nada más.

Tobías, ya siempre fue Tobías para mí, había alquilado un pequeño piso en los bajos de un viejo y húmedo edificio en el número 7 de la calle Manso muy cerca del Paralelo, y hacía pequeños trabajos que le permitían ir tirando, alguna clase particular para alumnos un poco atrasados, correcciones de pruebas en la editorial de José Janés, un editor republicano que se había salvado de la represión y de la cárcel gracias al aval de Eugenio d'Ors e incluso alguna suplencia en Solfeo o Historia de la Música en el conservatorio que le proporcionaban con gran cautela viejos amigos y colegas. Comenzamos a vernos con regularidad contentos de estar juntos



ahora que éramos los únicos que quedábamos del grupo de mi hermano y cuando en noviembre del 49 recibí el telegrama de Luis Ruiz, el profesor de filosofía de la Universidad de Toulouse, vecino y amigo de mi hermano César, notificándome la catástrofe que había dejado sola y huérfana a Arcadia fue él quien me hizo comprender que iba a ser yo quien tenía que dar a la niña una nueva familia:

—Yo te ayudaré, yo estaré con vosotras pero no puedes negarte.

No sé todavía cómo conseguí la autorización de Ina Torrent, mi jefa en Correos y Telégrafos, para faltar al trabajo las dos semanas que calculé que necesitaba para arreglar los papeles que me permitieran llevarme a Arcadia conmigo y entrar con ella en España, ni sé cómo logré el salvoconducto con una vigencia de tres meses para ir y volver de Toulouse en un momento en que cada demanda de este tipo te convertía en sospechosa. Ni recuerdo cómo una vez en España logré conseguir la partida de bautismo y la cartilla de racionamiento de Arcadia que tanto nos ayudaron aunque tampoco nos alcanzaba porque casi nunca se nos daba lo que estaba estipulado si exceptuamos los cuatrocientos gramos de pan, los cien de lentejas, arroz o garbanzos y los doscientos cincuenta gramos de patatas, y sólo muy de vez en cuando la miseria de aceite, café, azúcar o tocino, alguna vez bacalao y panceta y nunca que yo recuerde, pescado fresco. Así que teníamos que acudir al estraperlo como todo el que se lo podía permitir. Pero por más angustias que pasara, por más miedo que tuviera, ¿qué otra cosa podría haber hecho? Cuando miro atrás veo esos días y las dificultades y obstáculos que tuve que superar y me parece una temeridad haber creído que podría con todo ello y sin embargo uno a uno fui salvando los escollos sin preocuparme más que del que exigía la urgencia más inmediata. «Ya pasarás el río cuando lleguemos al puente», decía mi madre con esa sabiduría de que tantas veces dan muestras los más humildes. Y así lo hice mirando sólo al presente, poco a poco, en silencio y sin que nadie me viera como lo he hecho todo en la vida no porque crea que sea lo mejor sino porque está en mi naturaleza. Y tal vez esta forma de actuar fue la que me salvó y me digo ahora, si logré pasar desapercibida en el frío y en el calor sin provocar lástima ni mostrar rebeldía o engreimiento y casi sin darme tiempo a pensar en lo que se me venía encima resolvía el problema que

tenía delante ajena a la represión que nos acuciaba por todas partes es que quizá mi sistema no debía de ser tan malo. Y mirar atrás me consuela del remordimiento que siempre me ha agobiado por no haber sido una persona tan comprometida como todos los que fueron a la cárcel, al exilio o a la muerte y yo mientras tanto a salvo pero sintiéndome culpable por no haber tenido que tomar el mismo camino que ellos. Pero no fue una actitud premeditada, soy así. Del mismo modo que cuando César y Flora murieron en aquel terrible accidente ferroviario, una vez me hube decidido apenas pensé en cómo me las arreglaría para vivir con Arcadia esa niña de doce años que me había caído del cielo sin tener de ella más que alguna noticia clandestina que me mandaron sus padres una vez lograron instalarse en Toulouse pero nada más, ni una foto ni una anécdota ni una caricia ni una gracia que son las que a las tías y abuelas nos acercan a los hijos de nuestros hijos o hermanos. ¿Me alcanzaría el sueldo? Y si nos desenmascaran y pierdo el empleo, ¿qué será de nosotras? No lo pensé entonces sino cuando ya había pasado lo peor. A veces me daba la impresión de que el dinero de que disponía se alargaba sólo por el milagro de mi voluntad de resistir, eso pensaba todos los meses cuando tenía que pagar el colegio de las monjas siempre con esa sensación inmediata de tranquilizarme al haber pasado otro mes, otro mes que hemos pasado, me decía, y si he pasado dos, tres o cuatro meses seguramente podré con otros dos o tres más. Porque nada me había quedado de mi hermano que también debió de vivir con serias dificultades económicas. No tenía seguro ni de vida ni de accidentes y era un profesor auxiliar y como tal no encontré ni encontraron sus amigos ningún documento que acreditara derecho alguno a una compensación académica o por ser residente, refugiado, huido, perseguido, nada. Los libros que tenía en casa, montañas de libros que no sé cómo pudo acumular en esos pocos años de su vida en Toulouse, una pequeña acuarela de Grau Sala dedicada y un oso a cuatro patas, una escultura de granito de Emiliano Barral de tamaño medio que me pregunto de dónde habría salido, apenas alcanzaron para los gastos del entierro y los del *état des lieux*, un compromiso adjunto al contrato de alquiler por el que el inquilino ha de dejar el piso en las mismas condiciones que lo encontró al entrar con el que yo no había contado y que nos obligó a vaciarlo, pintarlo y

dejarlo en perfectas condiciones en muy pocos días. Una fortuna para mí en aquel momento. El traslado de los cadáveres desde el lugar del accidente cerca de Limoges hasta el cementerio de Toulouse había corrido a cargo de la SNCF, la Société Nationale des Chemins de Fer Français y entre los amigos que me presentaron los Ruiz y lo poco que me quedaba pudimos organizar una merienda de despedida a Arcadia que vivía al margen de lo ocurrido como si no quisiera enterarse. La veo todavía sentada sobre una gran caja llena de objetos que tendríamos que abandonar allí, utensilios de mesa y cocina, ropa de cama, mantas y muebles, porque no era cuestión de que en la frontera vieran que nos estábamos trasladando sino que por el contrario yo pretendía que nos tomaran por dos personas, tía y sobrina que viajaban con los papeles en regla pero que de ningún modo escondían un posible cambio de domicilio que habría despertado suspicacias. Allí estaba Arcadia ajena a todos estos amigos de sus padres que habían venido a despedirla que la besaban y le habían traído regalos y hojas de papel con su dirección para no perder el contacto sin moverse ni responder ni en apariencia ser consciente de que se iba para siempre de ese lugar que para ella era toda su vida. Pálida, despeinada, los ojos hundidos y la mirada perdida, era la imagen de la desolación, una imagen de la que no se desprendió en todo el viaje aunque poco a poco parecía ir tomando conciencia de lo que había ocurrido, tenía más luz en la mirada y en el color de la piel incluso el cabello iba recuperando el brillo y el rostro la expresión con la que sin saberlo pedía ayuda y consuelo hasta que finalmente ya en casa tal vez consciente de la situación estalló en sollozos.

Yo la veía crecer, me parecía que se iba haciendo a las enseñanzas que recibía en el colegio y me debatía entre la tranquilidad que me proporcionaba ver desvanecerse el peligro de una posible denuncia y la tristeza al pensar que se alejaba de las ideas que había recibido de sus padres hasta el punto de que a veces me alegraba de que ya no vivieran y no pudieran ser testigos del sometimiento de su propia hija educada en la laicidad a unas creencias que según ellos defendían, él sobre todo como historiador, habían sido responsables de nuestra miseria, atraso, sometimiento y oscurantismo. Me parecía que Arcadia iba sucumbiendo a la influencia de las monjas porque se confesaba una vez a la semana sin

mayor esfuerzo y hacía sus sacrificios como era preceptivo en el colegio, comulgaba con devoción e iba acumulando poco a poco los miedos y los terrores al pecado y al infierno. Si es cierto, me decía para consolarme, que lo que cuenta en la educación de un niño son los primeros años, si es cierto que lo que vivió y aprendió entonces, las ideas que le inculcaron, el cariño que recibió y el ambiente que la acogió es lo que definitivamente ha de marcar su vida de nada sirve que me preocupe porque habrá de llegar el día en que renazca y brote lo que entonces se sembró en su mente y en su corazón. O más aún, ¿de qué puede servir intentar que no acepte ni de pensamiento ni de corazón lo que le están inculcando ahora? Preguntas que me hacía a todas horas en aquellos tiempos tan poco acostumbrada como estaba a tener responsabilidad sobre una niña que además era mi compañera. Al fin y al cabo yo no era más que su tía, ni siquiera me había visto nunca con sus padres y el ascendiente que logré tener sobre ella fue un trabajo de convivencia y cariño cotidianos.

Para mi sorpresa el sometimiento a las monjas duró poco, hasta los trece o catorce años creo recordar y alejó definitivamente de mí y de nuestra relación el espectro de una posible y súbita conversión a la moral y la fe cristianas como las que habían impregnado a toda una sociedad que yo misma había conocido tan laica y tan fervorosamente contraria a nuestra historia de sumisión religiosa. No fue de forma ostentosa sino natural y general mediante pequeños detalles como me lo descubrió ella misma una noche de marzo cuando me contó como si hubiera comprendido que era cierta la amenaza que pendía sobre nosotras que seguía comulgando y rezando porque veía que no podía actuar de otra manera, que no había sido tan ingenua como yo había creído sino que seguía pensando lo mismo que pensaba cuando vivían sus padres como demostraba, dijo con enternecedora ingenuidad, lo contenta que había estado con la huelga de tranvías que vivíamos precisamente aquellos días, que había comenzado el primero de marzo de 1951 y que aún duraba al cabo de una semana, y lo mucho que disfrutaba viéndolos subir y bajar vacíos por las Ramblas cuando iba al colegio. No pude por menos que reírme, pero me sorprendió que incluso espontáneamente, sin ninguna reflexión previa, su mente de niña asociara la resistencia que le provocaban las creencias religiosas que le imponían en el

colegio con aquella libertaria subversión ciudadana, la primera que habíamos conocido desde que llegaron los sediciosos.

Habían pasado seis años y desde entonces, acercándonos cada día un poco más, caminábamos juntas al paso del tiempo, con dificultades de dinero que lográbamos superar. Que lograba superar yo, porque no creo que ella se diera cuenta de los malabarismos que había que hacer para no endeudarnos, encontrar un poco más de comida de la que nos daban los cupones de racionamiento, ir al colegio y comprar zapatos cada pocos meses porque Arcadia crecía a ojos vistas y siempre parecía que los vestidos, el uniforme, los camisones y los zapatos le venían chicos. Es cierto, tal vez no se daba cuenta de tantas angustias pero aun así se sintió muy orgullosa cuando ya en el primer curso del conservatorio le fue concedida una beca que le permitió seguir con los estudios superiores de viola. Al año siguiente la obtuvo también en solfeo y teoría de la música y al otro, en armonía, composición, historia de la música y todas las demás asignaturas de tal modo que sus estudios en el conservatorio dejaron de socavar nuestro presupuesto. Sí, ayudaba también, venía cargada con una disciplina para el estudio que ella misma se imponía de una forma tan natural que me dejaba sorprendida, incluso esa absurda monja que dirigía el bachillerato en el colegio, una tal hermana Engracia, lo admitía:

—Es una pena que tenga el sentido moral tan poco desarrollado —me dijo un día, con la voz nasal de su nariz respingona—, porque es una estudiante excelente.

Y fue Tobías quien más influyó en mantener ese bagaje de interés, el que más la animó a fundar un trío de música con sus amigos pensando siempre en un cuarteto cuando se pudiera. Habíamos creado una complicidad de muy distinto signo entre los tres que no distorsionó sino que por el contrario afianzó la cada vez más fuerte alianza de comprensión y ternura que se había creado entre Tobías y yo, ya muy intensa cuando Arcadia se había instalado en casa hasta tal punto que yo asistía incrédula a la dulzura y sosiego que su presencia había introducido en mi vida. Cuando conoció a Javier y al cabo de muy poco comenzó a hablar de boda vi aparecer el fantasma de la soledad y a partir de entonces fui mucho más a

menudo a casa de Tobías como si le hubiera perdido el miedo a que algún vecino nos denunciara acusándonos de compartir su casa sin estar casados.

No pasará nada, me decía yo, no me pasará nada a mí ni a Tobías ni a Arcadia, a la que veía día a día más pletórica y más feliz como si la experiencia me garantizara que me había vuelto invisible para las autoridades y Tobías conmigo y Arcadia con nosotros. Comenzaba a perder el miedo o tal vez me había acostumbrado a la situación que tanto me hizo sufrir al principio. Ya se sabe que también nos acostumbramos al sufrimiento y con esa costumbre se liman las asperezas y vamos aprendiendo a vivir con un miedo que, por estar tan presente, ha dejado de ser un enemigo y a veces incluso nos ha hecho compañía como si nos avisara de todo lo malo que nos puede suceder.

Tobías y yo hablábamos a menudo de Arcadia cuando era todavía una niña y de mi responsabilidad en su educación cuando dejó de serlo pero no sabíamos cómo actuar para que esta voluntad de educación fuera efectiva. Nos debatíamos entre lo que creíamos y habíamos defendido y lo que podía ser mejor para ella en ese momento y en esa situación obligada primero a educarse en un colegio religioso y luego tal como veíamos que sería el futuro a vivir en un ambiente tan alejado de lo que queríamos enseñarle que llegamos a pensar, yo por lo menos, que de nada le serviría a su edad hacerle comprender que había otro mundo de creencias más real e infinitamente más rico.

—Pero ¿no será mejor que sepa desde niña lo que es bueno y malo, lo que es justo y equivocado? —decía Tobías.

—Sí, pero no sabemos cómo va a reaccionar y tal vez le provoque tal confusión que luego le sea muy difícil continuar en este país.

—No podemos saber lo que ocurrirá. A lo mejor decide algún día volver a Francia, no desaparecerá tan rápidamente lo que aprendió de sus padres siendo una niña y en cualquier caso la confusión de la que hablas podría llegar un día u otro.

A veces tenía miedo de que se estuviera metiendo en un callejón sin salida, su vida se centraba únicamente en Javier y en sus ensayos de viola sin otros amigos ni otros intereses como no fueran por motivos profesionales los del trío que comenzaba a funcionar muy lentamente.

—No tenía amigas en el colegio, ni las tiene ahora ni veo que se mueva en un ambiente que le dé confianza, es decir, en ningún ambiente. Sí, están muy unidos ella y Javier, lo sé, no hace falta que me lo digas porque lo veo pero no todo en la vida es amor, hace falta un entorno que ella no tiene, creencias o ideas compartidas y de ahí la seguridad, esas raíces que yo no veo que haya echado en esta ciudad en los años que lleva en Barcelona ni cuando iba al colegio ni ahora que está con Javier como si Javier no hubiera sabido o podido transmitirle su vínculo con la ciudad o tal vez es que ella no se ha dejado o no ha sabido recibir lo que él le ofrecía o quizá es Javier quien no puede porque también él empieza a dudar del mundo en que vive y cada vez lo ve más lejano, más extraño; no sé, tal vez exagero y no es para tanto... Pero no dejo de pensar en ello.

A mi modo de ver Tobías tenía una confianza excesiva en una chica que no había cumplido aún los veinte años sin ninguna experiencia ni en hombres ni en nada y por más que lo intentaba no siempre lograba devolverme la tranquilidad:

—A su edad ya sabe lo que tiene que hacer, sería un insulto considerarla una niña. Lo único que nosotros podemos hacer por ella es usar nuestro sentido común, poner en práctica nuestra ideología y darle todo nuestro cariño y apoyo por difícil que nos parezca, por difícil que sea. Y eso es lo que estamos haciendo.

Fue a partir del día que conocimos a Javier cuando se recrudeció nuestra inquietud. No por él, decía yo, que no puede ser más encantador y parece una buena persona sino por pertenecer a un ambiente que además de ser distinto es casi contradictorio con el de Arcadia como decía Tobías, es decir, con nosotros.

—Vivir en una familia como la suya también te condiciona, te hace a sus usos y creencias por más que no lo quieras.

Y recuerdo que un día que habíamos estado discutiendo sobre lo difícil que era para la mujer en este régimen en el que vivíamos con las exigencias morales de la vida familiar y también de la laboral teniendo que defender sus derechos, lo arduo que podía resultarle a Arcadia darse cuenta ella misma del pozo en el que se encontraba Tobías sacó a colación mis propias palabras para explicarme lo que quería decir:

—Tú siempre dices que a una mujer le cuesta encontrar el camino de la libertad si ha vivido esclavizada por la religión o por la tradición o por los respetos humanos vengan de donde vengan porque el camino que ha de recorrer no comienza desde cero sino muy por debajo del cero, en el menos diez o el menos veinte. Pues lo mismo ocurre si vives en una familia y en un ambiente como el de Javier, de ricos, vencedores fieles al Régimen por convencimiento con todo lo que ello supone desde el punto de vista social, moral, incluso religioso. Lo difícil que ha de ser desprenderse de todo eso y de la visión del mundo que ellos defienden y te han inculcado desde el nacimiento.

—Pero a Javier no parece importarle que Arcadia sea más pobre que las ratas, por lo menos en comparación con la gente entre la que se mueve —dije.

—No, no parece importarle a él ni tampoco a ella, pero un día u otro surgirán dificultades entre ellos o con la familia, y no por ello dejará de creer en lo que cree y ser lo que es. Pero si quiere ver el mundo como lo ve ella, tendrá que comenzar también desde menos veinte o menos treinta. Hoy no lo sufrirán, pero llegará un día en que el foso se hará más ancho y es posible que sea ese foso el que los acabe separando.

—A lo mejor —dije yo con un atisbo de esperanza—, a lo mejor no son tan ricos, nosotros los vemos así porque nos lo parecen desde nuestra precariedad, pero...

—Son riquísimos —se apresuró a responder Tobías—. Es más, día a día siguen aumentando su riqueza.

—¿Qué quieres decir, que se hicieron ricos con el estraperlo?

—No se hicieron ricos sólo con el estraperlo, son ricos desde hace varias generaciones y ahora no han hecho más que incrementar su riqueza con el estraperlo y con todas las prebendas que recibieron y que reciben de los vencedores. —Tobías hablaba de vencedores, sediciosos, fascistas, nunca de nacionales o del Régimen como todo el mundo—. No olvides que cuando el golpe militar ellos como gran parte de la burguesía catalana si no toda se pusieron del lado de los golpistas y eso les dio una situación privilegiada, ya sabes, entre ellos se conocen o al menos se reconocen aunque no se hayan visto nunca. Y los privilegios no son del orden de un



estraperlo como el que conocemos o como el que me contaste que veías desde el tren que os trajo de Toulouse, cuando aprovechando que aminoraba la marcha al llegar a la entrada de Barcelona la gente echaba los sacos de patatas, de tabaco, de lo que fuera por las ventanillas y bajo ellas una legión de brazos los recogían y los llevaban a buen recaudo y aparecían luego en las tiendas de los barrios o en el exterior de los mercados o incluso bajo las faldas de las mujeres espachurradas en las esquinas de las calles más populosas. No, no me refiero a esa clase de estraperlo.

—¿Te refieres a la ruleta marca Straperlo que formó aquel brutal escándalo en el 33 durante el gobierno de derechas que le costó la caída y la debacle al partido radical?

—No, aquello fue otra cosa, me refiero al estraperlo de los ricos o llámalo como quieras, al tipo de negocio que ahora mismo se hace en todos los ámbitos de la actividad comercial de la nación. Y no de patatas sino de tejidos, de confección de uniformes, por ejemplo. Un beneficio añadido al de un pedido oficial que consigue un fabricante de tejidos para que confeccione miles de uniformes para la tropa o la policía. Cuesta muy poco una vez conseguidos los cupos en número muy superior al del tejido necesario, fabricarlos y vender a precios por las nubes los metros o kilómetros sobrantes. Es un ejemplo pero todo funciona del mismo modo. Se empieza por obtener cupos gracias a privilegios o influencias y desde allí se monta el negocio, siempre a lo grande. Hay carestía de todo, ya sabes, o sea que da igual el precio al que vendas, siempre habrá un comprador. Cupos y más cupos, todo va por cupos. Consiga vaya usted a saber cómo la confección de miles de uniformes de policía y soldados.

—Yo creía que Darío Costa, el padre de Javier, era fabricante como su padre, del que había heredado la fortuna y las fábricas de tejidos que el abuelo tenía en Sabadell.

—Sí, claro, el abuelo dejó una pequeña fábrica en desuso durante la República pero que tuvo cierto auge tras las colectivizaciones. Fue entonces cuando toda la familia, abuelos, padres, todos, incluidos Javier y su hermana, pasó a Francia y de allí a San Sebastián como tantísimos burgueses catalanes. Creo que Darío, el padre, luego se fue a Burgos y malas lenguas dicen que entró en Barcelona el 26 de enero por la Diagonal

con los vencedores vestido con el uniforme de la legión y el brazo en alto. Pero tal vez sea una exageración.

—¿Te acuerdas del chiste que contaban en voz baja aquellos médicos antes de pasar la frontera camino del exilio cuando ya se había acabado la guerra? ¿Cómo se llamaban? Eran primos, ¿no te acuerdas?

—No, no me acuerdo, yo ya no estaba.

—Sí, eran amigos de unos amigos de César y estuvieron escondidos en casa de los Solana, ¿sabes quiénes digo? Él tenía una hermana monja y eso los salvó porque los dos eran maestros, y la hermana salió en su defensa cuando los quisieron detener.

—¿Y fueron los Solana los que escondieron a los médicos?

—Bueno, sólo hasta que logramos facilitarles la huida, llegaron a pie a Francia pero pasando por Huesca, por un camino entre Benasque y Bagnères-de-Luchon porque Le Perthus y Portbou ya no aceptaban más refugiados, ya sabes lo bien que se portaron con nosotros los franceses.

—Luchon también es Francia.

—Sí, pero también después de un camino de agonías y sabiendo lo que les esperaba al llegar.

—No fueron sólo los franceses los que se portaron mal, también los ingleses y los americanos, pero cuéntame el chiste.

—Al parecer había una anciana que se había pasado la guerra oyendo el parte de radio en el que se llamaba a los nacionales «la bestia fascista», y cuando entraron en Barcelona cargados con sacos de pan que los ciudadanos llevaban meses sin comer, la vieja se subió a un banco de la Diagonal aplaudiendo y chillando a voz en cuello: «¡Viva la bestia fascista, viva la bestia fascista!».

—Podría no ser un chiste —dijo Tobías sonriendo.

—Acábame de contar lo de los Costa.

—Ya está todo dicho; la fábrica o las fábricas fueron recuperadas al terminar la guerra y ahora por haber sido tan afecto al Movimiento Darío tiene prácticamente como único cliente al ejército. No hace más que conseguir licencias, llámalas cupones o cupos si quieres, para adquirir materiales.

—¿Ahora también?

—Sí, claro, ahora más que nunca, ya se va estabilizando en el país una forma de comerciar mucho menos elemental que aquellos metros de más del pedido de los uniformes porque ahora se hace no sólo con los tejidos militares sino con toda clase de materiales intervenidos. Una vez conseguida la llave de las licencias y de las influencias es fácil pasar de ser el receptor de cupos de tejidos al de los coches por ejemplo. ¿Por qué crees que tienen tantos coches en esa casa?

—No sé los que tienen, la verdad.

—Lincoln y Mercury que yo sepa, directamente llegados de Estados Unidos, supongo, además de un Ford espectacular. Y de un Opel utilitario de los que acaba de llegar una gran remesa.

—Te gustan los coches, ¿no?

—Claro que me gustan —dijo, pero no perdió el hilo de su discurso—. Darío Costa también se dedica a la construcción sobre todo en los barrios periféricos que se van llenando de la gente que llegó con el hambre de los cuarenta o huyendo de un pasado rojo que se instaló y aún se instala en barracas en torno a la ciudad, en Montjuich, en el Somorrostro, el Campo de la Bota, la barracas del Carmelo o en cualquier lugar donde haya un terreno que nadie reclama. Poco a poco también ellos desean mejorar y los que encontraron trabajo quieren comprar un piso, esa nueva forma de tener vivienda que en países como Venezuela ya empieza a ser habitual y a la que llaman de «propiedad horizontal» un poco rara aún para los ciudadanos de este país que estamos acostumbrados al alquiler, y un negocio nuevo que nadie sabe adónde nos llevará porque parte de la necesidad de obtener créditos que los bancos han de conceder a los que compran y no está claro a veces cómo podrán devolver el dinero a un interés tan alto; piensa que ahora mismo están cobrando el veinte, el veintidós o el veinticinco por ciento. Bueno, es un negocio aún en pañales, pero allí está él, el todopoderoso Darío Costa y Bofarull, capaz de dar por finalizado un complejo de muchos bloques de pisos en barrios miserables de las afueras sin haber construido todavía las infraestructuras necesarias, con las calles sin asfaltar y sin alcantarillas. Él nunca aparece como propietario de estas empresas sino que funda sociedades cuyo consejero delegado es Santiago Belmonte o cualquiera de los abogados de su bufete, que son los que dan la

cara. El bufete es lo de menos, él domina el Colegio de Abogados, cuyos miembros lo eligieron consejero del Reino. Así es como controla el poder judicial y el de los negocios, sin contar con la gran influencia que sigue teniendo en el Ayuntamiento desde que fue nombrado alcalde, el primero del Régimen, recién acabada la guerra. Ahora anda interesado en adquirir los terrenos del campo de Las Cortes, del club de fútbol Barcelona, para una gigantesca operación inmobiliaria, que aunque fueron declarados zona verde no creo que eso importe demasiado. Son muchos los que optan a la compra y todos los rumores lo dan a él como ganador porque es íntimo de José María Porcioles, que casi seguro será el próximo alcalde de Barcelona, que a su vez lo es de Torcuato Fernández Miranda, procurador en Cortes, director general de Enseñanza Universitaria y uno de los miembros más influyentes del Régimen. Si hurgas, acabas viendo que Darío Costa está siempre detrás de todo.

Cuando se ponía a hablar de los grandes del Régimen, Tobías era capaz de conectar cualquiera de sus actividades públicas con negocios a gran escala, posibles por las influencias que tenían o las prebendas que recibían. Para mí, que no conocía a casi ninguno de ellos ni sabía qué cargos ocupaban ni a qué se dedicaban ni cuáles eran los privilegios de que disfrutaban ni las influencias a las que tenían acceso, me parecía todo un gran embrollo, no porque no quisiera saberlo por la cobardía y el miedo que nos provoca la descomposición del poder, sino porque era tan difícil para mí aprenderlo y retenerlo que me tranquilizaba que fuera él quien guardara en la memoria la macabra red de putrefacción que nos envolvía a todos. Y sólo me quedaba con el rumor más popular.

—Es verdad, ya no recordaba que había sido alcalde de Barcelona, pero lo fue durante muy poco tiempo, creo recordar.

Tobías retomó el hilo de sus explicaciones:

—Fue alcalde de Barcelona con la Victoria pero dejó el cargo en el 42 para ser procurador en las Cortes Españolas puesto que le correspondía precisamente por haber sido alcalde. En aquella época fue muy activo en la Comisión Legislativa y desde 1947 primero como uno de los dos representantes del Colegio de Abogados y más tarde por designación del jefe del Estado es consejero del Reino. Todo esto le sirve para sus negocios

que se centran en un foco importante que hoy día está radicado en Sitges, en el sur de Barcelona. Hay otro foco en Caldetas, en el Maresme y ahora está creciendo el de La Ametlla del Vallés, hacia el interior, donde está la burguesía más católica y catalanista y por tanto más difícil de detectar. Tú observa dónde se construye o dónde hay un proyecto de construir carreteras en este país que tiene una lamentable estructura viaria, peor aún que antes de la guerra, y sabrás dónde tienen casa y cuartel o dónde pasan el verano los ricos del Régimen.

Se detuvo un momento como concentrándose en lo que iba a proclamar. Le gustaba añadir a sus denuncias una teoría política casi siempre demoledora.

—La corrupción legalizada pasa de padres a hijos y de éstos pasará a los nietos y no tendrá fin porque no sólo no hay respuesta judicial y oficial a ello, sino que se ha constituido en una manera de sobrevivir, de medrar y de gobernar profundamente arraigada en el capitalismo, incluso en un capitalismo tan macarrónico como el de Franco. Su desarrollo hacia formas más sofisticadas que no podemos ni imaginar hoy, no lo dudes, llegará porque por años que pasen si no hay un cambio brusco y radical, que no lo habrá tal como van las cosas, ya nadie podrá arrancar de la sociedad esta permisividad en el delito económico.

—Entonces, ¿por qué sigues luchando?

—Digamos que me tomo la justicia por mi propia mano —pero no había vindicación en su voz sino casi conformidad con su destino de derrota. Cambié de tema para no ver cómo se contenía porque había una parte de su ser y de su proceder donde yo no tenía entrada, y estábamos en el límite de lo que nunca se permitió franquear.

—Y Javier, ¿sabe todo esto?

—Si no lo sabe es que no lo quiere saber o tal vez como ha vivido siempre con ello le parece natural porque toda la ciudad y creo que el país también conoce aunque sea vagamente esos manejos y el de muchos otros por supuesto aunque nadie lo comente en voz alta.

—Quizá algo comienza a ver o a intuir de forma más crítica al menos porque dijo que estaba buscando un bufete donde trabajar cuando acabara la carrera en lugar de incorporarse al de su padre.

—Sí, es posible —respondió con escepticismo—, pero es muy difícil que un hijo de ese hombre tenga las ideas claras. Cuando se ha vivido en la riqueza exagerada y se ha hecho con naturalidad, como si así fuera para todos, o para los que se lo merecen —que es lo que ellos defienden con el pretexto de su moralidad, su inteligencia o su capacidad de crear riqueza— la visión equilibrada de lo que ocurre en el mundo queda oculta por la creencia cotidiana de que lo nuestro es mejor. Tal vez algún día lo vaya comprendiendo todo pero para ello tendrá que desmenuzarlo, hacerlo trizas, destruirlo a su manera o a la manera tradicional y eso requiere una lucidez y una fuerza poco comunes. No sé si la tendrá o si tendrá la necesidad de pasarse a la otra orilla por decirlo así. Ya se verá.

De pronto comprendí que me había dado una información demasiado meticulosa y pormenorizada sobre un asunto que no tenía por qué conocer con tanto detalle y dejé de pensar en Javier impulsada por un torbellino de curiosidad que estalló en una pregunta que solté abruptamente:

—Y ¿tú cómo sabes todo eso?

—Inés, querida Inés —me enternecía cuando iniciaba un discurso de este modo, yo sabía entonces que iba a darme la clave de lo que hasta entonces había sido borroso e inexplicable para mí—, conozco esta ciudad y aunque los que ahora viven en ella y los que mandan y los que cuentan no tienen por qué ser los mismos que los de antes que vivían agazapados luchando por recuperar el poder los canales por los que fluye el dinero y la información sí lo son. Ésos nunca mueren, nunca pierden, nunca desaparecen. Deberías saberlo. O suponerlo al menos.

## LA MEDIDA DE TODAS LAS COSAS

*Dona'm la mà que anirem per la riba  
ben a la vora del mar bategant,  
tindrem la mida de totes les coses  
només en dir-nos que ens seguim amant.*

[Dame la mano, vamos por la orilla  
muy cerca del mar palpitante,  
tendremos la medida de todas las cosas  
tan sólo con decirnos que nos seguimos amando.]

JOAN SALVAT-PAPASSEIT

La boda se celebró el 26 de abril de 1957 en la parroquia de los Santos Justo y Pastor, no totalmente rehabilitada ni reconstruido el ábside, pero cubiertos los altares y las paredes con tal profusión de flores blancas que los altos muros ahumados aún quedaban en un segundo plano apenas perceptible.

La posguerra no había terminado todavía, decía tía Inés, no al menos para los ciudadanos ni para los exilados, ni para la miseria y la censura, ni para los salvoconductos, ni siquiera para una economía que trastabillaba de una opción a otra sin avanzar haciendo esfuerzos por alcanzar el nivel de «antes de la guerra», una expresión que se utilizaba para referirse a la época de las vacas gordas aunque en palabras de los dirigentes políticos y en la mente de los adeptos al Régimen bastaba para intentar convencer de lo contrario a la población que silenciosa y atemorizada no lograba levantar cabeza. Eso decía tía Inés.

Y era cierto, pensaba yo, porque creía todo lo que tía Inés decía. Pronto me di cuenta de que la posguerra no había terminado para las multitudes pero sí, hacía ya mucho tiempo, para los que como los padres de Javier y

sus amigos habían puesto sus fortunas y a sí mismos al servicio del dictador, quien les había recompensado con creces económicas y sociales por su fidelidad a los principios del Movimiento tanto en los gestos y las palabras como en su total compromiso.

—No es exactamente así, Arcadia —decía Javier—. Has de comprender que a todos ellos, a los conservadores, de ningún modo podía gustarles que se quemaran iglesias. Se pusieron a favor del golpe de Estado en el 36 como consecuencia del desorden, del caos, de la persecución de empresarios a muchos de los cuales se les descerrajó un tiro en la nuca.

Era la primera vez que se refería a la sublevación de Franco como a un «golpe de Estado», había dejado de llamarlo como hasta entonces, el «alzamiento».

—Pero eso ocurrió como respuesta al golpe y a la represión que los sediciosos —decía yo porque así los llamaba siempre mi padre— impusieron en los territorios conquistados. Las noticias sobre las brutales represalias contra los que habían jugado sus opciones políticas de forma legal en una democracia llegaron a las ciudades y pueblos que habían permanecido fieles a la República al día siguiente del golpe y hubo muchos que se tomaron la justicia por su mano, es cierto, y fue un descontrol pero no por responsabilidad del Gobierno ni de la Generalidad en el caso de Cataluña..., el Gobierno nada tuvo que ver.

—No hables tan alto, Arcadia, nos van a oír y tendremos problemas.

—¿Ves a lo que nos han llevado?, ni siquiera podemos expresar lo que pensamos. —Y bajaba la voz porque tenía el mismo miedo que Javier aunque no me callaba sino que hablaba con seguridad y sin embargo algo había en mi voz que sonaba demasiado a las ideas de mi padre que brotaban del fondo del olvido como si hubieran estado durante todos estos años ocultas en un agujero negro de mi memoria y ahora, accionadas por un resorte que yo ni siquiera sabía de dónde procedía ni qué lo había puesto en marcha, estallaban para hacerse oír tal vez porque nunca pudieron hacerlo cuando moraban en el hombre que había dejado esta labor por cumplir. Y ahora yo en su nombre razonaba con su convencimiento, sí, pero también con la desazón de quien sabe que sólo conoce la superficie del argumento



que defiende como si fuera descubriendo poco a poco que no era yo la que hablaba por más convencida que pudiera parecer.

—Pero ellos no conocían esas represalias, ellos sólo veían el caos, los altercados, la persecución contra la religión y los religiosos. Y contra la propiedad, todo hay que decirlo.

—¿Cómo que los conservadores, las clases altas no conocían las represalias? ¿Sólo las conocían los obreros?

—Arcadia, fue todo muy complicado, yo no soy del Régimen como mi padre pero entiendo lo que les ocurrió a él y a los suyos.

—Porque tú eres uno de ellos. Yo no lo soy.

—Arcadia, Arcadia...

El melancólico tono de voz con el que repetía mi nombre me hacía comprender que no quería continuar una conversación a la que nunca encontrábamos salida. Tanto él como yo no sabíamos más que lo que nos habían enseñado y lo repetíamos una y otra vez en defensa de una posición más ciega que otra cosa. Yo tampoco quería continuar pero me dejaba tentar por un tema tan recurrente aunque nunca fue tan explícito como ese día por más que ni él ni yo nos hubiéramos movido de ese nivel superficial —lo que habíamos oído, lo que flotaba en el ambiente en que habíamos crecido, en el paisaje intelectual e ideológico donde todavía vivíamos— porque carecíamos de un soporte con un contenido racional e intelectualmente consolidado ni siquiera aprendido que diera fuerza a nuestros argumentos y pudiera alimentar el debate. Así, en lugar de encontrar un punto de encuentro o de comprensión, lo único que lográbamos con esas discusiones era afianzarnos en nuestras posiciones que eran cada día más radicales, más formalmente radicales, claro, en uno y otro sentido.

Yo conocía ciertos hechos que repetía sin cesar porque flotaban todavía en mi conciencia al mismo tiempo que lo hacía en mi recuerdo la dulzura de las riberas del canal del Midi donde mis padres me llevaban a pasear las tardes de los días de fiesta en primavera para hablar una vez más de los hechos luctuosos que habían vivido y que vivían aún en su memoria aunque iban perdiendo con los años la crispación y el dolor de los primeros tiempos para convertirse poco a poco en elementos que ratificaban los fundamentos de su ideología. Esta misma ideología que yo llevaba vagamente en mi

conciencia desde entonces y que no había podido anular ni oscurecer ni desviar la que las monjas habían luchado por imponerme en el colegio. Algo había también de fidelidad en lo que defendían mis argumentos, fidelidad a mi familia, a mi infancia. Frases de mi padre que aparecían diáfanas y definitivas en el marasmo de luces y sombras que pululaba en mi mente: «La diferencia estriba en que lo que ocurría en tierra de golpistas, delitos y asesinatos, se hacía en nombre de Dios y de la ley mientras que en la nuestra, la de la República, se debía al descontrol, tal vez a la debilidad del Gobierno».

Era un día de abril soleado y húmedo. Ráfagas de viento llenaban el aire de ese olor a mar característico de Barcelona que aun sin verlo se siente tan cercano. En el cielo, las nubes altas arremolinadas en bandadas o en rebaños se precipitaban en desorden hacia el horizonte entre reflejos de luz y manchas de sombra. Había llovido el día anterior y la ciudad había amanecido limpia, brillante, casi transparente. Con la música del Trío n.º 2 en mi bemol mayor de Schubert, que yo misma había elegido, con Laura al violín, Daniel al chelo y Luis Camarero, un amigo del conservatorio, al piano, entré en la iglesia del brazo de Tobías, Tobías Margenat, mi tío, un primo de mi madre les había dicho tía Inés a los padres de Javier que lo habían aceptado con cordialidad tal vez más por compensar el trágico y equivocado destino que atribuían a mis padres que por expreso convencimiento de que fuera la persona adecuada para llevarme al altar.

Entre risas y bromas de los dos tía Inés lo había disfrazado con un elegante chaqué alquilado en una tienda de vestuario de teatro de la calle Hospital que le daba un aspecto de lord, parecía que el conde de Dorincourt, el abuelo en la película *El pequeño lord Fauntleroy*, hubiera dejado su retiro en el campo donde el aire le había bronceado la cara y por una vez hubiera abandonado su jersey de codos agujereados y sus pantalones de pana gastados en las rodillas y las posaderas para vestirse de etiqueta. Era delgado y muy alto y en nada desmerecía del distinguido y altivo porte del padre de Javier, más llamativo, más atractivo quizá que Tobías, vestido con un chaqué mucho más nuevo del que sobresalía como un adorno

principesco el cuello almidonado de su camisa de seda immaculadamente blanca y un chaleco adamascado en oscuros tonos plateados. Era la imagen misma de la seducción; alto también y de caminar pausado lucía las sienes plateadas y a su edad ni siquiera acusaba los primeros signos de calvicie. Tenía grandes ojos negros que según la familia Javier había heredado aunque yo era incapaz de verlo de otra forma que no fuera la de aquella primera impresión el día que lo conocí, una mezcla de elegancia y altanería y una desenvoltura en el porte y en el habla que no lograban ocultar el aire de persona despiadada que tanto debía ayudar a la fama de político con la autoridad implacable que se le atribuía en la ciudad sin olvidar la evidente pátina de ideología adicta al Régimen que me pareció con todo lo más convincente de su persona. Pero a veces se dan combinaciones perfectas de partes imperfectas. ¿Cómo podía tener Javier ese aire tan celestial siendo hijo de quien era? Parecía imposible que tuviera algo que ver con él. Cada vez que íbamos a comer o a cenar a Pedralbes yo procuraba alejar de mi mente su mal disimulada oposición a nuestra voluntad de estar juntos, de casarnos a nuestro modo, de vivir nuestra propia vida, la causa real de tanta y tan profunda antipatía como me provocaba su sola presencia.

Su madre, en cambio, parecía más cercana, más dispuesta a aceptarme, tal vez porque tenía un rostro amable y unos gestos pausados de manos y brazos dispuestos a acoger a quien se le acercara para saludarla. Tenía un hermoso tono de voz que con múltiples inflexiones y modulaciones utilizaba para dar consejos de todo tipo, nunca para opinar o para preguntar, como una sabia estratagema que evitaría por todos los medios que la conversación se adentrara en un ámbito donde podían producirse enfrentamientos o discusiones. Y tal vez por esta faceta de ángel del hogar, portadora de la paz y ejemplo del saber estar y recibir, y no sólo porque fuera siempre perfectamente vestida, maquillada y peinada, despertaba admiración y envidia. A mí me parecía el prototipo de la mujer de la alta sociedad, una sociedad que yo no tenía ni idea de cómo era.

Avancé por el pasillo del brazo de Tobías enfundada en mi vestido blanco de seda y envuelta en un vaporoso velo de tul que no caía por su propio peso como habría hecho de haber sido tan largo como quería tía Inés, sino que se movía en torno a mi cabeza empujada su liviandad por la leve

brisa que provocaba el ir y venir de mi rostro y de mi mirada a un lado y a otro de los repletos bancos de la iglesia, tal como me había conminado a hacer en el ensayo de la ceremonia del día anterior, Gertrudis, la madre de Javier, como muestra de atención hacia los invitados y elegancia personal, había añadido en tono de experta.

Todo aquello me resultaba muy extraño. Veía a los invitados a medida que avanzaba y notaba el brazo de Tobías apretando contra su costado mi mano agarrada a él, como si presintiera que yo había de salirme del papel de novia que se me había asignado y así pudiera evitarlo. Pero no me aparté de ese papel como si realmente estuviera convencida de lo que hacía, tal vez porque entonces no tenía las cosas tan claras como las vi más tarde y porque deseaba ardientemente creer en lo que hacía, llevar ese precioso vestido de novia y entrar en la iglesia llena de invitados y repleta de flores blancas hasta en la última rendija de los altares laterales.

—¿Por qué tenemos que montar toda esta ceremonia? ¿Por qué no nos casamos tú y yo? Que asistan tus padres si quieren y mi tía, pero no ese ejército de invitados que llenarán la iglesia y con los que después tendremos que soportar un interminable banquete. Y ese traje blanco de maniquí, ¿por qué tengo que ponérmelo?

—Estarás muy guapa, ya lo verás, todas las novias lo están. Y además —añadió con ironía— ¿el blanco no es el color de la pureza?

Yo también sonreí y no insistí aunque cabeceé asintiendo sin demasiada convicción porque ya habíamos decidido que nos someteríamos a los dictados de su familia.

—Al fin y al cabo tienes que comprenderlo soy el único varón, el heredero, el último en casarse, todos esperan de mí que lo haga como es debido —me había dicho Javier cuando conocimos las exigencias de su familia—. No se tomaron muy bien que no quisiera hacer las milicias universitarias ni ser alférez de complemento, tampoco acaban de comprender que quiera ser independiente en el trabajo y todavía entenderán menos cuando lo sepan que me haya comprometido a entrar en otro bufete donde comenzaré a la vuelta de nuestro viaje. Ahora sólo faltaría que no me casara como Dios manda. Los dos queremos casarnos, tenemos que hacerlo,

no podemos seguir así. Y de todos modos por pesado que nos parezca soportar la ceremonia no durará más que un día y luego seremos libres.

Era cierto, queríamos casarnos, debíamos hacerlo, no podíamos seguir así, tenía razón Javier. En los primeros tiempos y durante muchos días habíamos vivido en la constante zozobra de que tía Inés entrara en casa y nos sorprendiera desnudos o medio desnudos, arrimados a una pared o tumbados en el suelo; ni los oídos oían ni los ojos veían otra cosa que nuestros propios cuerpos hechos un revoltijo en una inmitigable búsqueda de más placer, de más unión como si la experiencia de tantos días no nos hubiera demostrado que ni tía Inés entraría sin dar señales de que iba a hacerlo ni nosotros nos iríamos sin haber conseguido un hito en cada nueva embestida. Lo sabíamos pero lo que más nos conmocionaba, nos excitaba y nos hacía buscar nuevas caricias y precipitar otros engarces era la posibilidad de que algún día olvidara que podría encontrarnos desnudos y ciegos. De hecho no era ella la culpable de nuestras prisas y nuestras angustias sino nosotros mismos.

Además teníamos ese miedo cervical al embarazo que al principio solucionábamos como podíamos, hasta que Javier fue un día a Perpiñán, a un ciclo de cine sobre Jean Renoir y trajo un cargamento de supositorios vaginales que aunque no seguros del todo de su eficacia al menos nos daban cierta tranquilidad. ¿La moral? ¿Pesaba en nosotros la moral?

El primer beso apenas unos días después de conocernos nos había dejado desconcertados con el deseo intacto y en un agobiante estado de exaltación. Era de noche y la portera se había marchado apagando las luces y echándonos como siempre una mirada torva cargada de reproche. A oscuras Javier había entrado conmigo y nos habíamos detenido en el primer peldaño de la escalera. Me cogió la mano y con los ojos fijos en los míos, lentamente como si fuera pidiendo permiso y consiguiéndolo a medida que avanzaba disminuía la distancia que nos separaba. Yo veía cada vez más distorsionado su rostro por la creciente cercanía hasta que la visión se me echó encima y me obligó a cerrar los ojos. En ese momento tal vez movida por la complicidad que no nos había abandonado un instante desde el día que nos sentamos juntos en el banco de la plaza por primera vez abrí también levemente los labios para recibir los suyos apaciguando el leve

jadeo de su respiración. Temblábamos los dos quietos, centrados en la sensación de nuestros labios que extendía una excitación desconocida hasta entonces por todo el cuerpo. Con la misma lentitud sus brazos se fueron cerrando sobre mí y los míos sobre él, nuestros cuerpos entraron en contacto desde el cuello que yo había encajado en el hueco de su hombro, hasta el empeine de los pies que se habían puesto de puntillas en un movimiento instintivo para encontrar la igualdad y así estuvimos un instante fugaz hasta que un portazo en el piso superior nos devolvió al primer peldaño que yo aún no había acabado de subir. Oímos los pasos que bajaban la escalera y yo sin dejar de mirar su imagen a contraluz inicié lentamente la subida hacia mi casa. Pero la excitación no se detuvo con el descanso de la noche ni con el canto de la viola durante toda la mañana siguiente como si la espera de lo que había de llegar fuera incrementándola de tal modo que cuando al otro día llegué al muelle del puerto donde nos habíamos citado comenzamos a correr en cuanto nos vimos como si lleváramos meses sin vernos. El contacto de nuestros cuerpos tan desconocido aún y la incomprensible plenitud que sentíamos nos sumieron en un vértigo de sensaciones que nos hizo olvidar dónde estábamos y a la gente que nos rodeaba. Con los ojos cerrados nos manteníamos en un breve balanceo sumergidos en enajenado letargo hasta que de pronto como un trueno que estallase al mismo tiempo que el relámpago una mano golpeó mi brazo enroscado en el cuello de Javier y nos devolvió a la tarde soleada, a las voces y gritos de los marineros y al olor a salitre y gasóleo del puerto.

—¡Documentación! —fue el alarido del corpulento policía que nos agarró a cada uno del brazo como si no tuviera otra misión en la vida que separarnos y evitar que echáramos a correr. Pero no teníamos intención de hacerlo porque nos habíamos quedado aturdidos por el pánico al que muy pronto se sumó el desconcierto—. ¡Documentación he dicho!

Yo no llevaba documentación, hacía unos meses había ido a la comisaría del barrio para solicitar un salvoconducto que según tía Inés tendría que llevar siempre conmigo y después de ir varias veces y de que me hubieran admitido todos los papeles los habían sellado con mucha calma y me habían dicho que volviera al cabo de tres meses. No habían transcurrido tres meses todavía, así que me eché a temblar.

—Pero tendrá un resguardo conforme lo ha solicitado —preguntó con cierta violencia el policía.

En aquel momento Javier le estaba entregando un papel, no sé lo que era, junto con la documentación del servicio militar que el hombre examinó con minuciosidad como si quisiera tranquilizarnos, pensé. Pero no, en cuanto acabó de mirar los documentos se puso en el bolsillo los de Javier y el volante que yo le alargaba y sin soltarnos de los brazos aumentando más aún la presión de las manos nos llevó casi a rastras al coche patrulla detenido a poca distancia. Y mientras nos arrastraba nos iba comunicando los delitos que habíamos cometido contra la moral y las buenas costumbres.

En todo el camino ni siquiera habíamos podido cruzar una mirada porque ya se había cuidado el policía de sentar a Javier junto al conductor y a mí justo detrás de él. En un momento quiso volverse pero le detuvo la misma voz de trueno:

—¡La mirada al frente y que no lo tenga que repetir!

La comisaría de la Vía Layetana era un antro oscuro y ruidoso cuyos muros retumbaban por los ecos superpuestos de gritos y risas de los policías. No sé cuántas horas estuvimos de pie en el mismo centro de aquella pesadilla aunque cada uno en un rincón de un largo pasillo de paredes descascarilladas y la luz cenicienta de una bombilla perdida en algún lugar del techo sin poder hablar y sin saber qué hacer en un limbo que cada vez daba más entrada al miedo. Rodeados de policías que trajinaban detenidos de un lugar a otro o que reían y gritaban entendimos que nosotros seríamos pronto uno de ellos que quizá también habían estado horas esperando que algo ocurriera. Hasta que ya muy tarde cuando el resplandor del día que habíamos dejado en la calle al llegar se había convertido en un negro decorado sin apenas más luz que la de un farol escondido que nos llegaba quebrada desde la esquina, se abrió una puerta y un agente llamó a Javier y agarrándolo del brazo le hizo entrar en el despacho.

Pasó mucho tiempo, una hora tal vez o más. Yo seguía de pie oyendo a los policías reírse a carcajadas e intentando no pensar que se estaban burlando de mí cuando un policía apareció con una silla para que me sentara y me pareció que comenzaban a amortiguarse mis tormentos. Pero perduraba la indescifrable sensación de no saber en qué mundo me

encontraba, dónde habíamos ido a parar, qué nos ocurriría, qué habíamos hecho para que la suerte nos arrojara a ese lugar lleno de hombres esposados arrastrados de un lugar a otro unos con caras que pretendían mantener la calma, otros devorados por el terror y la inquietud mientras los policías desocupados fumaban y reían en la puerta abierta de la Vía Layetana. El miedo es un enemigo incierto, no sabes cuándo viene ni cuándo se va, no puedes acostumbrarte a él para amortiguarlo porque no se deja dominar pero cuando a base de buscar un sentido racional a la situación en que te encuentras crees que estás a punto de doblegarlo te das cuenta de pronto de que se ha ido como se van los ajos vanos y no queda de él más que un envoltorio que nada contiene ya. Tal vez fue por el descanso de poder sentarme después de varias horas de pie, tal vez la imprevisible huida de un sentimiento que me había tenido amordazada y que ahora contemplaba como algo externo a mí como si todo esto le hubiera sucedido a otra persona hacía ya mucho tiempo, tal vez el profundo cansancio emocional. No sé, pero cuando el mismo agente que me había traído la silla se acercó para indicarme que tenía que entrar con él por la puerta por la que había entrado Javier hacía por lo menos una hora un temblor profundo me conmovió el cuerpo y apenas me sostenían las piernas. Javier se había puesto en pie al verme entrar y lo mismo había hecho el comisario. Qué amable policía, me sorprendí, no parece tan agresivo como los demás. Y es que las cosas, sin saberlo yo, habían cambiado. Javier me lo contó luego cuando salimos acompañados hasta la puerta por el propio comisario como si fuéramos visitas importantes o como si la costumbre de los policías de la Vía Layetana fuera acompañar a los presos liberados hasta la calle. Porque presa me había sentido yo y liberada sin cargos estaba ahora.

Cuando Javier acabó de hablar por primera vez me di cuenta de una forma mucho más evidente que me había enamorado de un adicto al Régimen, un fascista como lo habría llamado mi padre. Y me horrorizó ese pensamiento. Lo vi de una manera tan clara que borró la alegría de verme liberada como si nunca hubiera estado presa o detenida, como si lo que había descubierto hiciera incomparablemente más difusas las angustias de las horas precedentes. Era un fascista, un sedicioso, lo era, me repetía yo sin ganas ni siquiera de mirarlo. Él mismo lo había confirmado con sus



palabras. Era él quien había dado el nombre de su padre al comisario y era él quien había obtenido permiso para llamarlo. No hizo falta más que le pasara el teléfono al comisario para que quedara solucionado el problema que habíamos tenido, el gravísimo problema de atentar contra la moral y las buenas costumbres.

En cuanto me lo hubo contado con palabras tan breves como si las hubiera escrito para enviar un telegrama, nos quedamos los dos en silencio asustados como si en esa comisaría se hubiera quitado el disfraz o se hubiera mostrado tal como era, tal como no se había atrevido a decirme que era. Intentó cogerme la mano pero la retiré irritada. Atravesamos la oscura plaza de la catedral y nos adentramos en la más oscura aún calle de la Paja. Las tiendas habían cerrado a cal y canto y sólo las tenues luces de una taberna y de vez en cuando la arista de una ventana mal cerrada dibujaban someras líneas de luz en los muros laterales de la calle desierta, húmeda, silenciosa, como una metáfora del resquemor y la desazón que nos embargaba agarrándonos y retorciéndonos el corazón al acompasado golpe de nuestros pasos sobre el adoquinado de la calzada. Un leve rayo de luna creciente asomó con timidez sobre el perfil de los tejados recortados contra el cielo. Me detuve y sin saber por qué solté lo que me atormentaba a la sombra de mi amado, que seguía caminando absorto en su propia confusión.

—Claro —le dije como si respondiera a aquellas explicaciones que se habían perdido en las callejuelas hacía rato—, así arregláis las cosas en tu familia, entre los vuestros. No tenéis más que llamar y todo se soluciona, ¿no es así? ¿O es a cambio de algún favor especial?

Él siguió andando y sin volverse respondió a gritos cuyo eco chocó contra los muros de las casas y se repitió disolviéndose en la noche:

—¿Habrías preferido pasar la noche en el calabozo, que nos acusaran y que nos juzgaran?

Había ira también en su voz pero no me amilané, seguía siendo víctima de una corriente de ferocidad imparable y en el mismo tono y con las mismas voces que retumbaron en la calle desierta le grité:

—¿Quieres explicarme quién eres de una vez?

Estábamos casi en casa.

De pronto se detuvo, se dio la vuelta esperándome y cuando llegué junto a él me obligó a detenerme y cogiéndome con fuerza por los hombros bajó la cara al nivel de la mía con los ojos como brasas y una expresión de profunda irritación:

—Soy yo, soy el que soy y soy como soy. Y te quiero y me da igual quién creas que soy y quién creas que eres tú. Yo te quiero. Y tú también me quieres.

Y continuó el camino con los brazos detrás de la espalda y la cabeza doblada mirando al suelo. Le seguí y me puse a su lado pero no dije nada, sus palabras habían enmudecido mi violencia. No hablamos durante el breve trecho que quedaba hasta mi casa y nos despedimos en la puerta con un breve movimiento de la cabeza en lugar del beso en la mejilla que yo intenté darle incapaz de reaccionar no tanto a la espantosa tarde que habíamos vivido como a las palabras que me había dicho y que desarmaron mi actitud ofendida.

No recuerdo en qué laberinto de espinas pasé aquella noche inacabable ni tengo constancia de que tomara decisión alguna sobre la actitud que debía adoptar a partir de ese momento. Tenía presentes sus palabras como si me las hubiera dicho a golpes de gong pero también se removía en mi interior lo que había descubierto yo misma aunque sin acabar de entender cómo se conjugaban ambos descubrimientos que si me paraba a pensar en ellos no eran tales. Bien conocía yo tanto la situación de su familia como el amor que me había declarado a bocajarro como, debía reconocerlo, el que también yo sentía por él. Un amasijo de sensaciones al que por más vueltas que intentaba darle en el ensombrecido y turbado ámbito de mi mente no acababa de encontrarle la salida aunque me di cuenta de que en unas pocas horas habíamos dado un paso de gigante. ¿Hacia dónde?, tuve aún la inocencia de preguntarme.

A la mañana siguiente apenas logré estudiar, no comí a mediodía con el pretexto de un inexistente dolor de estómago y cuando tía Inés se fue diciéndome que no volvería hasta las doce porque tenía turno de tarde noche, que me había dejado unas croquetas en la cocina para la cena y que intentara descansar, balbuceé una somera despedida y me tumbé en la cama dispuesta a saltarme las clases del conservatorio con la esperanza de que el

sueño que se me había resistido durante la noche solazara ahora mi profunda inquietud y pusiera un poco de paz en mi destartalado pensamiento.

Supe que era él cuando a media tarde sonó el timbre de la puerta. Nunca antes había venido ni siquiera había subido las escaleras hasta el piso. El reloj de la entrada marcaba las seis y cuarto y el tictac quedaba amortiguado por los latidos de mi corazón. Era él, lo sabía. Abrí sin haber decidido qué actitud tomar ni tuve tiempo de pensarlo porque me encontré en sus brazos en un momento, oí cómo le daba una patada a la puerta que se cerró con estruendo y su voz que preguntaba en un susurro en mi oído si había alguien. Sin soltarme como en la coda de un desenfrenado baile me llevó por la casa buscando una habitación o mejor una cama que finalmente encontró y en la que caímos los dos hechos un ovillo. Recordé entonces como en un relámpago la habitación de mis padres en Toulouse donde tantas veces se encerraban a la hora de la siesta con el pretexto, decía mi madre con una sonrisa taimada que sólo en ese instante comprendí, que así nadie los despertaría. «Ni tú, Arcadia, ni siquiera tú», decía riendo mientras mi padre tiraba de ella desde dentro y cerraba la puerta con dos vueltas de llave.

Aunque muchas veces lo he intentado nunca he logrado recordar aquella tarde con los detalles que me gustaría recuperar. Ocurrió como el despertar a otra realidad, una realidad con medidas desconocidas para valorarla en la que eran protagonistas los sentidos, una realidad que yo nunca había conocido ni siquiera había sospechado que existiera: sonidos, luces, sensaciones, arrebatos, emociones y una profunda excitación bailando en mi mente y en todo mi cuerpo, descubriéndome desconocidos recovecos que escondía el fuego que me consumía pero no sé si lo que recuerdo es directamente la memoria de aquellos hechos o precisamente el haberlos recordado una vez y haber recreado después ese primer recuerdo del mismo modo que nunca estamos seguros de que el rostro de un ser amado que nos devuelve la memoria es ese rostro tal como lo conocimos o la fotografía que reproduce un instante que por supuesto hemos olvidado y que borró su recuerdo real para siempre. Oigo su voz entre nuestros entrecortados jadeos que repite como una cantinela, «no tengas miedo, no tengas miedo, amor»,

mientras me va desnudando, desabrochando cada botón, cada presilla, sin detener los besos a un ritmo que aumenta a cada minuto y se desvive por llegar a lo que me doy cuenta ahora al revivirlo ninguno de los dos sabe cómo va a ocurrir. El contacto de sus manos define mi cuerpo igual que su voz y su palabra acabarán definiendo mi pensamiento. Oigo también cómo sigue hablando siempre en el mismo susurro mientras nuestras pieles desnudas resbalan por el sudor y comprendo de pronto que es cierto, que venimos de mundos distintos pero que nuestra voluntad de descubrir y gozar es tan desconcertante y tan equivalente que ni siquiera nos hemos parado a considerar que los dos somos vírgenes hasta que dejo de pensar. Sólo ese ¿cómo ocurrirá? en un último instante de lucidez antes de caer en el torbellino de estremecimientos y conmociones desconocidas que van desvelando el glorioso misterio en el que nunca me había detenido a pensar.

Muchos años después cuando ya me parecía haber salido de esta historia, cuando desde otros paisajes y otras costumbres recuperé lentamente la objetividad para intentar comprender qué portentosa unión habíamos iniciado para que enraizara con tal fuerza en nuestros cuerpos y nuestros corazones como para convencernos de que nunca había de ensombrecerse me detuve a considerar cómo una chica de diecinueve años podía ir por la vida sin conocer los más elementales secretos del sexo, sin preguntarme por ellos ni tener curiosidad por conocerlos como si estuviera al margen del deseo. Nunca nadie me había hablado de ello, ni en el colegio donde esos asuntos parecían no existir ni más tarde los amigos del conservatorio. Tía Inés o Tobías hablaban de sexo, es cierto, y de todo lo relacionado con el sexo con una gran naturalidad dando por supuesto que yo sabía de qué se trataba y que por tanto no hacía falta aclaración alguna que por otra parte yo tampoco pedía tal vez porque me había acostumbrado al hecho de que así se trataban estos asuntos, sin mayores detalles, como si hubiera intuitido que no había de qué ocuparse ni preocuparse porque ya me llegaría el momento. Recuerdo el pasmo que me produjo la fotografía de una pequeña talla de Canova, *Apolo coronándose a sí mismo*, un precioso desnudo de Apolo que sobresalió del resto de imágenes del libro sobre la escultura neoclásica que ojeaba una tarde en el piso de Tobías y que me hizo reparar en lo difícil que le resultaría a Apolo y a cualquier hombre en

la misma situación romper el velo de virginidad de las mujeres como había leído que ocurría en tantas novelas y cuentos porque lo que desconocía es que esas condiciones cambiaban y aunque lo hubiera sabido jamás habría podido imaginar que lo hicieran de la forma en que comprobé aquella tarde. Nunca había pensado directamente en el sexo, nunca había notado que lo tuviera, nunca me había parecido que me reclamaba desconocidos deseos o contactos y sin embargo había despertado de pronto con fuerza y hermosura y con toda naturalidad como si ese despertar hubiera estado previsto desde el principio de los siglos y no hiciera más que manifestarse. Tal vez porque siempre me había tranquilizado que el género humano hubiera salido victorioso de tantos objetivos como había previsto la naturaleza para continuar su obra no había de ser yo a quien la naturaleza se lo negara.

Nos resultó difícil dejar la cama como si permaneciéramos en ella aún mientras nos vestíamos, recuperábamos las croquetas de tía Inés y preparábamos pan con tomate que comimos con hambre y fruición exageradas y cuando finalmente ya cerca de las diez salimos a la calle «en busca de aire», dijo él. Dimos un largo paseo cogidos de la mano sin hablar apenas, echando de menos el cuerpo del otro de una forma tan punzante y dolorosa que respiramos aliviados cuando llegamos de nuevo al portal y con toda la calma y los pretextos más inimaginables para retrasar el momento de la separación nos fuimos finalmente cada cual por su lado. Pero tampoco en la ausencia encontramos solaz ni en la soledad de la noche que nos mantuvo desvelados con leves intermitencias de sueños superficiales buscando al despertar el objeto de nuestra añoranza.

Esperé ansiosa todo el día siguiente pero en cuanto le vi comprendí que algo ocurría. Y durante el largo paseo que dimos por las callejuelas del barrio y sobre todo cuando nos sentamos en un banco de la plaza Real comenzó a explicarse. Había estado pensando, no sabía cómo decirlo y... En una palabra, Javier, que presumía de ser católico, católico moderno, decía siempre como si creyera que yo sólo contaba con el catolicismo de la historia que yo misma había vivido se había dado cuenta de pronto de que habíamos pecado, dijo casi con timidez y en esto no había modernidades. El pecado es el pecado, la ofensa a Dios, la caída en el fango, pensé, recordando a la monja de mi colegio.

«Bueno —seguía él—, no lo pensé en aquel momento sino por la noche cuando me acosté, comprendí que habíamos cometido un acto contra la pureza —dijo—. Que lo que hemos hecho sólo se puede hacer una vez estemos casados, yo mismo lo he defendido en muchas ocasiones y no porque me hayan hecho mella las imágenes sobre la condenación eterna a la que estamos abocados los pecadores como el telón de fondo de todos los años que estuve en el colegio, ya te lo he contado muchas veces y sabes que de un modo u otro lo he superado; creo firmemente que lo que hicimos... —se detuvo para contemplar mi sonrisa—. Sí, hemos pecado —repitió con mayor énfasis como para convencerme—. Y creo, quiero creer que lo entiendes, amor mío, me gustaría lo mejor para nosotros, lo más hermoso, lo más puro», dijo tomándome la mano. Pero el contacto lo paralizó como si le hubiera dado corriente, no continuó hablando porque de la mano pasó al codo y consciente de que no podía seguir por ese camino puso tal intensidad en la mirada que iba de mis ojos a mis labios, prohibidos ambos ahora que estábamos sentados en un banco de la plaza Real y no se trataba de volver a repetir la experiencia del día anterior. La situación pudo con él, con nosotros. Nuestro deseo que ahora sí conocíamos se incrementaba con el inocente tacto de la mano y el calor de nuestras miradas y esclavos los dos de ellas asistíamos absortos a un anticipo en la piel y en la imaginación del placer que nos impedía hablar. Se desvaneció el hechizo con la bocina de un coche o los gritos de los niños que jugaban al fútbol con una pelota de trapo junto a la fuente sucia y vacía o la presencia de la chica que vino a sentarse en nuestro mismo banco, yo qué sé. Oí su voz sin embargo en un susurro que resonó en mi cerebro: «¿Hay alguien en la casa?». De nuevo la misma pregunta, así que lo tomé de la mano, lo ayudé a levantarse y casi lo arrastré porque tenía la sensación de que su deseo pendía de un hilo que podía romperse con una nueva reflexión sobre la pureza y el pecado si yo no era capaz de retenerlo. «*Verhalt ihn...* Condúcele hacia el jardín, dale la preponderancia de las noches... Retenle...», de la «Tercera elegía de Duino», de Rilke, que tantas veces me había leído Tobías. Javier me había transmitido su pasión para decir lo que quería decir con citas literarias. «¿Cómo puedes decir que vives y te expresas a través de la arquitectura cuando constantemente lo haces a través de la literatura?», le preguntaba

yo. «Hablo con frases de autores que conozco y admiro porque entiendo que yo no sabría expresar lo que veo y siento con mis propias palabras — respondía—. Como si de cada libro recordara insistentemente unas pocas palabras que guardan el sentido profundo de todo el texto». «Si en lugar de ser abogado fueras escritor o artista —le decía yo—, diría que eres un esnob».

Debían de ser las ocho, me dije calculando el rato que llevábamos caminando y el tiempo que habíamos estado sentados en el banco de la plaza Real. Volábamos por la calle Fernando, la calle del Arco del Remedio, la de La Boquería y la de Aviñón, nos soltamos la mano antes de desembocar en la plaza del Pino y al llegar a la portería de casa ni siquiera miramos si estaba o no estaba la portera en su cuchitril, subimos de dos en dos a grandes zancadas las escaleras hasta nuestro altillo y abrimos la puerta y casi sin esperar a que se cerrara comenzamos a desnudarnos en la misma entrada, riendo, sí, riendo entonces como no nos habíamos reído el día anterior como si nos estuviéramos burlando de ese otro yo al que habíamos soslayado cuando nos perseguía desde la plaza Real advirtiéndonos de que íbamos a cometer un pecado terrible, que éramos débiles, que iríamos al infierno donde nos esperaban además del fuego eterno otros muchos tormentos que no podíamos ni imaginar. Riendo los dos como si nos viéramos libres por fin de su presencia como ayer y como habría de ser durante tantos días y tantos meses para hacer el amor ahora con una rapidez no comparable a la atención y la obsesión que le habíamos prestado el día anterior como si hubiéramos descubierto que había mil formas de amar y estuviéramos dispuestos a probarlas todas por distintas y contradictorias, suaves o violentas que fueran, porque nos teníamos el uno al otro y toda la vida por delante. Y seguimos riendo después, revolcándonos por el suelo como croquetas, dijo él, o como cachorros, dije yo y seguimos riendo mientras nos mirábamos absortos ante el nuevo milagro y reíamos aún al lavarnos y vestirnos y al preparar la cena y al volver a desnudarnos cuando ya la tortilla estaba a punto de salir del fuego y más tarde aún cuando nos la comimos recalentada con un pan con tomate que se había reblandecido y un vaso de vino de una botella que Javier había encontrado en la alacena de la cocina donde lo guardaba siempre tía Inés.

Y cuando se marchó y lo despedí en la puerta con la novedosa sensación de que la vida cotidiana y doméstica había irrumpido en nuestro amor volvimos a besarnos y a decirnos cuánto nos amábamos contentos de haber alejado a ese otro yo al que habíamos dado carpetazo hacía un par de horas aunque tal sensación se fundió en la nada cuando justo en el último minuto, ya Javier había comenzado el descenso de la estrecha escalerilla que lo llevaría a la calle, lejos de mí, pensé con anticipada y redoblada añoranza, se volvió y sin reír esta vez pero con una suave mueca de los labios entre tímida e irónica como para hacerse perdonar, me dijo: «De todos modos, amor mío, habrá que ir a confesarse».

Tardé mucho en comprender qué poca distancia hay entre la convicción y el cinismo y cómo hay que haber aprendido esa conjunción desde pequeños para conseguir exponerla con tanta naturalidad. Porque a partir de entonces Javier se movió siempre en el terreno de la ironía tal vez para ocultar la angustia de la duda como si viera los argumentos a favor y en contra, morales, lógicos, sociales, siempre de un lado y del otro. «Estoy dudando», decía como justificación, y era cierto, lo que lo carcomía era el miedo a decantarse definitivamente por una opción o por otra.

Aun así manteníamos —mantenía él porque el peso de la culpabilidad que habían intentado inculcarme en el colegio no había hecho mella en mí más que como un leve barniz superficial y transitorio— la duda entre volcarnos a lo prohibido y olvidar lo profundamente deseado. Sólo cuando ya nuestras manos y nuestro cuerpo habían acabado su largo recorrido adentrándose en el del otro paso a paso, día a día, Javier decidía que había que ir a confesarse. Una decisión que nos llevó a la iglesia más cercana y a arrodillarnos en el confesionario para acabar uno tras otro diciendo lo mismo. Al día siguiente volvíamos a pecar con el mismo ardor y salíamos después a la calle enlazados bajo la mirada siempre reprobadora de la portera para ir en busca de una iglesia distinta porque nos avergonzaba que el cura nos reconociera y volvíamos a confesar los mismos pecados que el día anterior —de los que ya nos habíamos arrepentido y habíamos hecho el firme propósito de no repetir—, los mismos que estábamos seguros volveríamos a cometer mañana y pasado y al otro cada vez con más ganas y con menos resistencia.



Acabamos haciéndonos a la idea de que tras el amor venía la confesión con la misma naturalidad con que aprendimos más tarde que tras la borrachera llega indefectiblemente la resaca y con ello la frivolización de un arrepentimiento que conllevaba la visión del que vendría al día siguiente que ya el deseo nos empujaba a dibujar en el horizonte de nuestras actividades diarias. Incluso cuando tía Inés cayó enferma y estuvo unos días en cama, no pudimos contenernos y cogíamos un taxi que nos llevaba cada día a un *meublé* distinto, esas benditas instituciones que permitían el alquiler de una habitación por horas y tenían la entrada y la salida organizadas de tal forma que protegían a los clientes de toda indiscreción, incluso entonces salíamos con la mente puesta en una iglesia cercana para quitarnos la espina del remordimiento y dejar que la memoria del placer reinara sin barreras en nuestros corazones. El primer día Javier me había contado someramente en qué consistían estos hoteles por horas que acogían a los amantes y añadió que eran tan discretos que nadie iba a enterarse de que los habíamos visitado y añadió que no había podido traer uno de los coches que su padre le dejaba tantas veces porque quería alejar a toda costa cualquier riesgo de ser descubiertos.

—¿Pero no dices que nadie ha de vernos?

—En la entrada y salida del *meublé* no por supuesto. Pero imagínate que nos ven siempre a ti y a mí en el mismo coche y en el mismo barrio.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que es mejor que no nos vean. Porque yo todavía no les he hablado a mis padres de ti y aunque lo hubiera hecho si supieran que vamos al *meublé* entonces no habría forma de que aprobaran ni entendieran nuestra relación.

Y así fue como conocimos todos los *meublés* de la ciudad, el Magoria, el de la Ronda San Antonio, la Casita Blanca más allá de la plaza de Lesseps, el Pedralbes, el que más me gustaba porque a través de las rendijas de las persianas abatibles podíamos ver la ciudad entera a nuestros pies limpia y desnuda por la distancia, sumida en la bruma del deterioro o radiante bajo el luminoso sol mediterráneo que envolvía nuestras relaciones en el ropaje mágico de lo prohibido no sólo por la religión sino además por la sociedad lo que multiplicaba la excitación y el placer.

A veces cuando Javier tenía más tiempo y nos habíamos encontrado a primera hora de la tarde, cuando caíamos agotados tras el primer embate pedíamos un bocadillo y unas cervezas por el teléfono interior que comíamos y bebíamos felices en silencio mirando pasmados las portentosas decoraciones de la habitación reflejo de la experiencia o la imaginación que del amor, la excitación, el erotismo y el sexo tenía el decorador con sus imágenes de bailarinas exóticas y los amantes ansiosos en una interpretación personal de las más complicadas posiciones del Kamasutra, nunca tan desnudos como nosotros mismos que nos llevaban a sonreír y a preguntarnos cómo podía haber en el mundo tanta variedad en la definición y la práctica de la sexualidad. Las horas pasaban en aquel reducto que lográbamos hacer nuestro hasta que dejando en la habitación un revoltijo de sábanas salíamos tras el camarero al que habíamos llamado para evitar encuentros con otros clientes, entrábamos en el garaje y detrás de una de las múltiples cortinas que defendían nuestro buen nombre nos metíamos en el coche o en el taxi que habíamos pedido por teléfono y nos besábamos más y más aprovechando aquel nuevo recinto de intimidad que la cautela social nos ofrecía porque de nuevo nos sentíamos casi tan sedientos de amor, ternura y curiosidad como cuando habíamos entrado.

Una original forma de conocer la ciudad, me decía yo, que había hecho ya con Javier el peregrinaje por calles y avenidas y barrios en busca de casas y edificios portentosos, muchos de ellos en franco deterioro como el dispensario antituberculoso de Sert cerca de la universidad o el edificio de viviendas de la calle Muntaner, igualmente de Sert e igualmente deteriorado y por los barrios periféricos más depauperados desde el Somorrostro en el mar hasta los que se encontraban más allá de Horta en pleno descampado en la falda de las montañas que cerraban Barcelona por el oeste donde se refugiaban los inmigrantes que venían del sur y compartían espacio con los gitanos asentados en ella desde tiempo inmemorial. «También quiero conocer la periferia de la ciudad —decía Javier contemplando barracas y suciedad—, donde viven otros muchos marginados como los presos en la cárcel Modelo, los locos en su manicomio de San Andrés, los incurables en el Cottolengo, los epilépticos en la Fundación Albá o los escuálidos huérfanos en el orfanato Ribas», el único que yo conocía. Su curiosidad no

tenía límites y del mismo modo que pasaba de cometer el pecado a arrepentirse de él sus preferencias a la hora de conocer la ciudad se movían desde los barrios marginales y las pobres instituciones que acogían enfermos a los edificios institucionales construidos o rehabilitados durante la República o incluso mucho antes, y los que fueron modernos en su momento rompiendo usos y costumbres y al mismo tiempo cargaban con la genialidad o el buen hacer de arquitectos que cumplían con loables proyectos de una burguesía, decía, con una arquitectura modélica o fallida que no había podido estudiar y que le fascinó todavía más cuando descubrió que la gente es como es según sea la arquitectura del lugar que los cobija. Pero en cambio a mí me atraía más ese otro nivel urbano, invisible, donde los amantes ocultan sus amores en edificios hechos sólo para ellos sin nadie que tenga que verlos ni aceptarlos ni reprenderlos como si en ese tiempo que lo habitan se les concediera otra identidad y el rostro se les transformara y vistieran otros disfraces y les moviera otra fe y otra fantasía que las de la vida familiar y doméstica donde transcurrirían con normalidad y rutina otras horas del día y de la noche cuando volvieran a la ciudad a la que pertenecen. Como los estafadores o los carteristas que se mueven en ella con el mismo disimulo que esos amantes. Como los de la resistencia, así los nombraba tía Inés, que formaban según ella decía un subsuelo tan sólido como el del metro donde se tramaban y se inventaban infinitas formas de oposición al Régimen muy pocas de las cuales acababan aflorando aunque viéramos a sus ejecutores caminar por la calle. Como nosotros mismos, Javier y yo, cuando nos vencía el deseo y nos hundíamos en alguno de los muchos subterráneos de Barcelona.

Ésta era una de las riquezas que Javier había introducido en mi vida y a ella —o a ellas— se acabaron reduciendo mis aspiraciones cotidianas si exceptuamos el ámbito profesional que seguía su curso sin pausas, me decía yo en aquel momento. Es cierto que no tenía más amigos que los músicos del conservatorio al que seguía acudiendo y donde ensayaba con Laura y Daniel en vistas al trío que queríamos fundar. Ya nos habíamos estrenado en actos de celebración escolar y universitaria y en cualquier otra ocasión en

que nos lo solicitaran instituciones culturales por humildes y desconocidas que fueran pero queríamos convertirnos en verdaderos profesionales. Y Javier que había dejado atrás los días de su servicio militar y que ahora trabajaba provisionalmente de pasante en un despacho de abogados de un amigo de su padre. Pero los dos teníamos los ojos y el corazón puestos en esa hora del atardecer en que nos encontraríamos en el banco de la plaza, nos contaríamos cómo había ido el día, hablaríamos de nosotros repitiendo una y otra vez cuánto nos queríamos y emprenderíamos un largo paseo por barrios y zonas de la ciudad que yo desconocía para volver a casa seguros de que tía Inés estaba en Correos y Telégrafos en su turno de tarde-noche y no volvería por lo menos hasta las once o las doce. Entonces, aprovechando un descuido de la portera y a veces sin siquiera pensar en ella subiríamos y con el miedo en las terminales sensibles de nuestros nervios nos desnudaríamos el uno al otro y nos sumergiríamos en ese espacio que éramos capaces de crear todos los días con la misma imaginación y pasión, me decía yo en un arranque de megalomanía, que llevó a Speke a abrirse paso en la selva empujado por una imparable ansia por descubrir el origen de las fuentes del Nilo.

Un par de meses antes de la boda tía Inés me dijo con la mayor naturalidad que a partir de la semana siguiente comenzaría a trabajar a las seis de la tarde hasta medianoche o más dependiendo del trabajo que hubiera porque le habían adjudicado el último turno. Al parecer Correos y Telégrafos estaba en alza y los jefes habían decidido alargar el servicio hasta la madrugada y aumentar la plantilla para esas horas nocturnas. Nunca supe si era cierto o si seguía trabajando en horario de mañana y tarde y por la noche se iba a casa de Tobías para cenar con amigos o ir al teatro o al cine como solían hacer cuando yo ya era un poco mayor y podían dejarme sola en casa. Nunca hablamos de ello pero nosotros lo tomamos como un regalo, un magnífico regalo que rezumaba ternura, comprensión y discreción y que dejó anonadado a Javier que apenas podía comprender lo que yo le decía: «Se ha dado cuenta de todo y no quiere molestar, eso es lo que ocurre». «Tal vez, pero nadie de su edad en este país sería capaz de permitirnoslo si de verdad supiera lo que hacemos», respondía él.

Tía Inés pertenecía a otro mundo, le decía yo, y no me sorprendía demasiado porque la conocía y tenía tal entereza y tal convicción en lo que hacía y decía que jamás me provocó zozobra o inquietud. Parecía y así lo pensé que no le importaba hablar de las cuestiones de sexo en las que yo ya comenzaba a crearme una experta pero al mismo tiempo me fui dando cuenta de que seguía los pasos de nuestra relación como si pudiera ver lo que ocultaba con interés y preguntas diarias en apariencia inocentes: dónde habíamos estado, qué habíamos visitado, qué tal el concierto en el Palacio de la Música, cómo iban mis estudios, por qué había decidido Javier ponerse a trabajar en un bufete que no era el de su padre sin hacer referencia a nuestras intimidades ni siquiera dando por sentado que conocía y aceptaba, quería creer yo, la confianza que íbamos adquiriendo el uno con el otro. Así que acabé convencida de que lo sabía todo, lo controlaba todo y que había decidido dejarnos a nuestro aire y pensé que su comportamiento respondía a algo más profundo, su forma de pensar que por muy extraña que le pareciera a Javier implicaba que una persona de dieciocho o diecinueve años, estuviera o no estuviera casada, era lo suficientemente adulta como para hacer con su cuerpo lo que se le antojara. Y nos convencimos de ello un día cuando nosotros vivíamos los momentos más apasionados de nuestra historia y la conversación nos llevó a contarle que habíamos ido a ver una preciosa casa modernista de la calle Bruch casi en la Diagonal cuando no sé cómo se las arregló para hacer derivar la conversación desde la libertad en la creación hacia la libertad de la mujer, libertad sexual, dijo sin mover los ojos de la calceta que estaba tricotando a toda prisa: «Y cuando digo libertad sexual no me refiero a la libertad de acostarse con quien la mujer quiera que esto es así por supuesto pero que no forzosamente convierte en libre a quien así actúa sino al derecho de cada una de nosotras a hacer de su cuerpo lo que quiera. Si quiere tener o no tener hijos y si quiere tenerlos, cuántos quiere tener, con quién los quiere tener y en qué momento los quiere tener».

Yo la seguía aunque más atenta al choque constante de las agujas de metal de su calceta que a lo que estábamos hablando, por más que me diera cuenta de que tía Inés quería decirme algo importante y que había utilizado los argumentos de la vida sexual para captar mi atención, nuestra atención,

sobre el hecho de que un hijo podía venir y eso ya no era cuestión de sexo solamente sino de voluntad y que podía llevarnos a una vida que debíamos saber si era la que queríamos vivir en este momento al menos. Y como nosotros nunca habíamos hablado de tener hijos más que como un percance que podía surgir en nuestra relación, pasé por alto lo que creí que me había querido decir y le pregunté: «¿No le das ninguna importancia a la voluntad de la pareja y lo dejas todo en la de la mujer?». «Claro que se la doy, si la mujer puede compartir lo que ha decidido con la persona que ama es, además de libre, feliz, pero en ningún caso la voluntad de compartir ha de tener prioridad sobre la decisión que la mujer toma sobre su cuerpo, que sólo a ella compete, a nadie más». No se detuvieron las agujas ni levantó la mirada por encima de las gafas como hacía cuando hablábamos o nos contábamos historias y sucesos del día o de la semana.

—Hay que ver lo rebelde que eres —decía riendo Javier cada vez que hablábamos de la boda—. Incluso para ser la novia en una boda fastuosa con cientos de invitados, banquete en el Ritz, viaje de novios por Europa. No es tan grave jugar a que te lo crees todo y que todo te gusta, una boda no dura más que un solo día.

No, no fue tan grave y de hecho pasó la ceremonia, el banquete y el baile, saludé sonriendo a los invitados que Javier incansable me presentaba, un bosque de sombreros de ala ancha con flores y velos, trajes de etiqueta, joyas y zapatos con tacón de aguja como salidos todos de una de las revistas de moda que tenía mi suegra en su saloncito y cuando quisimos pensar en lo que había ocurrido estábamos en la única habitación de nuestro piso que no acusaba los destrozos y arreglos de una obra a medio hacer habíamos cerrado la puerta con dos vueltas de llave y no podíamos creer que tuviéramos todo el tiempo completamente a nuestra disposición.

Al día siguiente vino Remedios que había sido el ama de Javier y su hermana Marta, hizo las maletas y un coche misterioso que supuse de la familia nos llevó al aeropuerto. Así comenzó nuestro largo viaje por Italia y su arquitectura, sobre todo Palladio los primeros días, la gran pasión de Javier, pero igualmente todo lo que encontrábamos y buscábamos, desde el

norte hasta la punta de la bota, y navegando después por las islas griegas. Y yo, tan absorta en nosotros gozando los dos del paraíso reservado a los privilegiados, apenas fui consciente de que tenía un pasaporte que, por la influencia del padre de Javier, había llegado a mi bolsillo sin que para obtenerlo tuviera que pasar por el Servicio Social como exigía la Falange a todas las mujeres del país, igual que me lo habrían exigido para sacarme el carnet de conducir, que conseguí en dos o tres semanas, es de suponer que por el mismo método. Y estaba tan embobada en mi propia felicidad que ni siquiera me parecía curioso que nos esperaran coches, góndolas o vaporetos al salir de los hoteles donde dejábamos desordenadas las espaciosas habitaciones cargadas de ramos de rosas rojas, ni me extrañaba que cualquier exclamación de sorpresa o de embeleso que yo emitiera frente a una pieza de ropa o unos zapatos o un grabado o un libro en un escaparate de cualquier ciudad se convirtiera por arte de magia en un paquete que encontraba por la noche en el hotel, sonriendo Javier mientras lo abría. Estábamos rodeados de gente invisible a nuestro servicio que lo mismo nos preparaban el baño que nos frotaban la espalda cuando ya estábamos sumergidos en agua caliente o tenían a punto lo que habíamos de llevar si acudíamos a la ópera o salíamos de excursión y debían de ser ellos, me decía yo ocupada en mirar paisajes y acurrucarme en los brazos de Javier, los que nos abrían las maletas y ordenaban su contenido en los armarios o las cerraban al irnos cuidándose igualmente de cargarlas en el coche que nos llevaba al tren o a otro aeropuerto.

Éste era sin apenas enterarme el nuevo rumbo que había tomado mi vida que en un tono menor continuó cuando volvimos a nuestra casa en la calle Ausiàs March, el amplio piso principal en el Ensanche de la ciudad que Javier había heredado de su abuela, un edificio modernista oscuro y barroco con un gran jardín en el interior de la manzana que a mí acostumbrada a la limpieza del cielo que veía a diario desde la azotea del piso de la calle del Pino me llenaba de inquietud y congoja. ¿Cómo puede alguien encontrar hermoso vivir junto a esos balcones y ventanas rodeados de volutas y grandes pámpanos de cemento o de hierro forjado que más parecen dragones que vegetales? Toni Puig, nuestro amigo arquitecto, la había remodelado y había logrado suavizar el pavor que me producía aunque poco

pudo hacer con los grandes espacios que escondían misteriosas tinieblas en apartados rincones y altos techos. Recién acabada la obra y completamente amueblado el piso nos recibió nuestro hogar con ramos de flores en todos los salones y habitaciones y la presencia de dos mujeres que me dije sustituirían a los empleados de los hoteles ahora que nuestra vida estaba radicada en la ciudad e iba a entrar en la cotidianidad.

Habían sido tres meses de viaje y apenas me di cuenta al principio de cómo había cambiado nuestra situación porque aunque seguíamos casi con la misma vida que cuando nos encontrábamos en la calle del Pino, y al no temer ahora la llegada de nadie nos buscábamos y nos amábamos en ese inmenso piso recién arreglado, teníamos además un maravilloso tocadiscos con infinidad de discos de conciertos, sinfonías, *lieder* y serenatas de Bach a Strauss que podíamos poner a todo volumen porque cerraban bien las contrapuertas de ventanas y balcones cuyos cristales de un grosor inusitado se habían comprado en Francia y contábamos con aquellas dos mujeres, cocinera y camarera, además de otras para la colada, la plancha y la limpieza de la plata, todas a las órdenes de Remedios, que nos había sido cedida por mi suegra, convencida con razón de que yo sería incapaz de gobernar este ejército de mujeres que se ocupaba del mantenimiento de nuestro nuevo hogar y de atendernos a todas horas. «No necesitamos tanta gente aunque el piso sea tan grande», le había dicho yo a Javier cuando, poco antes de la boda, reparé en que nos estaban organizando la vida. «¿Qué más da? Nos deja más tiempo para nosotros —respondía él, para quien tanta exhibición de servicio era habitual—, es mejor así, te dará la impresión de que la casa funciona sola, Remedios es encantadora, eficaz y muy discreta, y no se quedará a dormir». Pero yo no necesitaba tiempo, a mí el tiempo me sobraba porque habíamos decidido que de momento dejábamos en suspenso la fundación de ese trío con Laura y Daniel que a los padres de Javier tanto les había asustado y el estudio en casa, sola, esperando como mucho la hora de volver a ensayar, iba amortiguando poco a poco el afán por dominar todos los secretos de un instrumento que había amado con intensidad desde que muy niña había comenzado a convivir con él.



Javier había aprovechado los tres meses del viaje para cambiarse de bufete después de una larga escena con su padre que quería a toda costa que trabajara con él y que incluso le había amenazado con retirarle la voluminosa aportación económica mensual que concedía a sus hijos en cuanto se casaban pero no había cedido y con las mejores palabras que pudo se había negado rotundamente. Nunca me habló de los motivos que lo llevaron a este alejamiento, no era ante mí ante quien tenía que reconocerlo y, además, lo más probable es que, en esa constante indefinición en que se movía frente a las situaciones importantes, no supiera tampoco qué lo había llevado a ello con tan inamovible resolución. Pero era evidente que algo tenía que ver con la situación política y económica de su padre y con su forma de vivir y de comportarse, que Javier cada vez consideraba más ajena a la que él, aunque con vaguedades y dudas, pretendía llevar. No era la ideología, no era tampoco la moral profesional que Javier todavía no había puesto en duda, sino, como él mismo me dijo un día sin entrar en detalles, «es un sexto sentido el que me hace iniciar un camino profesional por mi cuenta, separarme de él es importante pero sobre todo dejar la vía libre para lo que vaya a ser mi vida profesional», como si supiera de antemano que todavía había mucho que descubrir y creer para que se manifestara la conciencia de sí mismo, se desvelara su propia personalidad y conociera el alcance de su compromiso profesional.

Seguíamos dando vueltas por la ciudad mirando casas unifamiliares o edificios de viviendas o incluso monumentos de los que luego Javier escribía largas notas en un cuaderno, aunque no tan a menudo, porque trabajaba ahora más que nunca. A veces venía con nosotros Toni Puig, el amigo arquitecto de Javier desde los tiempos del colegio, que había arreglado nuestro piso. «¿Vas a escribir un libro?», le preguntó un día, pero él negó. «¿Cómo podría?, ni siquiera soy arquitecto. Tal vez algún día decida serlo —añadió soñador—, y me ponga a estudiar, pero de momento ordeno lo que veo y lo que aprendo para acumular experiencia y conocimientos», dijo riéndose de sí mismo. Sí, todo seguía como antes menos yo, que a veces me encontraba extraña, como si tuviera que abandonar al cabo de muy poco ese ambiente desconocido al que me había incorporado. ¿Qué hacía sumergida en ese mundo que me era tan ajeno?

Javier estaba conmigo pero la tierra que pisaba no era la mía, la vida que llevaba tampoco lo era ni mi inactividad ni el estancamiento de mi pretensión de ser concertista, de formar un trío, que había quedado en suspenso como me había pedido Javier para no encontrar más las relaciones con sus padres. ¿Fue tal vez a cambio de mi renuncia («no es tal renuncia, amor —decía él al principio—, puedes seguir estudiando en casa y estar preparada para cuando podamos», decía, utilizando el plural) por lo que él se había ido separando paulatinamente de sus amigos? «No, Arcadia, no lo veas así, nunca he pertenecido a ningún grupo ni he sido de muchos amigos, y sólo muy de vez en cuando he ido con ellos al club. Ya lo has visto, tú y yo llevábamos más de un año juntos y nunca o casi nunca dejamos de vernos una vez al día y muchas veces dos, porque yo tuviera que salir con ellos, ¿tengo razón o no?».

Sí, era cierto. Desde que nos habíamos casado y por su propia decisión, viendo lo difícil que era para mí tratar y salir con sus amigos del trabajo y sobre todo con los del club de polo, al que efectivamente había dejado de ir, nos habíamos ido apartando de ellos poco a poco. De ellos y de sus mujeres, siempre tan exquisitamente vestidas, tan ricos todos, tan ostentosos con sus conversaciones sobre caballos, viajes, veleros y desfiles de moda..., tan inapetente esa vida social que Javier ya no quería reconocerla como propia ni a mí me producía ningún tipo de atractivo el incorporarnos al trajín de la ciudad cuando todavía me parecía revivir el largo recorrido por Italia, donde habíamos visto los restos de barrios bombardeados durante la Segunda Guerra Mundial, y luego el salto a Grecia, plagado de visitas a monumentos, museos y paisajes, con vino de resina y sol, saltando de una isla a otra como si estuviéramos buscando un tesoro escondido en el paisaje y en las destrozadas viviendas de las casas junto al mar y en nuestros propios cuerpos que desvelaban día a día secretos e intimidades o apagaban inesperados rescoldos de timidez o prudencia. Pero a la vuelta se impuso una realidad en la que yo no había pensado.

Y fue entonces, sólo entonces al ver acercarse la sombra de la rutina y la costumbre cuando comencé a tomar conciencia de cuán lejos de mis anhelos me había llevado sumergirme en tantos privilegios y aceptar tantas

concesiones sin detenerme a pensar en lo que conllevaba la nueva vida que yo misma había elegido.

# VOLVERÁN LAS OSCURAS GOLONDRINAS

Volverán las oscuras golondrinas  
en tu balcón sus nidos a colgar,  
y, otra vez, con el ala a sus cristales  
jugando llamarán...

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

Habíamos quedado como cada jueves por la tarde en el Salón Rosa en el paseo de Gracia, un lugar que a mí me encanta por la decoración y las luces y el ambiente y por la gente que va, casi siempre señoras con sus amigas como hago yo cada semana con las mías. Pero esta vez iba con cierta aprensión porque llevaba más de tres semanas sin ir por el trabajo que nos habían dado la boda y los preparativos, y además ninguna de ellas, de mis amigas, con las que llevaba años reuniéndome para merendar todos los jueves y que además éramos de la misma asociación que nosotras habíamos fundado, había sido invitada a la boda de Javier. No porque ni su padre ni yo hubiéramos querido sino porque fue el propio Javier el que puso un límite a los invitados; no quería, dijo, una boda tan ostentosa como la de su hermana como si la ostentación dependiera del número de invitados, qué gracia. Y por más que lo estuvimos discutiendo con él no se apeó de lo que había exigido y logró imponer su voluntad. Su padre no le niega nunca nada aunque creo que poco a poco se va cansando. Primero fue lo del trabajo cuando decidió que al acabar la carrera y en cuanto hubiera iniciado las primeras reuniones para preparar el doctorado o algo parecido y se hubiera sacado el Proficiency, ese diploma de inglés en el Instituto Británico y yo qué sé cuántas cosas más, se iría a trabajar a otro bufete porque, dijo, le

parecía más justo comenzar como todo el mundo por la base, lo que escandalizó a su padre.

—¿De qué me ha servido allanarte el camino? ¿Así que todo lo que he hecho para ti ahora no lo quieres?

—Sí lo quiero, padre, pero más adelante, soy un novato y tengo que aprender, si voy a tu bufete siempre seré el hijo del jefe y eso ya sabes que no me gusta.

Y llegaron a un acuerdo como no podía ser de otro modo, al fin y al cabo, Darío no es ni mucho menos tan autoritario como eran los padres de generaciones anteriores.

—Prométeme que es una decisión que como mucho te alejará de nosotros un par de años solamente y luego te incorporarás a nuestro bufete pero no más, ¿lo prometes?

Y Javier lo prometió supongo que para acabar con la discusión porque yo que lo conozco tuve claro que no estaba nada convencido. Este precario acuerdo fue siempre una espina para Darío que se resistía a creer en sus palabras y le echaba la culpa a Arcadia, la novia. Es una chica esta Arcadia que nunca le pareció la persona adecuada para él no sólo porque no es de familia conocida, de ninguna de las grandes familias de Barcelona como nos habría gustado sino encima que es de una clase social, no es por despreciar a nadie, que todos sabemos que puede haber gente buena en todas partes pero bueno, lo cierto, insisto, es que es de familia muy humilde. Los padres vivían pobremente exilados en Toulouse y desde que murieron en un accidente, creo, ella está con una tía suya en un pisito de mala muerte en la zona húmeda de la ciudad y por si fuera poco los padres tienen un pasado. Darío no quiso dar detalles pero parece que tuvieron que huir al acabar la guerra porque no son del Régimen, son rojos vaya y ni te cuento si hubieran vuelto, vete a saber lo que habría ocurrido, no quiero ni pensarlo. A Darío ya no le gustaba la chica desde que supo que era hija de rojos y aunque no me lo ha dicho claramente, sí con la suficiente luz como para que yo entendiera que le había ofrecido el oro y el moro a Javier para que la dejara o al menos que no se casara con ella aunque quisiera conservarla pero no públicamente, claro. Y esto es lo que sé porque yo no soy amiga de preguntar y me molesta cualquier discrepancia así que me

callo y me siento a ver lo que ocurrirá o disimulo y hablo de otra cosa que la mayor parte de las veces no ocurre nada. En cualquier caso no entiendo qué diferencia hay para los novios entre una boda de cien personas y una de tres o cuatrocientas. Así que como no nos dejó pasar de los cien invitados la mayoría de las invitaciones fue para compromisos de Darío, que si los gerentes y directores de fábricas y talleres, que si los abogados del bufete, que si los clientes, que si los amigos del antiguo Consistorio o los de la política, de Barcelona y de Madrid, que son tantos que por más veces que Darío los traiga a casa a comer o cenar nunca logro reconocerlos. El caso es que para mí sólo hubo unas pocas invitaciones que apenas me bastaron para la familia y como no podía invitar a todas estas amigas, pues no invité a ninguna. Voy a ver cómo están porque se ha hablado tanto de esta boda que no sé si serán capaces de permanecer ausentes como si no les importara un acto social al que no han sido invitadas o se olvidarán de la afrenta por conocer de primera mano los detalles y los fisgoneos que yo les puedo contar, vamos a ver...

Así que estas cosas y muchas otras les conté yo, y lo hice en un tono casi de confidencia que es lo que más les gusta y aunque seguían ofendidas, disimularon, las conozco bien, apenas hablaron de las invitaciones aunque como el que no quiere la cosa iban preguntando detalles del banquete, de los invitados y sobre todo de Arcadia.

—Pero ¿dónde la encontró? —preguntó Amalia Roca, la mayor de todas nosotras y la primera en abandonar el aire ofendido que tenían cuando llegué.

—Bueno, no sabemos dónde la encontró pero por nada del mundo quiso ni oír hablar de dejarla cuando su padre intentó hacerle comprender que no era una mujer de su clase, que no podía casarse con ella porque no saldría bien.

Eulalia Magriñá puso entonces el ejemplo de la hija de una amiga suya que se había casado con un obrero, dijo bajando la voz, y que el matrimonio se le había convertido en una cruz.

—Es que el matrimonio es para toda la vida —pontificó—, los jóvenes no lo piensan, bueno no piensan en lo seguros que han de estar para atarse a un compromiso que les ha de durar siempre y se olvidan de que cuantas

menos diferencias haya entre ellos tanto mejor. La seguridad les ha de venir desde la misma condición social, pertenecer al mismo ambiente, haber vivido de la misma manera. —Se detuvo ante la profundidad de su propio pensamiento e insistió—: Así es, a menos diferencias más comprensión así cada cual sabe lo que se espera de él o de ella y lo que le puede pedir al otro. Mira como tampoco salen bien los que son de religiones distintas, por ejemplo un católico y una protestante.

—Calla, hija, por Dios, ¿cómo se te ocurre?

—Pero ¿qué dices? —saltó Conchita Carabias a la que siempre hemos considerado la más moderna—. Si aquí no hay más que una religión. ¿Dónde encontrarías un protestante?

—Cállate, mujer que nos van a oír. Lo que yo he contado ocurrió en el extranjero, en Inglaterra, que está llena de protestantes. Y mucho antes de la guerra.

Mis amigas son estupendas y no le tienen miedo a hablar de nada. Hace ya muchos años, justo cuando acabó la guerra y había tanta gente medio muerta de hambre, fundamos una asociación que llamamos Asociación para el Socorro Ciudadano por aquello de que no era para la gente de los pueblos que ya tienen su parroquia y su párroco, pero aquí en la ciudad todo queda mucho más diluido y la gente no se entera de quién lo está pasando mal. Bueno, pues pusimos la asociación bajo la advocación de la Virgen de Nuria que al fin y al cabo es una de las nuestras pero nos empezaron a llegar críticas, que si lo de ciudadano sonaba a algo de obreros, a gentes que van a manifestaciones, que si tenía un tufillo demasiado democrático, que si se apartaba de lo religioso y se acercaba a cosas que no están ahora bien vistas. Así que nos hemos quedado en Damas del Socorro de la Virgen de Nuria. Una vez a la semana, si podemos, claro, vamos sobre todo a las barracas del Somorrostro y a veces a las de Montjuich y también a las que están cerca del aeropuerto, por allí, cerca del mar yo no sé muy bien cómo se va porque siempre me lleva Sebastián, el chófer, pero hay barracas espantosas hechas de trozos de maderas viejas y techos de láminas de metal que no sé yo de dónde lo sacan, la verdad, y viven todos hacinados sin agua ni luz, algunos tienen velas pero la mayoría se van a dormir cuando se hace de noche. Un horror. Vienen con nosotras enfermeras que curan a la gente y

les ponen inyecciones y les dan medicamentos, y chicas jóvenes, novias o amigas de nuestros hijos, y les llevamos comida y vestidos y jerséis y mantas e intentamos solucionar problemas que tienen como cuando aparece alguien con una enfermedad infecciosa grave o incurable, les conseguimos algún trabajo aquí y allá; en fin, que hacemos lo que podemos, vaya, que tampoco somos omnipotentes pero algo sí ayudamos. Le he pedido alguna vez a Arcadia que venga, que se vaya acostumbrando a nuestra forma de actuar y de ayudar a los pobres, que vea en lo que nos ocupamos las mujeres mientras nuestros hombres hacen avanzar el país pero no se da por enterada. Darío me dice que no la atosigue, que la deje, que da igual que no vaya, pero a mí me duele porque sería una forma de estar un poco más unidas y tal vez por la piedad hacia los demás y la caridad la acercáramos a la iglesia, que ésa es otra, esta chica no es religiosa, nunca va a misa me parece a mí aunque cuando está con nosotros en Caldetas o en Sitges no tiene más remedio y lo peor es que le va metiendo a Javier esas ideas en la cabeza.

—Déjala, ya irá en cuanto tenga hijos, ya lo verás —saltó Amalia Llanos.

Amalia es castellana, de Alcázar de San Juan, no es de aquí, no. Es viuda y no tiene hijos, sólo una sobrina a la que ve de vez en cuando. Es muy rica por lo que heredó de su marido, un general que después de la guerra se dedicó a los negocios y a comprar hectáreas y más hectáreas, él era de Tomelloso, un pueblo cercano al de ella, y al morir dejó verdaderas fortunas en tierras que ahora son cotos de caza muchos de ellos junto al Guadiana que según dice Amalia son una preciosidad. Pero Amalia es rica también por su familia que son terratenientes de toda la vida aunque no sé yo cómo les debe ir ahora que según dicen la agricultura está tan mal y con tantos problemas con la gente del campo. Bueno en fin, ella dice que prefiere vivir aquí o en Madrid porque si viviera en su pueblo todavía tendría que llevar luto por su Raúl aunque ya hace ni se sabe cuánto tiempo que murió. Ésa es la excusa que da pero yo creo que no le gusta la vida del pueblo así que se dedica a viajar y va todo el tiempo de aquí para allá para controlar dice, los negocios y las tierras. Es la más discreta y la que menos habla pero está muy atenta porque siempre repite que como es viuda y sale



poco nuestras conversaciones son para ella como una ventana al mundo. Y siempre hace preguntas.

—Pero ¿cómo es tu nuera?

—Es monina, la verdad —le contesté—, alta y delgada pero no viste nada bien, lleva el pelo recogido y zapatos planos, lo que a Javier no parece importarle. Se ve enseguida que es una chica educada de otra forma. No sabe moverse en sociedad ni le gusta ni siquiera se ha puesto de largo así que ya me dirás tú cómo iba a saber ponerse un traje de noche. Los invitaron no hace mucho a una boda y no fueron, para mí que a Javier le dio vergüenza llevarla. A la boda de Eduardo y Luisa, como son primos de Javier, sí tuvieron que ir aunque mejor que no hubieran ido, ella parecía un espantapájaros con un sombrero que a saber de dónde lo había sacado. Y cómo viste, ¡por Dios! Falditas y chaquetitas siempre iguales. Y nunca lleva joyas, claro que no las tiene, ésa es la verdad. Y además es un poco rara, sí, a mí por ejemplo no quiere llamarme mamá como es costumbre entre todas las nueras de mis amigas.

Aprovechando que las veía tan interesadas les conté cómo había ido el primer día que Javier la trajo a casa con el ambiente tan tirante que había después de que él se hubiera negado a romper con ella. Luego la cosa se fue suavizando porque mi marido creyó que así iría avanzando en sus pretensiones y que con el tiempo Javier se cansaría de ella, no del todo pero sí lo suficiente como para encontrar más sensato romper hasta el punto de que aquella primera Nochebuena pocos meses antes de la boda la invitamos a tocar una pieza con su viola en el concierto que organizamos cada año en casa antes de ir a la misa del gallo a medianoche, que la oficia siempre en nuestro oratorio algún obispo o el prior de alguna orden de las que Darío conoce y ayuda, y después tomamos una cena fría que llamamos el «resopón», del catalán «ressopó». Y tocó muy bien, por cierto, a la gente le gustó mucho y Javier estaba muy orgulloso pero ella siguió tan seria y lejana como siempre, casi hierática. Se quedaron a la misa, Javier comulgó pero ella no y se fueron enseguida sin apenas haber tomado nada. «Sí, tocó muy bien —admitió Darío a los pocos días hablando con Javier cuando él le reiteró que iban a casarse— pero de ningún modo permitiré que mi nuera trabaje tocando un instrumento como una artista de feria. Una cosa es que

toque, que ensaye en su casa, y otra muy distinta que vaya por la vida haciendo números a cambio de unas perras». Y tiene razón, la verdad. No le iba a hacer ninguna falta lo que pudiera ganar ni el ambiente en el que a la fuerza debería moverse, que los artistas ya se sabe lo que son y lo que piensan, sin contar con la vida irregular que llevan. Javier no respondió y no sabemos en qué parará todo esto, pero Darío dice que en este extremo será inflexible.

—¿Y dices que van a vivir a la calle Ausiàs March? —preguntó Eulalia que siempre tiene que dar la puntilla con una mueca no sé si de desaprobación o de asco y esta vez además lo preguntó con mala intención que la conozco.

—Sí —contesté yo como si no me enterara de por dónde iba—. ¿Te imaginas? Es un barrio muy de clase media, de comerciantes y así. Ni antes de la guerra ni ahora nadie de nuestra familia ha vivido allí, ese barrio era cosa de nuestros abuelos y bisabuelos cuando el Ensanche era lo que era, hace más de un siglo y aun entonces por lo que sé no era un lugar demasiado elegante. Nosotros siempre hemos vivido en la parte alta donde hay menos humedad y menos calor, en verano hay por lo menos dos o tres grados de diferencia. Y más lejos de revueltas que digan lo que digan siempre ocurren en el centro. Como dice Darío, el centro es peligroso. Pero ¿qué podíamos hacer? Es ella la que no quería vivir en Pedralbes como mi hija Marta y su marido y como nosotros que vivimos allí desde que acabó la guerra. Ya sabéis que nuestra finca es muy grande, el terreno llega casi hasta Collserola y una casa más ni se habría notado. Fue el padre de Darío o el abuelo, ya no me acuerdo, quien la compró a principios de siglo cuando aquello no era más que un pueblecito muy pequeño con un precioso monasterio gótico en las afueras de la ciudad no tanto por marcar diferencias con otros sectores de la población como por huir lo más lejos posible de las ruidosas y temibles manifestaciones anarquistas y los frecuentes atentados contra patronos y fabricantes, ya sabéis lo que fue la Semana Trágica que sumió a la ciudad biempensante en el miedo. Sí, nosotros le ofrecimos a Javier una casa en Pedralbes igual que a su hermana. Pero no la aceptó. «Dejadme vivir mi vida», dijo. «Tu vida está en la familia, en seguir el destino de la familia y de esto quien sabe es tu padre.

Lo que he hecho lo he hecho por ti. ¿Para quién si no?», le dijo Darío fuera de sí. «Pero yo quiero vivir mi vida, no la que tú quieres para mí». Fue una discusión muy violenta porque Javier había heredado la casa de la calle Ausiàs March junto con una pequeña renta y a Darío no le quedaban muchos argumentos más que el de la obediencia debida. No se habló en absoluto del asunto de la herencia pero estaba en el aire. Javier sabía que podía negarse a lo de Pedralbes y Darío sabía que no podía exigirle nada porque existía esa casa que Javier había heredado de su abuela, la madre de Darío precisamente. O sea que de nuevo ganó Javier.

—Pero cuéntenos de la boda. Dice la gente que muy sencillita, ¿no?

—Sí —respondí porque era cierto—, sencilla fue, no hubo ni cena ni baile sino una comida en el Ritz y por muchas flores que hice poner en la iglesia no había forma de que una ceremonia tan breve tuviera la solemnidad que yo hubiera deseado por más gente importante que hubiera entre los invitados, no quisieron que se celebrara misa y por tanto no hubo cantos ni más música que un trío de Schubert, el n.º 2, creo que dijo Javier, con piano, que hubo que llevar a la iglesia porque allí no había más que órgano y aun muy pequeño, y violín y chelo que trajeron los amigos de Arcadia del conservatorio, que tocaron muy, muy bien, por cierto. Es un trío precioso pero, la verdad, un poco apagado y melancólico para la entrada de la novia en la iglesia aunque eso es lo que querían y tampoco era cuestión de pelearse por ello, ya tuvimos suficientes encontronazos. Al salir en cambio sí que dejaron que sonara la marcha nupcial de Mendelssohn y yo me alegré porque una boda sin una marcha nupcial no es boda ni es nada. Estuvo bien, sí, pero como he dicho fue una ceremonia muy breve porque se limitó a las palabras habituales y un sermón muy corto del cura, un amigo de Javier y antes de que pudiéramos darnos cuenta todo se había acabado.

—Y tú ¿cómo ibas?

—Bueno, yo tenía que entrar en la iglesia del brazo de Javier así que llevaba un vestido de *cocktail* de Balenciaga, precioso en satén dorado y una pamea a juego ya os enseñaré las fotos cuando nos las traigan; y Darío, que ya sabéis lo guapo y alto que es, con el mismo cabello espeso que cuando era joven pero con eso que llaman sienes plateadas estaba

estupendo, no me extraña que tenga tanto éxito con las mujeres por eso le tengo que perdonar tantas cosas, en fin, ya se sabe. ¡Luce tanto cuando va vestido de etiqueta! Estaba como nunca con un chaqué gris marengo y un chaleco floreado gris también pero con aguas plateadas. Y aunque al principio le costaba disimular el malhumor porque si hubiera sido una boda de noche se habría podido poner frac que es lo que más le gusta, se le pasó pronto cuando comprobó que era el que más llamaba la atención, más que la novia que sí, estaba bien pero llevaba un vestido muy, muy sencillo y nada de cola. Nada de nada, ni un palmo.

—¿Y luego?

—Luego nada. Tampoco quisieron ir a hacerse fotos ni llevar el ramo a ninguna otra iglesia ni al colegio donde ella había estudiado, nada de nada. Una sosería, la verdad: se presentaron en el Ritz cuando aún no habían llegado todos los invitados y enseguida apenas acabado el banquete se fueron. Al día siguiente tomaron un avión hacia Italia y no veas el disgusto de Darío cuando supo aquel mismo día que había dejado el bufete de su amigo donde dijo que sólo estaría dos años y en lugar de ir a trabajar con él le había dicho que a la vuelta del viaje se incorporaría al equipo de abogados de Carlos Pons y Bultó, un bufete que se dedica sobre todo a lo laboral. «¡Una minucia de bufete! —gritaba hecho una furia—. ¡Éstos no llegarán nunca a nada!». Jamás lo había visto así. Dio un golpe tan fuerte con el puño contra una mesa de cristal que por poco la rompe. Y la mano no se la rompió pero al día siguiente el morado le llegaba al codo.

—O sea que Javier debe de estar muy enamorado —sentenció Amalia, la viuda.

Y no me quedó más remedio que reconocer que sí, que Javier parecía muy enamorado, demasiado. Una cosa así tan fogosa, tan ciega, no puede acabar bien, por algún sitio aparecerá la grieta, es lo que yo pienso pero me limité a decir:

—Javier la mira embobado siempre, no sé qué le encuentra. Guapa es, lo reconozco, no se le puede negar pero es rara, distinta, lejana y ¡tan poco simpática! Y desde luego aunque esto no sea lo más importante no tiene ni idea de vestirse.

## MUCHOS SON LOS LLAMADOS Y POCOS LOS ELEGIDOS

Entrando después el rey, reparó en un hombre que no iba vestido de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin vestido de boda? Pero él enmudeció. Entonces dijo el rey a sus ministros: Atadlo de pies y manos, arrojadlo fuera a las tinieblas donde no habrá sino llanto y crujir de dientes. Tan cierto es que muchos son los llamados y pocos los elegidos.

Mateo 22, 11-14

Soy el padre Dalmau Rovira aunque todos me conocen como mosén Rovira, y soy el fundador del colegio para chicos San Juan de Letrán que con las aportaciones económicas de una serie de buenas familias barcelonesas abrió sus puertas en Barcelona en 1942. Mi cargo es el de consiliario de una cofradía a la que por derecho propio pertenecen todos los alumnos y el encargado de las actividades que organizamos no sólo para ellos sino más recientemente también para los antiguos alumnos. Consiliario puede traducirse por director y aunque yo no tengo propiamente el título de director por decirlo de alguna forma soy el ideólogo y he de reconocer que me siento satisfecho de la influencia que he tenido tanto en el colegio como en la comunidad. Así lo reconoció el doctor Modrego, obispo de Barcelona, encomendándome la organización de la participación de los niños en el Congreso Eucarístico Internacional que se celebró en esta ciudad en 1952. Un reconocimiento que me dio ánimos para continuar mi vida de sacrificio al servicio de los niños y de los jóvenes a pesar de mi avanzada edad.

La generación que comenzó con nosotros en el 42 a los diez u once años ha llegado ya a los veinticinco o veintiséis con la carrera acabada, casados todos ellos y alguno con hijos. Ver cómo se iban apartando de la religiosidad que tanto nos costó inculcarles en el colegio me producía una sensación de derrota. De ahí que con uno de los más antiguos exalumnos, Jorge Martín, se nos ocurrió crear un grupo de matrimonios católicos por supuesto que compartieran el objetivo de cristianizar su vida de seglares según las enseñanzas del Evangelio dando testimonio del amor de Dios y de los valores cristianos en la vida social y profesional y prestar su activo apoyo a la iglesia dentro de la sociedad, que cada vez veo más alejada de Cristo y de su iglesia. Organizamos pues unos encuentros mensuales de siete u ocho matrimonios que se reunirían después de cenar en el mismo colegio para realizar una serie de actividades religiosas que se iniciaban con una oración conjunta y espontánea seguida de un examen de conciencia sobre el plan de vida que cada pareja hubiera elegido incluido el famoso «deber de sentarse» que tanto ayuda a los matrimonios agobiados por el trabajo y los hijos a los que queda poco tiempo para compartir los pensamientos más íntimos de su mente y las zozobras de su alma. Y como un ejercicio intelectual se acabaría la reunión con el comentario de un pasaje de los Evangelios debidamente seleccionado con anterioridad para darles tiempo a leerlo, meditarlo y comentarlo marido y mujer juntos durante el mes previo a la reunión. Nos inspiramos en el libro del sacerdote belga Jacques Leclercq, *El matrimonio cristiano*, publicado en 1952 por la editorial Patmos del Opus Dei dos años después de que la Santa Sede lo aprobara como instituto secular, con lo que podía regirse por sus propios estatutos. De total confianza, pues.

Habíamos reunido ya siete parejas de entre los compañeros del mismo curso cada cual ahora con su papel en la vida profesional de la sociedad y se nos ocurrió llamar a Javier Costa, del que teníamos pocas noticias porque se había ido apartando de la cofradía sobre todo en el último año o tal vez antes cuando había conocido a esa chica medio francesa con la que finalmente se había casado. Según se comentaba los padres de él habían

tenido un gran disgusto con esta boda y aunque al principio se habían negado a aceptarla nada hizo cambiar a Javier su decisión de casarse con ella y finalmente se celebró una boda normal con el boato habitual en esas familias. Ahora, nos decíamos, ha llegado el momento de que vuelva al grupo y así reconduzca su vida hacia formas y modos más cristianos porque según se rumoreaba incluso habían dejado de ir a misa los domingos. Así que un día lo llamé por teléfono y le pedí que viniera a verme, al fin y al cabo yo había sido su confesor durante los años del colegio e incluso los dos primeros años de carrera. Luego había desaparecido y alguna vez que lo había llamado me había prometido que nos veríamos pero nunca lo cumplió. Le llamé al teléfono del bufete que me dieron en su casa pero tuve que insistir tres veces antes de poder hablar con él. Me extrañó que no trabajara en el despacho de su padre, uno de los bufetes más famosos de la ciudad con veinte abogados por lo menos pero pensé que ya le preguntaría cuando nos viéramos porque también esta vez me prometió que iría a verme. Y sí, un día vino a las siete de la tarde más o menos. Lo encontré reacio a hablar, él que tanta confianza me había mostrado desde la infancia parecía haberse arrepentido de estar aquí y cuando le propuse que formara parte del equipo de matrimonios que acabábamos de fundar se quedó mudo un instante. Más bien absorto, para decirme al cabo de un rato en que yo no aparté la mirada de su rostro, que se había vuelto malhumorado, ceniciento:

—Bueno, pues lo hablaré con Arcadia, no habíamos pensado en esto, no sé qué decir.

Y cuando, para no atosigarle, aunque volvería a la carga enseguida, le pregunté qué había sido de la vida de ella en Francia, se cerró en banda y apenas respondió a mis preguntas.

—¿Pero sois felices? —pregunté al cabo para no quedarnos más rato en silencio—. ¿Lleváis una vida cristiana como Dios espera de vosotros?

Tampoco fue demasiado explícito, no paraba de dar vueltas a un cigarrillo sin encender que hacía rodar entre los dedos mirándolo con atención como si en ello le fuera la vida.

—Javier —insistí—, si formáis parte del equipo de matrimonios, esta reunión os hará más fácil el camino. Sabes que tengo razón.

Más silencio que rompió poco después sin levantar la vista fija en las vueltas que daba al cigarrillo:

—Es que tengo que hablarlo con Arcadia —insistió—, no sé lo que dirá.

Y se refirió entonces vagamente a la forma de ser de Arcadia y algo dijo de la educación que había recibido. Hablaba en voz tan baja que apenas entendí lo que decía. Me puse serio:

—Es tu autoridad la que ha de prevalecer —le recordé—. Eres tú el que ha de establecer las normas en tu vida de familia. Tenéis que venir los dos y yo os ayudaré —y en un tono más confidencial le pregunté—: ¿Por qué no la traes un día y hablamos?, creo que la convencería rápido.

No respondió, sólo al cabo de unos minutos metió de nuevo el cigarrillo en el paquete que había sacado del bolsillo, se levantó dando la reunión por acabada y dijo:

—Sí, lo haré, vendremos los dos —como si con esta afirmación ya no hubiera más que hablar y considerara que con lo que había hecho y dicho se había ganado el derecho a irse.

Pasaron más de dos semanas y tras cuatro o cinco llamadas se presentó un día con su mujer. Alta, delgada, con el pelo recogido y una piel pálida y transparente, irradiando temor el gesto un tanto encorvado con que se acercó a saludarme y la tímida mirada de sus ojos dorados. Sí, es una chica que llama la atención, no sé si porque yo por el interés y la curiosidad por conocerla tenía muy despierto mi sentido crítico o porque me sorprendió su apariencia de chica joven más que de mujer casada; vestía una amplia chaqueta sin abrochar y un gran pañuelo que le envolvía el cuello, una bolsa de Swissair le colgaba del brazo y llevaba unos zapatos planos como yo no los había visto nunca en ninguna de las demás mujeres de su clase, me refiero a las mujeres de mis exalumnos que, sin querer ofender a Arcadia, van vestidas de forma mucho más, cómo lo diría, mucho más arreglada, mucho más elegante. Pero también me percaté de la fuerza de su convicción al opinar o al responder a mis preguntas. En realidad habló poco aunque permanecía muy atenta a lo que decíamos tanto Javier como yo. Me pareció extremadamente sensible, incluso demasiado, y creo que aunque fuera la primera impresión no estaba equivocado porque tengo confianza en mi juicio estando como estoy tan acostumbrado a leer la mente de niños y



jóvenes y descubrir su personalidad. Finalmente aunque sin el menor entusiasmo la convencí y quedamos en que se incorporarían al equipo de matrimonios recién fundado que además sólo había celebrado una reunión así que prácticamente ellos también podrían considerarse fundadores.

—Ve en paz, Arcadia, ten confianza en nosotros —le dije dejando en el aire quiénes éramos «nosotros». Y dedicándole una mirada tan cordial como me fue posible añadí—: Deja que te mostremos el camino fuera del cual no hay salvación y no olvides que muchos son los llamados y pocos los elegidos.

La reunión de esa noche después de la cena era la cuarta del curso, la tercera a la que asistían Javier y su mujer. La capilla estaba en penumbra. En el altar brillaba la luz de los tres cirios a cada lado de la cruz y el resto del espacio permanecía en la leve oscuridad de sombras cruzadas por los reflejos del tembloroso fulgor de las velas y el leve parpadeo del candil que colgaba sobre el sagrario. Siempre fui amante de la fidelidad al ceremonial y la reunión de matrimonios que habíamos iniciado hacía unos meses lo exigía tanto como cualquier otra actividad religiosa para marcar la diferencia entre un mundo cada vez más desprovisto de la idea de Dios y el que intentábamos crear y mantener infinitamente más humilde, en torno al que nos reuníamos para concitar su presencia. De pie en el atrio de la capilla yo no era más que una silueta con el rostro oscurecido por el contraluz lo que me permitía mirar a mi pequeña grey sin que ellos se percataran de dónde o en cuál de ellos se posaban mis ojos. Había terminado mi breve sermón y esperaba las palabras que debían surgir espontáneas de cada uno de los asistentes. Eran ocho matrimonios y cada cual se había situado en un lugar cualquiera de los seis bancos de la capilla y tal como les había indicado se habían colocado sin orden de familiaridad ni de edad ni de familia como dando a entender que efectivamente lo que allí iba a ocurrir pertenecía al territorio de lo natural, de lo improvisado, como una imagen de la libertad con que habrían de definir su asistencia a esas reuniones en un formato por decirlo así más moderno, como de hecho las calificarían todos ellos cuando al salir de ese privilegiado gueto privado

donde nos encontrábamos hablaran de ellas con otros amigos o conocidos. Era, sin lugar a dudas (yo no me cansaba de repetirlo), una forma nueva y sutil de dar testimonio, testimonio de fe y de comportamiento cristianos. «Nos ponemos donde queremos y hablamos sólo cuando y si queremos hacerlo», dirían tratando de desbaratar la suspicacia de sus oyentes o de sus confidentes; estaban bien adoctrinados para el testimonio. Porque se trataba de hablar, mejor dicho, de rezar, de elevar una oración a Dios. Y así lo entendían todos convencidos como estaban de que nos habíamos enrolado en una misión difícil que nos hacía especiales a los ojos de Dios y de la iglesia. Yo tenía la impresión sin embargo de que nada de esto le había quedado claro a Arcadia tal vez porque había llegado al equipo por matrimonio, lejos del ambiente de los hombres y mujeres que pertenecían al mismo mundo cristiano por tradición y por clase porque así era, cristiana, la sociedad en que vivían y juntos aunque en edificios distintos se habían educado en el centro religioso que hoy los acogía muchos años después de haberlo dejado.

La plegaria comenzaba cuando uno de los cofrades del equipo rompía el silencio para dirigirse al Altísimo con su propia voz y sus propias peticiones profesionales, sociales pero también domésticas e incluso las que pertenecen a su más oculta intimidad. Y así lo fueron haciendo uno tras otro tomando la palabra para expresar sus peticiones y susurrar sus plegarias. Incluso Javier habló, tan reacio como se había mostrado a sumarse a este grupo de amigos aunque lo hizo de un modo impersonal y vago como si no quisiera definirse del todo y creyera que en caso necesario por hipotético que pareciera su modo de actuar sería interpretado como una forma de cumplir con un expediente. Ella en cambio, su mujer, no había dicho nada como tampoco lo había hecho en las dos reuniones anteriores.

A mí me costaba comprender cuál era su actitud en cuestiones religiosas. Al principio cuando me vinieron a ver los dos creí que se avenía a asistir a estas reuniones sólo por agradarle a él, por obedecerle aunque pronto comprendí que de ningún modo podía ser así en una mujer educada desde la infancia en unos principios de igualdad entre hombres y mujeres, que según me había contado Javier un día a solas venía ratificada por la influencia que las ideas de su padre habían impreso en su forma de entender

la religión y la vida por más que, tímida como era, pareciera incapaz de defenderlas en público. Y no es que no conociera los ritos y los mitos de nuestra religión pero no porque los hubiera vivido en familia, mucho me temo, ni menos aún en la escuela francesa en la que se educó en la infancia sino porque los había aprendido de memoria como había hecho con la lista de los reyes godos o la dinastía de los Austrias. Pero había algo más, Javier no estaba muy seguro de que Arcadia fuera a congeniar con la gente del grupo, no tenía ninguna facilidad ni mostraba deseo alguno de incorporarse a grupos cerrados y aunque asistiera, pensaba él, permanecería alejada, ausente. Al principio creí que poco a poco se iría haciendo a nosotros, mejor dicho, a ellos, los otros matrimonios pero esa noche comprendí que tanto por su parte como por la de los demás la relación normal que yo había esperado sería casi imposible.

Había hablado ya la última de las mujeres, Gloria Sigüenza, una de las que más le costaba ese ejercicio de espontaneidad, y sólo faltaban Arcadia y Jorge Martín, que había permanecido de pie con los brazos cruzados en un gesto de afirmación insobornable. Hubo un silencio y enseguida tomó la palabra para decir:

—Señor, te doy las gracias por haberme dado la posibilidad de expresarme libremente en presencia de otros que como yo desean encontrar el modo de vivir más intensamente la fe que nos acerca a Ti. No nos es fácil a veces responder a las dificultades que nos acarrearán nuestras reservas, pero nos sentimos unidos en Ti, ¡oh, Señor!, que nos has dado el beneplácito de tu ayuda y de tu bendición. —Hizo una breve pausa, tomó aliento y continuó en voz más baja como si fuera a contar un secreto—: Sin embargo —susurró—, uno de nosotros no ha respondido aún a tu generosidad y no ha sido alcanzado por tu gracia. Por su alma te rogamos, Señor, y te pedimos que le concedas la mansedumbre de corazón y la sencillez de espíritu para que libre de las ataduras de sus reservas se entregue a Ti como hemos conseguido hacer los demás.

Si bien es cierto que el objetivo principal de los equipos de matrimonios es que cada cual consiga vivir con plenitud según las palabras del Evangelio con el apoyo y la fuerza de los otros miembros la contundencia con la que habló Martín me dejó un poco perplejo. Contuve la respiración y los demás

conmigo y permanecí inmóvil mirando disimuladamente a Arcadia que sentada en el último banco de la capilla parecía encerrada en sí misma, con la cabeza baja y los hombros encogidos como si esa actitud de no mirar, no ver, le concediera el don de convertirse en invisible. Parecía avergonzada incluso se había ruborizado pero igualmente descubrí en la crispación de sus labios un gesto de profunda irritación.

Desde donde yo estaba en el presbiterio, un poco más elevado que los demás, que permanecían con la cabeza agachada, me era fácil ver a Javier junto a ella susurrándole algo al oído. No se oía ningún ruido, ninguna respiración pero aunque no logré adivinar qué le decía, lo comprendí perfectamente cuando la voz de Arcadia se abrió paso en la densa cortina de silencio de la capilla:

—No puedo, Javier, de verdad, no puedo.

Sí, no había duda, Javier debió de decirle algo así como: «Ésa eres tú, Arcadia, di algo, dilo, lo que sea por favor». Sí, eso debía de haberle dicho a su mujer que, inmóvil, intentó abrir los ojos que mantenía cerrados desde que se inició el acto pero que una vez le hubo respondido volvió a cerrar como si la hubiera deslumbrado la escasa luz de las velas.

Ante el prolongado silencio que siguió a la oración de Martín todos comprendimos que tampoco ese día el Señor había tocado con su gracia al cordero perdido que se nos había encomendado llevar a pacer por los prados de la vida. Así que di la ceremonia por acabada con una bendición general, me quité la estola, la besé y por la puerta falsa del presbiterio me dirigí a la sacristía, mientras los devotos cofrades y sus mujeres iban saliendo de la capilla en un silencio respetuoso pero cargado de tensión.

El colegio vacío donde todos ellos se habían educado mostraba entre sombras sus altas bóvedas y largos pasillos. Subieron la amplia escalera y en el primer piso, donde estaban las aulas que tan bien conocían, me reuní con ellos y les abrí una puerta. Un par de lámparas elementales colgaban del techo y daban una luz macilenta sobre las mesas reunidas en el centro del aula, como si se hubieran colocado con la intención de emular una sala de juntas. Pero no era más que una figuración porque de hecho lo que pretendíamos con las mesas agrupadas y todas esas sillas en derredor era

dar al entorno un aire familiar, doméstico, cotidiano, casi como una gran mesa camilla.

Esta vez sí estaba previsto que los matrimonios se sentaran juntos porque en el examen de conciencia que había de tener lugar al iniciarse la segunda parte de la cristiana actividad se daba por hecho que el «plan de vida» del que habían de dar cuentas era de ambos, y tendría que haberse elaborado de común acuerdo contando con las necesidades y deseos de los dos. Al menos esto es lo que yo les había aconsejado. Si bien se mira no era tan complicado, se trataba sólo de adecuar su vida diaria a la que Dios esperaba de ellos, ¿no éramos nosotros los privilegiados a los que se nos pedía buscar y conocer la voluntad de Dios y cimentar nuestra vida personal y familiar en el Evangelio? Así era como a la fuerza el amor de los esposos tendría que fortalecerse. De hecho, como les repito cada vez que tengo ocasión, el amor no consiste en mirarse el uno al otro, en amarse el uno al otro, en cuidar el uno del otro, en comprenderse, sino en mirar los dos hacia un mismo punto: Dios y a veces la Virgen María que, nunca hay que olvidarlo, es la que intercede para que todo plan llegue a buen puerto que expresado en lenguaje de hoy significa que su influencia en la corte divina es impresionante. Los dos esposos se encuentran así en la divinidad, mirando hacia la Virgen o hacia Dios y son esas miradas y su encuentro en la trascendencia lo que les une, lo que les fusiona en Dios y les sumerge en una vida en la que todo se explica por la palabra de Cristo. Es más, por el mero hecho de mirar los dos a Dios se les concede la gracia del amor del uno al otro, siempre pasando por Él. Un amor profundo, pleno, que tiene como objetivo el acercamiento a la propia santidad. No se trata, les digo una y otra vez, de que no importen los sentimientos personales, individuales, sino que hay que dejarlos en manos de los poderes sobrenaturales que serán los que decidan por vosotros. ¿No dijo san Pablo «Somos del Señor y para el Señor»? Y es que no hay más amor que el que pasa por el amor a Dios ni más goce que aquel que, olvidándose de uno mismo y del otro se centra en el goce de la cercanía de Dios. Así es el amor. Cualquier otra forma de entenderlo que parta del egoísmo, de la lujuria, de la satisfacción de la propia concupiscencia, de un interés económico por común que sea y que no tenga un fin más alto y más santo que el goce terrenal que sólo se

fundamenta en el profundo egoísmo, acabará por desbaratar la convivencia y con ella la unión de los esposos.

Éste había sido también a grandes rasgos el tema de nuestra conversación el día que fueron a verme los dos, Javier y Arcadia. La visión de nuestra existencia, voluntariamente iluminada por el amor a Dios, me había parecido un atractivo místico, casi romántico, capaz de hacerle más seductora una forma de entender la vida cristiana a una persona como ella, con una dosis tan espectacular de idealismo que, según había insinuado Javier el día que nos vimos a solas, gobernaba por completo a su amada.

—Más que la trascendencia o la religión —llegó a decir—, más que la generosidad, más que nada, ella tiene una interpretación idealista de la Historia y de la sociedad igual que de las relaciones con los demás y de los objetivos que se plantea. —Y yo entendí que tendría que encontrar una fórmula que nos acercara—. Ya se sabe —se había excusado entonces Javier—, vivió en Francia hasta los doce años con unos padres que por encima de todo le enseñaron el compromiso político y social.

—Entonces —dije yo—, no es de idealismo de lo que estamos hablando sino de ideología.

—Tal vez sí —respondió vagamente él sin mirarme.

—Tú sabes, querido Javier, el peligro que encierran las ideologías, marcadas todas y nacidas de la voluntad de apartarse de la iglesia.

Me miró dubitativo:

—Bueno, tal vez me he equivocado, lo que quise decir es que tiene menos sentido religioso que... —dudó un momento—, por ejemplo yo, que he sido educado en la religión cristiana. Ya le he dicho que ella vivió hasta los doce años en Francia, y tiene de la religión una idea distinta de la que tenemos nosotros.

—¿Qué quieres decir? —exclamé horrorizado—, ¿es que hay varias formas de vivir la fe?

Mi reacción estaba cargada de contenida violencia pero luego más calmado ya creí entender lo que intentaba decirme Javier, una forma de vida más alejada de nuestras creencias y costumbres, tan extravagantes y extrovertidas a ojos extranjeros.

Aquel día ella me escuchaba con una expresión impenetrable que yo interpreté al principio como de timidez pero que inmediatamente desestimé al ver cómo levantaba la cabeza en un gesto de audacia, casi de desafío, al decirme que si el amor era tal como yo lo había definido, ella no entendía —y entonces sí había en su cara una mueca de incompreensión— cómo pueden amarse los que no conocen a nuestro Dios.

Era tan delicado responder a esta provocación que no supe hacerlo más que justificando el afán de la iglesia en lograr que se acercaran a ella los que no tenían fe, es decir, su labor de evangelización, «porque sabemos que sólo en la forma de amar a través de Cristo puede encontrar la plenitud el ser humano, todas las demás formas no hacen más que crear conflictos tan profundos que la mayor parte de las veces acaban en violencia e incluso en muerte». Y quiero creer que pude esconder el desconcierto que me embargaba, y el desprecio por ella que brotó de pronto de mi alma y que, al menos, fui capaz de convertir en compasión.

Ya nos habíamos sentado en torno a las mesas, y cada uno de ellos, en su nombre y en el de su mujer, fue haciendo en voz alta su examen de conciencia, narrando en qué habían fallado y cómo habían logrado dirigir sus miradas en la misma dirección que habría de llevarlos a la unión con Dios. Cada pareja tenía la libertad de establecer su propio plan de vida simple o complicado pero había que definirlo y hacer todos los esfuerzos posibles por cumplirlo, y una vez aquí reunidos, dar cuenta de ello. El orden en la vida cristiana es el camino de la piedad, el desorden, el del pecado. ¿Habían cumplido con el propósito de levantarse sin pereza o el de ir a misa un par de veces a la semana además del domingo o con la obligación que se habían impuesto de no enfadarse, de no dejarse llevar por ira o el malhumor, de no entrometerse en la vida de los demás, de tener paciencia con los padres, los suegros, las criadas o los empleados? ¿Habían llevado una vida sexualmente sana? ¿Habían usado como corresponde del matrimonio, es decir, sin otro objetivo que el de la procreación como manda la iglesia? ¿Habían olvidado que la sexualidad no tiene más razón de ser que la de engendrar hijos para la gloria de Dios?

Y luego venía el famoso «deber de sentarse» que con tanto fervor recomienda en su libro *Sobre el amor y la gracia* el *père* Henri Caffarel, otro gran fundador de equipos de matrimonio que desde hace unos años ha conseguido una gran popularidad en la clase alta de Barcelona. Pues bien, en palabras del padre Caffarel el «deber de sentarse» además de otros muchos beneficios para los esposos «nos ayuda a descubrirnos, poco a poco ante nuestro cónyuge» y más aún «evita la rutina de la vida conyugal y mantiene jóvenes y vivos el amor y el matrimonio». No es una mera invención para que los esposos se sienten y hablen de los hechos cotidianos que definen su modo de vida, por el contrario, según el prodigioso saber y entender de este sacerdote que a pesar de que nunca los ha experimentado tiene los conocimientos suficientes sobre el desgaste que se produce cuando los esposos se alejan de la vida del espíritu, permite contrarrestar la locura y la vorágine, y los excesos de información de la vida de hoy en una ciudad como la nuestra, tan alejada de los valores religiosos. Soy consciente y así se lo he dicho a los esposos en muchas ocasiones, que este discurso no sirve para los menos favorecidos que siempre los hay aun cuando llevamos ya diecisiete años de paz en nuestro glorioso país como lo llama el Régimen que nos ha salvado del comunismo. Pero ni el autor del libro ni mucho menos yo que entiendo la diferencia inevitable que hay entre los hijos de Dios, nos referimos a ellos cuando hablamos como ahora, a los privilegiados acostumbrados a las comodidades de una vida que sin embargo ha sido sometida a la ley y el orden que afortunadamente impera en la nación y que Dios quiera que así continúe bajo la dirección del general Franco el mayor tiempo posible, hasta una fecha de un futuro tan lejano que en este momento ni siquiera somos capaces de imaginar.

No sé cómo me he puesto a hablar de los menos favorecidos y de los privilegiados; lo único que quería al hablar del «deber de sentarse» es señalar que esa noche Arcadia estaba más distraída que de costumbre, me pareció, por la atención que le prestaba yo imbuido por el deber de atenderla y atraerla a nuestro equipo y convertirla en una de los nuestros. Tanto, que me fijé que Javier mientras subíamos la escalera debió susurrarle al oído lo que yo le había aconsejado que le dijera para que no interpretara nuestras palabras como una presión, como una imposición:



—Haz un esfuerzo, Arcadia, no es más que un día al mes. No es tan difícil.

*No, no lo era para mí, no era difícil conseguir su aceptación ni la promesa de que iba a participar activamente cuando el día de la reunión quedaba lejos y yo le hablaba de ello mientras cenábamos o cuando entraba en el cuarto de baño y la sorprendía en la bañera con la espuma hasta el cuello y la enjabonaba o me metía en el agua con ella chapoteando en el agua tibia, latente siempre la urgencia de un deseo que se desvelaba al mínimo roce o cuando reíamos y nos salpicábamos en un delicioso juego de risas o cuando envuelta todavía en el albornoz se daba la vuelta hacia la puerta convencida de que yo estaba ahí justo detrás de ella para abrazarla y conducirla a la cama o al sofá o tumbarla en el suelo junto a la chimenea encendida. No, entonces no era difícil. Porque aquél era otro espacio, era nuestro espacio, el que habíamos creado y enriquecido desde que nos conocimos, el lugar donde la voluntad no hacía más que obedecer y la complicidad convertía en real la decisión tomada al unísono sobre nuestra unión que debía realizarse en otro ámbito, bien lo veía yo, precisamente el contrario del que nos acogía en las reuniones de los equipos, un lugar con luces tenues, palabras elegidas con cuidado, confesiones entrecortadas, velados sermones apenas iniciados que la alejaban cada vez más de mí y me convertían en un extraño a sus ojos, quizá porque también yo me había convertido en un extraño que me sentaba a su lado ignorando su malestar y aceptando toda esta historia de los equipos de matrimonios en los que ella por más que lo intentara no lograba ni entrar ni interesarse y que la llenaba de un intenso y desconocido malhumor que al no poder manifestarse se convertía en clara repugnancia. Todavía no había comenzado a irritarse o a callar como le ocurriría al cabo de unos meses. De momento y al margen de ese profundo malestar era sólo consciente de que nada le decía la piedad tal vez porque nunca había rezado y cuando ya a punto de casarnos decidimos que lo mejor para lograr la aceptación de mi familia, mejor dicho de mi padre, que era el único que contaba, era que cumpliéramos con nuestras obligaciones religiosas como cuando iba al*

*colegio, le decía yo, sin más intención que la de practicar una costumbre, lo intentó sinceramente no sólo por facilitar las cosas sino, creo yo, porque tenía la esperanza de que tal vez le sería dado tener fe, adquirir el don de la piedad, alcanzar la gracia y pasar definitivamente a pertenecer a un colectivo, a una sociedad con la que jamás se había sentido muy a su pesar vinculada. Pero ni entonces ni ahora las palabras brotaron de su corazón ni ascendieron al paraíso sino que repetían lo aprendido y lo oído y se quedaban en la mera superficie.*

Y es que la vida de hoy, les había dicho yo a los cofrades el día que les planteé el famoso «deber de sentarse», apenas nos deja tiempo para reflexionar sobre la marcha de nuestra relación, de esta relación que, por otra parte, si se pone en manos de Dios no deja opción a la voluntad ni al sentimiento. Y de lo que se trata es de reflexionar sobre ella, reflexionar ambos porque a ambos concierne la vida matrimonial. Otra cosa es que la voz cantante la lleve el hombre, más preparado, argumentaba yo, más dotado para el discernimiento y la teoría que la mujer sin que ello signifique de ningún modo que ella no merece la atención, el respeto y la protección que todo ser ha de recibir de quienes tienen en sus manos más armas para hacer frente a la vida, sobre todo a la vida del pensamiento y que han sido dotados con la capacidad de tomar decisiones.

En el «deber de sentarse» los esposos deben situarse de vez en cuando el uno frente al otro una vez a la semana o al mes según sean sus exigencias de perfección que por supuesto yo dejo en sus manos y con toda la humildad de que sean capaces hacer un repaso del comportamiento que han tenido en este sentido evitando la recriminación y la acusación porque no se trata de inculpar y vencer sino de encauzar y suavizar un tipo de relación que tal vez no sea el más adecuado. Y es cierto que cada cual tiene derecho a decirle al otro lo que no le ha gustado de su proceder no para echárselo en cara sino para darle la oportunidad de cambiar teniendo en mente la advertencia que ha recibido y así mejorar la convivencia y olvidar rencillas y discusiones que no hacen sino alejarnos del objetivo santo que nos hemos impuesto, es decir, dejar de mirarnos para mirar los dos en la misma

dirección, donde encontraremos a Dios, les repito una y otra vez aun a costa de resultar tan insoportable como me dijo la torva mirada que Arcadia me dedicó al salir aquella noche del colegio una vez terminados sus deberes y mis sermones.

*Ya había comenzado el llamado «deber de sentarse». Nosotros dos, sin embargo, tras una primera y funesta experiencia, habíamos decidido prescindir de él y no intervenir porque no había hecho más que provocar una violenta discusión en la que nos habíamos enzarzado casi sin darnos cuenta. Nos quedamos, pues, discretamente al margen mientras hablaban los demás y con la conciencia bien tranquila: lo habíamos intentado y sabíamos que si no había funcionado no había sido por pereza ni por desidia.*

*Había sido un día, al volver del trabajo, cuando le propuse poner en práctica esa novedad del «deber de sentarse» que según se había decidido en la última reunión del equipo tendría que figurar en nuestro plan de vida y en consecuencia figuraría en el examen mensual de conciencia. Arcadia aceptó con cierta reticencia porque habían pasado ya algunos días desde entonces y albergaba la esperanza de que a mí se me hubiera olvidado. Pero yo insistí:*

*—No cuesta nada probarlo, a lo mejor funciona. No puede ser tan malo como crees.*

*—Yo no creo que esté mal lo que ocurre es que me angustia un poco esa voluntad de convertirnos en confesores de nosotros mismos.*

*—No se trata de confesarnos sino de sincerarnos.*

*—¿Para qué? Vivimos el uno junto al otro. ¿Qué más se le puede pedir a nuestra vida en común? ¿Qué más pueden desear ellos para nosotros? No creo que lo que nos haga falta sea sincerarnos.*

*—Hablas de «ellos» como si fueran un poder que quiere imponernos su voluntad y no...*

*Arcadia me interrumpió:*

*—Eso es lo que son, déspotas, tiranos, aunque no quieras reconocerlo. Así ha sido la iglesia siempre.*

*La dominaba la impaciencia aunque hacía esfuerzos por controlarse.*

*—Tú no sabes mucho sobre la Historia de la iglesia, pero aun así tienes razón, hay mucho de verdad en lo que dices. Aunque también hay en ella gente de buena voluntad, gente que quiere ser mejor y yo creo que los equipos de matrimonios forman parte de esta iglesia que no se ve, y que pretende mejorar y ayudar.*

*—¿Ayudar? ¿Ayudar a quién? ¿Ayudar a que estemos sometidos a su voluntad, a sus normas y leyes, a que dejemos de ser conscientes de lo que creemos que está bien o está mal y adoptemos lo que ellos digan? Todo cuadrículado, todo impuesto.*

*Pero yo no quería pelear. Asistir a esas reuniones había sido una decisión que habíamos tomado los dos, tal vez ella, preciso es reconocerlo, sólo se había sumado a lo que yo quería. Se sentó en el sofá, resignada.*

*—Bueno, pues vamos a cumplir con el deber de sentarnos.*

*—Ahora no —dije, y procuré sonreír al verla enfurruñada. Me senté a su lado y añadí—: Dejémoslo para después de la cena, ahora no me apetece ni a ti tampoco —y le tomé la cara entre las manos y comencé a besarle los ojos, los labios, la nariz y las mejillas—. Tenemos tiempo —susurraba—, tenemos todo el tiempo del mundo...*

*Ni siquiera nos levantamos al oír la puerta del comedor cuando Josefa vino a decirnos que la cena estaba en la mesa. Aún con su cara entre las manos me aparté un poco.*

*—La cena está en la mesa —repitió Josefa.*

*—No, todavía no —dije bien alto para que me oyera y volví a acercar mi rostro al de Arcadia, que había cerrado los ojos y acariciaba mis manos con las suyas.*

*No fue aquel día cuando nos pusimos a ello sino por lo menos al cabo de una semana.*

*—Verás —había comenzado yo con la casa en silencio intentando buscar algo en el comportamiento de Arcadia que mereciera un aviso—, me habría gustado que ayer hubieras desayunado conmigo en lugar de quedarte en la cama.*

*Lo dije por decir, por cumplir un deber del que habríamos de dar cuenta y que habíamos aceptado, porque nada me gustaba más antes de*

salir por la mañana al trabajo que entrar en la habitación que todavía olía a sueños y jadeos, y sentarme junto a ella envuelta en sábanas y mantas hechas un revoltijo en torno a su cuerpo, y besarle los ojos cerrados y la piel dulce y tibia, y esperar esos tímidos gruñidos y ronroneos de puro placer como respuesta. Cerraba después la puerta con sigilo, como si al hacerlo partiera el mundo en dos espacios que no volverían a encontrarse hasta bien entrado el día, cuando después de comer nos tumbáramos como cada tarde en el suelo alfombrado del salón buscando unos minutos de somnolencia mientras plácidamente oíamos y respondíamos a las voces del deseo. No sé por qué lo dije. Pero lo dije y contestó, un poco tensa, que también a ella le habría gustado que yo me hubiera levantado por la noche cuando no se había podido dormir y se tuvo que ir al estudio a leer para ver si le entraba el sueño y no despertarme. Y yo ni siquiera me había dado cuenta.

—Pero tienes que comprender —la interrumpí más por responder a su expresión que por necesidad de seguir con este absurdo debate tan poco habitual entre nosotros—, que yo salgo todas las mañanas para ir al trabajo y es más natural que por la noche tengas menos sueño tú que yo.

—¿Y por qué no añades, «tú que no haces nada en todo el día»? Es lo que te falta por decir, porque tal vez habrás olvidado que no trabajo para no escandalizar a tus padres, burgueses anticuados donde los haya, incapaces de comprender que una mujer tiene derecho a su trabajo y a su independencia económica sin los cuales nunca será libre. Es esta libertad la que no quieren conceder porque todavía creen, y a lo mejor tú también lo crees y por eso me lo pides, que, como dice el cura a todas horas, la mujer pertenece al marido como el marido pertenece a su iglesia y que el lugar de la mujer casada es su casa o cualquier otro sitio donde acompañe decentemente a su marido. Sí, esto es lo que dicen —repitió, roja de indignación—. ¿O crees que me gusta tener que practicar y estudiar en la soledad de mi cuarto sin poder asistir a clases y a ensayos, esperando no se sabe qué ocasión para plantearles a tus padres que mi carrera, mi trabajo, mi oficio es la música, tocar la viola, que para eso los míos me hicieron comenzar a estudiar cuando apenas tenía cinco años? ¿De qué me ha servido estudiar, practicar y dar conciertos durante mi infancia y los

*primeros años de mi juventud si ahora que se supone que soy libre porque estoy casada contigo, que a todas horas me aseguras que ni borracho estarías en contra de mi profesión ni de que yo me dedicara a ella, tengo que mantenerme en silencio como las damitas de antaño con su piano, obligada a tocar una breve pieza el día que a tus padres se les antoja que pueden presumir de ello ante sus invitados y la numerosa familia en el magno concierto que les ofrecen por Navidad en su palacio de Pedralbes?*

*No nos detuvo ni la cena, que preparamos juntos porque era el día libre de la cocinera y Josefa tenía gripe, ni las noticias en la televisión que acabábamos de comprar y que parecíamos ser los únicos en tener, ni el intento de sentarnos, esta vez sí, el uno frente al otro, pero arañándonos las palabras y pisándonos los argumentos como si en ello nos fuera la vida, hasta que, agotados de oírnos, caímos en un silencio profundo y tenso.*

*Y cuando nos fuimos a dormir nos pusimos cada uno en un extremo de la cama, dos ovillos de espaldas vueltos hacia la pared, enfurruñados y con la violencia en los labios a punto de estallar, perdidas las razones y sin poder descartar nuevos cargos que afloraban en nuestra mente tan sólo por mantener viva la discusión. Hasta que tímidamente fue abriéndose paso una añoranza del otro tan vehemente y extrema que sin saber cómo y sin que pidieran revancha los argumentos que nos habían mantenido en guerra, acabamos fundidos en una danza de abrazos, caricias y besos, llorando yo, riendo ella, los dos llevados por idéntico solaz, los dos enardecidos por un encuentro que cinco minutos antes ni habríamos soñado ni habríamos deseado.*

*Hacia dos meses de todo esto, y habíamos respetado la decisión que habíamos tomado como broche de nuestra reconciliación: no volveríamos a intentar el deber de sentarnos, y cuando fuéramos a la reunión no daríamos explicaciones sino que les haríamos saber que ya lo habíamos cumplido a nuestra manera, haciendo un breve repaso de lo que queríamos solucionar, y que así nos funcionaba muy bien, añadió Arcadia, cuyas palabras por supuesto yo acepté. Y así lo hicimos y aunque fuimos conscientes de la cara de reconvención de mosén Rovira, nunca le hablamos de ello.*

*—¿No tienes remordimientos por mentir? —me preguntaba de vez en cuando Arcadia con cierta sorna.*

*Y yo, que no estaba tan seguro de que no tuviera parte de razón, me limitaba a contestar:*

*—Ten paciencia por favor, Arcadia, amor mío, te has cansado de pedir y yo de aceptar.*

# EL PROBLEMA SIN RESOLVER DE LOS NÚMEROS PRIMOS

Cualquier bobo puede plantear preguntas sobre los números primos a las cuales el más inteligente de los hombres no puede contestar.

GODFREY HAROLD HARDY

Cuando ya llevábamos más de un año de feliz matrimonio como se veía obligada a reconocer muy a su pesar la madre de Javier a sus amistades un día me encontré en la calle a don Armando Blume, que había sido profesor de gimnasia en el colegio de la calle Elisabets. «¡Hola, rubia!». Sobre el ruido de la calle se levantó su voz arrastrando la *errrrre*, cuya rotundidad no había conseguido suavizar en todo el tiempo que llevaba en España.

Había sido un profesor inolvidable. Saltos de altura, de longitud, carreras de relevos, siempre tras media hora de gimnasia sueca que nos quitaba el frío y la humedad de aquellos inviernos sin calefacción, más húmedos aún en el patio, entre paredes y edificios donde hacíamos ejercicios de gimnasia que acompañaba con las pegadizas tonadillas que arrancaba a su armónica. Nos gustaba su clase por más que los ridículos bombachos hasta media pierna que nos hacían llevar las monjas nos sumieran en un estado de vergüenza personal y colectiva tan exagerada como si estuviéramos a la vista de toda la ciudad pero incluso así había logrado que aquella clase fuera para nosotras el momento más esperado del día. Don Armando era simpático, alto y fuerte, con la piel ligeramente tostada, el pelo blanco y los ojos azules, y tenía el aire discretamente distinguido de un miembro arruinado de la aristocracia del Imperio



austrohúngaro. Comenzábamos a las ocho y media de la mañana y sin embargo llegábamos puntuales por frío o calor que hiciera, y acabábamos colmadas de una energía que no lograban transmitirnos jamás los juegos de pelota de las horas de recreo o esos ensayos de danzas populares de la señorita Imelda, de la sección femenina, que una vez a la semana soportábamos con malhumor y una infinita desgana.

Gracias a aquel encuentro, al día siguiente me presenté en el gimnasio que don Armando tenía en la calle Padua con Ríos Rosas, muy cerca de la calle Balmes, en la parte alta de la ciudad. Allí me matriculé y comencé a asistir a sus clases durante un par de horas tres veces por semana. Quedaba exhausta y envuelta en vapores de sudor, pero tan feliz como si hubiera descargado toda la inquietud que me atenazaba desde que Laura y Daniel, violín y chelo del trío de cuerda que habíamos querido formar, me habían dicho que el tiempo pasaba y que si no me decidía, ellos ya no podrían seguir esperándome, porque con sólo dos o tres ensayos al mes no podíamos pensar en formar un trío profesional. Al pedirles un poco más de tiempo, me dijeron que Luis Camarero, el pianista que también tocaba la viola, que había comenzado a ensayar y en dos ocasiones había actuado con ellos en conciertos en la universidad, estaría dispuesto a formar parte del grupo.

Es difícil saber si cuando llega el momento no tomamos la decisión correcta amparándonos en extraños y confusos compromisos adquiridos que nos lo impiden o si echamos mano de esos compromisos como justificación por no haber tomado la decisión que ahora lamentamos. ¿Falta de coraje para enfrentarnos a los hechos? Tal vez, pero sobre todo esa falta de claridad en la actuación que provoca inquietud nos confunde porque estamos en terreno resbaladizo y nuestro paso se vuelve inseguro. No sólo tenía cada día menos fuerza para ensayar con ellos y defender mi puesto a la espera de que los acontecimientos me ayudaran, sino que me faltaba la valentía para enfrentarme a Javier y a sus padres, y ponerme a trabajar. Por si fuera poco cada día me sentía con menos ánimos para coger la viola y ensayar en casa, lo que nadie me habría prohibido, o al menos intentar convencer a Javier de que ya no valía esperar más para comenzar mi vida profesional. Sé que me habría repetido que lo más probable es que me

quedara embarazada de un momento a otro y que nada me costaba aguantar un poco hasta que sus padres se hubieran desentendido de nosotros y de nuestra vida al ver cómo íbamos haciéndonos los dueños de nuestro tiempo. Ese momento llegaría, estaba seguro, no teníamos más que esperar, tal vez sólo unos meses más.

—Ya ves cómo han aceptado que no trabaje en el despacho de papá — diría.

¿Y me toca esperar a mí? ¿Cómo van a ver que somos los dueños de nuestro tiempo si no lo somos, si todavía quieres convencerme de que aguante hasta que ellos comprendan? Es lo que yo habría querido decir pero tampoco lo hice porque habríamos iniciado una discusión que cada vez amenazaba con manifestarse más fácilmente y más a menudo, y yo callaba no tanto por evitarla como por la sensación de que el afán me había abandonado y era incapaz de encontrar armas para la lucha. No es que no me importara conseguir lo que me había propuesto sino que el objetivo era cada vez más borroso, más lejano.

Así es como me sentía y tal vez por eso mismo no le hablé de mis vacilaciones y debilidades a Javier, que parecía cada vez más seguro de que el tiempo pasaba a nuestro favor, porque comenzaba a haber mujeres de nuestro entorno, es decir, del entorno en el que ahora yo vivía, que habían ignorado el parecer de su familia y de la sociedad, y que tras la universidad habían seguido su carrera profesional.

Era la primera vez que le negaba una información y el comportamiento se va acoplado al camino que encuentra, como si nuestro proceder fuera horadando la tierra y marcando la dirección que, consciente o inconscientemente, estamos tomando. Así que, si bien al principio le hablé de mis clases de gimnasia, cuando comenzaron a tener más importancia y a exigirme más tiempo del que yo había previsto, cuando se produjo el cambio, movida por una ocultación que ya se había abierto camino en nuestras relaciones, decidí callar.

Llevaba ya varios meses acudiendo a las clases de don Armando. Al salir de los vestuarios me escondía en un recodo de la escalera que llevaba a la calle y contemplaba embelesada en otra zona del gimnasio la dureza y la belleza de saltos, flexiones, contorsiones en las paralelas asimétricas o en la

barra fija, las carreras hacia el salto del potro y las hermosas figuras «de manos libres» de las chicas del equipo de gimnasia femenina. Achim —o Ajim—, como lo llamaban todos en el gimnasio, el hijo de don Armando, que las entrenaba cada mañana, era famoso, llevaba años siendo campeón de España de gimnasia y ahora se preparaba para presentarse al segundo campeonato de Europa que iba a celebrarse en París a finales de octubre de ese mismo año. Iba siempre con pantalones blancos muy lisos y planchados, y una camiseta sin mangas, invierno y verano, que dejaba al descubierto sus brazos fuertes y musculados como poderosas ramas de árbol que justificaban con creces ese «ángel» en las anillas que nos tenía a todos perplejos, a nosotras que lo mirábamos cuando se entrenaba y a la afición nacional y mundial que lo había sacralizado. Tenía el cabello ondulado de un rubio un poco oscuro, como de tabaco, y me miraba con una vaga sonrisa de suficiencia cuando pasaba por su lado, pero también con picardía y cierta complicidad, aunque sin motivo alguno, porque nunca habíamos hablado. Hasta que un día se me acercó y sin más preámbulo me preguntó con un aire de superioridad:

—¿A qué colegio vas?

—Yo no voy a ningún colegio.

—¿Por qué? —preguntó extrañado.

—Porque ya no tengo edad de ir al colegio.

—¿Ah, no?, a mí me pareces una niña. Pero entonces, ¿a qué te dedicas todo el día aparte de venir al gimnasio? —preguntó como si me reprendiera por perder el tiempo.

Yo no sabía qué contestar, no quería decirle que estaba casada, nadie que yo supiera lo estaba en el gimnasio y además me pareció que no era mi estado civil por lo que preguntaba, sino a qué me dedicaba. Y yo, bien lo sabía, no me dedicaba a nada. Me sentí un tanto coartada, como si hubiera quedado claro que yo no era apta para saber lo que me convenía ni para decidir lo que hacía o dejaba de hacer.

—Pues... pues estoy en mi casa, leo, toco la viola...

—Entonces tienes todo el tiempo libre del mundo, ¿no es así?

—Sí, claro, tengo tiempo libre, no todo el del mundo pero sí bastante.

No le dije cómo el tiempo se alargaba, cómo me devoraba, cómo me había robado el ansia por hacer más de lo que podía y ser más de lo que era, esa ansia que durante mi adolescencia y mis años en la calle del Pino me había convertido en una persona con una energía que ahora iba perdiendo poco a poco. Tampoco le dije que la gimnasia era lo único que me mantenía con el mismo entusiasmo que antes ponía en tantas otras cosas que ahora se iban alejando de mí: la memoria de mi infancia, las clases en el conservatorio, el interés por fundar ese trío que habría sido toda mi vida. Sería la inactividad, me decía, eso de tenerlo todo resuelto, sin ninguna obligación en todo el día, porque de ningún modo habría reconocido que era la vida de matrimonio convencional que se me había impuesto lo que me había convertido en una persona tan evaporada que ya no sabía más que esperar a que llegara Javier, hablar con él de todo menos de mí misma, escuchar cuando me contaba sus juicios y sus asuntos, amarnos una y otra vez, refugiarme en sus brazos como si fuera lo único que pudiera devolverme el calor de la vida, como si ya no me quedara nada más en el mundo que esta unión a la que me aferraba sin otro afán que el de sobrevivir a una tormenta cuyo origen me negaba a indagar. O tal vez la sensación de vivir en un ámbito provisional donde nada se me había perdido ni nada me era familiar, esas cenas con los padres de Javier, cada vez menos frecuentes, todo hay que decirlo, alguna reunión con amigos e incluso moverme por el barrio donde vivía, en el que ni siquiera sabía dónde estaba el colmado o la tienda del zapatero porque no estaba previsto que en mi papel de mujer de Javier Costa tuviera que ocuparme de ir al mercado, como si me hubieran trasplantado esta vez no de Toulouse a Barcelona, sino de la calle del Pino al Ensanche, y de nuevo me hubiera quedado sin patria en ese barrio de elegantes casas modernistas poblado por seres que habían ganado una guerra que yo había perdido, a quienes ni conocía ni tenía la menor curiosidad por conocer. Javier no hacía más que preguntar y preguntar: «¿Qué te ocurre, amor?», o bien: «¿Te ocurre algo, quieres decirme qué te ocurre?». Pero yo me cerraba a la conversación y a la confianza porque no habría sabido qué decirle, silenciándolo con mis labios y con mis manos hasta que nos sumergíamos los dos en una nueva vorágine que nos convertía en uno solo, un espejismo tan poderoso que nos

unía ante el descalabro que se avecinaba pero que no consiguió que ninguno de los dos fuera capaz de preverlo.

Sin darme cuenta me había perdido en mis cavilaciones pero un rayo de luz oblicuo cargado de minúsculas motas de polvo, en su silencioso y lento discurrir por la alta ventana del gimnasio, me alcanzó los ojos y me devolvió a la realidad. Achim no hablaba ni me miraba ya, sino que se había concentrado en un punto de mi espalda que enderezó con las manos.

—Así, así es como tienes que ir siempre. No te encojas, mantente erguida.

—No me encojo —protesté.

—Sí lo haces, lo estoy viendo. Pero no es de esto de lo que te quería hablar. —Y como si de pronto le hubiera dejado de interesar mi espalda, preguntó—: ¿Quieres que te entrene y si logramos que adelantes un poco te presentas a los campeonatos de Cataluña de gimnasia deportiva? Se celebran el próximo abril, o sea que tenemos más de nueve meses, será como un embarazo deportivo, ¿qué dices?

Yo estaba pasmada y no decía nada, pero a él no parecía importarle, y continuaba con lo suyo:

—Te he visto en la clase de mi padre y estoy seguro de que tienes madera de gimnasta y ciertas posibilidades. Dime, ¿quieres o no?

—Pues no sé... —Necesitaba un poco de tiempo para comprender en todo su alcance lo que me estaba proponiendo. Pero no me lo concedió:

—¿Qué dices? —insistió—. ¿Te atreves o no te atreves? Será duro, tendrás que entrenar al menos cuatro horas diarias y a medida que se acerque el campeonato mucho más. Seré inflexible y no te permitiré ni un fallo, no sólo de asistencia sino menos aún de atención o de concentración...

Seguía hablando pero yo ya no escuchaba. Sentía un deseo poderoso de comenzar algo nuevo al margen de la vida que llevaba, al margen del sutil control de la familia, de la vida social con los nuevos amigos, la tortura del equipo de matrimonios; era como si una serpiente de ojos azules y voz dura pero melodiosa me tentara ofreciéndome la felicidad si comía la manzana prohibida. Y la prohibición, cuando nos afecta directamente y no tiene que dar cuentas a nadie porque nadie la conoce, duplica su poder. Así que

interrumpí lo que estaba diciendo con ese aire de persona sensata que ofrece un nuevo puesto a un trabajador, y le dije:

—¡Claro que acepto! Dime cuándo comienzo.

Le cambió la cara. Sonrió ostentosamente, levantó los brazos y chilló un bravo tan enérgico que su padre, enfrascado en la melodía de su armónica que daba ritmo a la clase, se detuvo y con él todas las chicas, que se quedaron con los brazos levantados a la espera de la orden que las pusiera de nuevo en movimiento.

—Bien, me alegro, comenzamos mañana. Tengo unas clases a primera hora pero a partir de las once me quedan dos horas libres. Te espero, pues, a las once. Ven con un equipo de gimnasta, no con esos *shorts*, esta camiseta y esos zapatos que más parecen para un corredor de fondo. Te hará falta.

Me despidió con un pellizco en la mejilla como si a sus ojos siguiera siendo esa niña que todavía iba al colegio y que se disponía a entrenar exigiéndole disciplina y entrega.

No, no pensé en lo que pasaría si, como me había dicho Achim, me presentaba a los campeonatos y saltaba la noticia a la prensa y se enteraban no sólo Javier sino sus padres, sus amigos, la gente del equipo... No lo pensé entonces ni cuando al día siguiente me fui a primera hora a comprarme unas mallas, calzado y calentadores para las piernas, aunque me negué a cambiar mis camisetas por aquella especie de traje de baño con mangas que querían venderme en la tienda a juego con las tupidas mallas negras que había elegido. Cuando al día siguiente Achim me vio, hizo un leve gesto de interrogación señalando la camiseta pero, al ver que yo permanecía inmóvil y en silencio, sonrió y no dijo nada. Ese día comenzaron los entrenamientos.

Ver cómo el propio cuerpo responde cuando lo iniciamos por un camino nuevo y descubrir poco a poco adónde nos lleva, es un inmenso placer de juventud, que desvela el alcance de nuestras posibilidades no sólo físicas sino de agudeza y concentración. Achim me daba confianza y yo hacía lo que él me dictaba convencida de que si me lo pedía es que yo podía conseguirlo. Y lo conseguía, tal vez no el primer día, pero sí al cabo de dos o tres o, como en el caso de mi primer salto mortal, en varias semanas, tras muchas veces de darlo con el cinturón de seguridad, cuya correa él sostenía

en las manos. Y una vez se consigue es como si alcanzáramos en la plenitud del esfuerzo un objetivo desconocido que tiene la facultad de convertirse en un nuevo peldaño que nos llevará mañana mucho más lejos aún, un largo camino al que no se le ve el fin. En los entrenamientos, Achim era muy duro, exigía mucha atención, brío y voluntad, y si se hacía mal, pegaba tales gritos que a veces me habría echado a llorar si no fuera porque le temía más aún cuando se ponía burlón y sarcástico. Aprendí a disciplinar mi cuerpo y mi mente para que obedeciera las órdenes que yo le enviaba, según los consejos, gritos a veces, de Achim. De vez en cuando, sin embargo, muy de vez en cuando, si algo salía como él había previsto, se le dulcificaba la expresión de la cara, sonreía y miraba con tal agradecimiento y complicidad que olvidábamos los días y semanas de penitencia que nos había costado alcanzar ese breve logro. Por lo demás, apenas hablábamos. Algún día, cuando ya me había duchado y con la bolsa en la mano me disponía a salir, aparecía de pronto en la entrada vestido de calle él también y me decía: «¿Adónde vas ahora?». «Voy a casa». «¿Y dónde vives?». «En la calle Ausiàs March entre Gerona y Bailén». «Te acompaño al autobús». Y caminábamos juntos sin decirnos nada hasta la parada del autobús de la calle Balmes, donde se quedaba un rato esperando a que apareciera el mío, me veía subir, me decía adiós con la mano y yo contemplaba absorta cómo se hacía cada vez más pequeño y borroso, hasta que desaparecía en la oscuridad.

Un día Javier dejó de leer el libro que tenía en la mano —siempre estaba leyendo desde que yo comencé con la gimnasia— y me miró con curiosidad:

—Ya no te veo nunca tocar la viola. ¿A qué te dedicas todo el día? ¿Sigues con la gimnasia?

—Como siempre, salgo y entro, voy de compras, cuido de la casa... Leo, y sí, sigo con la gimnasia.

Se lo dije concentrada en lo que estaba haciendo, intentar arreglar con un destornillador la puerta del mueble del tocadiscos que se había descuajeringado. Ni siquiera levanté la cabeza y apenas podía hablar con un par de clavos entre los dientes.

—¿De compras, tú? —Sonrió incrédulo pero insistió—: Lo que digo es que ya no tocas la viola, nunca te oigo y siempre la veo en el mismo sitio, no como antes, que me la encontraba por todas partes. ¿Por qué?

—No tiene demasiado sentido ensayar para nada —logré balbucear con un aire ausente, como si no quisiera hablar de ello. Pero había en mi voz cierto tono de acusación y reproche, lo reconozco, esa acusación de la que echamos mano cuando nos sentimos vagamente culpables.

No respondió, pero hizo un breve gesto de incompreensión como si hubiera algo que se le escapara.

Absorta en mis ejercicios y en mis avances en el gimnasio, contenta por compartir con Achim y las demás chicas con las que me entrenaba un proyecto que había sustituido los antiguos objetivos de mi vida, no me di cuenta, o no quise darme cuenta, del lento y gradual deterioro de nuestra relación, cuestión que Javier había planteado en varias ocasiones y que finalmente había abandonado, consciente de mi falta de colaboración. Es cierto, yo no quería hablar de nosotros, la situación había cambiado y ya no me sentía injustamente tratada por no poder continuar con mis estudios y mis ensayos, por no poder dedicarme a mi profesión, como si la gimnasia, a la que me había entregado en cuerpo y alma, hubiera borrado de mi mente cualquier otra pasión, cualquier otra ilusión. Y el hecho de que no hubiera podido seguir con la viola, en el sentido profesional al menos, me daba alas ante mí misma para justificar mi entrega a la gimnasia.

Desde aquel día también aprendí a mentir. Inventé una colaboración con una asociación de mujeres que iban al Somorrostro, el barrio más degradado de la ciudad, junto al mar, del que tanto hablaba mi suegra, para ayudar a las familias y a los niños, que me ocupaba mucho tiempo, le dije, y que me permitía justificar mis retrasos cada vez más frecuentes a la hora de cenar, mis ausencias en la conversación y esa leve inapetencia amorosa y sexual que se iba apoderando de mí, provocada, me decía, por el cansancio con que llegaba a la noche y por el temor de que al día siguiente no respondiera a los esfuerzos que se me iban a exigir.

Mentir no es en sí nada malo, me decía yo; al fin y al cabo, sólo mintiendo puedo llegar a hacer lo que creo que tengo que hacer. Y con esta justificación que me tranquilizaba recuperé los supositorios vaginales que



ahora ya sabía dónde encontrar en la ciudad, sin decirle nada a Javier. El objetivo de un hijo, de lo que por otra parte nunca habíamos hablado demasiado, y que no esperábamos más que como el devenir normal de nuestra situación de pareja recién casada, lo veía ahora lejano y tan poco deseable que habría hecho lo imposible para que no me sorprendiera un embarazo. Y tampoco quise ver cómo esta nueva doblez hacía aún más alto el muro entre nosotros, que nos iba convirtiendo en invisibles el uno al otro, o al menos a Javier para mí.

Tampoco salíamos a caminar todos los días en busca de edificios antiguos o nuevas obras que añadir al personal catálogo que Javier había iniciado hacía tiempo, como habíamos hecho siempre, y había ido disminuyendo el ritmo de los conciertos a los que asistíamos hasta quedar en uno al mes como mucho, lo que me provocaba tan profunda tristeza, teñida de nostalgia por la pasión y el alimento que la música había supuesto para mí, que alguna vez incluso lloré amargamente al entrar en el coche para volver a casa. Y menos aún íbamos a cenar luego en busca de restaurantes nuevos o tascas populares de las que Javier había oído hablar para acabar caminando por los tinglados del puerto buscando en la oscuridad el mínimo segmento de luna que nos emocionaba descubrir sobre la ciudad, ese boomerang colgado en el cielo, el inicio de la paulatina iluminación del mar, tan poco accesible, de Barcelona. «Así es hoy —había dicho riendo Javier un día muy lejano ya—, dentro de una semana veremos el muelle tan iluminado como si lo fuera por las poderosas candilejas de este descomunal anfiteatro». Poco a poco lo íbamos perdiendo todo.

Hacía ya más de seis meses que me había lanzado a esa vorágine oculta de mis entrenamientos cuando me di cuenta de que el 25 de abril, el día que iban a celebrarse los campeonatos, estaba ya muy cerca. En los últimos tiempos mi obsesión por los entrenamientos había llegado a tal punto que, apenas aparecía por casa, cenaba y buscaba un pretexto cualquiera para no tener que salir y me metía en la cama agotada esperando con ansia el día siguiente. Javier no hablaba, había dejado de preguntar y de proponer salidas como había hecho durante nuestro primer año de casados. Me oía

decir lo cansada que estaba sin mostrar ni curiosidad ni enfado, y poco a poco se estableció entre nosotros una forma de relación a la que me fui acostumbrando, que me alejaba de discusiones y no me obligaba a defenderme ni a atacar, ni siquiera a pensar. La cama había dejado de ser un lugar común y, aunque la seguíamos compartiendo, cada vez nos costaba más encontrarnos en ella, como si hubiera crecido en dimensiones y encogido en deseos y anhelos, y las pocas veces que durante esos meses nos habíamos amado seguía siendo un placer portentoso pero apenas nos reconocíamos en él, breve, intenso y conciso, vagamente ausentes los dos, alejados de la presencia del otro como si se tratara de un proceso que sólo nos necesitara como elementos prestados para la exitosa resolución final. «Estás fuerte como un roble —decía desprendiéndose de mí como si quisiera eludir mayores intimidaciones—, es una delicia lo que logra la gimnasia», y había en su voz un deje de ironía que a mí me parecía cargado de tristeza, pero yo no respondía y me limitaba a sonreír, a darme la vuelta y ponerme a dormir.

Llegamos al Salón Iris el día antes del campeonato para conocer la sala y ver la disposición de los aparatos. En la oscuridad del local totalmente vacío y con la luz de los focos condensada en la pista probé mi ejercicio de paralelas asimétricas repitiendo aquella «vuelta de barriga» cuyo impulso tanto me había costado precisar para lograr quedarme de nuevo colgada en la barra superior y, casi sin sucesión de continuidad, saltar al vacío y dibujar en el aire esa salida tan espectacular que me había preparado Achim, que me dejaba clavada en el suelo con todos los músculos de mi cuerpo en la más absoluta inmovilidad. De pronto tuve la impresión de que estaba en un gran teatro donde un público invisible tendría que aprobar o suspender mi trabajo. Era una sensación completamente nueva, el silencio, la oscuridad, Achim al pie de las paralelas dándome seguridad, y comprendí que ese público, por más que ahora no lo viera, era el que me daría fuerza para no errar y la voluntad para continuar. Acabé el ejercicio temblando y me di cuenta de que lo había hecho mucho mejor que de costumbre.

—Muy bien —dijo Achim—, descansa un poco, luego probaremos el de manos libres, tienes que tomar bien la medida para no salirte del recinto.

Yo respiraba con fuerza y tenía la cara cubierta de sudor. En las primeras filas, las demás chicas se ponían magnesio en las manos, dispuestas a probar ellas también las paralelas. Achim se acercó un poco más a mí, me separó un mechón de pelo de la frente y, sin separar la mano de la cara, me atrajo levemente y, con una delicadeza casi monacal, puso sus labios húmedos sobre los míos, secos por el afán y el esfuerzo. Y antes de irse con ellas a la primera fila me miró sonriente y dijo:

—Así, hazlo así mañana y todo irá bien, en un mes tenemos los campeonatos de España y con ellos la selección para los Juegos Olímpicos de Roma. Es un camino difícil pero podemos llegar al final.

Y yo, sintiendo aún su mano en la cara y sin dejar de temblar, como si me anticipara a la reducción de edad de las concursantes que exigiría la gimnasia femenina al cabo de unos años, todavía tuve aliento para preguntarle:

—Aunque me clasificara, ¿tengo edad para participar en los Juegos Olímpicos?

—Tú clasifícate y no te preocupes de nada más.

En la fotografía que daba cuenta del campeonato de gimnasia deportiva de Cataluña del *Mundo Deportivo* de aquel domingo, 26 de abril de 1959, a los dos años, día por día, de nuestra boda en la iglesia de los Santos Justo y Pastor, aparecía Achim junto a Mari Carmen Fernández, Sonia Martín, Eulalia Puig, Isabel Giró y yo misma, las cinco que habíamos quedado en las primeras posiciones. El pie de foto así lo contaba y añadía que los campeonatos se habían celebrado en el Salón Iris, un local de la calle Valencia número 179 que, según me habían dicho, habitualmente se dedicaba al boxeo, y al que yo por supuesto no había ido antes. Era una fotografía inusualmente clara, donde se me veía a mí con el maillot de competición, que dejaba brazos y piernas al descubierto, más alta que las otras cuatro y con el pelo recogido no en una trenza como cuando iba al gimnasio, sino en un moño alto. La descubrió Javier ese mismo día al leer

las noticias deportivas a la hora del desayuno y apenas había alcanzado a preguntarme qué era aquello ni a cambiar la expresión de estupor que reflejaba su cara, cuando sonó el teléfono. Era el padre Dalmau Rovira, que al reconocer la voz de Javier, comenzó a gritar horrorizado y escandalizado, decía, porque le había llamado hacía sólo un momento Jorge Martín para contarle lo de los campeonatos de gimnasia de Cataluña y lo de mi foto semidesnuda en un local de mala nota que publicaba el periódico. Yo lo oía todo perfectamente porque sus gritos eran desaforados y Javier había cogido el teléfono con un larguísimo hilo que desplazábamos por toda la casa y lo había puesto sobre la mesa, a mi lado, para que yo lo oyera también. Sí, era un escándalo y había que hacer algo, esto no podía quedar impune. «Arcadia es culpable pero tú también, Javier, tú también, por haber permitido que tu mujer se exhibiera de esta forma no sólo ante el público que asistió a la competición sino ante el de toda la ciudad, a la que le llegará la fotografía por este periódico y por todos los demás, uno tras otro la publicarán; culpable por dejar que perdiera el tiempo en un gimnasio en lugar de dedicarse al hogar y a vuestra felicidad. Y no quiero pensar si alguien descubre que Arcadia es hija política de don Darío Costa y Bofarull, alcalde de Barcelona en los primeros años de la Victoria y dos veces teniente de alcalde, procurador en las Cortes Españolas y actualmente consejero del Reino, sin contar que dirige el más prestigioso bufete de abogados de la ciudad».

Estaba horrorizado y escandalizado, repitió, él, el sacerdote que velaba por nuestra decencia, por el testimonio que debíamos dar ante la sociedad y el mundo, él que nos ayudaba poniéndonos reglas de pureza —«deberes» los había llamado yo riendo—: jamás ir a unos baños públicos, jamás llevar las chicas bañadores sin falda, jamás usar del matrimonio en las semanas de adviento y cuaresma, jamás tener relación de amistad con personas adúlteras, jamás olvidar que el único sentido de la unión matrimonial es la procreación... Sí, lo recordaba bien, el mosén era un gran defensor de la pureza, sobre todo en las chicas, oí que decía, las chicas, que han de purificarse constantemente. Y era cierto, las que habían sido madres tenían que ir a la parroquia antes de que transcurrieran cuarenta días para

purificarse del parto, como había hecho la Virgen, no porque le hiciera falta a ella, que no era impura en absoluto, sino para darnos ejemplo...

Aquella tarde la casa se llenó de gente, el padre Dalmau Rovira y dos curas más que yo no conocía, y los otros siete matrimonios del equipo aprovechando que era domingo y no tenían nada que hacer una vez cumplido el deber de sentarse, le dije con rebuscado sarcasmo a Javier cuando se levantó de la mesa para recibir a aquel pequeño ejército de querellantes. Ni siquiera acusó la ironía, y de pronto reparé en que estaba muy pálido y tenía cara de cansado, como cuando se quedaba trabajando hasta altas horas de la noche. No habíamos acabado de comer aún, lo habíamos hecho en silencio. Javier había logrado formular un par de preguntas durante la mañana entre llamada y llamada, del cura infinidad de veces, de sus padres y de otros amigos, no todos acusadores. Y mis respuestas habían sido extemporáneas, guiadas por un resentimiento y un odio nuevos contra todos ellos sin distinción, cerrada en el ultraje que, sin entender por qué, había recibido, e incapaz de mostrar un atisbo de comprensión ante un comportamiento que bien habría podido prever de haberme detenido en algún momento a pensar en la reacción que el mío podría suscitar. En cualquier caso era un asunto de Javier y mío, y no de esos burgueses a los que, así se lo dije aquella mañana en un conato de explicación que quise darle aunque en absoluto me había pedido, sólo les preocupaba comentar y criticar lo que hacían los demás por si cumplían o no con sus inamovibles reglas de comportamiento que únicamente deberían aplicarse a sí mismos igual que los cánones de decoro que nos querían imponer a toda costa como si esos campeonatos de los que de otro modo nadie hubiera oído hablar jamás, fueran lo más importante que ocurriera en esta ciudad nuestra amordazada por una dictadura que a todos ellos les parecía el mejor de los mundos, el mundo del orden, el mundo de la sujeción y del control de las clases «bajas», como las llamaban con caridad cristiana de las que salen siempre los desórdenes y las revueltas. Esto es lo que yo le decía a Javier cuando anonadado se preguntaba en voz alta qué había ocurrido para que todos lo llamaran pidiéndole cuentas de lo que yo había hecho, queriendo saber por qué había ido al gimnasio, si antes de casarnos ya me entrenaba, o si el estudio y la dedicación a la viola no

habían sido más que un pretexto para eludir como fuera mis responsabilidades de esposa y futura madre; o con acusaciones como que no se trataba de la viola, como él había dicho, sino de algo más que su madre, al menos, no se atrevía a decir en voz alta, como si yo fuera la inventora de mi propia deleznable y vergonzante historia que vete a saber lo que oculta, que si no me había dado cuenta de que era una vergüenza para nosotros y nuestra clase, que ellos tenían razón cuando pusieron impedimentos a la boda porque una mujer educada en los principios del laicismo y el libertinaje no podía dar buen resultado y que lo único que quería era exhibir las piernas en el Salón Iris como cualquier mujerzuela sin dignidad ni buenas maneras. ¿Es así como agradece que la aceptáramos como a una de los nuestros sabiendo que no lo era? ¿De qué había servido tanta magnificencia y generosidad por su parte aun sabiendo como sabían que era hija de rojos, tan rojos que ni siquiera pudieron volver para acogerse a las medidas de gracia que generosamente el Caudillo ofrecía a los que no tenían delito de sangre?

Fue la última vez que Javier escuchó los ataques de su madre aquel día porque, después de colgarle el teléfono, lo dejó descolgado sobre la mesa durante el resto de la mañana.

Llegaron todos al mismo tiempo como si hubieran estado esperando en la sombría portería de columnas y volutas modernistas para acumular fuerza acusatoria, y pasaron al salón, donde se sentaron formando un gran arco con sillas y sillones esperando que yo ocupara frente a ellos el sitio que Eulalia Fontbona, la mujer de Martín, me había preparado. Pero Javier me tomó de la mano y me hizo sentar a su lado en el sofá, un poco apartado de los distintos ambientes del salón que ellos habían distorsionado para formar ese tribunal de acusación del que se sentían miembros de pleno derecho. Javier parecía asustado, apenas hablaba, y cuando una vez lo intentó, el cura que acompañaba al padre Dalmau Rovira le dijo: «Hemos venido para defender nuestra verdad y nuestra moral, y las tuyas también, Javier, y el modelo de familia cristiana. Hemos venido para evitar más escándalos, para dar testimonio de nuestra reacción ante el error. Será doloroso para todos pero no hay más remedio que hacer lo que vamos a hacer. Así que, te lo ruego, Javier, cállate».

A través de las lágrimas que se mantenían suspendidas en mis ojos le vi alto y gordo, poderoso en su convicción de la propia superioridad que le llevaría a ocupar el obispado de Barcelona al año siguiente según el secreto a voces de los creyentes más influyentes, haciendo gestos con aquella mano regordeta que de vez en cuando tocaba los botones de la sotana como si quisiera comprobar que ninguno de ellos estaba desabrochado. Tenía una cara grande y redonda como de luna llena, de luz difusa pero con un rayo fulgurante en sus ojos vidriosos y encendidos. Era temible y, consciente de ello, lanzaba miradas a diestro y siniestro para mantener el rebaño, o el ejército, callado y a sus órdenes.

Apenas recuerdo las secuencias de aquella larga tarde con las peroratas de todos los presentes como si se tratara de un tribunal cuyo único objetivo fuera la condenación de los acusados. El tono de las voces crecía y se confundían unas con otras en escandalizadas arengas inculpatorias y discursos moralizantes, de los que sobresalía el testimonio que a toda costa debíamos dar los cristianos y la convicción que había de convencernos de cuán poco sirven las buenas intenciones para reducir el mal que provoca el escándalo. De vez en cuando destacaban del vocerío preguntas que era difícil entender, y más aún contestar, ahogadas por nuevas admoniciones o por la llamada al orden del padre Dalmau Rovira, y más tarde, cuando el futuro obispo debió de creer que en justicia ya se había dicho todo lo que había que decir, su voz estentórea condenó de nuevo el acto, esta vez con la misma santa indignación que si asistiera al vergonzoso proceso de un cristiano que hubiera cometido el peor de los delitos, el escándalo, pero convencido de que había llegado el momento de oír la voz del arrepentimiento y su demanda de perdón. Se hizo un silencio expectante, pero al darse cuenta de que no llegaba, ni en palabras ni en gestos de humilde sometimiento, para provocarlo echó mano del pasaje del Evangelio, que citó con una energía renovada y que había de corroborar su propio discurso, «Si tu ojo escandaliza, arráncatelo», en el preciso momento en que el timbre del teléfono, tan extraño en aquel concierto de gritos y reprensiones, interrumpió con su estridencia la voz cargada de fuego del inquisidor. Javier se levantó y volvió al cabo de un momento diciéndome que era tía Inés y que era urgente. Se hizo el silencio y el padre Dalmau

Rovira, como si no pudiera creer la desfachatez que mostrábamos al levantarnos para atender la llamada cuando todos habían venido a oír nuestras palabras de contrición que abrirían el camino al perdón por la culpa que se nos había atribuido, alzó la voz para decir con la suavidad de maneras que aquella algarabía no había logrado descontrolar: «Que la llamen más tarde, ahora ni puede ni debe ponerse al teléfono, por urgente que sea». Pero Javier, sin dejar de mirarlo, me tomó de la mano, me ayudó a levantarme y me acompañó a su estudio, la pieza vecina donde el teléfono me esperaba.

¿Cuánto tiempo hacía que no había visto a tía Inés? ¿Navidad? ¿Año Nuevo? Tal vez cuando volvimos de La Molina, adonde acompañé a Javier aunque yo no esquiaba. Me gustaba la montaña pero esta última Navidad yo estaba muy impaciente y no lograba gozar del frío de la nieve mientras, envuelta en una manta, tomaba el sol en la terraza esperando a Javier como había hecho tantas veces, sintiéndome como Hans Castorp en su sanatorio de los Alpes suizos, viendo llegar el rojizo atardecer. Pero en esta ocasión yo no pensaba más que en volver a mi gimnasia. A la vuelta habíamos cenado con tía Inés y luego nos habíamos llamado dos o tres veces, aunque yo respondía un poco ausente a sus preguntas y explicaciones porque tía Inés formaba parte del mundo que yo había alejado de mí, concentrada como estaba en saltos y ejercicios.

Como la persona que ve acercarse la muerte dice ver desfilar ante sus ojos su vida entera en un instante, así yo también en este breve recorrido del salón al estudio vi pasar por mi mente, como si de pronto se hubiera puesto en marcha la memoria y comprimido el tiempo, la sucesión de nuestras conversaciones, con los detalles de su rostro y de su voz, como si hubieran permanecido congelados esperando mi atención; su cara avejentada, la triste, cada vez más triste expresión de sus ojos claros, el descuido de su cabello y de su manera de vestir, ella tan pulcra siempre, su voz dulce y cantarina apagada, ¿cómo no me había dado cuenta? Estamos atentos a nuestro acontecer, el que marca nuestra biografía con sus momentos de esplendor y sus cambios y tropiezos, convencidos de que los demás son inamovibles y que, tal como los dejamos la semana pasada o el mes anterior, los encontraremos por mucho tiempo que haya transcurrido, como



si ellos, igual que nosotros, no estuvieran sometidos en todo momento a transformaciones de su mente y de su corazón, de su forma de ver y entender y aceptar o rehuir lo que les rodea como consecuencia de los previstos e imprevistos avatares que a todas horas se ciernen sobre sus vidas. ¿Un atisbo de premonición, en la que nunca había creído? ¿Una inesperada intuición, una revelación? Algo debió de poner en marcha ese mecanismo portentoso de la memoria y la experiencia empujado a la fuerza por la tumultuosa carga de angustias que había acumulado durante el día, iluminando los recuerdos enquistados como si pretendiera detener o frenar el pavoroso golpe que había de provocar en mi alma su voz en cuanto oyó la mía al otro lado del teléfono:

—Ha muerto, Arcadia, ha muerto Tobías —le temblaba la voz y medía las palabras que pronunciaba de forma entrecortada, como si no quisiera que la oyeran o la entendieran, como si supiera que tenía que ser breve para no despertar suspicacias, como si temiera que el tiempo que se había concedido no le bastaría para contener los sollozos—. Lo detuvieron hace tres días en una redada, con su verdadero nombre, Raúl Torres Guardia. No he podido saber dónde ni cuándo; un compañero me pasó el aviso, cogieron a tres porque alguien debió de dar el soplo a la policía. Por más que fui a la comisaría de la Vía Layetana y pedí verle, no me dejaron porque no soy de la familia, y esta mañana cuando he vuelto me han dicho que en un momento de descuido de los interrogadores se había suicidado saltando por la ventana abierta. Ésta es la versión que me han dado.

Tomó aire para continuar:

—Me retuvieron y me sometieron a un largo interrogatorio y, después de haber firmado la declaración, me soltaron. No se lo digas a nadie. Ni Javier ni sus padres ni nadie podrán relacionarlo con nosotras ni con Tobías porque yo me llevé los documentos que dejó en su casa a nombre de Tobías Margenat, y de momento no parece que hayan conectado los dos nombres. Es mejor así. —Ya casi no le quedaba voz—. Te llamaré mañana con más calma —logré oír aún. Y sin esperar mi respuesta colgó.

Volví al salón con el pecho y el habla paralizados por un dolor que se había concentrado en un punto cerca del corazón, como la puñalada certera de una daga mojada en vinagre. Las voces seguían atropellándose, igual que

durante la breve y secreta declaración de tía Inés, un apremiante murmullo de fondo que remitió cuando abrí la puerta. Pero yo ya no les prestaba atención, concentrada en la voz de mi padre que deambulaba por los pasillos de mi conciencia más clara y diáfana que si hubiera estado junto a mí. ¿Qué haces tú aquí, Arcadia?, me decía con un tono de amargura que nunca le había conocido, ¿qué se te ha perdido en este ambiente enemigo, desconocido, de burgueses y eclesiásticos insidiosos y maléficos que en el momento de la verdad eligieron el fascismo a cambio de su tranquilidad y de aumentar su poder y su riqueza? ¿Qué haces estremecida y anulada por gentes que te imponen unos valores y leyes que no son los tuyos como tampoco lo son los delitos de los que te acusan? Amordazaron tu libertad y ya no te atreves a expresarte ni a actuar porque te lo impide el poder que tienen sobre ti. ¿O acaso no te lo dije mil veces, incluso cuando eras tan pequeña que de ningún modo podías comprenderme? Son ellos los que delinquen, ellos los que matan, no lo olvides, no son sus policías ni sus soldados sino ellos. Su poder les viene del dinero y de la religión, sin cuya colaboración nunca habrían vencido la sedición que ahora continúa y reina, ni se mantendría el régimen de terror en el que vives, piénsalo, Arcadia.

Lo pensé mientras ellos seguían con sus interminables peroratas sobre el pecado y el escándalo. Mis lágrimas habían desaparecido y, frente a todas las preguntas que por orden fueron formulando, me mantuve silenciosa procurando que la expresión de mi rostro no denunciara el odio que sentía contra ellos y contra todo lo que de un tiempo a esa parte había mantenido vivo aunque callado en mi corazón. La luz se abría camino en mi mente, creí entonces, y comprendí lo que tía Inés había dado por sabido, que Tobías no se había suicidado y que esos que ahora debatían cómo convencer a Javier para que me obligara a abandonar el impuro ejercicio de la gimnasia deportiva eran los culpables de su muerte y de la de tantos otros que, como él, habían sido asesinados, presos en la cárcel Modelo y en campos de concentración o de trabajos forzados en Cuelgamuros, que ahora llamaban Valle de los Caídos, o en el canal de Andalucía, depurados de sus puestos de trabajo, incautados sus patrimonios, procesados en consejos de guerra, deportados a los campos de exterminio nazis; guerrilleros ejecutados extrajudicialmente, exilados, rapadas y vejadas las mujeres,

procesados todos por el Tribunal de Orden Público y muertos por «tiros al aire» en manifestaciones varias, desde la primera posguerra hasta diciembre de ese mismo año, simplemente asesinados y arrojados a las cunetas de la carretera más cercana, aquellos de los que tantas veces me había hablado Tobías. Tobías, ahora lo comprendía, el silencioso opositor al Régimen, el que no había dejado de luchar escondido tras la máscara de un maestro inhabilitado, que había conseguido una falsa identidad y que había sido finalmente defenestrado. Ahora tenían sentido sus largas ausencias y ese deambular por la ciudad sin otro quehacer que unas pocas clases que le salían aquí y allá con lo que, decía, se ganaba mal que bien la vida.

Tal como exigieron los dos curas por orden del futuro obispo de Barcelona, aquella ominosa tarde de la primavera de 1959 dejé la gimnasia tras el juicio de curas y cofrades. Yo misma se lo comuniqué a Achim por teléfono entre sollozos y, vencida, me quedé en casa. Javier, que al principio insistía en que continuara, y que intentó después por todos los medios un acercamiento que ya no parecía posible. Si pensaba en todo lo que habíamos vivido juntos, en nuestra extraña complicidad cuando paseábamos por la ciudad o nos dejábamos seducir por *La muerte y la doncella* o por cualquier otro quinteto de Schubert que entonces nos tenía tan subyugados, y volvíamos a casa aquejados por conmovedoras urgencias, nos veía como si fuéramos otras personas, como historias ajenas que apenas me decían nada. Tal vez había entrado en un proceso de depresión, por más que en aquellos años el término apenas formaba parte de nuestro vocabulario y menos en el ambiente en que yo vivía, donde, de existir, se habría escondido como un mal vergonzante como se escondían tantas otras cosas de la vida cotidiana, como el aceptado maltrato del hombre a la mujer o el temible pasado que arrastraban algunos ciudadanos que tantas consecuencias podía tener o las voces secretas de amores prohibidos y oscuros. Apenas podía dormir, pasaba del sueño profundo a la vigilia más enervada, me levantaba y paseaba sin rumbo por la casa que todavía me parecía más gigantesca y más oscura y tenebrosa por preciosa y bien remodelada que estuviera, como presumía su artífice, Toni Puig, nuestro

amigo el arquitecto, como siempre lo habíamos llamado con cierta ironía. Y cuando finalmente, ya de madrugada, lograba conciliar el sueño, despertaba envuelta en un largo e inquieto sopor que me dejaba sin energía, cubierta de sudor y sin ánimo para levantarme aunque hubieran dado las dos de la tarde. Veía por el ventanal de mi habitación los atisbos de la vida de los otros entre las diminutas hojas de los plátanos, rostros anónimos con historias siempre en movimiento, en contraste con la mía petrificada, como si el tiempo se hubiera detenido, mientras los ruidos de fondo de la calle y los rayos del sol creaban un batiburrillo que englobaba igualmente a Achim y a Tobías, y la sala de gimnasia sin más techo que el cielo de la ciudad, ¿Barcelona? ¿Toulouse?, apenas podía distinguir una de otra, movidas y transformadas en un imparable remolino accionado por la aparición de nuevos seres fantasmales y diabólicos que, moviéndose entre las bambalinas de mi vigilia, detenían su desenfadada danza y me sobresaltaban de tal modo que me encontraba de pronto sentada en una butaca junto al balcón, un ámbito tan concreto y estático que me impedía saber dónde estaba y si yo misma era o continuaba siendo un ser vivo. No podía hablar, no me salían las palabras ni cuando Javier, sentado en la cama frente a mí, intentaba descubrir qué era lo que me atormentaba hasta ese extremo y por qué me había afectado tanto la historia nefasta que había provocado mi participación en el campeonato de gimnasia, si aquel día él mismo la había calificado ante todos de anecdótica y trivial, se había puesto de mi lado frente a curas y amigos, en contra de sus padres y sobre todo de su madre, la portadora y defensora de las virtudes burguesas hogareñas, que no había dejado de llamar; y me había repetido cien veces que no le importaría que continuara con la gimnasia y que si finalmente quedaba seleccionada para los Juegos Olímpicos de Roma porque lograba clasificarme en los campeonatos de España, él iría conmigo. Reconocía que su reacción había sido lenta, que no había sabido resistir las acusaciones que se vertían contra mí pero también contra él, ni siquiera cuando me vio llamar al gimnasio y hablar con Achim siguiendo las órdenes de aquel futuro obispo que, armado con su despótico discurso moral, parecía controlar nuestra voluntad y la del mundo entero; pero que finalmente, tarde, es cierto, cuando ya oscurecía y ni siquiera había encendido las luces

de las lámparas, los había echado a todos de casa primero con el pretexto de que él solucionaría a su manera lo que había ocurrido y, cada vez más irritado, tal vez con esa lucidez que se había ido abriendo paso en su mente a medida que los oía hablar, los había invitado a que se fueran acompañándolos a la puerta no sin antes haber oído la sentencia que con el tono acusatorio de intimidación y decepción había dictado en el mismo rellano de la barroca escalera aquel sabueso de cura, decía enfatizando el adjetivo, que se había arrogado con orgullo el papel de inquisidor: «Ya veo que no sois dignos de pertenecer al equipo de esta cofradía ni a nuestra comunidad, habéis sido llamados pero no habéis sido elegidos. A partir de ahora, pues, os quedaréis al margen de todo hasta que volváis al redil, si es que sois capaces de ello, y mostréis arrepentimiento haciendo un sincero acto de contrición ante todos los cofrades a fin de que podáis ser perdonados públicamente por un pecado que también ha sido un escándalo público, de tu mujer Arcadia Costa y tuyo igualmente, Javier Costa». Y él, sin darle tiempo a acabar con la pomposa bendición que había iniciado el cura, en un arranque de furia incontenible le había gritado la frase de uno de sus textos famosos: «Se llama Arcadia Cañizares, ¡dejadle al menos su nombre!».

Debieron de pasar semanas porque cuando comencé a tomar conciencia de que la vida parecía haberse puesto en marcha, las hojas de los plátanos de la calle cubrían casi por completo la luz que entraba a través de los ornamentados pámpanos metálicos de los balcones triangulares del salón, sus grandes hojas verdes de bordes dorados por el calor, tan pequeñas y amarillas como las había dejado aquella lejana tarde de abril. Días y días sin hacer nada como si, escondiendo la cabeza bajo las alas y negándome a mirar a mi alrededor, el sufrimiento fuera menor. Pero el peso era gravoso y tenía la impresión de que todo, absolutamente todo, iba mal dentro de mí. Era como si me hubieran cambiado la piel. Como si el destino o el diablo o el mismo Dios se dedicaran a someterme y obligarme a hacer todo lo que había odiado, lo contrario de lo que había sido y de lo que había deseado ser. Mi alma estaba colmada de resentimiento, de envidia, de tristeza, de

desesperanza y esa forma de sentirme me condenaba a la soledad en una ciudad cada día más extraña y con unos amigos que habían desaparecido o que tal vez nunca había tenido: mi vida era lineal, sin antes ni después, sin norte ni sur, sin historias convergentes o paralelas.

Tía Inés venía a verme a diario, visitas breves, silenciosas por mi parte pero también por la suya. Contenía las lágrimas al verme en ese estado, logré concluir con el entendimiento sumido en la bruma de mi angustia que muy lentamente iba despejándose, tamizada aún por viscosos y oscuros retazos de niebla que aparecían y desaparecían al margen de mi voluntad.

Javier me acompañaba al médico o permanecía a mi lado cuando venía alguien a visitarme a casa, sin saber qué otra cosa hacer, hablándome para darme esperanzas, para darme ánimos, para contarme cosas de la ciudad, del mundo que nos rodeaba, para fabular sobre mi recuperación y enumerar los proyectos que iba acumulando en espera de que yo recordara cómo había sido y volviera a amarle como le había amado. A veces, cuando llegaba del trabajo, se sentaba a mi lado en el salón sin hacer ningún comentario sobre mi apatía e inactividad, y me leía breves fragmentos de novelas que sabía que me gustaban, deslizado de vez en cuando entre ellos algunos *Poemes en ondes hertzianes* de Joan Salvat-Papasseit, de la preciosa edición con dibujos de Torres García y Rafael Barrades que había encontrado en una librería de viejo y que me regaló cuando cumplí diecinueve años, o de aquel libro de Salvatore Quasimodo, *Acque e terre*, que habíamos comprado en Roma. Y, a pesar de mi indiferencia, muy a menudo acababa recitando casi de memoria uno de sus más bellos poemas que tantas veces habíamos leído juntos: «*Ognuno sta solo sul cuor della terra / trafitto da un raggio di sole / ed è subito sera*».

Pero, pese a todo, a su constante solicitud, a sus tiernas palabras, y aunque ya me había librado del equipo de matrimonios y de sus jueces, desde el inmenso vacío al que había caído, yo sólo veía el agujero negro donde me había metido y a mí misma buscando, sin encontrarla, una salida y, como si también me hubieran expulsado de la ciudad que nunca había acabado de sentir mía, me había quedado tan al margen de todo que lo veía a él, a ese hombre que yo había amado hasta el delirio, como a un ser desconocido que se hubiera introducido subrepticamente en el ámbito de

mis tormentos sin que nadie lo hubiera llamado, sin que tuviera nada que ver conmigo.

## AY AGUJA DE HIEL, CAMELIA HUNDIDA

¡Ay voz secreta del amor oscuro!  
¡ay balido sin lanas! ¡ay herida!  
¡ay aguja de hiel, camelia hundida!  
¡ay corriente sin mar, ciudad sin muro!

FEDERICO GARCÍA LORCA,  
*Sonetos del amor oscuro*

No soy un seductor, ni siquiera un buscador de aventuras aunque sea para solucionar una noche de soledad o de urgencia con la primera mujer que se preste a ello. Seguramente porque nunca tuve demasiado éxito con las chicas por mi carácter retraído y tímido, tal vez porque no me siento seguro ni de mi físico ni de mi condición. Y no es que sea feo o bajo pero sí desgarbado; y como me corto el pelo muy de vez en cuando y no utilizo fijador como los demás porque no me gusta, siempre da la impresión de que voy despeinado. Además, no soy tan católico como Javier aunque hayamos ido al mismo colegio, porque nunca hice caso a los sermones ni a las amenazas, yo iba a lo mío discretamente y logré acabar sin demasiada presión por parte de los curas. Soy parco en historias de amor y en conquistas, como saben mis amigos, que me llaman el Solitario, porque pocas veces se me ha visto con una chica. Cuando empiezo a salir con una, me escondo como si temiera que me vieran, por no dar explicaciones ni fanfarronear, que no sabría cómo hacerlo, y porque de algún modo estoy convencido de que no va a ser una relación duradera, no va a salir bien. Ni siquiera con Javier he hablado de chicas, ni de su breve aparición ni de sus largas y dolorosas ausencias, y no porque no nos entendamos bien. De hecho somos grandes amigos pero se diría que nuestra amistad se limita a



compartir la pasión por la arquitectura que nos unía durante los años en que yo estudiaba la carrera que él no pudo estudiar porque su padre le exigió que hiciera Derecho. Nos encontrábamos al salir de clase y dábamos largos paseos por la ciudad que se prolongaron durante aquella época, un curso tras otro, incluso cuando él comenzó a salir con Arcadia, que se unía a nosotros muchas veces. Sí, éramos muy amigos, hasta el punto que, cuando murió su abuela y heredó el piso de la calle Ausiàs March, donde decidieron ir a vivir en contra de la voluntad de los padres de Javier, que querían que fueran a Pedralbes como había hecho su hermana Marta, me encargó a mí, recién acabada la carrera, la remodelación de la planta principal de aquel loco edificio modernista. El piso es enorme y estaba en un estado deplorable pero supuso un reto importante aceptar el encargo con toda la libertad de acción que me dieron. Fue como definir mi punto de vista sobre la arquitectura: respetar lo que tenía de modernista pero teniendo siempre en mente las nuevas tendencias. Nos reuníamos muy a menudo en la obra, que acabamos en un tiempo récord, y ya entonces, entre reunión y reunión, Javier no paraba de preguntarme cuándo me decidiría a tener novia, porque decía que le encantaría que saliéramos los cuatro; y en un arranque de confianza inusual en nosotros, al poco de volver del viaje de novios, me confesó que así se le solucionaría un poco su descoyuntada vida social, porque se daba cuenta de que Arcadia y sus amigos no congeniaban, y se creaban situaciones muy embarazosas, porque casi se atrevía a decir que ni Arcadia les gustaba a sus amigos ni sus amigos le gustaban a Arcadia. Era, dijo, como querer juntar agua y aceite. «Ni mis amigos en el recién inaugurado golf de Sitges, ni los del Polo, y menos aún los de ese grupo de matrimonios a cuyas reuniones mensuales nos vemos obligados a asistir, tienen nada que ver con ella. Son como de otro mundo, lo veo ahora al pensar en ellos y en la vida que llevan y de lo que hablan, pero cuando se juntan, mejor dicho, cuando nos juntamos, se hace todavía más evidente que no tienen nada que ver ni nada de qué hablar ni ningún interés común. Y a mí me está pasando algo parecido, aunque a mí, por más que me aburra, no me violenta como a Arcadia estar con ellos. Y eso que las mujeres al principio hicieron lo posible por intimar un poco con ella, no sé, hacerse amigas, incluso un par de veces se la llevaron de compras, pero Arcadia

volvió sin nada y apenas dio explicaciones. Y lo mismo ocurre con los del grupo; por mucho que Arcadia quiera disimularlo y por esfuerzos que haga por hacer méritos o para ser como uno de ellos, no lo logra». «Pero ¿por qué no lo dejas de una vez, si a ti tampoco te gustan?», le pregunté. «Sí, es cierto, eso debería hacer, pero no me atrevo a decírselo al padre Rovira. Sería como romper con todos ellos y, aunque me doy cuenta de que cada vez tenemos menos en común, me parecería demasiado violento, ya sabes lo poco amigo que soy de desbaratar relaciones, afectos y costumbres enraizadas en mi vida. O quizá se deba a que no tengo argumentos sólidos, porque yo sigo siendo católico (a mi manera, todo hay que decirlo) y asistir a esta reunión mensual a lo mejor me tranquiliza, es como ir de vez en cuando a misa. Los domingos ya los he olvidado, y entre una cosa y otra vivo en un una leve zozobra que me inquieta porque me impide saber a ciencia cierta lo que creo y lo que no, lo que estoy dispuesto a defender y lo que no, como si no me atreviera a afrontar definitivamente el asunto de la fe y el compromiso que la iglesia nos exige, a profundizar en una serie de contradicciones que veo y no quiero ver al mismo tiempo —se detuvo un instante y continuó con pesadumbre—. Quizá me falta coraje, porque lo mismo me ocurre con muchos otros asuntos». «Pero ¿qué dice Arcadia?», me atreví a preguntar sabiendo que ella estaba más cerca del laicismo que de la religión. «Oh, bueno, lo llevamos bien, se ha avenido a ir, es sólo una vez al mes».

En aquellos tiempos iba a casa de Javier y Arcadia muy a menudo, me presentaba sin avisar cuando ya estuvo acabada la obra, siempre con la excusa de algo que repasar, algún mueble que cambiar de lugar o algún espacio que reorganizar. Es un piso tan tan grande y tan barroco que me parecía que nunca acabaría con él. Aun así, la obra duró sólo seis meses porque Javier quería instalarse allí a toda costa cuando volviera del viaje de novios. Eran una pareja singular, altos, guapos, inteligentes cada uno a su manera, siempre metidos en conversaciones apasionadas difíciles de oír en aquellos ambientes y lugares que yo frecuentaba, pendientes el uno del otro hasta extremos inconcebibles que, sin embargo, no me producían ninguna incomodidad, sino todo lo contrario, como si ese bienestar que compartían cuidándolo con su atención y su solicitud, de miradas y leves contactos

imprevistos, se transmitiera a los que estábamos a su alrededor. Así fue en los tiempos de su noviazgo, a pesar de que había problemas con la familia de Javier porque creo que no les gustaba demasiado Arcadia y debían de tener otros planes para él; claro que tampoco yo les gustaba demasiado, porque no pertenezco a su ambiente y si fui al mismo colegio que su hijo no fue porque me correspondiera ni porque mis padres pudieran pagarlo sino porque me concedieron una beca en agradecimiento, supongo, a los constantes trabajos que les hacía mi padre, que era aparejador, solucionándoles todas las pequeñas obras de construcción de aquel monumental edificio. Al volver del viaje de novios nos veíamos muy a menudo, sobre todo durante los primeros meses, tal vez el primer año. Pero poco a poco fue desapareciendo ese esmero en el trato. Al principio no me di cuenta, pero se hizo muy visible cuando comenzaron a no salir ni siquiera para ir al teatro, que tanto le gustaba a Arcadia, y mucho menos a conciertos como en los primeros tiempos, cuando iban por lo menos tres o cuatro veces al mes, o más incluso, sobre todo a los de música de cámara en la sala de actos de la Casa del Médico —el Casal del Metge, corregía la tía de Arcadia que a veces iba con ellos—; era evidente que constituían una parte importante en la vida de Arcadia, y Javier se unía con entusiasmo, se ocupaba de las localidades y de los programas y al día siguiente le llevaba a casa todos los periódicos para que pudiera conocer lo que decía la crítica. Incluso aquel primer verano viajaron a Salzburgo y al festival de Bayreuth, que se había reabierto después de la guerra mundial, hacía sólo seis o siete años. Creo que fue después del segundo verano cuando dejaron de asistir a conciertos con tanta frecuencia, pero yo entonces ya iba menos por su casa y acabamos viéndonos sólo cuando coincidíamos en el Palacio de la Música o en alguna otra sala, pero casi siempre iba Javier solo. «¿Qué haces por aquí? Si a ti nunca te gustó la música», le decía yo. «Sí que me gusta, me va gustando cada vez más», y sonreía. Luego Arcadia cayó enferma, no se sabía muy bien de qué, permanecía en su cuarto encerrada casi toda la mañana y el resto del día envuelta en chales y mantas, sentada en un sillón, siempre el mismo, el que estaba cerca de uno de los balcones del salón con la barandilla de hojas de parra metálicas. Se había sumido en un silencio tan profundo que las pocas que veces que fui a verlos apenas contestaba a mi

saludo más que con un leve movimiento de la cabeza. Se le notaba en la cara lo mucho que había adelgazado, estaba cada vez más pálida y las ojeras violetas hacían aún más grandes sus ojos dorados. No sé cuánto tiempo estuvo así pero, aunque nunca volvió a recuperar el habla espontánea y alegre que la hacía tan cercana, fue mejorando poco a poco. Javier siempre discreto, estaba pendiente de ella, pero se había convertido en un ser taciturno que no podía esconder la profunda preocupación que se manifestaba en las dos arrugas que se le habían formado entre los ojos. Todo había cambiado, y cuando yo le preguntaba, Javier eludía contestar o se escudaba siempre en el asunto de la gimnasia, como lo llamaba, del que únicamente me contó la distorsión que había creado entre sus amigos y ellos, y sobre todo entre su madre y Arcadia, a la que no había vuelto a ver desde entonces. Sólo el padre iba de vez en cuando a visitarla pero siempre a solas; amable y cariñoso, decía Javier, aunque distante a pesar de que nunca olvidaba un regalo para la enferma. Y toda esta tensión, decía, que no sabía muy bien cómo arreglar, había llevado a Arcadia, y un poco también a él, a apartarse de todo y de todos, en una voluntaria autoexclusión en la que ella se había refugiado y sumido desde entonces, en una tristeza y una melancolía tan profundas que la protegían como una coraza y no había forma de llegar a ella. Así la definió Javier para acabar con este asunto del que ya no quiso volver a hablar. Dejé de ir a su casa y solamente me encontraba con él en algún concierto al que ahora iba ya siempre solo o algún día que quedamos para ver un nuevo edificio en construcción que yo le había recomendado. Pero nunca volvimos a hablar de Arcadia ni de su enfermedad, únicamente ese habitual: «Y Arcadia, ¿cómo sigue?». «Bien, va mejorando». «Salúdala de mi parte». «Así lo haré». Y volvíamos a las cuestiones cuyo interés compartíamos como cuando él estudiaba Derecho y yo estaba a punto de acabar Arquitectura.

Meses después, una tarde oscura de finales de octubre, cuando parecía que el invierno se había adelantado con una furia inusitada y un intenso frío cargado de humedad y viento feroz hacía temblar hasta los troles de los tranvías, volvía a casa corriendo por Príncipe de Asturias, intentando zafarme de las intermitentes ráfagas que zarandeaban las primeras gotas, y ya estaba a punto de torcer por la Rambla del Prat cuando, de pronto, vi a

Arcadia caminando hacia la calle Mayor de Gracia. Me pareció conocerla por la espalda aunque iba un poco encorvada, así que apreté el paso hasta acercarme a ella y cuando ya estaba a su lado e iba saludarla me di cuenta de que caminaba despacio, con la cabeza gacha, ajena al viento brutal que aceleraba el paso de hombres y mujeres envueltos en impermeables y bufandas, sin percatarse, daba la impresión, ni de dónde estaba ni del viento helado que hacía. No se sorprendió al verme, ni sonrió, ni se apartó el pelo que se le había pegado a la cara mojada; sólo sacó la mano del bolsillo del abrigo y me la dio en un gesto casi automático. Estaba aún más delgada, con la piel amarillenta de tan blanca, se le marcaban los pómulos y tenía los labios resecaos a pesar de la humedad, pero conservaba intacta su belleza, envuelta ahora en un velo de aciaga melancolía. «¿Adónde vas? —le pregunté, pero no me contestó; con la mano señaló al frente, hacia un objetivo impreciso, y siguió caminando. Yo me puse a su lado y de vez en cuando me volvía hacia ella para intentar comprender lo que le ocurría—. Hace mucho frío, Arcadia, entremos en ese bar de la esquina, aquí no se puede estar». No se negó, así que la tomé del brazo y entramos en un recinto estrecho con un pasillo paralelo a la barra donde nos sentamos en dos altos taburetes, ella sin atender a nada, yo frotándome las manos paralizadas por el frío. Un largo espejo en la pared, con restos todavía en lo alto de los resultados de fútbol del domingo anterior escritos con yeso nos devolvía la imagen de los dos que yo miraba hipnotizado. «¿Qué quieres tomar?», le pregunté al fin. Ella hizo un gesto de indiferencia, como diciendo da igual, elige por mí, y fue entonces cuando se me ocurrió que un martini le vendría muy bien y tal vez la animaría. Yo conocía ese bar que estaba cerca de mi casa y solía ir a tomar martinis, casi siempre a esa hora, antes de la cena, aunque no recordaba si los hacían bien o mal. Correré el riesgo, pensé. Nos trajeron los dos martinis, que tomamos, ella imitando lo que yo hacía, a pequeños sorbos. No estaba mal y algún efecto debió de hacerle porque cuando llevábamos la mitad me miró como si acabara de descubrir quién era, y tras una media hora, cuando ya íbamos por el segundo, comenzó a hablar distorsionando las frases de tal modo que apenas entendía qué me estaba diciendo, algo como que ya comenzaba a salir sola y alguna cosa más larga y confusa pero era evidente que poco a

poco se iba abriendo a la realidad del bar. «¿Te ha ocurrido algo, Arcadia, puedo ayudarte?», le pregunté para acelerar el proceso. «No lo sé, no lo sé», dijo con tal sinceridad que a punto estuve de emocionarme y, en un gesto totalmente inocente y lleno de ternura, lo juro, con la mirada fija en el espejo, fui siguiendo el recorrido de mi propia mano que se levantó para acariciarle el pelo y luego las líneas de la frente y de las cejas apartando el mechón que todavía tenía pegado a ellas y bajando lentamente hacia los huesudos pómulos y las mejillas que habían recuperado, con los martinis, un color vagamente rosado. Me miró, también a través del espejo. Me pareció turbada, porque le brillaban los ojos como si contuviera las lágrimas, me devolvió la tímida sonrisa con que yo seguía mirando la secuencia y puso una mano sobre mi rodilla. Sentí entonces un poderoso e incontenible deseo de besarla, estaba junto a mí, nada me hubiera costado acercar su cabeza a la mía, mis labios a los suyos. Pero algo me contuvo, tal vez pudo más el deseo de seguir atento a la conexión que habíamos establecido a través del espejo, aunque en el trasfondo de mi conciencia anidaba la perplejidad provocada por esa insólita atracción que se había manifestado tan de repente. Nunca había mirado a Arcadia de este modo, nunca la había visto ni remotamente como un posible objeto de deseo, para mí no era más que una hermosa prolongación de mi sobria e intelectual amistad con Javier.

Acabamos el segundo martini y pedimos el tercero; brindamos por nosotros. «Por el futuro —dijo ella—. Aunque qué más da el futuro si no tenemos presente», añadió, pero ya no había en su voz el tono trágico de sus primeras y escuetas respuestas o de su indiferente silencio sino que había virado hacia la ironía, tal vez el sarcasmo, que de hecho escondía el nudo que atenazaba su conciencia, iba meditando yo mientras ella hablaba ahora de la música como elemento catalizador de la belleza que queda en un mundo sin solución, decía empujada por la euforia del alcohol; un nudo, seguí pensando yo, aunque desconocía cabalmente lo que la había llevado a caminar bajo la lluvia por un barrio tan alejado del suyo; un nudo de ser, me decía mientras la escuchaba contar cómo entendía ella la estructura sinfónica de un quinteto como *La muerte y la doncella*, que la había acompañado desde que tenía uso de razón, interrumpiendo de vez en

cuando su perorata imparable y desordenada para calcular cuándo y con quién la había escuchado o tocado y para entonar con su voz clara y sin titubeos ahora el tema «Andante con moto» que era con mucho decía —ya había recuperado su esplendor— el más sublime ejemplo de inspiración y de gloria en la historia de la música, Schubert, sólo él puede lograrlo... Un nudo, seguía yo con lo mío, que no sabe cómo deshacer, tal vez una pelea con Javier o con su autoritario y despótico padre que como el hombre más exitoso y poderoso de la ciudad siempre anda buscando entrometerse en las vidas ajenas según le reprochaba Gabriel Solans, un amigo que trabajaba en su bufete, o quién sabe qué otra cosa, que al fin y al cabo yo nada sé de la vida de esta mujer tan joven que no debe haber llegado todavía a la mayoría de edad, ni de dónde viene y menos aún adónde va y que tantas veces me pregunto cómo se ha hecho a este mundo de millonarios de Javier tan exclusivo que por sí solo es capaz de amarrar con infinitos nudos el alma de quienes no pertenecen a él. Arcadia, la estaba viendo por el espejo, alzó la copa, y bramó: «¡Por Joaquín Blume a seis meses de su muerte!», la apuró en un gesto de victoriosa euforia y siguió canturreando una y otra vez el mismo tema ayudándose con la mano como si dirigiera, dijo, la sorprendente entrada de la viola o del violonchelo, no lo recuerdo, hasta que de pronto su voz se detuvo, el brazo se paralizó en el aire y hubo un instante de profundo silencio en el bar tras el estruendo de un seísmo que a poco se lleva mi mano izquierda apoyada en su hombro desde hacía horas y la derecha que en un ejercicio de encomiable equilibrio sostenía lo que quedaba de mi tercer martini. Arcadia estaba en el suelo y el alto taburete había caído sobre ella.

Sin sentido, la cabeza ladeada bajo las largas patas de madera, el pelo cubriéndole la mitad de la cara, el revés su falda escocesa sobre el brazo izquierdo, al aire las piernas inacabables y los pies con los talones juntos en posición de iniciar un paso de baile. Yo, sobrio de pronto pero aturdido, me incliné sobre ella intentando levantarla. Un chico se había acercado y le quitaba de encima el taburete, ella abrió los ojos y miró a su alrededor sin comprender y entre los dos la incorporamos y la sentamos en una de las sillas arrimadas a la pared. «Estoy bien —dijo—, no me...», pero no pudo acabar, una monumental y sonora arcada rebrincó su cuerpo hacia delante y

un poderoso chorro le salió de la boca dejando en el aire un olor acre y dulzón y en el suelo los tres martinis de las últimas horas mezclados —visto el incomprensible volumen del vómito— con lo que debía haber ingerido los dos últimos días.

Nunca me había ocurrido nada igual y por más que el camarero me decía, no se preocupe, no se preocupe, y que apareció enseguida con un cubo, bayetas, escobas y serrín, yo me sentía perdido entre Arcadia medio desmayada en la silla, la gente agolpándose a nuestro alrededor y mis intentos por fregotear sin conseguirlo obsesionado por encontrar en alguno de mis bolsillos un pañuelo para limpiarle la cara tan desfallecida aún que permanecía con la cabeza hacia atrás apoyada en la pared, indiferente a la suciedad que le resbalaba por la barbilla. Y ahora ¿qué hago?

Todo acaba por solucionarse, mal, pero se soluciona al fin, podría haber pensado cuando ya no quedaban rastros de vómito en el suelo ni gente a nuestro alrededor, cuando Arcadia había recuperado aquella lejana palidez y perdido su rostro la descomposición de una hora antes. Pero no lo pensé, yo la miraba fascinado, como a la mujer que había hecho posible una aventura, pequeña, lo sé, pero nueva en el conjunto de mi rutinaria vida, que había provocado un curioso acercamiento entre ella y yo y convertía en natural, casi obligado, el abrazo con que la envolvía mi brazo derecho para sostenerla, ayudándola a caminar hacia la calle al tiempo que, sin quererlo yo, sin proponérmelo, mi pensamiento fabulaba lo más sorprendente, la llevo a casa, sí, la llevo a casa, ¿dónde si no en este estado y a estas horas? Debíamos de haber pasado mucho tiempo en el bar porque fuera la noche había vaciado las calles, el viento había amainado y no llovía. Así caminamos lentamente por la Rambla del Prat, atravesamos la calle Mayor de Gracia, que a esas horas ya estaba completamente vacía excepto por el tranvía que veíamos subir renqueando lentamente mientras esperábamos para poder cruzar y llegar finalmente a la calle Montseny, a la puerta de mi casa. Yo habría querido que el lento transcurrir de nuestros pasos hubiera durado eternamente, sentía el calor de su cabeza que se había hecho un hueco entre mi pecho y mi hombro, envuelto su cuerpo en mi brazo, y mis pies atentos siguiendo el ritmo desacompañado de los suyos sobre la acera húmeda y resbaladiza. Tuve que hacer un esfuerzo para no deshacer esa



ensortijada combinación cuando quise sacar la llave del bolsillo de la americana, que de todos modos aflojé al dar con ella e introducirla con cierta dificultad en el ojo de la cerradura. La tomé de la mano, la hice entrar y la fui arrastrando suavemente hasta el segundo piso. Cuando entramos en casa se dejó caer en un sillón desfondado junto a la mesa cargada de papeles y de libros y allí la dejé mientras le preparaba una tisana con que calmar pensé, su estómago torturado. Era todo lo que conocía para el mal de la resaca y yo mismo se la hice beber, cucharada a cucharada, tras haberlas soplado como hacía mi madre conmigo cuando la sopa estaba demasiado caliente, y ella las engullía obediente porque de nuevo se había ausentado de mí, de la casa y del mundo entero. Recuerdo que luego me senté a su lado, en el otro asiento de la casa, el banquillo del caballete de dibujo, más alto que el sillón que curiosamente me hacía sentir en inferioridad de condiciones por lo desigual y poco propicio a cualquier entendimiento emocional y amoroso que diera paso a la creciente ternura que había invadido mi cuerpo y mi corazón. Por eso o tal vez por los martinis de los que yo no me había liberado, no recuerdo cómo fue que acabamos en la cama, ni sé de qué forma ni cuándo quité la ropa limpia y sucia que la invadía, ni me ha quedado ninguna imagen suya o mía que me permita reproducir una situación previa como si se hubiera borrado de mi memoria la solución de continuidad que indefectiblemente tuvo que darse desde aquel silencio y aquella distancia hasta lo que veo ahora y no he dejado de ver ni de convocar en todos estos meses: furiosamente abrazados, desnudos como si de pronto un ángel nos hubiera devuelto a nuestro estado primigenio, bramando los dos sin contención ni medida igual que si compartiéramos algo más que un profundo deseo y el milagro que los martinis y su posterior desaparición o sujeción aderezados con nuestras carencias y frustraciones habían convocado.

Con los ojos cerrados y una furia que nunca podría haber imaginado ni en ella ni en ninguna otra mujer, Arcadia hacía el amor más que conmigo consigo misma, como si tuviera que encontrar su alma perdida en los pliegues de mi piel, en los huecos y revueltas de mi cuerpo donde buscaba con una excitación enardecida y creciente, como si la exploración de ese encuentro fuera lo primordial en su vida, como si con ese alarde de

exaltación física, erótica y emocional más allá de cualquier gestación previa pudiera finalmente vaciar su confusión. O deshacer el oscuro nudo que la ahogaba, seguía yo con lo mío.

La noche fue larga y las horas se sucedieron a un ritmo desigual, casi a golpes. A veces, en un lapso más silencioso de sordos quejidos que nos daban un respiro, la lluvia que no lograba adecuarse a nuestro compás recrudecía sus arañazos contra los cristales de la ventana y apagaba los incontrolados aullidos y furibundos lamentos que nos habían dejado exhaustos. Otras caíamos en un sopor que la avidez de cualquiera de los dos descoyuntaba para retomar donde la habíamos dejado la labor pretendidamente inconclusa, como si cada embestida, cada regeneración del agotamiento que no era más que una rendición a la incontenible fatiga, dispuesta de todos modos a responder a un nuevo arresto de placer, fuera a durar eternamente. Por eso cuando a las siete sonó el timbre metálico del despertador que desde la cocina me avisaba todos los días de la hora de levantarme nos quedamos atónitos, sin comprender qué había ocurrido, como si el tiempo que todo lo engulle hubiera jugado con nosotros acabando de golpe con la codicia que había consumido nuestros cuerpos y nos hubiera devuelto al pasado. Arcadia apenas me miró, se levantó de la cama, se echó el pelo hacia atrás, recogió su ropa del suelo y lentamente se vistió. Yo hice lo mismo intentando acercarme, pero ya me di cuenta de que sería inútil. La hora del amor, o de lo más parecido al amor que yo había conocido jamás, había pasado. No tenía experiencia en ello ni pretendía exigir o mendigar lo que no se me daba, me bastaba saber que en aquel momento yo estaba de más. Acabé de vestirme a toda prisa para alcanzarla y me percaté de que ni siquiera me había atrevido a preguntarle si quería utilizar mi elemental cuarto de baño cuando ella ya salía de él subiéndose las medias. La adelanté cuando se acercaba a la puerta de entrada, el tiempo suficiente para coger las llaves y la chaqueta donde estaba la cartera y abrirle el paso escalera abajo. El portazo sonó en un amanecer que seguía con el cielo encapotado y teñido de negro, había cesado de llover y un viento proveniente del mar esta vez se estaba levantando con las tímidas luces del día. No pude, ni siquiera lo intenté, tomar del brazo a esa mujer lejana que había tenido tan cerca y que caminaba ahora presurosa como si

su estómago no le hubiera jugado una mala pasada ni hubiera agotado sus fuerzas toda una noche de ejercicios amorosos. Seguía ausente, y cuando detuve un taxi en la calle Mayor de Gracia y entramos tampoco habló, dejó que yo diera la dirección de la calle Ausiàs March. Hicimos el viaje en silencio, ella con la vista fija en un punto del cristal salpicado de gotas de lluvia, y sólo cuando el taxi se detuvo frente a su casa sonrió brevemente, adelantó la mano que todavía olía a nosotros y me acarició la mejilla. Luego, sin más, bajó, abrió el portal y aunque yo le pedí al taxista que aguardara con la esperanza de que me dedicara una última mirada, desapareció por la inmensa portería sin volverse ni para encender la luz. El portón de hierro y cristal, mucho más grande y pesado que el de mi edificio, también se dejó oír en el solitario amanecer, y el taxi me llevó de vuelta a casa.

Ensoñación podría llamarse al estado en el que me moví durante los siguientes días, tamizado por una profunda incomprensión casi dolorosa no sólo por lo que había ocurrido sino por la actitud tan contradictoria de Arcadia, contradictoria por lo que yo había conocido de ella y de su forma de ser, e igualmente por las distintas maneras de mostrar lo que sentía que de todos modos yo no lograba desentrañar. En un intento por comprender pasó por mi mente cualquier explicación por rara y descoyuntada que fuera, pero no adelantaba, y por más que agradecía a los dioses la inesperada gracia que me habían concedido, no por ello dejaba de vivir en una constante desazón sin entender cabalmente qué había ocurrido conmigo ni por supuesto qué le había ocurrido a ella. Pasaron varias semanas, yo tenía la esperanza de que Javier me llamara pero no lo hizo y, aunque parezca extraño, me alegré de ello, porque si bien me hubiera dado la oportunidad de ver a Arcadia, lo que deseaba con toda mi alma, aunque sólo hubiera sido un minuto, no podía evitar el pensamiento torturante de que Javier era mi amigo y yo lo había traicionado. Hasta que un día, cuando llevaba dos o tres horas sentado en el mismo taburete que había puesto a su lado aquella noche, intentando en vano concentrarme en un trabajo que tenía que entregar, sonó el teléfono y ella, sin decirme quién era, confiada en que reconocería su voz, me preguntó: «¿Estarás en casa esta tarde?». «Sí», mentí, porque tenía algo más que hacer que inmediatamente desapareció de

mi agenda. «¿Puedo ir a verte?». «Claro que sí», dije. Temblaba tanto mi voz que ni siquiera pude añadir una frase, por convencional que fuera, como «me gustará verte» o algo así, que hiciera más normal la llamada y sobre todo mi reacción. Y lo peor es que tampoco le pregunté hacia qué hora pasaría, así que no me moví de casa para nada, sin poder hacer nada, sin trabajar, sin comer porque se me había cortado el hambre ni beber porque tampoco tenía sed. Era una tarde clara y con el viento que soplaba del Tibidabo me llegaban las campanadas de Santa María de Gracia, como se llama desde que acabó la guerra esa iglesia del siglo XVII que remata la plaza Lesseps, «els Josepets» la llamaba mi padre cuando de niño me llevaba a visitarla para mostrarme una iglesia con una sola nave y un campanario con los signos del zodiaco. Con esas campanadas contaba el tiempo dividido en cuartos que transcurrían con una lentitud exasperante. Habían dado las cinco cuando caí en la cuenta de lo desordenado que estaba el piso, así que lo arreglé, lavé tazas y platos amontonados en el fregadero de la minúscula cocina, sufriendo porque tenía la impresión de que no tendría tiempo de acabar. Arreglé la cama, cambié las sábanas, prendí una estufa eléctrica que me había comprado al principio del invierno, incluso intenté poner orden en los papeles, aunque era consciente de que el caos visible que había acumulado en tanto tiempo de vida solitaria en mi pequeño piso sin puertas no tenía arreglo en una espera que ni siquiera se me había concedido el privilegio de saber cuándo acabaría. Me lavé las manos y me peiné, me miré al espejo, no, no estaba tan mal, decidí, la gente era a veces mucho más fea y vulgar que yo, al menos yo era alto, que siempre disimula, pensé mientras me agachaba para acercarme más al espejo, intrigado por una espinilla que acentuaba su negrura precisamente en mitad de la mejilla. Sonaron las siete, ¿no serían las seis y me habría despistado? Corrí a la cocina pero el despertador me devolvió a la hora real y para acabar de tranquilizarme se me ocurrió servirme un coñac, pero no bien lo había servido cuando pensé que me olería el aliento así que lo tiré al fregadero y no había acabado de hacerlo cuando sonó el timbre. Dejé correr el agua y encendí la luz del estudio. Y entonces me entró el miedo, miedo cervical a la frialdad que había imaginado mientras esperaba como un ejercicio inconsciente para que no me cogiera desprevenido, frialdad,

distancia, contacto sin palabras, silencios y esos prolongadísimos arrebatos de pasión que yo compartía subyugado pero aterrorizado por la fatiga que llegaría irremediabilmente acercándolos a su fin y restituyendo el conocido desapego que ahora mismo, a medida que me acercaba a la puerta, no me veía capaz de soportar. Y sin embargo todo lo soporté y aunque esta vez me había propuesto estar atento para desentrañar el principio del proceso, creo que se me nubló la vista y la conciencia en cuanto Arcadia entró y me abrazó, tal vez con más ternura pero yo ya no estaba para discernir entre un requerimiento y otro, entre el deseo descontrolado que recordaba y ese vago intento de acercamiento en el que reparé muy tarde aquella misma noche, de nuevo solo en mi cama revuelta, sin una explicación que me incluyera y no me dejara tan lejos como lo había estado el primer día. Sí, tal vez nos acercamos más a la normalidad, me dije entonces o me repetía tras cualquiera de los cinco encuentros que a intervalos de varias semanas se repitieron durante aquel largo invierno, o quizá acabé acostumbrándome a ese instinto devorador que se apoderaba de mí cuando la tenía cerca, como si me hubiera transmitido el suyo o algo hubiera despertado en mi solitario devenir. Llegaba siempre previo aviso por teléfono, sin palabras ni explicaciones, sin intercambios, envuelta en un silencio que sólo desbaratarían los lamentos estentóreos tan intensos, tan fuera del tiempo que, como el hombre dormido que se asusta al oír el despertador y no comprende cómo ha transcurrido toda una noche, me dejaban pasmado e incrédulo cuando cedían acosados por la fatiga y ella de pronto se hacía a un lado de la cama, poco importaba en qué punto nos encontrábamos en la escala imparable de nuestro deseo, actuaba como si un ruido cualquiera, una voz en la calle, el golpe de la portezuela de un coche o quizá un cambio en mi propia respiración le hubiera ordenado dar la sesión por terminada: respiraba acompasadamente como para tomar aire y se levantaba, recogía su ropa, se retiraba siempre el pelo hacia atrás, se vestía lentamente, me daba un beso en la mejilla sin dejar que me acercara a la puerta que abría y cerraba con un estrépito que retumbaba en el hueco de la escalera amenazando con echar abajo la pared del rellano que debía de haber soportado los humores de varias generaciones.

A veces, por dejar de pensar en ella y en su ausencia y dar un respiro a mi desconsuelo, intentaba entretenerme procurando dilucidar en qué punto se encontraría su relación con Javier en aquel momento como para que ella viniera a mi casa y se marchara a media noche o incluso al amanecer, quizá aprovechando un viaje de él, me decía, o tal vez ya estaba todo tan deteriorado entre ellos que ni siquiera importaba.

No sé por qué, tras el segundo o tercer encuentro se lo conté a Gabriel, Gabriel Solans, mi amigo y amigo también de Javier con quien había estudiado Derecho y que trabajaba ahora en el bufete de su padre. ¿Por vaciarme de un peso que se había vuelto insoportable? ¿O tal vez sólo para poder hablar de lo que llenaba a todas horas mi pensamiento y mi deseo? No lo sé, porque no era un amigo íntimo y aunque lo hubiera sido yo jamás cuento esas cosas a nadie, no entiendo cómo lo convertí en el inesperado confidente de mis placeres y angustias y el responsable, como me contó él mismo al cabo de los años, de lo que ocurriría a partir de mi confianza, y añadió cuando ya no importaba que fue su deslealtad, así lo reconoció, lo que desencadenó la catástrofe, aunque yo nunca entendí de qué me estaba hablando, ni supe jamás qué tuve yo que ver con esa catástrofe ni en qué consistió realmente, sólo sé que un día Arcadia dejó de llamar y no volví a saber de ella. Durante todo el año no llamé a Javier ni él tampoco lo hizo, si nos encontrábamos en un concierto nos saludábamos de lejos como simples conocidos. Yo eludía su presencia, sospechando que finalmente hubiera sabido lo ocurrido entre Arcadia y yo, y me convenció de ello el hecho de que él tampoco me volvió a llamar.

Y cuando ya comenzaba a acostumbrarme al silencio de un ritmo que por otra parte sólo hubieran podido iniciar esas cinco llamadas, pasaron sin sobresaltos las semanas, se fue adelgazando el invierno y estalló la primavera en las calles y en los balcones de mi barrio sin una llamada ni una sola noticia, y tras tanta ausencia comprendí que nunca más la tendría.

Mirando ahora hacia atrás sé que ni en los momentos de mayor fervor albergué jamás la convicción ni la menor esperanza de que Arcadia me hubiera amado, ni siquiera de que me hubiera deseado. Nunca supe por qué venía a mí, qué sacaba con ello, como tampoco entendí qué placer buscaba aunque jamás dudé de que lo encontrara, pero yo sabía que no era ese placer

lo que quería, ni a mí me estaba dirigido tanto deseo ni tanta pasión. A veces he llegado a pensar que ni me veía. Pero aunque mi incomprensión se mantiene tan incólume como el primer día y no he logrado averiguar de qué materia se fraguó ese insólito sueño, aún hoy que vivo a todas horas la eternidad de su ausencia, puedo dibujar cada una de las líneas de su cuerpo, describir con detalle nuestros infinitos engarces, reconocer el aroma de su piel y del sudor que la cubría antes de caer derrengada a mi lado, adivinar por el tacto la textura de sus cabellos húmedos y seguir en la imaginación el imparable y desacompasado ritmo del lenguaje vacío de significado de su cuerpo adolescente.

# ASÍ HABLÓ ZARATUSTRA

¿Es necesario que haya pozos envenenados y fuegos malolientes y sueños mancillados y gusanos en el pan de cada día?

FRIEDRICH WILHELM NIETZSCHE

—Bien, querido Santiago, todo está yendo muy bien. Ha sido un trance difícil, es cierto, pero era una cuestión delicada y debíamos ir con pies de plomo. El plan estaba muy bien pensado y no queda más que rematarlo esta tarde. Bueno, lo rematarás tú. Pero ya podemos celebrarlo, creo que ya no cabe esperar ningún imprevisto.

Santiago Fabregat es el abogado de más edad de nuestro bufete, mayor incluso que yo mismo, de hecho le falta muy poco para la jubilación aunque no importa, ya lo arreglaremos para que continúe trabajando. Es también el más discreto, nuestro gran experto en derecho mercantil, un hombre al que le gusta su trabajo y que se mantiene alejado de cualquier broma o de cualquier comentario. Nadie conoce detalles de su vida familiar, una mujer, dos hijos casados que no viven en Barcelona y poco más. Vive en una casa de dos pisos en el barrio de Las Cortes, muy cerca del estadio de fútbol, al que es muy aficionado aunque nunca habla de los partidos y de los resultados con sus colegas. Pero es fiel. Tal vez su fidelidad no se fundamenta en la excesiva estima que pueda tener al bufete o a mí, que soy el jefe, sino que, me ha parecido siempre, tiene su origen en el terror a quedarse sin empleo a su edad y sobre todo con un historial personal y con un pasado no decididamente anti Régimen pero sí oscuro y confuso, que no le ayudaría demasiado. Son tiempos difíciles. Pero es un buen abogado, un



hombre honrado, a la antigua usanza y de la vieja escuela por supuesto, pero bueno e inteligente, al que no le importa la carga de trabajo.

Yo le había citado a las dos en el restaurante del Círculo Ecuéstre que aquel mediodía, como todos, estaba lleno. Nos habíamos sentado a la mesa que siempre me reservan, en un rincón discreto al fondo de la gran sala, habíamos elegido ya y nos estaban sirviendo un Château Trotanoy, un burdeos de 1945 fuerte y poderoso que según me dijo el maître acababa de llegar de Le Perthus. Aunque nos habían recomendado de primero un magnífico rape, yo detesto el vino blanco, así que había hecho una señal para que pasáramos directamente al tinto, sin preguntarle a él, porque sólo verlo en la copa de los demás me molesta, el vino blanco me parece un vino de entretenida. La cuestión que íbamos a tratar era complicada, aunque no para mí, sino para él, porque para un abogado tan serio, con años de experiencia, no era agradable la labor que yo le había encomendado de ir a hablar con una chica y soltarle amenazas veladas en nombre de su cliente, o dicho claramente obligarla a tomar una decisión presentándole documentos comprometedores. Es decir, un chantaje. Lo que ocurre es que ni ella era simplemente una chica ni yo precisamente su cliente.

—Ya me dijiste que todo había ido bien, pero cuéntame detalles. ¿Cómo se lo tomó?

—Bueno, comencé por decirle hasta qué punto la sociedad entera empezaba a rumorear sobre su vida ciertamente escandalosa, y cuando me pareció que estaba un poco asustada, sin darle tiempo a preguntar le mostré las fotografías, le hablé de su salida del país para evitar la denuncia y la cárcel, le garanticé que Javier nunca vería esas fotos ni conocería el origen de su decisión de irse y acabé haciéndole comprender que en sus manos estaba evitar un escándalo que a nadie iba a beneficiar y menos que a nadie a Javier, y me entretuve en describir el rumbo que, de no aceptar mi propuesta, o la de la persona que me enviaba, tomaría su propia vida.

—¡Qué directo!

—No tanto, estuvimos más de dos horas hablando, yo sobre todo, ella apenas dijo nada. Fue una reunión larga, o al menos a mí me lo pareció.

—Pero ella, ¿cómo reaccionaba?

—Bueno, escuchaba sin apenas mostrar sorpresa o enfado, y callaba mientras yo me detenía de vez en cuando para aclarar lo que pensaba que no quedaba claro. Supongo que me entendió, porque no puso nada en duda ni tenía ninguna pregunta que hacerme.

—¿Por qué? ¿Qué dijo?

—No dijo nada, callaba, movía la cabeza con breves gestos inconexos pero sin hacer comentario alguno sobre mis explicaciones, estaba allí sin mirarme, sin asentir ni negar como si no me oyera, con la vista baja, las manos cruzadas sobre las rodillas, ningún signo de angustia o de nerviosismo, nada. La verdad es que no fue fácil.

—Lo comprendo.

—Y cuando me levanté para irme me acompañó hasta la puerta, pero tampoco levantó la vista del suelo, como si temiera tropezar. Entonces me di cuenta de lo delgada y pálida que está.

—¿Le volviste a enseñar las fotos antes de irte? —quise saber.

Dudó, no porque no quisiera decirme si lo había hecho o no, sino por recelo, casi por repugnancia a seguir hablando de este asunto y esos detalles que debían parecerle escabrosos. Lo vi en el gesto torcido de la cara y en la mirada esquiva e inquieta que se negaba a posarse mientras zarandeaba los cubiertos dando con ellos golpecitos sobre la mesa. Para él, pensé, la cuestión era cuando menos profundamente turbia, moralmente hablando me refiero, porque desde el punto de vista de la estrategia estaba perfectamente clara.

—Sí, sí, lo hice, dos veces se las mostré —admitió finalmente.

Yo seguía mirándole y quise apretar un poco más las tuercas:

—¡Son una procacidad esas fotos!, ¿no? Y la chica está imponente. Bueno no tanto ella como esa facilidad para la desvergüenza, igual que la mejor de las prostitutas —y viendo su cara de espanto al oír una palabra que yo ya había elegido con sordina, me entró la risa pero me contuve no fuera a asustarse más de la cuenta—. ¿No es un placer contemplarla en esa secuencia de posiciones desvergonzadas? Sí, desvergonzadas y groseras, ya lo he dicho, de gestos y expresiones de voluptuosidad —una forma más elegante, pensé, que las ordinaries habituales que tanto lo habrían violentado. Me gustó lo de la voluptuosidad, sí.

Él seguía inquieto sin atreverse a responder pero tampoco sabía cómo negarse a ello. El camarero le volvió a llenar la copa, que apuró de un trago. Sudaba. Y callaba.

Mientras nos servían el rape me concentré en la forma de lograr su complicidad, nada sería seguro hasta que la consiguiera. Finalmente, apremiado por mi media sonrisa y la mirada que tenía fija en él, respondió con un hilo de voz:

—Sí, es hermoso contemplarla.

—No sólo hermoso —respondí yo animado por su discreto reconocimiento que entendí como si hubiera abierto la veda—. Esa perfecta desnudez es un gozo, y las contorsiones casi violentas excitan el deseo tanto como verlos a los dos tan ciegos ¿no te parece?

—No sigas, por favor —suplicó—, vayamos a lo nuestro.

Estaba nervioso, había destrozado el rape a golpes de pala y tenedor, y acabado de nuevo el vino. El camarero volvió a llenarle la copa.

—Esto es lo nuestro, Santiago —le dije inclinándome hacia él y hablando muy despacio—. No lo olvides. Tengo que conseguir lo que me he propuesto. Y tú me estás ayudando. No hay más.

También él habló con voz muy baja como si quisiera asegurarse de que nadie iba a oírle.

—¿Consigues siempre lo que te propones? —Y sin darme tiempo a responder, seguramente porque conocía la respuesta, se armó de coraje y dijo—: No sé por qué pero diría que hay algo más en tu intención aparte de forzar a la chica a que se vaya.

—¿Qué quieres decir? —me hice el sorprendido.

No, Arcadia no era mi tipo; no, nunca había tenido otras intenciones con ella, no al menos hasta que había comenzado a pensar en cómo obligarla a que se fuera sin dejar rastro, sin que Javier tuviera ninguna posibilidad de evitarlo, sin que ni mi nombre ni yo apareciéramos. Pero tenía razón Santiago; desde hacía unos días, cuando ya habíamos apuntalado el estoque y todo estaba a punto de conseguirse, me pasaba de vez en cuando por la mente, como un suspiro, otro objetivo, para qué negarlo, mucho más procaz y aún más pecaminoso, aunque había comprendido demasiado tarde que

tendría que haber planteado la estrategia de un modo distinto. Así que le dije:

—No, no tengo otro objetivo que el que te he transmitido y que tú estás llevando a cabo. Vamos pues a lo nuestro, como dices tú. Pero eso no quita que la chica esté muy buena. —Y le dediqué mi más convincente sonrisa.

Pero él insistió, desvelando lo que debía de haber barruntado en sus horas de soledad:

—Tienes las que quieres, ¿por qué ésta?

Se secó la boca y bajó la vista hacia el plato dedicándose con mucha atención a lo que quedaba del rape como si quisiera borrar lo que se había atrevido a exponer.

—Quiero que me entiendas, Santiago. —Yo ya me había puesto en una tesitura de confidente, y le dije al oído bajando la voz—: No lo había pensado antes, pero es cierto, me excita, no ella sino el hecho de conseguirla.

Bebió de nuevo, dejó la copa vacía otra vez, y dijo casi en un susurro:

—Es tu nuera.

—Tal vez por eso —respondí, y me tomé un instante para encender un cigarrillo—, todo ayuda. —Y al tiempo que le dedicaba una mirada que quiso ser taimada afiancé el tono de amistosa confesión como para restar importancia al asunto y convertir el almuerzo en una charla distendida entre hombres que se cuentan sin tapujos sus experiencias con mujeres. Añadí—: Y no creo que ella se escandalizara demasiado. Bien sabes que no sería su primera vez.

—Sí es así, ¿para qué las fotos? —No parecía haber captado mi acercamiento.

En aquel momento trajeron el pavo.

—Son dos cosas distintas, Santiago: una, es absolutamente necesario que desaparezca, que se vaya para siempre. La otra, en fin, la otra es que las fotos le ponen a uno a cien.

No podía ni quería decirle que no era tanto tenerla como someterla lo que me habría gustado, y no por su debilidad o porque se encontrara todavía convaleciente, o porque quisiera sacarme dinero y estuviera dispuesta a todo por conseguirlo como tantas otras, que no era el caso. Sino porque el

haber sido cazada en falta enardecía en mí el puro placer de verla vencida por la amenaza y el chantaje, sí, el chantaje. Me excitaba pensar que de este modo traicionaría todo aquello en lo que decía creer y defender, sometida a un hombre como yo, que representa lo que ella más desprecia y odia. Lo sé, es así tal vez no por mí sino por lo que represento. Habría sido un placer extremadamente voluptuoso, no catalogado ni aceptado entre nosotros como tal pero mucho más vivo y sutil, el placer de ver cómo en contra de su voluntad, de lo que creía y defendía, estaba en mis manos, en las de su enemigo de clase como seguramente le dirían los suyos.

—¿Y las fotos? —insistió él cuando una vez servido el pavo se retiró el camarero.

—Las fotos cumplen su función. Son fotos buenísimas, quiero decir que ponen en evidencia lo que buscamos, la prueba del adulterio, un delito tipificado sólo para mujeres que supone entre seis y doce años de cárcel, tanto a ella como al hombre que se ha acostado con ella, el adúltero. Pero además, implica también una pena pecuniaria, la deshonra social y la exclusión de muchos lugares, o sea, la condena al ostracismo, al menos en esta ciudad y en nuestro mundo. Sin contar con el pecado mortal, tan difícil de perdonar en este caso, lo cual, justo es reconocerlo, a Arcadia no le importaría lo más mínimo.

—¿Y siendo así la legislación, tú vives tan tranquilo con la vida que llevas? —Poco a poco iba tomando confianza.

—Yo no soy adúltero. Un hombre, aunque esté él mismo casado, sólo comete adulterio si se acuesta con una mujer casada, porque si tiene relaciones sexuales con una mujer no casada no comete delito; ni su mujer ni nadie lo puede denunciar, sólo podría acusarlo de amancebamiento, es decir —y recité como un maestrillo el párrafo del artículo 452 del código Penal que me sé de memoria—: «si tiene manceba dentro del domicilio conyugal o notoriamente fuera de él». Son las ventajas que tenemos los hombres, ya ves. —Y añadí, condescendiente—: ¡Qué poco sabes tú de lo que no sea derecho mercantil, en cuanto te apartan de las normas jurídicas que rigen las relaciones entre los empresarios y la sociedad, estás perdido! —Hice una pausa y luego rematé mi discurso—: En este sentido, no tengo

problemas, yo no tengo mancha en el domicilio conyugal y soy una persona extremadamente discreta.

No me rió la gracia, simplemente preguntó:

—¿La denunciarías? ¿Lo harías? Es la mujer de tu hijo.

—Bueno, tú hazle comprender a lo que se expone, ya veríamos lo que haríamos si no saliera bien, porque ella no sabe, ni tiene por qué saber, que tendría que ser su marido el que la denunciara. Tú háblale sólo de lo que se juega por este delito. No te será difícil, conoce el rigor de las leyes del Régimen, su padre no pudo volver a entrar en el país. Enfrentala al hecho consumado, el adulterio.

Se quedó un instante pensativo sin saber por dónde llevar la conversación. No podía seguir oponiéndose, al menos moralmente, como estaba haciendo, aunque fuera con tanta timidez. Finalmente dijo:

—Creo que lo comprendió, porque cuando le dije que necesitaba su pasaporte para que hiciéramos estampar en él el permiso de salida y el visado a Francia, fue a buscarlo y me lo entregó sin protestar ni lamentarse ni llorar, lo que me pareció extraño, muy sorprendente. También dijo que firmaría el documento que, según le anuncié, le llevaría con el pasaporte el viernes siguiente por la tarde, es decir, hoy, un documento, le dije claramente, que en su momento servirá para iniciar los trámites de la anulación del matrimonio. Parecía entender cada cosa que le exigía y aceptarla con sumisión. Todo salió como habías planeado. Hasta ahora, pero ¿qué pasa si se entera Javier?

—Javier no tiene por qué enterarse. Cuando vuelva sabrá que se ha ido y para entonces ya no tendrá remedio, porque no la encontrará. Y si la encuentra ella no querrá volver.

—¿Cómo sabes que Javier iría a buscarla?

—Lo sé. Iría.

—¿Aunque le enseñáramos las fotos?

—Aunque le enseñáramos las fotos. Pero eso no ocurrirá. Ni ahora ni nunca. Es importante que ella lo sepa. Sé que se lo dijiste pero ¿insististe lo suficiente?

—Creo que sí, se lo dije y se lo repetí muchas veces, que el paso que iba a dar no tenía vuelta atrás. Que en ese caso se pondría en marcha la

denuncia y añadí que incluso para evitar que prescribiera estaba prevista una acción jurídica que mantendría vigente para siempre una posible denuncia. No sé si hice bien porque no sé si existe tal truco, pero pareció convencida; es más, dudo que le hiciera falta esa nueva seguridad. Recuerdo que le repetí la frase que tú me habías dicho: «La puerta del pasado está cerrada para ti, no tiene regreso» o lo que es lo mismo, «No hay regreso al pasado», y le repetí, «no lo olvides».

Lo había dicho casi de corrido, como si ya no tuviera más que añadir a aquella conversación que le pesaba en el alma más de lo que él mismo estaba dispuesto a reconocer. Por eso de nuevo mostró interés en las consecuencias de lo que iba a ocurrir después.

—¿Y a ti no te preocupa que algún día Javier se entere de que tras la huida de Arcadia están tus manejos?

—¿Qué manejos? Lo hago por su bien. De lo contrario nadie podría detener su caída social y profesional. Sería un escándalo, el hazmerreír de todo el mundo, su infelicidad, que es lo peor, y el final de su carrera como abogado. Hay muchas formas de echar a una persona de un lugar, sea del pueblo, de la casa o de la ciudad, y ésta me ha parecido la menos traumática para todos, pero él no tiene por qué saberlo. Es cierto que nuestra relación no está en su mejor momento, se está apartando de nosotros, del bufete por supuesto, y anda por otros derroteros ajenos a la familia y a lo que defendemos. Creo que incluso está siendo demasiado crítico con el Régimen, y esto es peligroso pero, en cuanto ella no esté, volverá al redil.

—¿Pero de eso también tiene la culpa Arcadia?

—Pues creo que sí, no tengo pruebas, es cierto, pero Javier ha cambiado mucho en este sentido. Yo tengo un papel importante en este Régimen, ya lo sabes, y lo de Javier no es grave de momento, pero sí puede ser una piedra en el zapato. Tengo que vigilarlo. Lo de Arcadia comienza a ser un rumor demasiado extendido que puede acabar en un escándalo muy poco beneficioso para mí, para mis negocios y, por supuesto, para Javier. Así que hay que cortar de raíz, porque tampoco tiene solución. No hay más que verlos. Es un matrimonio fallido, ella es un lamento a todas horas, él no hace sino trabajar y leer. Nunca se les ve por ninguna parte. Pasamos como pudimos el escándalo de la gimnasia y si ahora se conoce esta infidelidad,

que no tiene por qué ser la única, el escándalo está servido. No quiero que esto ocurra. Que se vaya, no tiene familia ni posición a las que rendir cuentas, que se vaya, que desaparezca. Sé que me puede costar un encontronazo con Javier porque, aunque no sepa nada, es posible que alguna vez lo sospeche. Pero se le pasará. El tiempo lo cura todo. Ahora estamos mal como te digo. He tenido mucha paciencia, cedí en casi todo. Sí, cedí, claro que cedí, Javier es mi hijo, mi preferido, mi heredero que no ha querido serlo. Cedí con la chica, con ese alejamiento de la familia y de la vida social que es el fundamento de mis éxitos, con que se haya vinculado a otro bufete de ideas yo diría que un poco peligrosas, y todo por la influencia de Arcadia, estoy seguro. Sí, yo habría querido algo mejor para él. Tal vez el error fue mío, pero al principio creí que ella, aun procedente de otro mundo, acabaría siendo uno de los nuestros, como ocurrió con mi mujer que pertenece a una clase social distinta pero que, convencida de que subiendo un peldaño o varios dejaría de ser lo que fue, sin apenas esfuerzo pasó a defender la nueva clase social a la que ahora pertenece y el Régimen que la cobija como si hubiera sido siempre partidaria de él y por supuesto de sus privilegios. A veces, pensaba, les ayuda el miedo a que se conozca su historia. E intentan ocultarla. Como si no supiéramos quiénes son. Cuando Javier comenzó a hablar de ella, los informes que pedí de su familia y que me llegaron enseguida eran terribles, informes que sigo recibiendo, es decir, que estoy al día de todo lo que les ocurre. Lo primero que supe es que su padre fue uno de los anarquistas responsables de los luctuosos hechos de mayo ocurridos en la Telefónica de Barcelona en el 37, uno de los que ni siquiera defendían la República sino que lo que querían, lo único por lo que luchaban, era por la revolución. Peores que los comunistas eran, y son, lo peor, van por su cuenta, dicen, cada cual por su lado, sin jefes, reglas ni autoridad. Mi familia puede contarte cómo fueron víctimas de esos delincuentes durante la Semana Trágica a principios de siglo, mi madre se acordó con verdadero horror de esa terrible semana hasta el mismo día de su muerte. El padre de Arcadia, un tal César Cañizares, y un compinche también anarquista, Raúl Torres García, fueron los cabecillas o unos de los cabecillas de aquellos hechos de mayo, dos años antes de la liberación de Barcelona por nuestras tropas. Huyeron a Francia porque aquí no les



esperaba más que la pena de muerte. Allí se instalaron con el beneplácito de los franceses, ya ves, pero afortunadamente el padre de Arcadia murió en un accidente ferroviario, bueno, no sé si afortunadamente porque, si no hubiera muerto, ella no habría venido a Barcelona ni se habría instalado en la ciudad con esa tía suya que fue a buscarla a Toulouse. El amigo, en cambio, logró entrar en España y durante unos años siguió luchando en la clandestinidad con otro nombre y otra identidad, Tobías no sé qué, fue el responsable de una serie de atentados y ataques muy graves en Barcelona y sus alrededores, hasta que el año pasado lo cogieron a él y a muchos otros que acabaron en la cárcel, y finalmente él se suicidó tirándose por la ventana de la comisaría de Policía de la Vía Layetana. No hace mucho de esto, unos meses nada más. De esas gentes procede mi nuera. Ya me dirás. Éstos son los que rompieron el país, por ellos tuvimos tres años de guerra y acabamos con la funesta República.

La referencia a la República que dejé caer como quien no quiere la cosa tuvo su efecto, y Santiago, como si hubiéramos abierto un pequeño boquete en su oscuro pasado, cambió enseguida de tema.

—¿Pero cómo conseguiste las fotos? ¿Cómo supiste que Arcadia...? — no sabía cómo continuar.

—Es fácil, somos buenos abogados y como tales dominamos los canales de la investigación y de la información, no sólo la política, bien lo sabes. Tenemos antenas en todas partes y hemos aprendido hace años a sacar partido de cualquier rumor, de cualquier conversación. Tampoco fue difícil conseguir un fotógrafo, se le paga y punto. Igual que se paga a la portera, a la policía y si hace falta al sereno o al vigilante.

—Pero ¿por qué yo? ¿Por qué no fuiste tú a verla? ¿Por qué no vas ahora que ya te he abierto el camino?

Santiago parecía querer librarse a toda costa de un nuevo encuentro con la chica. Lo que me había preguntado era de respuesta tan obvia que a punto estuve de contestarle con violencia, pero me contuve.

—Santiago, ¿me preguntas cada cosa! Tú eres imprescindible para que ella entienda, primero, que no hay forma de saber quién es su enemigo, quién la denunciaría, y mantenerme a mí al margen. Es de suponer, y creo que no me equivoco, que ella no sabe que tú estás en nuestro bufete;

segundo, que no tiene salida, es decir, que ha de irse y recibir a cambio lo que le damos, y tercero, que, como estoy seguro de que tu voz de experto le ha hecho ver, si no se va se expone a un infierno. Ya le contaste cómo andan las leyes en este país y hasta qué punto quien tiene las fotografías es capaz de hacer que se cumplan. Por lo tanto, tal como planeé en la estrategia, no tiene salida. En cuanto al motivo por el que yo he de quedar desvinculado del asunto, creo que es bien evidente, por mi familia, por Javier sobre todo, y por ella, que si entendiera que todo procede de mí tal vez se revolvería y nos obligaría a actuar, e incluso existe el peligro de que consiguiera contar con la ayuda de Javier. Nunca se sabe. Es mucho más de temer y mucho más seguro un enemigo sin rostro, créeme. Que se vaya con todo este bagaje, el extranjero está muy lejos.

Se quedó pensativo un buen rato, estábamos ya al final de la segunda botella cuando volvió a intervenir:

—¿Puedo preguntarte una cosa más que me llena de curiosidad?

—Adelante —le dije, consciente de que iba ganando terreno.

—¿Cómo es tu relación con Arcadia? ¿No sospechará de ti? Todo el mundo sabe lo poco que te gusta que se haya casado con Javier.

—Una cosa es que no me guste como mujer de mi hijo y otra que tenga mala relación con ella. Es mi mujer la que no la soporta y encima se lo muestra claramente, sobre todo desde el asunto de la gimnasia que tanto escandalizó a sus amigas, pero hasta ahora no ha trascendido más que como una versión personal del tópico de la suegra que no acepta a la nuera. Yo no. Yo fui a verla regularmente durante el tiempo que estuvo enferma, incluso cuando mejoró, la última vez el pasado martes, cuando Javier ya estaba de viaje y tú habías tenido la conversación con ella y le habías mostrado las fotos. Fui a su casa por la tarde y le llevé de regalo, siempre le hago regalos, un pequeño biombo de marquetería de Grau Sala que, según me había contado Javier, había sido amigo de su padre, por eso sabía que le gustaría. Era un buen pretexto, un regalo para animarla, le dije, ahora que parecía ir recuperándose. Lo hice para que de ningún modo pudiera vincularme a la propuesta que tú le habías hecho, como para ahuyentar la sospecha de que yo podría estar detrás de todo. Estuvimos hablando de su salud, e incluso le dije que se cuidara mucho, que la quería ver más fuerte.

Pero no mencioné lo que me habría gustado decirle y que por supuesto no le dije: «Arcadia, derrotada y vencida como te veo ahora eres mucho más seductora para mí que aquella chica de los primeros tiempos sumida a todas horas en una incomprensible alegría o en la ingenua timidez con que te mostraste ante nosotros cuando te conocimos». Así es como me gustaría haberle hablado y con este preámbulo haberme acercado a ella, y comprobar paso a paso cómo se resistía, porque sé que en la resistencia de una mujer que se sabe vencida hay un portentoso placer difícil de conseguir y más difícil aún de mantener. Pero si he de ser sincero no fue sólo esto lo que pensé entonces ni como habría sucedido de haber podido dominar la situación. Esto era simplemente lo que me gustaba pensar que le escondía a Santiago. Es tan complicada nuestra forma de expresar lo que sentimos que lo confundimos con lo que quisiéramos haber sentido. Y el pensamiento más soez que recordamos de una situación nos hace mentir incluso sin levantar la voz, desde lo más profundo de nuestra conciencia, como si nosotros fuéramos el único auditorio al que va dirigida tan compleja fabulación y bastara formular la mentira sin recurrir a las palabras, tal vez para otorgarnos la pretendida superioridad de saber esconder el mal que hacemos, o el que nos gustaría hacer por el placer que nos proporcionaría manifestarlo bajo un refinamiento y una lucidez que no tenemos. Porque no fue así como lo pensé en aquel momento ni como me hubiera gustado que sucediera de haberlo pensado cuando ya era demasiado tarde. Tuve que reconocer que no fue ajeno a mi imaginación ese punto de brutalidad y prepotencia que tan a menudo nos excita a los hombres cuando estamos frente a una mujer que ya no podemos conseguir.

—Por eso, querido Santiago —continué, alejando las elucubraciones sobre mis complicadas fantasías eróticas—, todo tiene que quedar *sub rosa* entre nosotros y para todos los demás.

—¿*Sub rosa*? ¿Qué significa *sub rosa*? —preguntó inquieto.

—Significa en el más absoluto secreto. —Comprendí que lo había impresionado y continué—: Creo que hemos elaborado y puesto en marcha un plan, y que de momento todo funciona. Has ido a verla y ya la has convencido de que tiene que irse, ha visto las fotos y aunque desconoce al acusador, sabe que existe. O sea que se irá. Aquí tengo su pasaporte que ya

tiene permiso de salida, un visado para Francia de tres meses, y el billete de avión a París en un vuelo que sale pasado mañana a mediodía, creo. También tenemos, quiero decir, tengo, el documento que le harás firmar esta tarde en el que te da poderes muy amplios que nos servirán, como te dije, para conseguir, cuando sea oportuno, la anulación del matrimonio.

—Pero para una anulación hace falta la presencia de los dos contrayentes.

—O no. No te preocupes por eso. Nunca he tenido problemas con la iglesia. Y menos con la de Roma que es donde se dirimen esos asuntos. —Y proseguí—: Tenemos también un sobre con suficiente dinero en francos para que pueda vivir por lo menos un año. Para entonces ya estará lejos y espero que haya encontrado cómo ganarse la vida, una pareja tal vez o quién sabe..., ese futuro ya no me afecta.

—¿Y si Javier vuelve antes de lo previsto y se entera?

—No lo hará, no volverá hasta el viernes, el vuelo de Arcadia es para el miércoles. Hay tiempo. Aprovechando un viaje de Javier a Madrid la semana pasada del que yo tenía conocimiento, nuestro bufete encargó al suyo que nos representara en un asunto importante y complicado de conciliación entre empresas y familias. Para ellos es fundamental quedar bien. Es un bufete muy pequeño comparado con el nuestro. Así que no fallarán. Está todo bien pensado, bien atado.

—¿Y si Javier llama por teléfono y le dicen que Arcadia se ha ido?

—Todo está previsto y arreglado, no sufras, Santiago. Si habla con ella antes de que se vaya, ningún problema, ella no le dirá nada, la conozco. Si lo hace después, las mujeres de la casa ya están aleccionadas, se ha cuidado de ello Remedios, que, por amabilidad de Gertrudis, se la traspasamos para que dirigiera la casa —sonreí y añadí— y de paso nos informa de todo.

—Me cuesta creer que hasta en esos detalles hayas pensado. No quieres tener un fallo, no te lo puedes permitir, ya veo.

—No es que quiera o no quiera, es que ni puedo ni estoy acostumbrado a tenerlo. —Me acerqué más a él y le hablé en voz baja—: En mi posición y en mi situación todo pende siempre de un hilo; mantenerse y conservar el poder y la influencia es sólo cuestión de la información que tengas y de tu capacidad de ver dónde puede surgir un peligro, y evitarlo.

Se le veía anonadado. De pronto hizo un gesto como para empezar a hablar, pero se detuvo como para recapacitar sobre si estaba o no estaba seguro de querer decir lo que iba a decir, pero pudo más el vino que llevaba en el cuerpo y la sensación de bonanza y compañerismo que le había insuflado.

—Un peligro a la medida de tu poder, esto es lo que te excita. —Estaba borracho ya—. Sea lo que sea que se te ocurra de repente, debe realizarse, aunque de pronto descubras que no te gusta. —Se rió antes de proclamar—: De ahí que los hombres ricos os tiréis a mujeres tan feas como las que yo he visto que a veces cenan contigo.

—Serán pocas —dije en el mismo tono de confianza y acercamiento— porque si son tan feas como dices nunca las muestro en público.

Nos reímos los dos a la vez ostentosamente, ya éramos cómplices, estábamos a punto de ser amigos mientras entre tanto jolgorio el camarero se acercaba con el *soufflé* en llamas.

Tras una larga y jocosa sobremesa salimos del restaurante a las cinco y media de la tarde. Mi cartera con los últimos documentos que Santiago tendría que entregar y hacer firmar a Arcadia esa misma tarde había pasado de mis manos a las suyas, y el abultado sobre con las fotografías de su infidelidad, de las suyas a las mías. El asunto estaba concluido a falta de un último y breve encuentro entre ellos. Ya no quedaba nadie en las mesas, el restaurante estaba vacío y los pocos camareros que aún quedaban nos abrieron paso hasta la puerta.

Por la tarde del mismo día que tenía previsto llegar de Madrid, Javier se presentó en casa. No lo esperaba tan pronto. Todavía no había oscurecido a pesar de que eran casi las nueve y media de la noche. Yo miraba los periódicos de la tarde mientras daba tiempo a que Gertrudis acabara de arreglarse que, como siempre, entraba y salía del salón a las habitaciones preguntándome qué me parecía el traje, el chal o los pendientes porque le interesaba mucho esa cena que teníamos. Entonces llegó él. Venía demudado, serio, ofendido, era evidente que me hacía responsable de todo lo ocurrido. Por un momento llegué a pensar que alguien había hablado,

pero sabía que no era posible porque sólo podría haberme traicionado Santiago y estaba seguro de que se dejaría torturar antes de confesar la verdad. ¿Habría sido Arcadia? ¿No se habría ido al final? ¡No podía ser! Me quedé en silencio esperando a que él hablara. Pero seguía callado apoyando la espalda en el quicio de la puerta con la cara ojerosa tan descompuesta que di por hecho que, efectivamente, Arcadia le había contado la historia. Gertrudis entraba y salía atareada buscando nuevas prendas que quitarse y ponerse, echando lo que ya se había probado sobre la cama o los sillones. Era casi verano y el atardecer se prolongaba, encendí un cigarrillo y me concentré en el humo que huía por la ventana abierta sobre el jardín que se extendía en la parte trasera de la casa, mirando de vez en cuando el periódico por encima y esperando a ver en qué acababa todo aquello. Finalmente al ver que Javier no decía nada le pregunté:

—¿Ocurre algo, Javier?

Con un gesto lo invité a sentarse pero no me hizo el menor caso; yo seguí pasando las páginas de *La Prensa* durante un buen rato sin inmutarme. Él permanecía en la puerta inmóvil, y dijo al fin:

—Arcadia se ha ido.

Doblé el periódico y pregunté muy interesado:

—¿Adónde? ¿Adónde se ha ido?

—No lo sé, se ha ido.

No lo dijo como si quisiera hacerme o hacernos partícipes de una confidencia o de una desgracia. Había en su mirada un descomunal reproche y al mismo tiempo una especie de sondeo, como si en la reacción que esperaba pudiera descubrir o corroborar la sospecha que lo abrumaba. Una sospecha sin definir aún, una sospecha que me acusaba a mí, sin que él mismo pudiera decir de qué.

Gertrudis que lo había oído se detuvo sin saber cómo reaccionar, ninguno de los dos habló, tras el inicial sobresalto seguimos casi como si no nos hubiéramos enterado de lo que nos había dicho. Mi mujer me miró con disimulo preguntando con su mirada de soslayo qué sabía yo sobre ello, pero siguió abrochándose la camisa de seda que se estaba probando.

—Arcadia se ha ido —repitió Javier. Su voz continuaba teñida de acusación y de algo más me pareció, pero entendí que nada sabía, al menos

sobre mí, porque había hablado como si indagara dónde residía y en qué consistía el secreto que andaba buscando—. Se ha ido —repitió sin dejar de mirarme, de mirarnos, pasando la vista de su madre a mí sin saber cómo continuar.

Permanecimos los tres inmóviles, cada cual tratando de adivinar qué sabían o qué escondían los otros dos. Pero, por la forma de dominar los músculos de la cara, comprendí que el encono y la rabia iban creciendo en Javier.

—Cálmate, hijo —rompí el silencio—, ¿adónde crees que se ha ido?

—Se ha ido. —Incapaz de dominarse por más tiempo, se echó hacia atrás para esconder supuse la debilidad de su rabia, de su frustración, de su profunda tristeza.

—Cálmate, hijo, ya volverá.

—No volverá.

Silencio de nuevo, por la ventana abierta llegaba el canto aflautado del mirlo desde lo alto del chopo del jardín.

—Entonces tal vez sea mejor que se haya ido. Todo lo acaba arreglando el tiempo, hijo. —Un consuelo inútil, bien lo sabía, por eso cambié el tono y me decidí por una inflexión más confidencial—: Las cosas entre vosotros no parecían estar en su mejor momento.

—¿Tú qué sabes de cómo estaban las cosas entre nosotros?

—El que parece no saberlo eres tú, hijo. —Sin proponérmelo había pasado decididamente al ataque.

Me miró con horror, con odio, lo vi en sus ojos, pero también vi que muy a su pesar no tenía pruebas que me acusaran.

—Tú tienes algo que ver, lo sé. ¿Qué ha ocurrido mientras yo estaba de viaje?

No contesté, me limité a mover brevemente la cabeza de un lado a otro y puse en la cara un convincente gesto entre la incomprensión y la más absoluta ignorancia mientras él seguía con la vista fija escrutando el fondo de mi mirada que no vaciló ante la imputación de la suya.

Se fue sin despedirse. Gertrudis y yo seguimos inmóviles la estela de sus ruidosos pasos por el largo recorrido de pasillos, salas y bibliotecas hasta el *hall* de entrada que recorrió sin olvidarse de dar el correspondiente

portazo en cada una de las puertas que encontró a su paso. La última, la de la calle, que debió arrancar de las manos de Anselmo el mayordomo dispuesto a abrirle, fue el golpe más violento. Tardamos años en volver a verlo.



## Y DE PRONTO LA NOCHE

*Ognuno sta solo sul cuor della terra  
trafitto da un raggio di sole:  
ed è subito sera.*

[Cada uno está solo sobre el corazón de la tierra  
transido por un rayo de sol:  
y de pronto la noche.]

SALVATORE QUASIMODO

*Vino y se fue llorando, no de tristeza me dijo, sino de rabia e irritación profundas, contenida la palabra pero no el llanto ni la expresión de agresiva impotencia que transmitía a los gestos y le transformaba el rostro, como si no quisiera dejarse llevar por la violencia que la embargaba, porque temía que podía ser mucho más desleal con el mundo entero de lo que sería justo. Sabía, dijo, que estaba tan alterada que en un arranque podría matar a quien odiaba pero que no por ello mataría el odio que la dominaba. Dejaría que transcurriera un tiempo antes de hablar, para calmar la ira y desentrañar el embrollo que la cegaba, para entenderlo y calmarse y expresarse con mayor propiedad. Un tiempo del que de todos modos ya no disponía, «mi avión, tía Inés —me había dicho al entrar—, sale a las catorce treinta».*

Hacia rato que el altavoz había dejado de enviar sus mensajes, el tren había partido ya, pero yo seguía oyendo los avisos como martillazos en el oído: «Tren expreso con destino Portbou que tiene su salida a las catorce treinta, formado en vía trece». «Tren expreso»... abriéndose paso en el estruendo

de los turistas arracimados en torno a las largas mesas cubiertas de bolsas de comida y bebida para el viaje en el «tren expreso con destino Portbou que tiene su salida...».

Hubo una época que ahora me parecía más lejana aún que mi propia infancia en que me acostumbré al restaurante de la estación de Francia. Al final de la mañana me perdía en el barrio del parque de la Ciudadela y entraba luego en ese restaurante que según decían había sido un local exclusivo en los años de la República, pedía un café con leche y me sentaba a esperar a que sonaran los avisos que desde los altavoces instalados en los altos techos informaban a los viajeros. Sabía que, al oírlos, de mi memoria, movida por un milagro de la magia, surgirían imágenes en movimiento de mi infancia, situaciones olvidadas, rincones de mi pasado que debían haberse escondido agobiados por el peso del presente. Hasta que, en la altura majestuosa de aquellos techos, desangelada ahora, resonaba la voz que anunciaba la salida del expreso con destino Portbou, un tren que, si tenía el coraje de subirme a él, me devolvería a casa. Pero ¿a qué casa?

No sería ese tren el que me llevara de vuelta al quimérico hogar por el que tanto había suspirado en mis horas bajas, sino un avión en un viaje a ninguna parte que acababa de comenzar.

Es la sagrada hora del regreso, pensé, en otoño el cielo rojizo tiñe la tierra del color de las viñas, la tierra que se aleja con extrema rapidez de la ventanilla del avión mientras veo desaparecer la ciudad y el tiempo que viví en ella igual que tantas veces he visto desvanecerse en la niebla el trapo de un velero blanco temblando sobre el mar.

O es el cristal de las lágrimas que intento retener a toda costa, aunque llevo puestas las grandes gafas oscuras para esconder el cansancio, la tristeza, la derrota. Pero he de seguir dominando ese imparable hervor que lucha por salir de mis ojos como un torrente que quisiera esparcirse por el rostro, el asiento, el pasillo, precipitarse al vacío e inundar la tierra. Estoy en un túnel y no veo la salida, la oscuridad es impenetrable y ni siquiera puedo orientarme para saber dónde están las paredes, el suelo, el techo... «Flora —le decía Pío Baroja a mi madre cuando compartieron pensión en París adonde ella había ido desde Toulouse en busca de papeles para legalizar nuestra situación—. Flora, no llore usted. Ahora está en un túnel y

lo ve todo negro. Pero no llore, Flora, no se preocupe, después de un túnel siempre viene otro».

Sí, entiendo que los túneles se sucederán tenaces uno tras otro aunque yo no sea capaz de ver los días que vendrán, los que me encontrarán con el corazón cargado de ira. Ni presiento el miedo a la soledad. Ni la desolación, más tarde, cuando el desierto donde haya caído sea el único paisaje que haya de conocer en mucho tiempo cuando el que ahora dejo atrás, con su dulzura y cromatismo de dorados y tostados, haya desaparecido como la tierra que ha quedado escondida por un manto de nubes y se confunda con mi dolor y con el vacío de las horas que se fueron. Vendrán después los días más amargos en que me obsesionarán la deslealtad o las dudas, o cuando el encono se reduzca y aparezca la dificultad de seguir sin más apoyo que mis propias manos. Y más tarde aún la decepción de mi propia imagen vista con unos ojos que no habrán aprendido todavía a reconocer el origen de la luz que ilumina nuestro destino. Pero todo esto no lo sabía aún cuando finalmente el avión aterrizó en París y no me quedó más remedio que mezclarme con la multitud en busca de las maletas.

*No sé cuándo saltó la noticia de su huida, porque debió de ser una huida. Ninguno de los pocos amigos que teníamos en común Javier y yo me dio una explicación convincente. Al parecer, decían, Javier tampoco la tenía porque Arcadia había desaparecido sin decir nada y él no se enteró hasta que volvió de viaje. A mí no me llamó, claro está. Durante unas semanas la ciudad de los poderosos se llenó de oscuros rumores que intentaron manosear el proceder de una mujer que de hecho nunca había sido aceptada por ese círculo de privilegiados al que pertenecía por matrimonio, ni por los biempensantes y ejemplares cofrades de los equipos de matrimonios, y mucho menos por sus consiliarios. Lo poco que supe de los rumores que corrían por la ciudad me llegó por Gabriel, que me contaba los comentarios que a veces oía en el bufete del padre de Javier, aunque no tenía ni idea de lo que había ocurrido. Sí me vino a decir todo lo claramente que le permitía el remordimiento que lo inquietaba, que había sido desleal conmigo, que no había guardado el secreto de mis amores*

ocultos y que tal vez de ahí había arrancado todo el mal pero, por más que pensamos y buscamos, ninguno de los dos sabía lo que era «todo el mal», ni tirando del hilo llegamos a ninguna parte.

Al cabo de un año o algo más, Javier y yo coincidimos en Cadaqués en un encuentro casual, él visitando la casa Villavecchia de Correa y Milá, y yo la casa Senillosa de Coderch. A partir de entonces reanudamos nuestros paseos muy de vez en cuando al principio, discreto yo porque no estaba seguro en su presencia y discreto él que lo era por naturaleza. Aunque poco a poco nos fuimos viendo más a menudo, nunca tuve el privilegio de gozar de su total confianza, como tampoco lo había tenido antes. Era una amistad fuera del tiempo porque, aparte de nuestras opiniones sobre arquitectura, nunca hablamos de nada personal, ni de los cambios que se iban produciendo en el país o en nuestras vidas, en la suya sobre todo, como un seguro para no tener que hablar tampoco de Arcadia, pensaba yo, que por supuesto nunca me atreví a preguntarle si tenía noticias suyas, ni qué es lo que había provocado su huida. Alguna vez, cuando le preguntaba casi formalmente porque no me atrevía a ser más explícito, cómo estaba o cómo le iba con el trabajo, como si hablara solo o si quisiera darme una pista del giro que iban tomando su humor y sus andanzas, respondía sonriendo sin que viniera a cuento: «La primavera ha venido, nadie sabe cómo ha sido». Y yo le devolvía la sonrisa y no insistía, seguro como estaba de que no me habría respondido, y no porque dudara de mí ni de mi lealtad, que con el tiempo acabé entendiendo que nunca lo haría, sino porque no era su estilo hacer confidencias. Siempre pensé que al margen de que no hablara del alejamiento de su familia, de lo que por supuesto se enteró toda la ciudad, tampoco lo hacía sobre Arcadia porque aparte de su eterna discreción debía estar tan a oscuras de dónde se encontraba y de los motivos que la habían hecho huir que muy posiblemente le hubiera resultado doloroso reconocerlo. Nunca llegué a saber si había descubierto mi oscuro amor con su mujer, pero si lo supo jamás repercutió en el afecto sincero y el respeto que nos profesábamos ni en la curiosa relación que manteníamos, como lo demostró cuando al cabo de varios años me encargó de nuevo la remodelación de su enorme piso de la calle Ausiàs March, una complicada

*redistribución de los espacios para que cupieran en él tres viviendas, una de las cuales se reservó para sí.*

*El hecho es que Arcadia se había ido, nadie sabía adónde ni cómo había sido, lo que provocó explicaciones, versiones y comentarios que iban de una sinrazón a otra. Durante unos pocos meses fue un escándalo en la alta sociedad de Barcelona que, como todos los escándalos, tenía su versión oficial de la que nadie hacía el menor caso y que acabó muriendo ahogada por otras más intrascendentes aún que esta huida que al fin y al cabo tuvo implicaciones incluso de resonancia política por la honorable familia tan vinculada al Régimen a la que pertenecía aunque sin ninguna consecuencia notable, y de la que al cabo de muy poco tiempo ya nadie volvió a hablar, como no fueran los miembros más veteranos de aquel privilegiado florilegio financiero y social al que tanto gusta, en cuanto tiene ocasión, adornar con anécdotas escabrosas las largas peroratas sobre sus hazañas del pasado.*

## **Segunda parte**

**1984**

# SERÁS, AMOR, UN LARGO ADIÓS QUE NO SE ACABA

Ni en el llegar, ni en el hallazgo  
tiene el amor su cima:  
es en la resistencia a separarse  
en donde se le siente,  
desnudo, altísimo, temblando.

PEDRO SALINAS,  
*Razón de amor*

Las luces eran tenues, el grosor de las alfombras silenciaba los pasos que iban y venían por el amplio espacio entre las mesas y los grandes sillones, y la bebida que nos acababan de traer diluía su color de oro viejo al ritmo del tintineo de los cubitos de hielo. Ella había pedido ron con hielo y aunque yo nunca lo tomaba pedí lo mismo tal vez por no pensar, me daba igual. La paz del ambiente parecía dar alas al movimiento compulsivo de mi cuerpo, que no lograba tranquilizarse, mi memoria tan largamente subyugada se vengaba ahora y, como pedradas, me lanzaba a la mente imágenes que se pisaban unas a otras, incapaces de permanecer, como si el presente se negara a aceptarlas. La intensidad de mi pulso acelerado competía con la de los latidos del corazón y yo mantenía la vista a media asta porque no me atrevía a levantarla y dirigirla a la mujer que tenía ante mí, temiendo quizá no reconocerla o que fuera ella la que no me reconociera. O tal vez que se desvaneciera, se esfumara como una quimera.

Había sido yo quien tras el *Finale: Presto* de la Sinfonía n.º 38, *Praga*, de Mozart, que cerraba la primera parte del concierto número 18 del Festival Internacional de Música de Barcelona, la había descubierto un piso

más abajo. Era el esperado concierto de la Filarmónica de Viena dirigida por Leonard Bernstein y el Palau estaba abarrotado, y yo, que había llegado de viaje el día anterior, tuve que conformarme con una entrada en el lateral derecho del primer piso.

Me había puesto en pie en el mismo momento en que sonó el último y definitivo acorde, dispuesto a dejar la butaca hasta después del descanso para no dar tiempo a que los resortes que había puesto en marcha la música se dispararan y penetraran en mi conciencia, una forma singular de oír música que había convertido en costumbre con los años para contener la emoción sin renunciar del todo a ella, como si temiera que, de no hacerlo, no pudiera dominar mi propia y desconocida reacción. O tal vez, me decía, porque no estaba seguro de conseguir esa emoción que la música me anticipaba y no quería, como me había ocurrido tantas veces, sentirme defraudado por mi limitada capacidad de entenderla, de penetrarla. Puede que tampoco en esta ocasión consiguiera sumergirme en el secreto de un arte para el que siempre había creído que la naturaleza me había hecho sordo, incapaz de vivirlo desde su interior, como lo vive un compositor o un intérprete o una persona dotada de ese ángel que nos convierte también a nosotros en creadores, en compositores. En los últimos años había logrado aumentar el placer y el entendimiento hasta extremos que yo mismo no habría imaginado cuando, siendo niño aún, mis padres me llevaban a los conciertos más como una forma de educación social que otra cosa. Con el tiempo, había llegado al conocimiento de la música y de sus autores e intérpretes, de sus distintas épocas e influencias, y me había dejado seducir por todo ello de tal modo que asistía a los conciertos cada vez con mayor frecuencia, incluso viajaba cuando podía a otras ciudades españolas y extranjeras en busca de una interpretación que pudiera ser más acorde con mi forma de entender ese cuarteto o aquella sinfonía. Pero siempre llevado por la firme convicción de que, por más que ese conocimiento fuera cada día más profundo, nunca lograría arrastrar con la misma intensidad una emoción que en mi experiencia personal quedaba torpemente paralizada cuando más cerca estaba de conseguir la tan ansiada fusión con la inspiración y el estilo que habían impregnado al creador, como si se



mantuviera en el umbral mismo de mi sensibilidad la carga de una promesa que nunca llegaba a cumplirse.

El Palau de la Música estaba completamente lleno, y desde el último piso veía aplaudir al público, algunos entusiastas de Bernstein y de la filarmónica se habían puesto de pie como yo, empujados por un resorte en cuanto había sonado el último acorde; otros se iban levantando con calma, como si esperaran que la insistencia de los primeros levantara también al resto de la platea. En esa elegante luz un tanto mortecina se movía como en su propia casa la burguesía de la ciudad, de mi ciudad, aunque yo hubiera desertado hacía tantos años del sector de ella en el que había nacido y crecido, que ya pertenecía a un pasado más de la memoria que de la realidad, como un don que hubiera recibido al nacer sin saber exactamente qué hacer con él y que se hubiera quedado olvidado en el fondo del bagaje con el que seguía mi camino por la profesión y por la vida. Los aplausos no cesaban, efectivamente se había levantado la mayoría de la gente y los intérpretes saludaban y se volvían a sentar al ritmo del ir y venir de un Leonard Bernstein que lucía porte y hermosura, levemente despeinado su cabello blanco a juego se diría con el lazo impoluto en la camisa del frac, que entraba y salía en esa coreografía tan conocida que realizan los directores de orquesta. Fue durante ese largo homenaje de aplausos y bravos, incluidos los míos, cuando la descubrí en la primera fila del ala izquierda del anfiteatro. Sobresaltado, en un primer momento dudé de que fuera efectivamente ella, pero era evidente que su rostro aunque borroso por la lejanía lo mismo que el color indefinido del cabello y esa forma de mantener el programa bajo el brazo mientras aplaudía que tan bien había conocido y que con tanta premura había olvidado, eran los suyos, tan poderosamente manifiestos que convertían al público que la rodeaba en un telón de sombras difusas, y desvelaban la inmarcesible imagen que había flotado a su aire, imprecisa, durante todos estos años en el corazón de mi memoria.

Así, sin desviar de ella la mirada sesgada como si las voces y el estruendo de los entusiastas me concedieran un tiempo antes de decidir qué hacer, reviví sin apenas proponérmelo instantes y expresiones precisos de su mismo rostro como capítulos de un libro del que pasaba las páginas al ritmo

acelerado y ensordecedor de los aplausos. Nos han dicho muchas veces que al morir revivimos toda la vida en un instante, no importa la chispa de tiempo que se nos conceda para que veamos la película entera, lo que importa son los detalles que asoman, desconocidos hasta ese momento, luces distintas desvelando hechos y pormenores de los que nunca dio testimonio la memoria, que ahora lanza centellas de imágenes desvaídas, aromas huidizos que aparecen y desaparecen de la conciencia proclamando su victoria sobre el olvido: su rostro ausente, la inefable dulzura infantil bajo la luz de un farol una noche en las Ramblas, risas y sonrisas imprevistas, gestos de miedo contenido, la asustada expresión de la mirada, ese olvidado movimiento armónico del cuerpo al agacharse a recoger un paquete del suelo, el mohín concentrado de los labios al abrocharse una pulsera que se le resiste, el desvarío de la mirada perdida en el horizonte del placer, los brazos que se abren y se engarzan en torno a mi cuello...

Yo la miraba hipnotizado intentando retener alguna de esas breves imágenes que me devolvía el recuerdo surgidas de su inesperada presencia como hacemos con un huidizo sueño al despertar, hasta que de pronto una punzada de angustia me devolvió a la sala abarrotada y pensé que en pocos minutos se habrían acabado las aclamaciones, la gente abandonaría sus asientos y ella podría desaparecer. La vi aplaudiendo todavía, y sin esperar a que se apagarán los aplausos me dirigí a la escalera, la bajé a toda prisa y entré en el anfiteatro cuando el público ya salía para aprovechar el descanso antes de la segunda parte. Las luces se habían encendido y un murmullo de voces suaves como un lejano rumor de la calle había sustituido al alboroto mientras me abría paso entre la gente por el estrecho pasillo de entrada al anfiteatro. Reduje la marcha y me situé detrás de las butacas de la parte izquierda, más o menos donde yo calculaba que ella estaría si no se había ido ya. Dejé que salieran dos mujeres mayores que avanzaban despacio, detrás estaba ella. Ya no volví a pensar que tal vez me había equivocado y que tras tantos años de ausencia la había confundido con otra mujer que se parecía a la de mi recuerdo, ni siquiera ahora que la veía de espaldas, inclinada sobre el programa que estaba leyendo. Llevaba el pelo recogido pero el gesto de la cabeza y la forma de ladearla me eran profundamente familiares por más que no hubiera vuelto a pensar en ello desde hacía...

¿Cuánto tiempo hacía? No, no había que pensar demasiado para saberlo, estábamos en octubre del 84, hacía, pues, veinticuatro años.

Sobre el rumor apagado de la gente que salía despacio de la sala hablando y saludándose sonaron las horas en el reloj de una iglesia cercana, y me dejé llevar por el eco de cada una de las campanadas, las diez, conté, las diez de la noche. Ella seguía sentada y ahora no podía desaparecer, yo mismo le cerraría el paso si lo intentara, y así más tranquilizado, me dejé envolver por la emoción que crecía al ritmo acelerado de las imágenes y recuerdos que su presencia convocaba a través de las distintas voces y los poderosos relámpagos de la imaginación. Desde que se había ido dejándome a mí el peso de adivinar si lo había hecho empujada por el convencimiento de que ya no había salida para nosotros o movida por una inútil venganza contra todo y contra todos que yo sería el único en sufrir, quebrado por tanto desencuentro que me había dejado doblemente descoyuntado, me decía en mi desesperación que a la fuerza tendría que haber sido merecedor de por lo menos una explicación, una palabra, un adiós; y movido por un resentimiento que no fui capaz de modificar porque no veía más que el alcance de la desolación en que me había sumido su huida, me negué durante muchos años a recordar una historia que, sin saberlo yo entonces, sería la que transformaría en el sentido más profundo mi pensamiento y mi vida.

¡Qué inútiles son nuestros propósitos cuando queremos anular lo que nos dio la vida, y qué lejos estamos de controlar nuestros sentimientos por más que durante años nos creamos los amos de nuestra voluntad! ¡Qué poco aprendemos de nosotros mismos y de nuestras reacciones!, me habría dicho si hubiera sido capaz en aquel momento lejano de pensar y recapacitar sobre lo que iba a ser mi existencia sin ella, o de anticipar que el rumbo que habría de tomar se lo debía a esta mujer que ahora se inclinaba sobre el programa.

Arcadia, dije para mí, Arcadia, Arcadia, repetí mientras lentamente avanzaba con la vista fija en esa nuca y esa espalda que giraban a medida que mis pasos cambiaban el ángulo de visión y que poco a poco iban desvelando el rostro de mi mujer. Arcadia, volví a susurrar cuando me incliné hacia ella.

Levantó la cara acuciada por mi voz con una mueca de sobresalto. Un instante sólo, un instante antes de intentar recoger el abrigo que tenía sobre las rodillas y buscar el bolso que había dejado en el suelo para colgárselo al hombro, pero mi mano la detuvo.

—Espera —le dije.

Ella se volvió hacia mí pero no pude descubrir lo que escondía su mirada, aunque poco importaba porque lo único que yo quería era que no desapareciera. Sin apartar mi mano de la suya que seguía aferrada al abrigo le pregunté con un gesto si podía sentarme en la butaca vacía a su lado. No pareció comprenderme ni querer responder. Así que tomé asiento junto a ella y comencé a hablar. Pero tan absorto estaba en mirarla como si me fuera imposible creer que la tuviera ante mí, que no recuerdo lo que le dije ni sé si me escuchaba ni siquiera si me oía, tan sorprendida o asustada parecía estar. Seguí hablando y hablando con una locuacidad incontenible que yo mismo no sabía a qué respondía como si estuviera bajo los efectos del alcohol pero con tanta pasión que no me di cuenta de cuán rápido pasaba el tiempo ni de que las luces se habían apagado y alguien me tocaba el brazo y reclamaba ese sitio del que yo me había apoderado. Ya ha acabado el entreacto, reconocí, y yo no he hecho más que hablar y hablar mientras ella a mi lado sigue con la mirada perdida en algún punto que no puedo localizar. Sí, mi tiempo se ha acabado, no tengo más remedio que levantarme y ella no parece dispuesta a hacerlo. Así que, armándome de valor y recuperando un gesto que en el pasado debió haber sido normal entre nosotros, le cogí las dos manos, la conminé a levantarse, la ayudé a coger sus cosas y tirando de ella que, azorada ahora se dejaba hacer un poco perdida, fui caminando de espaldas hacia el pasillo que separaba la barandilla de los asientos totalmente ocupados ya, hasta que logramos salir del anfiteatro cuando ya se oía el afinar de los violines y al poco los aplausos que acompañaban la entrada del director. Le ayudé entonces a ponerse la capa que llevaba hecha un revoltijo con el bolso y que yo había confundido con su abrigo, la tomé del brazo y, sin mediar palabra, nos dirigimos a la escalinata desierta de la salida y, mientras oíamos los primeros y contundentes acordes del inicio de la Sinfonía n.º 1 de Schumann, bajamos al mismo paso los dos, mirando al frente con gran

cuidado de no tropezar ni de caernos, como figurantes en un rodaje que repitieran la toma por enésima vez. Sin dejar de sostenerla por el brazo, como si pretendiera que no huyera, la llevé en un paseo lento y silencioso entre la multitud que a aquella hora vespertina pululaba por la Vía Layetana hasta el bar del hotel Colón, frente a la catedral, el lugar más cómodo y cercano que se me ocurrió en aquel momento.

Había pedido una segunda copa y todavía no había recuperado el habla, como si hubiera malgastado todo mi repertorio en el entreacto del concierto sin haber obtenido a cambio ni una palabra ni una respuesta. Arcadia apenas había dado más señal de verme y reconocirme que aquel gesto de alarma con que la había sorprendido mi aparición, teñido ahora con la sombra de la indiferencia.

Y sin embargo fue ella la que rompió el largo silencio, recuperadas la lucidez y la voluntad. Fue ella la que lentamente comenzó a preguntarse, a preguntarme qué hacíamos sentados los dos en este lugar tras veinticinco años de separación —veinticuatro corrigió mi memoria—, como si hubiera algo más que decir a todo lo que había quedado dicho desde siempre. Yo no presté demasiada atención al sentido de las preguntas retóricas que se hacía ni a las explicaciones que daba o que buscaba, entretenido en el deje peculiar de su habla que había huido de mi recuerdo y pensé que tal vez habían sido los años los responsables de que hubiera olvidado ese arrastre tan suyo de las erres y el evidente esfuerzo nunca conseguido del todo de contener el acento en la última sílaba de las palabras llanas. Hablaba, tampoco en esto había vuelto a pensar, despacio, lo que sin proponérselo daba a su dicción cierta elegancia, como la de la persona que camina pausadamente para disimular el dolor en las articulaciones. Se dirigía a mí sin eludir la mirada, al contrario, como si indagara en la mía para descubrir qué me proponía. Yo llevaba rato con la vista levantada, mirándola. ¿Me vería ella a mí igual que yo a ella, con todos estos años dibujados en su rostro? ¿Habría variado el tono de mi voz como tanto ejercicio de la lengua francesa había acentuado el suyo? ¿En qué consiste, me preguntaba, ese nuevo matiz que imprime el tiempo en una cara? Apenas constatamos las breves señales que lo denuncian, el leve movimiento de la piel que se hunde en líneas que convergen en un gesto bien conocido o se ablanda cambiando

el perfil de la mandíbula, o el sosiego en el brillo de la mirada y en el contorno menos definido de las cejas y de los labios. Y ¿cómo se habría transformado aquella envolvente calidez de su cuerpo durante ese tiempo pasado quién sabe dónde, quién sabe con quién? Los pliegues de la capa o del chal o de lo que fuera en lo que se envolvía, de un vago color tostado que cada vez ceñía más sobre sí misma, la ocultaban tanto o más de lo que lo había hecho la ausencia, y mi memoria no tenía más referencia para rescatarla que lo que yo mismo había conocido y amado en un pasado al que me empeñaba sin conseguirlo en no volver, convencido de que sólo así evitaría sufrir el incesante dolor de su abandono. Y sin embargo lo intuía porque era mi imaginación la que enroscada en los largos años de ausencia no cesaba de dar vueltas en torno a su cuerpo repitiéndome que no es ella, la memoria, la que nos devuelve lo que no retuvimos o lo que hubiera podido ser, sino la fantasía. Porque, descubrí entonces, lo que hubiera cambiado y envejecido no contaba tanto como lo que habían envejecido en un instante mis recuerdos.

Y aunque reconocí que efectivamente nos habíamos transformado los dos, como lo habían hecho nuestro rostro y nuestro cuerpo, incluso nuestra voz, vista la ligereza de nuestra conversación, no tuve más remedio que reconocer también que lo que permanecía inmutable era la tensión de aquellos últimos meses de nuestra vida en común que seguía en nosotros con la misma fuerza y poder que nos había mantenido separados, como si hubiera reaparecido de pronto y quisiera recordarnos que fueran cuales fueran nuestras intenciones, no había vuelta atrás. Mi pensamiento, mis recuerdos, mis sentimientos, como los suyos probablemente, se movían en un mar de confusiones, negándose a aceptar lo inevitable o dando bandazos de un lugar a otro, aferrado de pronto a un optimismo exagerado que me hacía recorrer, y probablemente también a ella, el mismo camino de recuperación de la ausencia para caer irremisiblemente en un pozo profundo de desengaño y amargura. ¿O tal vez de indiferencia?

La oí de nuevo preguntar qué pretendíamos sentados ante una mesa sin saber muy bien qué decir y no se me ocurrió otra cosa que responder:

—Te vi desde el último piso del Palau cuando acabó la primera parte, y fui a encontrarte.

Hizo un gesto que interpreté como de desgana y, esbozando una leve mueca que podría haber desembocado en una sonrisa, añadió con ironía:

—Sigo sin saber qué hacemos, de qué hablamos.

No me arredré.

—Quisiera saber qué ha sido de ti —le dije—, qué haces, dónde vives, cómo has llegado aquí y por qué.

Pero me di cuenta enseguida de que tantas preguntas convencionales diluían la honda conmoción que me mantenía junto a ella, mezclada con el terror que no remitía de que se levantara y, sin más, se fuera, desapareciendo otra vez. Suspiró sin saber qué decir. Mojó el dedo en el ron y lo revolvió haciendo tintinear el hielo contra el cristal como antes lo había hecho el movimiento de la bandeja del camarero. Estaba absorta en el minúsculo torbellino del vaso y yo permanecía de nuevo callado esperando que algo ocurriera, que se abriera ante nosotros una vía nueva, distinta, por donde poder avanzar. ¿Y si lo lograba, me pregunté de pronto, y después me ocurría como con esos amigos queridísimos de los que durante años no podíamos separarnos y cuando tras una larga ausencia nos reencontramos, la conversación se apaga una vez nos hemos puesto al día? Aun así ella no parecía tener la menor intención de abrirse a mi curiosidad, por más que yo estuviera decidido a conocer su historia.

Así el tiempo iba pasando y aunque no adelantáramos, al menos habíamos cambiado de escenario: del hotel Colón pasamos al Café de la Ópera, en las Ramblas, al que llegamos caminando desde la plaza de la Catedral, por la calle de la Portaferissa, tan cerca de la calle del Pi, uno junto a otro, sin apenas hablar más que para hacer ella breves observaciones sobre los cambios que iba encontrando en las calles de un barrio que había sido el suyo.

—¿Hacía mucho tiempo que no venías? —logré introducir una pregunta que apuntaba a un posible inicio de su historia.

—No, no mucho —fue la imprecisa respuesta que me dejó sin continuación.

Y más adelante, al entrar en las Ramblas, hizo un comentario sin énfasis ni entusiasmo sobre las sombrillas de las floristas y sus puestos de flores

que todavía estaban abiertos, que apenas entendí, apagada su voz por el ensordecedor chirrido del frenazo de un autobús.

—... ya no hay tranvías —entendí el final de una frase, como si poco a poco fuera poniendo al día el paisaje que guardaba en la memoria.

Más allá de los árboles casi desnudos de aquel otoño de suaves temperaturas aunque de ráfagas de viento frío, el cielo lejano se había puesto azul marino, intensificando el lejano reflejo de una luna escondida tras los tejados. Yo la había llevado en aquella dirección porque le había sugerido que fuéramos a cenar al Glacier, el restaurante de la plaza Real donde habíamos ido tantas veces y donde casi siempre encontrábamos al pintor Grau Sala, por el que ella y sus padres habían tenido veneración.

Estábamos casi llegando cuando vi el Glacier abandonado a su suerte, tapiada una de sus puertas y las otras dos dando entrada a un local lleno de turistas, y recordé entonces que Grau Sala había muerto, pero como no me pareció el momento para recordárselo, cuando entrábamos en la plaza le dije sin más:

—Parece que está cerrado. Buscaremos otro restaurante. ¿Quieres que vayamos a Los Caracoles?

—No, no importa —dijo ella—, no tengo apetito. Sentémonos en el Café de la Ópera, a lo mejor hay una mesa vacía junto a la ventana.

No era lo que yo habría querido. Mientras nos acercábamos a las Ramblas yo imaginaba que nos sentábamos a la mesa en un hermoso restaurante, con mucho tiempo por delante y una botella de vino que dulcificara la tensión y nos abriera las ganas de hablar, pero no se me ocurrió nada para recuperar esa fantasía viable y elemental, ni pude recordar ningún otro restaurante por esa zona que no fuera para turistas. Recientemente se habían abierto uno tras otro sustituyendo comercios tradicionales del barrio y habían cambiado el ambiente de las Ramblas según lo habíamos conocido en otro tiempo, en nuestro tiempo, no pude por menos que pensar, un tiempo que había pasado sobre la ciudad y poco a poco había dejado de ser aquella en la que nos habíamos conocido, la que de verdad amábamos con la misma intensidad con que nos apropiamos de los paisajes de la infancia. Por un momento vi esa parte de Barcelona como ella debía de verla, reconstruidas sus iglesias, limpias de escombros las



aceras, abiertos grandes escaparates en las tiendas, desaparecidos los tranvías y con la fachada del Liceo iluminada porque esa noche debía de haber función de ópera y un público curioso se aglomeraba frente a las puertas esperando ver los automóviles que se detenían uno tras otro para recoger a los ricos de la ciudad vestidos de etiqueta y a sus mujeres enfundadas en preciosos vestidos de los que se conocerían los detalles por las fotografías de las revistas de sociedad y moda que tanto habían proliferado en los últimos años. Pasamos junto a ellos, entramos en el Café de la Ópera, y nos sentamos a una mesa tras la cristalera al lado de la puerta de entrada, los dos de nuevo sin saber qué decir, traspuesto yo por la visión de las Ramblas y de sus gentes que iban y venían por el mismo lugar donde se habían unido nuestras vidas en aquel inesperado encuentro en plena calle, tan presente ahora, yo vestido de soldado y ella cargada con su viola, allí mismo, frente a nosotros, casi tocando la barandilla de piedra de la estación de metro de Liceo. Y más allá, en la esquina de la calle Sant Pau, el American Soda, el bar de los grandes portales tomó de pronto una importancia especial. Cuando nos conocimos, Arcadia no se cansaba de repetirme una y otra vez que, según le había contado su padre, la noche del 19 de julio del 36, la del golpe de Estado, el American Soda no pudo cerrar porque no tenía puertas: nunca las había necesitado porque había permanecido abierto día y noche desde su fundación en 1902; no había cerrado ni durante la dictadura de Primo de Rivera. Y por más que yo me reía de ese último disparate, ella, riendo también, insistía porque estaba segura de que la fuente, es decir, su padre, era fidedigna. ¿Cómo transmitirle ahora mi recuerdo...? Levanté la vista y encontré un semblante dulcificado que parecía haber dado por finalizado su inicial hastío, su incomodidad.

Mientras caminábamos en ese pausado y largo recorrido por las calles de la ciudad que tantas veces habíamos hecho juntos, yo me había sumido en el recuerdo y la melancolía, sin saber cómo alejar el estado de ánimo en que me había mantenido durante todos esos años, e inquieto también por el inesperado encuentro que, por más emociones que hubiera despertado y aunque podría abrir una puerta a la esperanza, no por ello me exigía apearne un ápice de la postura sensata, razonable y acorde a la

incomprensible situación que se me había impuesto, que creía haber adoptado desde el momento en que ella se fue. En mis fantasías siempre había dado por supuesto que si algún día se producía el reencuentro, por un azar inesperado o porque algún resultado consiguieran las pesquisas y las investigaciones que durante años llevé a cabo sin que cediera mi impaciencia, no tendríamos más que retomar la historia donde la habíamos dejado. La desintegración en que habíamos vivido e incluso su abandono, tan irracional a mis ojos, no serían motivo suficiente para dudar de que fuera posible porque así lo garantizaba la pasmosa seguridad y la profunda convicción que no me habían abandonado ni en los peores momentos de ira e impotencia de que yo, Javier Costa Guardans, la había conocido y amado como jamás había llegado a conocer y amar a nadie, y por más impedimentos que el destino hubiera puesto entre nosotros, la seguiría conociendo y amando como nadie había conocido y amado jamás a nadie. Amor y conocimiento que, estaba seguro, eran recíprocos, lo que garantizaba que el reencuentro se produjera con extrema naturalidad, sin tropiezos ni fisuras, como si fueran posibles la resurrección y el retorno al pasado, como si lo que hubiera sido pudiera volver a ser.

Tal vez por todo eso, ahora que la tenía frente a mí, escapada su imagen de la cárcel de la memoria, me pareció una desconocida. Fue una visión fugaz pero intensa que me dejó consternado. Su rostro me era ajeno: yo había amado y recordado un rostro afinado de pómulos salientes que habían desaparecido y unos grandes ojos dorados con un brillo inusual fuera lo que fuera lo que defendiera o atacara, que poco tenían que ver con los de esta mujer de aire ausente, indiferente casi, que me acompañaba. Su cabeza enmarcada en un cabello claro y movedizo aparecía envuelta ahora en un moño recogido en la nuca, ¿cuándo se había peinado así aquella adolescente que vivía en mi memoria como la única mujer que me jactaba de haber conocido y amado? Y no me costaba tampoco adivinar que también el cuerpo envuelto en un chal pretendidamente indígena a la fuerza tenía que ser otro distinto del suyo, más contorneado, más sólido y de formas más suaves que aquel que moraba en mí, de largos huesos que dibujaban y sostenían su estructura en un equilibrio tan singular, como si el apelativo Giacometti que yo le dedicaba cuando la veía saltar con la agilidad de una

niña que se ponía firme a los pies de la cama esperando que yo me levantara, hubiera adquirido la mórbida pereza de un Maillol: una desconocida. ¿Lo era? ¿O era mi memoria que tanto la había aprisionado la que se negaba a aceptar su presencia real? ¿O tal vez era yo quien no admitía la transformación que había urdido en ella el tiempo? No, no era una desconocida, sólo que al verla, suplantado por la diáfana realidad de su presencia, desaparecía el recuerdo tan largamente manoseado en mi imaginación que yo había archivado al margen de ella y de su devenir, al que ahora no tendría más remedio que agregar no sólo las alteraciones de la piel y de los pómulos y el contorno del cuerpo, sino mucho más que eso, lo que quedaba aún por desvelar de su larga evolución, y tendría que aprender a descubrir de qué modo había ido adquiriendo movimiento y vida con el paso del tiempo. Sólo así tendría sentido el recuerdo inalterable que vivía petrificado en ese vasto ámbito interior donde guardamos los secretos de nuestro hacer y de nuestro acontecer, sólo así conseguiría que la memoria de su rostro fuera algo más que una imagen estática en un portarretratos polvoriento.

Pero si era capaz, como ahora, de vislumbrar como en una mágica visión el secreto que escondían tantos años de ausencia, me dije sorprendido por la palmaria nitidez de la revelación, ¿cómo no entendí lo que le ocurría entonces, cómo no supe evitar el descalabro si a la fuerza la vigilancia, la obsesión y la añoranza de nuestra perdida complicidad tendrían que haber provocado ráfagas de luz que en la oscuridad en que me encontraba desvelaran algún atisbo de conocimiento? En lugar de eso, me había obstinado en quedarme inmóvil creyendo que bastaba con no haber dejado de amarla, haberla buscado en cada actividad, en cada viaje, en cada uno de mis amigos, de mis amores, de mis hijos, en el convencimiento de mis ideas y hasta en el desmoronamiento intelectual y ético de quienes había admirado y amado. ¿Una desconocida?

Desconocida o no, ella no se había ausentado como yo ahora del Café de la Ópera, sino que contemplaba las Ramblas, entretenida con las luces de las farolas que dibujaban sombras chinescas en la gente que iba y venía, como si esperara a que acabaran los ejercicios de mi imaginación que deambulaban en busca de un esclarecimiento que la memoria me negaba. El

café se había vaciado y el desorden que habían dejado los clientes le daba un aspecto un tanto sórdido y desangelado. Una única mesa estaba ocupada por una pareja de mediana edad, como nosotros, pensé sorprendido, que, sin mirarse, atentos cada cual a la pajita que habían introducido en su refresco, bebían con una lentitud sosegada que me hizo pensar en el ritmo de una tarde de domingo, y cuando tuvieron el vaso por la mitad dejaron de sorber, descansaron los dos casi en el mismo momento, pero siguieron sin hablarse. Ella descansó la espalda en el respaldo de la silla afianzándose como para pasar mucho rato y él, apoyando la suya en el alto zócalo de madera que cubría la pared, cogió con un par de dedos un cigarrillo del paquete que tenía en el bolsillo de la americana, lo hizo botar sobre una pitillera de plata que tal vez le habría regalado ella con sus iniciales grabadas en la tapa, lo encendió después y comenzó a fumar mirando abstraído al techo. La mujer llevaba el cuello envuelto en un pañuelo de color crema que se arreglaba constantemente y los párpados tan azules y las pestañas con tanto rímel que era difícil saber hacia dónde miraba, y cuando dejaba el pañuelo la emprendía con una piel del dedo índice que mordía con cierta obsesión, como si quisiera dejar completamente liso el blanco de la uña. No tenían demasiado que decirse, llevarían juntos muchos años y tal vez sus hijos ya tenían su propio hogar; se habían quedado solos, pues, siguiendo una costumbre iniciada hacía décadas, habían salido como cada miércoles al cine o al teatro y luego habían decidido —una rutina convertida en ritual— tomar un refresco o un café con leche antes de volver en silencio a casa.

Sobrecogido por la escena miré a Arcadia que a su vez me miró: no había ningún indicio de impaciencia por mi largo silencio en su rostro tranquilo, casi risueño, como si contemplara cómo yo iba aterrizando de mis elucubraciones sobre vidas ajenas, tan cercanas. Estaba sentada frente a mí en la exigua mesa y no se había quitado el chal en el que se envolvió cuando la encontré y del que no se había desprendido tampoco ahora cuando —miré el reloj— ya cerca de las doce de la noche los camareros parecían tener ganas de cerrar. Estaba silenciosa y sosegada, y se cubría con él como si se protegiera con una coraza igual que tal vez lo estuviera haciendo yo. El tiempo pasaba y no habíamos hecho más que alternar los largos silencios repletos de complicados pensamientos teñidos de nostalgias

en busca de explicaciones a hechos hoy evidentes o no pero que no habíamos sabido prever, con los conatos de una conversación a la que nos empeñábamos tras la parálisis inicial, en dar el tono desenfadado de la de dos amigos que se encuentran tras años de alejamiento. No avanzábamos. Dos horas habíamos perdido, me decía yo ahora, desde que la había encontrado y seguíamos clavados en el mismo punto, dos islas sin puente, dos voces cada cual con su música y su ritmo. Sin saber cómo salir de esta situación me impacientaba: a ese paso, me decía, no tardará en llegar el momento en que ella dirá que es tarde y tiene que irse, y no habremos logrado acercarnos un poco más, ni adentrarnos en un terreno común o en lo que a la fuerza tiene que quedar de él, negándome a aceptar, como me negaba, que el tiempo hubiera acabado con nosotros. Y volverá la ausencia, me repetía cada vez más desolado. Me armé de valor y saltando una barrera que hasta entonces me había parecido infranqueable, le dije:

—Arcadia, ¿tienes algo que hacer esta noche, o en lo que queda de ella?  
—Y añadí con cierta cautela—: ¿Te espera alguien?

Por primera vez desde que nos habíamos encontrado, sonrió. Absorto en esa expresión que había mantenido con tanta reserva hasta ese momento apenas logré enterarme de lo que decía.

—No —respondió con dulzura como si ahora me reconociera—, nadie me espera, no tengo nada que hacer.

—¡Vámonos pues! —Dejé unas monedas sobre la mesa, recogí del suelo su bolso, se lo colgué del hombro y le cogí la mano arrastrándola hacia la salida.

El aire había comenzado a moverse y una ráfaga de viento frío y cortante nos azotó la cara con la misma furia e insistencia con que iba arrancando de las ramas de los plátanos las hojas secas y tostadas. Caminábamos rápido, empujados por el viento que soplaba desde el mar, dotados de pronto de una impaciencia que debía de haber estado aletargada aunque de ningún modo nos dejaba entrever adónde nos quería llevar, yo un poco más avanzado sin soltarle la mano, ella cada vez más envuelta en el voluminoso chal que mantenía apretado al cuerpo con la mano que le quedaba libre. Diez minutos estuvimos caminando, los diez minutos que nos separaban de mi casa.

—Fue tu casa también, o lo que ha quedado de ella —le dije casi excusándome mientras abría el portal.

Sonó el portazo en el inmenso zaguán vacío. Ella callaba pero no dejaba de mirar el amplio vestíbulo en busca de algo que la acercara al que había dejado atrás. Me había soltado la mano y paseó lentamente por ese gran espacio que hacía las veces de portería, una larga calzada de adoquines con sus aceras para la entrada de carruajes en tiempos remotos. Estaba pasando revista, entendí, con mucha calma movía los ojos de un lugar a otro buscando cambios y novedades. Cada vez que se apagaba la luz y yo le daba al interruptor la encontraba en la misma posición, ligeramente torcida la cabeza siguiendo una órbita de rotación para escudriñar hasta el último rincón. Y cuando hubo acabado, sin decir palabra comenzó a subir la escalera hasta llegar al piso. El rellano se había convertido en un distribuidor con tres puertas. Quise prevenirla:

—Espera —le dije— todo ha cambiado y no lo vas a reconocer —y un poco azorado, como si fuera el reconocimiento de una infidelidad, abrí la puerta del medio.

—No importa, algo habrá que reconozca —respondió, pero había cautela en su voz, una cautela que yo no le había conocido.

Entramos primero ella, luego yo, pero enseguida la adelanté para encender las luces del largo pasillo que llevaba a la parte trasera, la que daba al amplio patio interior. Debió parecerle que el espacio se había encogido, como cuando vamos a la casa de nuestros abuelos al cabo de los años y no comprendemos cómo ese patio de nuestra infancia, inmenso en el recuerdo, se ha reducido tanto con el tiempo y todo tiene ahora unas dimensiones minúsculas, porque hizo un breve gesto de sorpresa.

—Era tan grande que lo dividimos en tres pisos —dije interpretando su confusión—. Ahora hay uno a cada lado del pasillo y dan los dos a la calle Ausiàs March. Los he alquilado y yo me he quedado con el que se abre al patio de manzana donde llega más el sol.

Habíamos llegado al salón y me entretuve en encender las luces de las lámparas de pie antes de decirle:

—La obra la hizo Toni, nuestro amigo el arquitecto —y añadí del modo más natural, aunque comprendí que el tono me había salido un poco forzado

—: ¿Te acuerdas de él?

Había dejado el bolso sobre una butaca y se iba a sentar ya cuando al oírme se volvió hacia mí y me miró fijamente.

—¡Claro que me acuerdo! —Su respuesta fue abrupta y me pareció que tenía en la voz una sombra de violencia, o tal vez de reproche.

No supe cómo reaccionar y aproveché para preguntarle:

—¿Qué quieres tomar?

Con una voz casi inaudible y un gesto vago respondió que sólo quería un vaso de agua. Cuando volví de la cocina con la jarra y los vasos la encontré sentada en el sofá. Yo me senté en un sillón lateral y de nuevo nos quedamos los dos callados. Qué difícil está siendo todo, me dije dejándome llevar por el desánimo. Pero duró poco porque viéndola mirar el salón me tranquilizó comprobar que no parecía haberle impresionado tanto mi casa como el zaguán, tal vez porque le era más difícil reconocerse en ella, tan distinta y tan llena de objetos que nunca había visto antes. También a mí en aquel momento el salón me pareció tan ajeno como si lo viera con sus ojos. Pero aunque Arcadia no lo hubiera conocido, algo me decía que sabría leer en él una certera versión del relato de mi vida de estos años, porque había sido el testigo silencioso de tantas aventuras y desventuras conseguidas o frustradas, que a la fuerza habrían de haber dejado el rastro que a ella le sería fácil descubrir. Esto pensaba yo con la esperanza de que mi casa le dijera más de mí que lo que podrían decirle las palabras que no lograba encontrar.

Quizá también ella pensara algo parecido y en un arranque inesperado de osadía y nostalgia puse mi mano sobre la suya que retiró cuando apenas la había rozado. Aquel gesto, el mío y el suyo, sin embargo marcó el fin de nuestro silencio porque a partir de aquel momento se nos desató la palabra que sólo habría de apaciguar el sueño. Había cogido un número de *Triunfo* de un montón de revistas atrasadas, amontonadas en el estante inferior de la mesa central, y se dedicó a ojearlo.

—¿Conoces *Triunfo*? —le pregunté.

—Sí, bueno, sí lo conozco pero apenas lo he leído, a veces me llega por algún amigo que viene de España pero es muy difícil encontrarlo en Francia, por lo menos en Brest, que es donde yo vivo —dijo mientras

miraba el número dedicado al pacto democrático. Al fin dijo con sorna—: Bonita manera de llamar la Transición. —E hizo también un mohín de desgana o de desprecio.

—Bueno —reconocí—, la Transición no deja de ser un pacto democrático.

No tardó en responder, con firmeza y seguridad, incluso con cierto desafío en el gesto un tanto brusco de echar la cabeza a un lado como si quisiera apartar reiteradamente un mechón de cabello que le había caído sobre la frente:

—Para que sea un pacto democrático han de ser demócratas los que lo suscriben.

Conocía ese tono suyo conciso y guerrero que utilizaba para dar a entender más de lo que quería declarar abiertamente.

—No forzosamente, una cosa es la forma en que se establece el pacto y otra las personas que lo firman —y me atreví a añadir—: Pero veo que no eres muy partidaria de la Transición.

Respondió en el acto, como si tuviera ganas de hablar de ello:

—No, no puedo ser partidaria de la Transición que habéis hecho.

—Yo no la he hecho —me defendí.

—Bueno, la habéis aceptado en referéndum, ¿no es así? —Cerró la revista y la volvió a colocar donde la había sacado. Luego, sorprendida, me pareció, por mi respuesta, se acomodó más en el sofá, cruzó los brazos en un gesto de ironía y se dispuso a oírme.

—Sí, así es. —El resto del discurso me salió de corrido—: Pero creo que en el resultado de ese referéndum hay que tener en cuenta muchas más cosas que la aceptación de la propia Transición, por ejemplo la desazón y el miedo con que se vivió el vacío de la muerte de Franco, el terror a una nueva guerra civil creado y alimentado con constancia durante los cuarenta años de dictadura. La mayoría de la gente, y seguramente yo entre ellos, no teníamos desarrollados ni la cultura ni el criterio político, no ya en cuestiones generales sino menos aún respecto a los hechos que sucedían y habían sucedido en el país. No olvides que apenas estábamos saliendo de una dictadura durante la cual no se permitía pensar sino sólo obedecer las consignas del dictador y de los suyos.



Nos habíamos enfrascado de pronto en esta discusión política y me pregunté si ésta era la conversación que yo habría querido iniciar de haber encontrado un precioso restaurante con vino y velas. Pero no pude ir más allá de lo que pensaba porque ella, tras un breve silencio, reclamaba mi atención:

—Sí, lo comprendo, yo tampoco soy una experta en política como no lo son la mayoría de los españoles que votaron, pero cuesta muy poco ver que estamos en una Transición que viene del franquismo...

Fui rápido en responder:

—Pero que está yendo hacia la democracia, reconócelo.

Se había puesto de pie e iba repasando libros y fotos y recortes de prensa apoyados en los estantes de la librería del fondo, pero no estaba distraída ni había perdido el hilo de la discusión porque se volvió hacia mí que seguía sentado en mi butaca y me dedicó su personal declaración de principios:

—Eso es lo contradictorio, ¿cómo se puede pasar de una dictadura a una democracia sin pedir responsabilidades por todos los crímenes cometidos, por todos los derechos pisoteados durante esa dictadura, incluso por el mismo origen ilegítimo del Régimen? ¿Qué habríais dicho si se hubiera pasado del nazismo a la democracia sin pedir responsabilidades, sin juicios, sin el desmantelamiento de las instituciones nazis, sin ni siquiera una comisión de investigación para dirimir los delitos de sangre, por lo menos eso? No se puede olvidar la cantidad de asesinatos que han quedado impunes, cometidos durante la dictadura por asesinos que siguen en la calle y que forman parte del tejido social de la nación. No se puede fundar una democracia sobre los rescoldos de una dictadura.

Ahora era ella la que esperaba mi respuesta. Con la pasión que había puesto en la suya, su cara había tomado color como si se hubiera sonrojado y se le había llenado la frente de mechones desordenados que en vano intentaba colocar en su sitio con la mano que sacaba como podía de la capa.

—¿Quieres que te guarde la capa? —le pregunté.

—No es una capa, es un mantón —dijo.

—¿Y dónde está la diferencia? —Me miró incrédula, y como respuesta se arrebujo un poco más en los sobrantes del mantón. Sólo entonces dijo:

—Sigo siendo muy friolera. Pero continúa con lo que ibas a decir.

—No, no iba a decir nada, si acaso que lo que ocurrió en la Alemania nazi es distinto de lo que ha ocurrido en la España de Franco.

—¿Crees de verdad que es tan distinto?

Me tomé mi tiempo. No sabía cómo salir de aquella conversación en la que nos habíamos metido, pero al mismo tiempo me enardecía mantenerla, aunque estaba inquieto porque me apremiaba el paso de las horas y entendía que si seguíamos por este camino no nos quedaría el suficiente para adentrarnos, o adentrarme, en su vida sin mí. Finalmente, con cautela para evitar cometer errores que la llevaran a interpretarme mal, no tuve más remedio que responderle:

—Sí, lo es, y no sólo por la diferencia en la cantidad de asesinatos cometidos. Para empezar, el paso a la democracia en Alemania la hicieron los vencedores de la guerra inmediatamente después de que invadieran el país; en España, en cambio, los vencedores se adueñaron del país y echaron raíces en él durante cuatro décadas después de haber provocado una guerra que hicieron durar tres años. Aquí los vencedores no eran partidarios de la democracia, los aliados que invadieron Alemania sí lo eran. En Alemania, el dictador se suicidó cuando ya estaba todo perdido; en España, el dictador murió tranquilamente en la cama casi en olor de santidad, con la mayoría de los ciudadanos a su favor, y la izquierda, o mejor, la oposición, intentando pactar de algún modo con el poder para evolucionar hacia un régimen democrático y participar en esa evolución. Aquí permanecieron poderosos los vencedores, es decir, el ejército, la iglesia y los terratenientes convertidos en ricos industriales y financieros, e indemnes instituciones como la judicatura o la banca, por ejemplo. Ya es bastante lo que se hizo.

Me escuchaba con mucha atención, y se quedó pensativa cuando acabé la perorata. Pero saltó enseguida cuando le dije sin la menor acritud:

—Creo que a ti lo que te pesa sobre todo es que la República quedara en vía muerta.

—Sí, claro que sí, al fin y al cabo la República era y es la legalidad, y la dictadura era y es la que intentó arrebatarla, pero no sólo eso, no se trata de un sentimiento romántico. Eso ya pasó y en mi caso fue sustituido por una convicción histórica muy profunda.

—Pero seguro que todavía con fuertes influencias de tu padre, de tus primeros años, de tu infancia y de la ideología que fuiste asimilando.

Perdió la paciencia y saltó con un grito triunfante:

—¡Por supuesto! Del mismo modo que lo fue para los que construyeron esta Transición de la que os sentís tan orgullosos. Una Transición que es, no lo dudes, una ley de punto final que impedirá para siempre juzgar y castigar a los culpables que vivirán felices en el país por los siglos de los siglos, no sólo los asesinos sino también los autores y defensores del golpe de Estado contra un régimen legalmente establecido al frente del cual hay un rey que durante veinte años apoyó voluntariamente a Franco que lo nombró su sucesor. Y ahora lo tenéis como rey aunque jurara fidelidad a los principios fundamentales del Movimiento y nunca haya renegado de ello ni pedido perdón por no haber denunciado las penas de muerte que su protector Franco firmó hasta el último de sus días, por poner sólo un ejemplo de lo más siniestro. Decís que fue una reforma y lo fue, pero una reforma sin ruptura.

Comprendí que la discusión era inevitable, y me gustaba, me seguía gustando discutir con ella, verla tan apasionada, tan convencida. Tenía las mejillas cada vez más rojas y daba largos pasos arriba y abajo del salón, sin dejar de mirarme. Sólo se detuvo cuando, tras encender un cigarrillo, intenté explicarme mejor:

—Pero hubo un gran debate sobre reforma y ruptura que fue el fundamento del referéndum sobre la Ley para la Reforma Política del 15 de diciembre del 76. No olvides que la incipiente oposición estuvo a favor de la ruptura, pero la gente, tradicionalmente desinformada, votó, como vota siempre, a quien más sale en televisión y en prensa, a la voz del poder, a quien le provoca menos miedo. Habíamos sido tan manipulados que nadie las tenía todas consigo por terror a la debacle.

—Si lo entiendo, claro que lo entiendo, pero también sé que organizar un país nuevo con los enemigos de la democracia no es una garantía de solvencia, como no lo es ignorar el papel de la poderosa iglesia, tan vinculada a los golpistas y a la dictadura.

Cuando nombró la iglesia entendí, o me pareció entender, que mantenía la discusión en ese tono desafiante no tanto para que yo supiera lo que

pensaba y creía de la Transición, sino para forzarme a hablar y saber qué pensaba yo, hacia dónde me había llevado el paso del tiempo, y en qué había derivado mi antigua falta de compromiso. Sí, tal vez era por eso por lo que había metido a la iglesia en el debate. Pero yo lo ignoré.

—Tienes razón, por supuesto —le concedí—, pero reconoce al menos que los partidos políticos, hasta entonces en la clandestinidad, fueron llamados e intervinieron en esa Transición de la que tú reniegas.

De pronto apareció el sarcasmo:

—Sí, el partido comunista, por ejemplo, con su llamada a la «reconciliación nacional» que suponía igualmente una ley de punto final para acabar aceptando lo que nunca habían defendido, la misma bandera que hacía ondear el dictador, el mismo himno de la dictadura, y las condiciones que impusieron los vencedores a cambio de la amnistía general, tanto para el partido comunista como para fascistas y falangistas, todos los delitos cometidos durante los cuarenta años de Franco. Una amnistía a la que se sumaron todos los demás partidos que, todavía en la clandestinidad, como quien dice, intervinieron en la Transición. No es de extrañar que no hubiera forma de pedir ni de conseguir una investigación sobre los muertos del franquismo, ni sobre los presos, los marginados, los represaliados, los condenados a trabajos forzados y los desaparecidos que se contaban por decenas de miles. ¿Quién la hubiera llevado a cabo si todos se habían sumado a la amnistía?

Arcadia se acercó a la mesa, cogió el vaso de agua que le había servido hacía mucho rato y se lo bebió de una vez. Luego volvió a sus pasos. Y cuando habló seguía aún dándole vueltas al tema que la había encendido tanto:

—Hay algo en nuestras creencias que se fundamenta en impresiones, emociones, recuerdos e incluso nostalgias, lo reconozco. Y estoy segura de que a muchas personas de mi generación por ejemplo nos produce rechazo la bandera española que tanto denigramos en el pasado, igual que nos sacude un golpe de miedo al oír hablar alemán por mucho que nos guste el idioma, es como si retumbaran en nuestros oídos los discursos de Hitler que transmitían las radios, al menos lo poco que me devuelve la memoria de mi infancia en Toulouse. Y recuerdo aún cómo mi madre me contaba...

—Arcadia —la interrumpí— yo también soy de tu generación, o casi, pero a mí esto no me ocurre, no siento rechazo por la bandera española ni me asusta oír hablar alemán. Es cierto que las banderas son meros símbolos y hay algo trivial en el valor que se les atribuye, tal vez ésta sea la razón por la que no me gustan demasiado aunque tampoco me molestan, sean unas u otras. Me acuerdo siempre de lo que contabas que decía de ellas tu padre, si la memoria no me falla —dije por decir, porque no me fallaba en absoluto—, las banderas sólo deben izarse si están prohibidas, de lo contrario no son más que adornos y reclamos para hoteles y embarcaciones.

Eludió la frase de su padre y siguió con las banderas y el alemán:

—Rechazo, sí, rechazo es lo que me produce esta bandera española, la de hoy, pero no es miedo lo que siento cuando oigo hablar alemán, es una especie de inconsciente sobresalto.

—Tampoco eso me ocurre a mí —reconocí.

De pronto se encrespó como habría podido hacerlo en una de nuestras discusiones sobre el Régimen en aquellos años en que apenas sabíamos de lo que hablábamos. Se detuvo y levantó los dos brazos para proclamar:

—¡Claro que no! —contenta de aportar un argumento que esta vez no se fundamentaba en las emociones—. Tú no, claro que no, tú creciste en un ambiente donde se admiraba todo lo alemán, desde las autopistas, la disciplina y la lengua hasta el *Führer* y sus victorias por Europa, viendo orgullosos ondear la llamada bandera rojigualda; en cambio yo crecí con la bandera republicana y el terror de mis padres a que los alemanes los devolvieran presos a la España de Franco. Aún me parece oír sus botas y sus tanques.

No pude evitar un pequeño golpe bajo:

—Pero no te ocurre igual con su música.

Sorprendida me miró sin comprender:

—¿De qué me hablas ahora? —preguntó pero no quiso esperar mi respuesta. Se acercó a la ventana y apoyó la frente contra el cristal. La veía de espaldas inmóvil mirando hacia un paisaje urbano que no podía ver ni, por tanto, recordar.

Intenté entonces reanudar la conversación desde un punto de vista más positivo:

—No me negarás al menos que para el país supone un avance que el partido socialista ganara las últimas elecciones, las del 82, y por mayoría absoluta.

No se movió de donde estaba ni se volvió. Su voz como rebotada por el cristal me llegó más plácida, pero me pareció que dudaba un poco:

—No sé si me parece un avance porque no creo que ningún partido pueda hacer avanzar este país hasta que no se haya extirpado el veneno que nos inoculó la dictadura. Si no lo hicimos de golpe en su momento tendrá que ser mediante un largo proceso que no se consigue en un día ni en un año y me atrevería a decir que ni en un siglo.

Otra vez, pensé, ya estamos en lo mismo:

—Por favor, Arcadia, creo que exageras, algo estamos consiguiendo.

Sí, estábamos otra vez en lo mismo, era cierto, aunque por lo menos había una novedad, nuestros bandos se habían transmutado, ahora yo estaba en el suyo y ella ¿en el mío de entonces? No, ¿tal vez en un estadio posterior a ambos? Me negaba a aceptarlo. Quizá ella me había transmitido el ardor por la lucha y de mí en cambio había bebido la desesperanzada visión de la realidad que yo escondía en la pretendida comprensión o en la crítica sensata de cualquier acontecimiento o situación. Tampoco. ¿Qué, entonces?

—No creo —decía ella ajena a mis elucubraciones— que los socialistas vayan a revisar esa amnistía que permite seguir en el poder y la legalidad a los delincuentes políticos y económicos que han campado a sus anchas por el país durante cuarenta años; no creo que trabajen para conseguir la separación de la iglesia y el Estado, condición indispensable para que la democracia lo sea realmente; no creo que cambien una ley electoral que maltrata a la izquierda y beneficia a la derecha, o a los grandes partidos; no creo que lleguemos con ellos a que la escuela sea pública y laica como debe ser; no creo que la educación sea una prioridad para este ejecutivo socialista como lo fue para la República; no creo que los exilados recuperen los derechos que les corresponden y menos aún que consigan una indemnización por lo sufrido en defensa de la República que les permita vivir con dignidad y abandonar el exilio y la indigencia... ¿Sigo?

—Dales tiempo.

Se alejó del cristal de la ventana y se puso a caminar de nuevo a grandes pasos. Se movía con una cadencia que me seducía, igual que la curva de su cuello cubierto ahora de mechones escapados de su pelo recogido. Si me dejaba llevar por la atracción tan viva y tan vigente que me poseía al mirarla, dejaría de oír lo que decía. Así que encendí un cigarrillo y la escuché:

—Se lo doy —decía—, pero también ellos han sido enajenados por la dictadura y esto no se borra en dos días. A partir de ahí, y con el poder económico, financiero y territorial en manos de la iglesia y de los ricos industriales y banqueros, y el ejército y la justicia sin tocar, es posible que puedan esquivar su apremio y su poder y logren una legislatura de progreso; es posible incluso que consigamos avanzar en economía para salir de la débil situación en que nos encontramos, pero las mejoras habrán de venir del exterior porque en el interior hay una mano de hierro que no permitirá ningún avance social ni en la lucha contra el fraude, ni contra la manipulación de la información, ni para erradicar la imposición de doctrinas aprendidas durante el franquismo. —Cogió a su vez un cigarrillo, lo encendió y siguió caminando como hacen tantos ejecutivos cuando dictan la correspondencia—. Y es posible que acabemos entrando en el Mercado Común o la Comunidad Económica Europea o como sea que se acabe llamando en el futuro, y todo esto nos ayudará. Pero siempre arrastrando nuestro comportamiento político, el lastre de no haber sabido desprendernos ni de la corrupción ni de la maldición de una dictadura que hemos incorporado a nuestra propia Historia y que ha ensombrecido lo que quedaba de nuestra ideología. —Dio por finalizada la respuesta y volvió a la ventana.

Su discurso no podía dejar de dar vueltas a lo mismo, a la dictadura y sus consecuencias, un eje fundamental que no aceptaba otras causas, responsable de la idea que tenía de la España de hoy. Sin proponérselo habíamos llegado al terreno que marcaba más distancia entre nosotros de la que ya suponíamos. Para ser más convincente, había hablado con pasión pero con contención también, no tanto para persuadirme de lo que decía como para mostrar la sinceridad con que exponía su denuncia, pensando quizá en lo difícil que había de ser para mí situarla ahora en el terreno del

desánimo, de la decepción, de la desesperanza. Y era cierto, desde la butaca de la que no me había movido seguía mirándola mientras me preguntaba cómo podía ser que hubiera desaparecido aquella elemental fe en la lucha política que yo le conocía. Así, envuelta en su mantón y apoyada contra el oscuro ventanal, su imagen vista de espaldas parecía más alta, más esbelta, pero también más vencida.

Se volvió de pronto y se fue acercando hasta sentarse de nuevo en el sofá y, como si hubiera adivinado mi pensamiento, dijo muy suavemente:

—Tengo la impresión de que hemos estado hablando haciendo abstracción del tiempo transcurrido, no sé por qué pero así lo veo, como si esta conversación no fuera más que la continuación de una de nuestras viejas discusiones. Y me doy cuenta de que tal vez yo soy la responsable al pretender ocultar mi profunda desesperanza en estas cuestiones, mi abatimiento, mi decepción. —Se envolvió todavía más en su mantón como si quisiera protegerse y apoyó la cabeza en el respaldo.

Con el silencio que se produjo entonces, la casa volvía a parecer desamparada como cuando llegaba tarde y me vencía la soledad. A mí tampoco me gustaba el camino que había tomado nuestro debate. No quería pasar por defensor de una Transición que no había votado y en la que no creía.

Pero tenía razón Arcadia, era como si cada uno de nosotros no pudiera deshacerse de las creencias y de las opiniones políticas que tenía veinte años atrás.

—Arcadia —le dije para intentar enderezar el curso de la conversación y sacarla del pozo en que nos habíamos metido—, quizá te haya parecido que seguía defendiendo lo que defendía entonces, pero mi vida ha cambiado y mi ideología también. Y quiero desprenderme definitivamente de esa vestimenta que me arropó durante tanto tiempo. Ya lo he hecho frente a la sociedad, frente a la gente de mi ciudad, de mi país, pero ahora quiero hacerlo ante ti. Bien sabes que nunca tuve más ideas políticas que las heredadas, las más superficiales además, ni más preocupaciones sociales que las vinculadas vagamente al desarrollo de mi ciudad. Pero los años que han pasado me han servido para tomar conciencia del mundo en que realmente vivo. Sé lo que pienso de mi país, de mi mundo y de su Historia,



sobre todo la más reciente y la de hoy, y tengo un criterio sobre todo ello, en el que intento profundizar día a día y que defiendo tan bien como sé con mi trabajo. —Y me hubiera gustado añadir: «Mírame bien, Arcadia, escúchame, entiéndeme, olvida lo que fui», pero no hice más que detenerme para tomar aire y acabar—: Ya no soy el que era y veo que tú tampoco lo eres.

—Es cierto —replicó con amargura—, no oculto que he perdido la confianza en la recuperación de una vida política decente.

—No digas eso, Arcadia, hemos hecho lo que hemos podido. Fue muy difícil.

Me sentí como si hubiera vuelto a caer en la trampa, y con mis palabras regresáramos a lo mismo. No era malo que hubiéramos cambiado, sólo así seríamos capaces de reiniciar algo, fuera lo que fuera; de lo contrario, volví a pensar como hacía apenas una hora, no seríamos más que el recuerdo de una imagen estática en un marco polvoriento.

—No lo niego, no niego el esfuerzo, pero estoy convencida de que esta Transición invalidará cualquier intento de limpiar nuestra Historia y, con el conocimiento de lo que ocurrió, construir un nuevo país.

Habría querido pensar a conciencia en lo que había dicho pero me invadía una profunda tristeza, seguramente porque entendía su punto de vista y veía, como había visto siempre que no le faltaba razón, pero yo no quería caer en el desánimo. No todavía al menos. Así que aunque no logré huir del tema intenté dar a mis palabras un tono menos abatido:

—Lo estamos haciendo, Arcadia.

—Sí, lo comprendo —dijo ahora sin acidez ninguna—, pero mi fe se ha esfumado, ya no creo en ello —se detuvo pensativa pero retomó el tono apasionado al preguntarse—: ¿Cómo se puede construir un país cuando al régimen del dictador se le llama y así se escribe en los libros de texto, en los periódicos, «régimen autoritario» sin más? ¿Cómo se entiende que estén activos en la vida pública del país con todos los derechos, las prebendas y privilegios inimaginables, los que colaboraron con la dictadura, se enriquecieron, adquirieron poder, lo mantuvieron y lo mantienen, igual que ocupan los puestos clave en la judicatura, en la política y en la universidad, por ejemplo, en un país en que todavía manda la iglesia tanto como durante

el franquismo, en un país en que aún no se ha reconocido el papel importantísimo de los militares, soldados y civiles que defendieron la República de los golpistas, todos en el exilio, muchos de los cuales todavía no han podido volver y están excluidos de los beneficios sociales de un gobierno que los da a mansalva a los asesinos vencedores? ¿Cómo se puede tener fe en un sistema que sigue manteniendo la situación de miseria que se vive en muchas zonas del país, como en el sur por ejemplo, cuya propiedad sigue estando en su mayor parte en manos de unos terratenientes o una burguesía rural fascista reaccionaria y cómplice directa de las masacres de 1936 en Andalucía y Extremadura? Y esto no cambiará, seremos más ricos o más pobres, más lúcidos o más esclavos, pero el lastre de la dictadura de la que no hemos sabido deshacernos ni cuando gobernaba el dictador ni a su muerte nos acompañará durante toda la vida, durante nuestra vida por lo menos y mucho, muchísimo más allá. No extirpamos el mal que crecerá y crecerá, se esconderá cuando convenga, aparecerá cuando quiera y siempre tendrá el poder.

Calló agotada y yo me defendí como pude:

—No tengo tanta imaginación para el futuro —dije un tanto derrotado y sentencié—: Ya que la vida es breve, acorta la larga esperanza.

De nuevo y alejándose de lo que estábamos hablando, Arcadia volvió a sonreír.

—Ya veo que sigues utilizando frases o citas de famosos, como quieras llamarlas. Creo que ésta todavía la recuerdo —dijo—. Es de una oda de Horacio, ¿no? Una de tus preferidas, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas, es de la primera —dije sin disimular mi satisfacción. Su recuerdo me había enternecido.

Había habido un momento de descanso, pero esta vez fui yo el que volvió a la carga:

—Me parece que tu información viene directamente de la gente que en París publicaba los *Cuadernos de Ruedo ibérico*, ¿verdad?

—En buena parte, sí —reconoció—, estuve en contacto con ellos durante los pocos meses que viví en París para asistir a un curso especializado en la enseñanza de música a los niños y poder pasar el examen que exigía el puesto que me habían ofrecido en Brest, y cuando me

fui conservé el contacto e incluso colaboré en unas investigaciones que se publicaron en *Ruedo ibérico* sobre los exilados que residían en la Bretaña, la zona donde yo vivía, casi todos escluseros del canal de Nantes a Brest. Los del *Ruedo* siempre fueron y siguen siendo importantes para mí, por más que en España hayan sido y sean aún tan poco reconocidos. España es un país al que le cuesta reconocer los méritos de los que, aun siendo españoles, son distintos. Esto ya lo decía tía Inés.

Se quedó pensando y luego, sin querer pontificar pero con mucha seguridad añadió:

—España es un país sin memoria y por lo tanto sin pasado, y cree, porque así se lo han machacado a su gente, que lo que ha sucedido, cuando pertenece a un capítulo de la Historia que no interesa recordar al gobierno o al régimen de turno, es mejor olvidarlo. Todos nos veremos afectados por la falta de memoria de la Transición, que ha sido así por herencia de un largo pasado profundamente desmemoriado, sea en política, en cultura, en conquistas o en delitos. Tal vez se recupera a un autor o una obra o los discursos de un político, pero no como fundamento del sentir o de la cultura de la gente sino como provecho para quien los cita, para impresionar a las masas o para demostrar la influencia beneficiosa que se ha recibido de él o de ellos, pero el pasado de ningún modo forma parte de la cultura del presente, nos separa de él una brecha demasiado profunda: ni lo hemos aprendido ni menos aún lo hemos heredado. En cuanto a mí, de no haber sido por *Ruedo ibérico* me habría resultado muy difícil seguir lo que iba ocurriendo en España durante la Transición sobre todo; apenas había información por más que estuviéramos pendientes de los programas de radio y de otros medios de comunicación. Pero ¿por qué lo has dicho?

Sabía por qué lo había dicho:

—Porque los que escribían en *Ruedo ibérico* fueron los únicos, y todavía ahora lo son, tan profundamente críticos con la Transición como lo eres tú. Y aunque desde dentro todo parece más complejo, es cierto que todos los demás medios, incluidos los franceses y sus partidos políticos, se han sumado a lo que se ha dado en llamar una Transición ejemplar, modélica, que para muchos no lo es en absoluto, lo reconozco. Pero igual ha hecho de un modo u otro la izquierda más recalcitrante, tal vez por

miedo o por esperanza o por falta de visión, no lo sé. Y lo mismo la mayoría de la gente que, como siempre, creyó lo que se le decía, enmascarado con un nacionalismo político que nos hacía los mejores en circunstancias difíciles, incluso se nos llegó a decir, y se nos sigue diciendo que fuimos un ejemplo para el mundo.

—¿A ti no te lo parece?

Se había vuelto a llenar el vaso y bebía el agua que ya debía estar tibia a pequeños sorbos mirándome con curiosidad y con esperanza, me pareció.

—A mí no, Arcadia, no. Ni a mí ni a la gente con la que ahora me muevo, con los que trabajo. Yo veo lo difícil que fue conseguir esa Transición por la inferioridad en la que se encontraba la izquierda, hasta entonces en la clandestinidad, frente a la derecha y la extrema derecha, los mismos que habían hecho el golpe de Estado y habían detentado un poder omnímodo durante los últimos cuarenta años, los políticos, el capital, la iglesia, los terratenientes y otros poderes. Pero no estoy ni con la Transición ni con sus artífices y defensores. A mi manera lucho por los olvidados y ultrajados por esa Transición, por los principios políticos que fueron arrinconados por ella. Y sobre todo lucho para que nuestro futuro no sea como el que tú describes.

Se quedó pensativa y luego dijo:

—Siempre logras comprender lo que no es justo, te ocurría igual con el régimen de Franco y sus crímenes, ¿recuerdas?

—Sí, es cierto, intento comprender. Pero tú sí has cambiado, Arcadia, y ya no eres la persona con una ideología basada en el profundo inconformismo que te hacía denunciar tantas cosas desde tu desorientación y desconocimiento, y ahora que comienzas a comprender estás abocada al desánimo. A mí me ha ocurrido lo contrario, digamos que estoy en el extremo opuesto de lo que fui, no tanto por ideología, que entonces no la tenía como por un sentido de la justicia que vete a saber por qué se me ha despertado y he desarrollado, y hoy en día soy de los pocos que se pregunta a todas horas como tu *Ruedo ibérico*: «¿Quién amnistiará a los amnistiadores?». Muchas veces en estos años, al asistir a mi propio cambio en busca de mi ideología política, me decía que iba siguiendo tus pasos, pero al oírte me tranquiliza comprobar que no es que pisara tu camino a

distancia, a la distancia del tiempo y de la ausencia, sino que tal vez mi pensamiento ha logrado ser finalmente autónomo. Pero ya sabes cómo soy, me cuesta estar seguro de lo que siento y, frente a cualquier convicción que se demuestre más fuerte que las demás, no puedo por menos que recordar que «de lo que no se puede hablar mejor es callar».

Me miró otra vez sonriendo, pero esta vez con sorna.

—Sin embargo ahora no callas, ahora estás hablando.

—Ahora es distinto, Arcadia —y tuve la impresión en aquel momento de que por primera vez había sido capaz de explicar en pocas palabras cuál había sido el destino que yo mismo había elegido y por qué. Si continuó así, pensé con ironía, tal vez con el tiempo logre hacerlo en una sola y contundente frase, como las que tanto me gusta repetir.

Había sido una larga conversación que me tenía aún aprisionado y, sin apenas darme cuenta, le transmití la penosa impresión que me habían dejado ciertas afirmaciones suyas.

—Tienes una visión muy pesimista de España.

—Sí —reconoció con una sonrisa—, no es muy optimista.

—¿Y no te duele verla así?

—¿Dolerme?, ¿dolerme España, como a Unamuno?

—No, quiero decir si no te duele ver un país al que no le das ninguna oportunidad.

—Me gustaría dársela si estuviera en mi mano, pero no por patriotismo. Ya sabes que nunca he tenido sentido patriótico, ni con España ni con Francia tal como se entiende en esos dos países tan profundamente nacionalistas y chovinistas. Y aun a pesar de ello, cuando hablo lo hago como española, no como francesa, es una dicotomía curiosa pero que me afecta poco. Es cierto que me siento más en casa en Francia, es allí donde pasé mi infancia, donde aprendí a hablar, es allí donde escuché la primera música que me emocionó. Tal vez —dudó— se deba a que Francia me recibió y me acogió y en cambio de España salí huyendo —y concluyó, abatida—: No me aceptaron. —Quiso explicarse mejor—: No me aceptó tu familia, no me aceptaron tus amigos, no me aceptaron los del equipo de matrimonios, no me aceptó...

Antes de que acabara hablando de la ciudad entera, la interrumpí:

—Tampoco tú los aceptaste, Arcadia, sé sincera. Y quizá tengas razón, de hecho nunca te sentiste vinculada a este país.

De pronto, como haciendo un paréntesis, preguntó con interés:

—Oye, ¿qué fue de ellos? ¿Cómo acabó aquel experimento de vida religiosa, oscurantista y déspota del equipo de matrimonios?

El tiempo no había dulcificado su recuerdo.

Sonreí convencido de que mi respuesta iba a dar mucho juego:

—Bueno, cuando llegó la democracia evolucionaron hacia la política y el nacionalismo, se organizaron como partido, ganaron las elecciones autonómicas en 1980 y en abril de este mismo año 84 las han vuelto a ganar, esta vez por mayoría absoluta.

Pero me equivoqué, la historia política de aquellos beatos no le provocó la más mínima reacción. Tal vez una referencia tan directa y desagradable a nuestra vida pasada la llevó a una reflexión distinta, una reflexión sobre sí misma que quizá quiso compartir conmigo, pensé esperanzado, porque no se dejó llevar ni por la ironía ni por el sarcasmo sobre lo que el tiempo y la Historia habían hecho con aquel núcleo de creencias nacionalistas y morales que nosotros habíamos conocido y sufrido. En cambio, con otro tono de voz, más pausado, un registro más bajo, como si fuera una confesión tardía, dijo:

—Ya poco importa —y me pareció que era sincera—. Ya no vale hablar de hechos del pasado de algún modo inexistentes porque se esfumaron como el humo que revela dónde está el fuego. También yo he dejado en buena parte de ser la persona que fui, ahora tengo menos necesidad de ser aceptada, menos lastre que soltar, eso es lo que tenemos que hacer todas las mujeres que queremos desembarazar del paisaje de nuestra vida los escollos y barreras sentimentales o sociales que nos ha impuesto la sociedad, tan deformada por la religión y por un conjunto de normas y leyes no escritas que la rigen y que atentan directamente contra el corazón, el entendimiento, y nuestra capacidad emocional; en una palabra, para desprendernos del conflicto que en un momento u otro de la vida nos tiene inmovilizadas. Pero aun así, me habría gustado ser como esas personas que dicen «Aquí nací, en esta ciudad o en este barrio o en este pueblo y de aquí me siento y aquí me gustaría morir», pero nunca lo he logrado. No he echado raíces en esta tierra

ni en ninguna otra, o tal vez lo que ocurre es que soy un poco de todas ellas sin sentir nunca que les pertenezco y que me pertenecen del todo. Las ideas, en cambio, la política aunque nunca me haya dedicado a ella, la forma de entender la cultura, sí las siento como mías, es ahí donde sé que están mis raíces. Y a veces, cuando echo de menos esa pertenencia a un territorio me digo, tal vez no hay que echar raíces en la tierra a la que hemos llegado por un azar de la naturaleza sino en las ideas, en los sentimientos y en las emociones que hemos forjado nosotros mismos, y en el compromiso que les debemos. Así es como he ido desplazando mi entusiasmo por la política, mi forma casi visceral de entenderla, hacia un conocimiento y una convicción más cercanos a la reflexión y al entendimiento, y al fortalecimiento de mi propio criterio.

Hubiera querido saber cómo había puesto en práctica lo que me había confesado, y no porque dudara de ello, sino precisamente por conocerlo mejor, por adentrarme en su vida y recuperar algo de ella. Y a mi manera, así se lo dije:

—No es lo que sentimos y lo que decimos lo que nos hace como somos, sino lo que hacemos.

Esta vez rió de verdad.

—Y ésta, ¿de dónde la sacaste?, no la reconozco.

—De *Sentido y sensibilidad* o, si lo prefieres, *Sensatez y sentimientos*, de Jane Austen. ¿La has leído? No hay traducción al castellano pero supongo que sí al francés, no lo sé. Lo que he dicho es mi propia traducción de lo que declara Marianne cuando se vuelve sensata.

Nos quedamos de nuevo en silencio, buscando yo algún argumento que desmontara ese convencimiento sobre la inutilidad que parecía haberse apoderado de ella, y finalmente lo encontré:

—Recuerda, Arcadia, lo que tantas veces me repetías: ningún avance social se consigue sin lucha.

—Sí, lo recuerdo y lo sigo creyendo —respondió—, que ya no le vea solución a un problema no quiere decir que haya que dejar de luchar por solucionarlo. Son dos cosas distintas. Y además no creo en la inutilidad.

Flotaron sin voz en el aire los versos de *Lo steddazzu*, el poema de Pavese que tantas veces habíamos leído juntos, y los dos, estaba seguro, nos

quedamos oyéndolos en silencio: «*Non c'è cosa più amara che l'alba di un giorno / in cui nulla accadrà. Non c'è cosa più amara / che l'inutilità...*». (No hay cosa más amarga que el alba de un día / en el que nada sucederá. No hay cosa más amarga / que la inutilidad).

Y cuando se desvaneció el eco de las palabras, noté un vacío en el estómago: es hambre, pensé, que también ella la tendrá. Me levanté.

—Voy a la cocina —le dije—, ¿te apetece comer algo? Te puedo preparar una tortilla, pan con tomate y jamón.

Sí, ella también tenía hambre porque sin pararse a pensar en la hora que era dijo:

—Cualquier cosa, sí, una tortilla y pan con tomate; me vendrá bien comer algo y llevo años sin tomar pan con tomate. Y un vaso de vino.

Me fui a la cocina y mientras buscaba la sartén y los huevos la oí caminar por la casa, pasando revista al salón, luego a mi habitación, encendiendo luces y apagándolas, abriendo puertas y cerrándolas hasta que llegó a la habitación de los niños. Un temblor imperceptible me dejó sin aliento un instante. ¡Cómo saber su reacción más íntima, si es que la había! ¡Cómo saber cómo me vería ahora, con dos hijos en mi haber! Hubiera querido entrar yo también en su casa y, pasando de una habitación a otra, descubrir, como ella lo estaba haciendo ahora en el desgaste de la pintura de los muros, en los muebles, en los libros y las fotografías, en los papeles amontonados y las cortinas que en algún momento tendría que haber elegido, el devenir del paisaje en que me había movido durante este cuarto de siglo. Pero no debió descubrir demasiados secretos, aparte de los hijos, porque no tardó en entrar en la cocina. Se sentó a la mesa, cogió un cigarrillo de su bolso, lo encendió y exclamó de pronto:

—Quizá no sabes lo que ocurrió entre Toni y yo.

Yo había sacado de la nevera unos huevos, había comenzado a batirlos y había puesto una sartén con aceite en el fuego. Lo apagué, dejé el plato con los huevos a medio batir junto al fogón y me volví hacia ella. La lámpara central le iluminaba la cara y me quedé un momento mirándola enternecido. Pensé: ¿nos hemos pasado veinte años preparándonos para este encuentro o ha sido el azar el que nos ha convocado? Pero nada dije. En cambio, mirándola ahora más fijamente y apoyando las manos en la mesa para



agacharme un poco, poner mis ojos a la altura de los suyos y estar más cerca de este rostro que ya no me parecía desconocido sino tan fascinante como la primera vez, susurré:

—Sí, Arcadia, sí lo sé. Y no de la forma en que se adquiere el conocimiento, no porque alguien me lo transmitiera ni porque lo desvelara deslumbrada mi intuición. Al principio no fueron más que conjeturas y deducciones y una sucesión de palabras oídas, recuerdos y rumores que sólo adquirieron sentido cuando los junté y los comparé y los ordené, a base de pensar y pensar con el único objetivo no sólo de saber sino de entender, hasta que finalmente aquella confusa sospecha acabó siendo confirmada por un mero e inesperado azar. —Le acaricié el cabello que tenía al alcance de la mano y ella no me atajó, y añadí—: No sé los detalles, ni creo que haga falta que los sepa. Eso también pertenece a un pasado que ya no existe. Pero lo que siempre quise entender es el significado último de lo ocurrido, ese que he ido penetrando poco a poco a medida que fui descubriendo hasta qué punto pudo haber intervenido en ello mi falta de lucidez...

No pareció haber oído la última frase. Dijo solamente en voz muy baja y esta vez sin levantar la vista:

—Pero lo que tal vez no sabes es lo que provocó esta historia, el papel que tuvo en lo que sucedió después. A veces me ha parecido que fue un simple chispazo, una colilla encendida que, en el secarral donde me encontraba, fue la causa de un inesperado incendio —se detuvo entonces con una expresión casi burlesca—: ¿Te gusta mi metáfora?

—Un poco elemental pero muy adecuada —y yo mismo me quedé perplejo por la poderosa luz que esa simple metáfora había volcado sobre nuestro pasado.

El silencio de la noche —sólo muy de vez en cuando un ruido lejano nos devolvía a la ciudad—, se había extendido sobre nosotros y yo desconcertado aún lo rompí de nuevo a golpes de tenedor sobre el plato. Ella se levantó, como si quisiera ayudarme, y le indiqué dónde podría encontrar platos y vasos y cubiertos para poner la mesa. Y mientras andaba ocupada buscando las servilletas, le pregunté con toda la naturalidad de que fui capaz, para que aquella luz dejara de deslumbrarme:

—¿Retomaste la viola?

—Sí, claro que la retomé, me hubiera gustado cambiar de trabajo, incluso de vocación, dedicarme a otra cosa ya que había dejado atrás no sólo mi destino sino incluso mi nombre y mi apellido.

Me volví a mirarla como si no pudiera creer que hubiera sometido su vida a tan exhaustiva remodelación, sorprendido al mismo tiempo por la cantidad de recursos de que había dispuesto para alcanzar su autonomía. Y aunque nunca había pensado en ello, esa faceta de su carácter no debía haberme sido ajena porque, por más que me hubiera preguntado durante tantos años —a veces con rencor, otras con nostalgia y añoranza, otras aún rabioso ante la imposibilidad de dar con ella—, qué estaría haciendo, a qué se dedicaría, en qué llenaría sus días, con quién viviría, cómo se habría desarrollado su historia, nunca se me ocurrió sufrir por ella, ni por su trabajo. ¿Por qué? He aquí otro argumento para rebatir el profundo conocimiento que creía tener de ella, y me parecía imposible que no hubiera reparado en las dificultades con que habría tenido que lidiar. ¿Será que somos así los hombres, que nos dejamos invadir por lo que nos sugiere una mujer, sea amor, odio, indiferencia o añoranza, pero para que suframos por ella necesitamos que alguien nos informe de que algo anda mal, como si nos faltara la facultad de verlo, de comprobarlo por nosotros mismos? O es que no es fiable lo que me devuelve la memoria y ha pasado tanto tiempo que lo más probable es que me esté jugando una mala pasada, cambiando y manipulando lo que viví y extorsionándome con su aparente seguridad para que vea y crea lo que nunca ocurrió. Aunque tal vez ésa sea su función, transformar la realidad para que resulte más fácil asumirla. Y soportarla.

Arcadia me miraba con curiosidad intentando interpretar mi silencio y adivinar adónde me había ido. Reaccioné y salí de mi ensimismamiento.

—¿Eso hiciste? ¿Te cambiaste de nombre? Pero ¿por qué? —le pregunté, todavía inmovilizado por la sorpresa y por mi reflexión surgida de ella, con el plato y el huevo a medio batir en una mano y el tenedor en la otra. La oí responder:

—Sí, me cambié el nombre, fue un proceso largo porque aunque había conseguido la residencia francesa, seguía siendo española. Lo hice porque no quería de ningún modo exponerme a ser descubierta, me asustaba la amenaza que pendía sobre mí, y conocía bien el poder de las gentes del

lugar de donde había salido —se detuvo como recordando aquella trascendental decisión que había tomado y luego continuó—: Sí, retomé la viola, pero ya era demasiado tarde para una carrera profesional como yo la había soñado y hacía tiempo que había perdido el nivel de interpretación que me exigían en Francia. Al principio en Toulouse estudié para recuperarlo —me pareció que lo decía sin asomo de reproche—, comencé a tomar clases particulares. Aunque al llegar me había instalado en casa de los Ruiz, al cabo de pocos meses me trasladé a un barrio de las afueras, del otro lado del canal, y al poco tiempo conseguí un puesto de segunda sustituta de viola en la *Orchestre du Capitole de Toulouse*, más o menos cuando Michel Plasson, que había sido mi profesor en la *École de Musique*, fue nombrado director musical. Poco a poco fui actuando cada vez más pero llegó un momento en que ya vi que mi destino era esperar a todas horas a que me llamaran porque el primer viola se había puesto enfermo o el segundo estaba de viaje, así que cuando al cabo de tres años recibí la propuesta de una orquesta de cámara de Brest, recién fundada por unos chicos tan jóvenes como era yo entonces, Cámara blues se llamaba, con un repertorio muy amplio y variado y una manera muy poco convencional de darse a conocer y de trabajar, aunque no pagaban demasiado acepté porque además me garantizaron, previo paso por un examen, un puesto de profesora de música para niños de cinco y seis años en el *Conservatoire de musique, de danse et d'art dramatique* de la ciudad de Brest. Me gustó la idea y, tras unos meses de aprendizaje en París donde entré en contacto con *Ruedo ibérico*, me trasladé allí. Me la jugaba porque no era un contrato tan seguro como el que habría podido conseguir en una orquesta más famosa pero nunca me llegó la posibilidad de ese contrato y además pensé que ya era hora de emprender un nuevo camino en otro lugar y con otras gentes, un proyecto nuevo y distinto en el que yo podría intervenir: el tiempo de Toulouse y la protección que me ofrecía aquel precario entorno ya habían pasado. Tenía con qué parar el golpe si no salía bien, había ahorrado algún dinero en esos años y me quedaba un poco del que había traído de España, podía aguantar unos meses al menos. Y salió bien.

—¿Dinero? —pregunté sorprendido—, ¿dinero que te llevaste de España? —Y ni siquiera mi habitual discreción me impidió preguntar—:

¿De dónde lo sacaste?

—¿De dónde crees que lo saqué? —de nuevo el gesto y la mirada de desafío.

—Supongo que te lo dio tía Inés aunque nunca me habló de eso.

Se revolvió incómoda en el asiento y sin querer esconder el leve malhumor que de pronto se le había manifestado, me espetó:

—¿Tía Inés? ¿Cuánto podía tener ahorrado tía Inés que no había ganado otra cosa en su vida que el precario sueldo de una humilde empleada del Servicio de Correos y Telégrafos? —Esperó mi respuesta que no llegó. Y como un exabrupto proclamó—: Tu padre me lo dio. Bueno, un empleado de tu padre en su nombre aunque nunca lo mencionó.

—¿Mi padre? ¿Por qué te lo dio mi padre? —Estaba perplejo.

—¿Quieres saberlo? —Y ya sin contener la rabia—: ¡Pregúntale a él!

Aparté la sartén del fuego con la tortilla a medio hacer, me senté a la mesa frente a ella que ya había terminado con las servilletas y procurando no perder la calma le dije pausadamente:

—No, Arcadia, eso no, eso no me lo puedes pedir, no es propio de ti. Si hay algo que saber, me lo cuentas, pero yo, bien lo sabes, no voy a preguntarle nada a mi padre en primer lugar porque está muerto, pero aunque estuviera vivo, no lo haría. Una sola vez le pregunté si tenía algo que ver con tu huida y lo negó. Yo no lo creí en absoluto y justa o injustamente no volví a verlo hasta quince años más tarde, cuando ya estaba moribundo. Pero ni en los momentos en que le dediqué los pensamientos más crueles y quién sabe si más injustos, jamás pensé que estuviera tan implicado en tu partida. —Respiré hondo y volví a nuestro primer encontronazo—: Del mismo modo que tampoco le preguntaría qué tuvo que ver él con lo que ocurrió entre Toni y tú como he creído entender hace un momento, ni jamás se lo preguntaría tampoco a Toni. Yo sigo reuniendo información, atando cabos que a lo mejor no me llevan a ningún sitio. Si crees que es necesario contarle me lo cuentas, si te parece que no hace falta lo entenderé, pero no me remitas a terceros para saber qué contiene el foso que se abrió entre nosotros. No se trata de buscar culpabilidades, ni tuyas ni nuestras, bien conocemos cada cual las propias e igualmente sabemos que los remordimientos y el sentido de la culpa, y más aún las acusaciones,

jamás solucionan los problemas. Tú, que tanto arremetes contra la iglesia, deberías saberlo mejor que nadie. En esa culpa, en esos remordimientos, en la sumisión a preceptos inventados por ella para dominar las conciencias se basa la aglomeración de esclavos de los que dispone, del dinero de los cuales se ha apoderado a lo largo de su larga historia; y como compensación y premio ha prometido y les sigue prometiendo un paraíso inexistente después de la muerte: una forma de acumular riqueza no comparable ni en el tiempo ni en el montante a ninguna otra multinacional. El negocio es redondo, bien lo sabemos, porque venden boletos para un premio que no existe; pero tú y yo, ahora, no vamos a caer en esa trampa ni en ninguna otra de ese estilo: si podemos avanzar, avanzamos, si no podemos, nos quedamos como hasta ahora, pero limpiamente.

En el silencio que siguió descubrí el brillo inusitado de sus ojos color de miel.

—Tienes razón, Javier —dijo con voz temblorosa utilizando mi nombre por primera vez—. Es cierto, y ya que veo que no sabes gran cosa, voy a darte mi versión de los hechos, no de lo que los provocó que, o me equivoco o creo que, sin conocerlos exactamente, los intuyes o los adivinas y los ves al menos tal como yo los explicaría si supiera hacerlo con objetividad, incluso como los justificaría si alguien o algo me requiriera a ello. Pero no voy a justificarme, voy a darte mi versión, sólo eso. No sé si sabré, porque ha pasado mucho tiempo y he luchado tanto por desprenderme de los resquemores e iras en que me dejó esa sarta de acontecimientos, y me tomé tanto trabajo para hacerlos desaparecer igual que al bagaje de resentimiento que amenazaba con someterme, que tal vez me confunda, o los confunda, y será entre los dos que tal vez podamos reconstruirlos con la memoria y la conjetura, entre lo vivido por mí y lo imaginado por ti.

Calló y yo temí que hubiera cambiado de idea y ya no quisiera hablar, pero tomó aliento y siguió:

—Nunca antes creí que me parecería necesario hablarlo contigo, pero ahora lo veo de otro modo, ahora sé, por ejemplo, que la responsabilidad que te atribuía entonces no existe.

—¿Pensaste de verdad alguna vez que yo había organizado tu huida?

—No del todo, pensé más bien que, sabiéndolo, no lo habías evitado. Era todo tan confuso y había tantas conexiones entre los distintos hechos...

Tenía que decírselo aunque interrumpiera un discurso que en aquel momento era lo que más me interesaba del mundo:

—Nunca supe lo que había ocurrido, créeme, y aunque a mí también puede fallarme la memoria, hay imágenes que estoy seguro que nada puede haber transformado. La casa vacía cuando volví de viaje y no te encontré, tu carta sobre el escritorio de mi estudio, la profunda irritación que sentí contra mi padre sin tener ninguna prueba. Todo lo demás, Arcadia, mi propia vida, no ha sido más que una consecuencia de aquello.

Estaba trastornado pero, justo es reconocerlo, también me sentía humillado, como si descubrir que todo había tenido lugar a mis espaldas y se había llevado buena parte del principal empeño en el que había gastado las energías de mi vida, me concediera la única compensación de que sólo ahora, al cabo de tantos años, conocería la verdad. Arcadia estaba también alterada, el descubrimiento de mi ignorancia la había descolocado. Aun así, hizo un esfuerzo por seguir contando su historia:

—Un día en que tú estabas de viaje se presentó en casa, en esta casa —dijo intentando sonreír—, sin avisar ni llamar antes, un tal Santiago Fabregat, nunca olvidaré este nombre, para mostrarme unas fotos que alguien había tomado —dudó un instante pero logró continuar—, de Toni y yo en la cama de su piso...

La interrumpí:

—Conozco las fotos, Arcadia, las encontré entre los documentos secretos de mi padre cuando murió, junto con otras muchas fotos en igual situación de mujeres que yo nunca había visto, informes sobre las actividades delictivas de empresarios conocidos... En fin, creo que el ataque que lo postró le llegó tan de repente y siendo tan joven aún que no tuvo tiempo de hacerlos desaparecer...

Se había quedado sin palabras, con el asombro reflejado en la cara.

—Continúa, Arcadia —la animé—, no te apures, esto facilita las cosas, ya verás.

Se recompuso, echó hacia atrás el mantón como si de golpe un calor exagerado la hubiera dejado sin respiración, pero en lugar de seguir con lo

que estaba contando, volvió a las fotos y quiso saber:

—¿Y qué pensaste cuando las encontraste?, quiero decir, ¿qué explicación les diste?

No había sido la infidelidad de Arcadia lo que había descubierto en ellas, y no porque no lo hubiera imaginado, si acaso fue una confirmación pero aun sin tener la menor noticia de ello no me pareció una novedad, tal vez de algún modo que no pude precisar la debí haber dado por sabida, aunque sin tener clara conciencia de ello. Tampoco lo recordaba como el descubrimiento de una hecatombe, habían pasado años, y arrastraba conmigo mil versiones de los hechos que yo mismo había elaborado en las que nunca obvié nada y menos la infidelidad. Si acaso un golpe en el pecho cuando las vi, aunque suavizado enseguida por la verdadera sorpresa: ¿qué hacían esas fotos en el canterano secreto de mi padre? Esta pregunta, que me hice a todas horas durante muchos días me dio la medida de lo que debía haberse fraguado en torno a Arcadia y a su huida aunque nunca tuve la imaginación suficiente ni los datos para comprender, como me estaba desvelando ahora Arcadia, hasta qué punto había sido él, y sus malas artes, el responsable del embrollo que la había obligado a irse. Me quedé un momento reflexionando sin saber qué decir, tampoco ahora podía resumir en una frase toda la angustia por la incomprensión que sentí entonces, viva ahora de nuevo como si no hubiera pasado el tiempo. Sin saber qué decir, respondí no sé por qué:

—Pensé que tal vez te había llevado a ello la curiosidad.

—¿Curiosidad? —preguntó perpleja—. ¿Curiosidad que yo habría tenido por ver lo que era la infidelidad?

¿Qué podía responder a eso? Era como si yo mismo me hubiera hecho la pregunta y tampoco supiera cómo responder.

—Sí, tal vez fue eso lo que pensé, tal vez ésa fue la explicación que me di, no sé qué decir ahora mismo, todo sigue tan confuso...

—Pero ¿no quisiste saber quién las había encargado, cómo se habían obtenido y por qué?

No, no había pensado en nada de eso, era cierto, pero también lo era que cuando las descubrí hacía muchos años que había perdido la esperanza de encontrar a Arcadia. «¿Serás, amor, un largo adiós que no se acaba?» me

preguntaba a todas horas, lo demás hacía mucho tiempo que había dejado de importarme. Por no hablar más de mis dudas, le dije:

—Demasiado tiempo, Arcadia, los detalles de la historia habían pasado a segundo plano, sólo contaba la ausencia.

Me miró con ternura, y pensé que tal vez continuaba con la historia para borrar la distancia y la ausencia:

—Santiago Fabregat, siempre con las fotos en la mano, me conminaba a salir del país y a cambio se comprometía a no hablarte de ellas. Si me negaba, además de mostrártelas, me dijo que con ellas sería muy fácil acusarme de adulterio, un delito que entonces, explicó, estaba penado con muchos años de cárcel. Era todo tan amenazante y yo estaba tan azorada por la situación y las fotografías que no supe reaccionar.

—¿Él iba a acusarte de adulterio? —Yo había pasado de la ignorancia al estupor.

—No él sino alguien que tenía mucho poder. Pero cuando me dijo que la persona que lo enviaba no quería dar su nombre aunque estaba dispuesta a denunciarme, y cuando me pidió que le firmara unos poderes que utilizaría en caso de que tú solicitaras la anulación del matrimonio, y sobre todo cuando me pidió el pasaporte para que esa persona hiciera estampar en él el permiso de salida y el visado francés, comprendí que el desconocido era tu padre, porque recordé que me había conseguido el pasaporte sin haber hecho el servicio social, ¿recuerdas?, y supe que nada podría contra él. Todo esto añadido a que no me sentía en una situación ni de comodidad ni de fortaleza, como si hubiera perdido en algún lugar la confianza en mí misma que me había acompañado siempre, no porque me hubiera acostado con Toni, no es eso, sino porque me sentía perdida, sin fuerzas, sin saber adónde ir ni cómo solucionar nada de lo que tenía entre manos. No sé si puedes entenderlo. No podía hacer otra cosa que huir, por mí, por ti, por tía Inés, también de ella me habló el señor Fabregat, y de Tobías, que se había suicidado en comisaría según la policía, aunque sabíamos que lo habían defenestrado. Dijo que no me lo tomara como una amenaza pero que nada costaba vincular a Tobías con el famoso terrorista Raúl Torres y con tía Inés que hasta ese momento se había visto libre de sospecha, pero que si yo no me marchaba sin dejar rastro también ella lo pagaría. Si por el contrario



aceptaba habría visado, billete de avión y dinero para sobrevivir un año, ésa era la contrapartida. Y el silencio, de nuevo el silencio sobre las fotos. Es cierto que no lo dijo de esta forma tan brutal como yo te lo cuento, incluso tuve la impresión de que él mismo lo estaba pasando mal, como si tampoco él tuviera más opción que obedecer a quien lo enviaba. Es fácil de comprender, huir, huir era la única solución para mí que llevaba ya mucho tiempo metida en un torbellino de angustia, en el agujero negro de la incompreensión de mí misma. No pensé entonces que tal vez me agarraba a la huida como una posibilidad, la única que se me ofrecía y que se me ofrecería en toda la vida, de dar salida a un escondido anhelo de recomenzar otra vez, de olvidar todo lo ocurrido en el último año, de borrar lo que me angustiaba y me avergonzaba, que se había convertido en un peso insoportable.

Sentí de pronto una tristeza infinita y tuve que reprimir un lamento inconsolable.

—¿Por qué no acudiste a mí? —casi supliqué.

Se levantó, dejó caer al suelo el mantón, y tal como era, con ese cuerpo nuevo que yo había imaginado apenas unas horas antes, comenzó a caminar, dio la vuelta a la mesa y se acercó a mí que hacía mucho que había abandonado definitivamente en el fregadero la sartén, el plato, los huevos batidos y el tenedor, y me cogió las dos manos:

—No habría sabido cómo hacerlo, Javier, hacía muchos meses que ya no nos reconocíamos, estábamos infinitamente más lejos el uno del otro de lo que estamos ahora.

Embargado por la emoción me atreví a decir tímidamente:

—Pero yo te seguía amando.

Y ella respondió:

—Y probablemente yo también, pero cuando algo se paraliza es como cuando se encasquilla una pistola, no hay forma de mover el gatillo para disparar ni de abrir la recámara para quitarle la bala y por más esfuerzos e imaginación que le dediques es imposible hacerla funcionar.

No era el momento, bien lo veía, pero no pude evitar preguntarme, ¿cómo sabrá tanto de pistolas?

Sin soltarme las manos que envolvía con las suyas, había tomado de nuevo la palabra, la miré con atención, estaba más pálida que hacía unas horas y tenía unas profundas y acentuadas ojeras:

—La incompreensión, el desconocimiento, la presión a la que nos somete una sociedad que no parece aceptarnos y sobre todo la cobardía de no querer afrontar lo que nos ocurre, que todavía no sabemos en qué consiste y ni siquiera nos hemos tomado la molestia de investigar, nos sumergen poco a poco en un torbellino cada vez más caótico de extraños pensamientos y contradictorias reacciones que anulan nuestros sentimientos, suplantados por otros extranjeros, igual que los intereses que nos mueven y los argumentos y las palabras que nos irritan, y acabamos convirtiéndonos en otra persona, o al menos actuando como si lo fuéramos. Nos miramos y no nos reconocemos lo cual aumenta más aún nuestro desconcierto y nuestra zozobra, y la tortura de vernos y no gustarnos se vuelve tan escalofriantemente agotadora que no nos queda más remedio que acurrucarnos y sumergirnos en el interior de nosotros mismos, lejos de todo y de todos, sin querer oír, con los ojos cerrados a la vida, esperando que venga no se sabe qué a auxiliarnos, y así entramos en un letargo del que difícilmente podríamos salir si no fuera porque con un poco de suerte algo brutal nos zarandea y nos hace reaccionar. Reaccionamos, sí, pero seguimos moviéndonos dentro de la piel espuria que nos ha aprisionado. Y huimos. Eso es lo que iba desgranando durante los primeros tiempos de mi estancia en Francia hasta que poco a poco recuperé el entendimiento, el mío, no el adquirido ni el artificial con el que había sufrido y decidido y juzgado. Y para cuando comencé a comprender la verdad de lo ocurrido, mi actitud y la tuya, la influencia de los demás en todos aquellos hechos, cuando vi que objetivamente tal vez no habría habido razón para esa rendición, ya era tarde y la vida había dado tantos vuelcos y tantos tumbos que volver atrás no parecía posible y menos aún, sensato.

De pronto me pareció comprender algo, besé con extrema suavidad las manos que seguían aferrando las mías y le pregunté:

—Dime, Arcadia, ¿por qué has venido?

Y ella respondió con sinceridad:

—No lo sé.

—¿Me habrías buscado si no nos hubiéramos encontrado?

—No sé lo que habría hecho, yo nunca tuve las cosas tan claras como tú; yo me he debatido entre mis ansias y mi resquemor durante mucho tiempo y actúo a veces a puro golpe de intuición.

Bajó la cabeza como si reflexionara aún y, eludiendo continuar por esa vía, volvió a su anterior interpretación de los hechos:

—Ésta es la versión a la que me he ceñido y a la que recurro cuando vuelvo la vista atrás, cada vez con menos frecuencia debo admitirlo, para entender un poco más la confusión de aquellos dos años y la profunda cobardía que me empujó a huir, así lo veo ahora, como una cobardía. Lo que más me costó admitir es que no lo hice obligada, y la facilidad con que para justificar tanta flaqueza y tanto miedo me convencí de que no había otra salida. O tal vez es que soy del tipo de personas que cuando todo parece cercarnos y atacarnos no sabemos hacer otra cosa que huir no lo sé aún porque yo siempre creí que era luchadora por naturaleza, pero lo cierto es que a la hora de la verdad huí.

Se detuvo y como si recapitulara se soltó de mis manos y después de acercarse al grifo del fregadero y servirse un vaso de agua que bebió de golpe, continuó:

—No sé si lo que te he contado se corresponde con la verdad ni si explica lo que hice, hace tanto tiempo, han ocurrido tantas cosas desde entonces que también esa verdad ha ido cambiando y al contártela, ni siquiera a mí me parece tan convincente como me había parecido siempre —acabó con un tono que había ido paulatinamente volviéndose apagado y triste.

—¿Y yo? ¿Qué papel jugaba yo en toda esta confusión? —pregunté con timidez, consciente del lamento de mi voz.

—No pensé en ti, lo siento, no quería hacerlo, nunca quise hacerlo, creo que no fui capaz o, por decirlo más honestamente, no tuve el valor de enfrentarme a una parte de mí misma que me asustaba, y creo que he vivido actuando como si nunca hubiera existido. Tú formabas parte de este doloroso pasado y así es como ni al principio ni hasta mucho más tarde quise pensar en ti, hacerlo me habría sumergido en el peor de los tormentos, el que nos sume en el dolor sin desvelar el motivo, el que nos tortura por la

ignorancia que nos ciega. De modo que todos mis afectos y todos mis amores se cimentaron en ese falso pasado sentimental, un sustrato donde yo había echado mi experiencia amorosa como se entierra el detritus, donde oculté tu vida y la mía, no sólo ante los demás sino ante mí misma. Nunca hablé de ello con nadie si exceptuamos las pocas veces que visité a tía Inés, y creo que en las últimas ya no tocábamos esta cuestión. Hoy lo hago por vez primera, así que no sería de extrañar que mi versión no fuera del todo objetiva. Pero así es como veo que ha transcurrido mi vida desde que tú saliste de ella.

—Yo no salí de ella, Arcadia, tú me echaste.

Como si quisiera consolarme de tanta injusticia apoyó la frente en mi pecho. Y yo me limité a poner las manos en sus hombros, como si no me atreviera a abrazarla, como de hecho no me atreví.

—Es cierto, tienes razón, pero todo parecía hacerte responsable de los desastres que se iban sucediendo en nuestra vida, o tal vez yo buscaba un culpable a mis propias sinrazones y debilidades sin darme cuenta de que, en último término, la culpa revertía también sobre mí misma. Nos han enseñado a buscar siempre un culpable en lugar de una solución, así es nuestra cultura. Y es muy posible que no supiera ver que en ti podría haber parte de esta solución, pero —había ironía ahora en su voz—, yo era joven e inexperta, y por encima de todo estaba convencida de mis propias razones, ya lo sabes. Sí, tú tenías que ser el culpable...

Me separé de ella porque ahora me tocaba a mí sincerarme y quería mirarla directamente a los ojos. Así que nos sentamos otra vez frente a frente:

—También a mí esa culpa me torturó durante los primeros días, meses y años, cuando no hacía más que buscarte. Tía Inés guardaba silencio por más que yo la visitaba a menudo y le insistía en que me diera una pista por confusa que fuera de dónde estabas. Varias veces estuve en Toulouse donde conocí a vuestros amigos los Ruiz. Me llevaron a casa de Federica Montseny donde había muchísimos españoles, todos anarquistas, que me contaron la historia de tus padres. Me dijeron que habías estado allí unas semanas cuando volviste de España aunque no sabían la razón de tu regreso, y que habías aceptado un empleo en una ciudad del norte de

Francia que no supieron o no quisieron decirme cuál era, y añadieron con cierta tristeza que desde entonces no te habían vuelto a ver. Hice que te buscara una firma de detectives internacionales que también se dedicaba a encontrar a los supervivientes de muchas guerras y que por tanto debían tener experiencia, pero fracasaron. A nadie se le ocurrió que te podías haber cambiado de nombre. Al cabo de tres o cuatro años comprendí que nunca te encontraría aunque siempre soñaba, como una recurrente quimera, que aparecerías alguna vez como lo has hecho hoy. Pero era tal el miedo a que tu llegada fuera el anuncio de una nueva partida que deseaba de todo corazón que ocurriera lo más tarde posible, como para asegurarme de que el tormento que vendría después sería más breve y más lejano. Mi vida desde que te fuiste no ha sido más que una espera. De una forma u otra te he buscado todos los días de mi vida recreándome en la esperanza, dejándome llevar por la indignación o buscando un imposible olvido que nunca llegó.

Arcadia apartó el vaso y la jarra que habían quedado sobre la mesa entre nosotros y volvió a cogerme las manos. Me detuve para gozar un momento de la leve y continua presión de sus manos heladas sobre las mías, enardecidas como yo, y como yo turbadas. Y así continué:

—Después de esos años de búsqueda comprendí que definitivamente había perdido el engarce que me había unido no a ti, sino a mi mundo. Tal vez también por la desconfianza que sentía hacia mi padre pero más posiblemente hacia sus ideas que yo debía haber heredado, como si el tiempo vivido contigo hubiera sido un viaje iniciático que habiendo comenzado por una aventura amorosa juvenil había despertado en mí una gran sensibilidad por la Historia más reciente de mi país, por la sociedad, por el sufrimiento de la gente y por esos habitantes del mundo, los pobres, sí, los pobres de todo tipo, en los que sólo había reparado como concepto. Y me puse a trabajar en ello, en el conocimiento de su situación y de sus dramas, de sus necesidades, en la búsqueda de soluciones para cada caso que se me presentaba. Había un hombre dentro de mí que yo desconocía. Mi acercamiento a esa nueva ideología que se perfilaba día a día con mayor claridad se consolidó cuando entré en contacto con Alfonso Carlos Comín, una de las personas más enteras y honestas que he encontrado en mi vida. Lo conocí en la editorial Laia donde él era director literario, el día que me

pidieron un texto para un libro colectivo precisamente sobre la pobreza en el mundo, lo que la provocaba y la mantenía, pobreza de hambre pero también pobreza de desamparo, de derrota. Aunque suene extraño y por muy claro que me pareciera tenerlo todo, no había renunciado a la fe, esa virtud que creía enraizada en lo más profundo de mí mismo, fe en la iglesia católica, mejor dicho, fe en una trascendencia que daba sentido al conocimiento que buscaba y a la actividad a que me dedicaba, fe que arrastraba desde la infancia con convicción y seguridad pero sin el menor compromiso ni el menor sentido crítico. Fue Comín el que me enseñó a usarlo y desarrollarlo no sólo con la iglesia sino con todo lo demás que se refiriera al vasto mundo de las ideas y las creencias. Compromiso con el sufrimiento de los demás, sindicalismo desde la iglesia y la religión, desde el credo, como decía él. Una forma de mirar fascinante a la que se rindió mi entendimiento con tanta seriedad y reflexión que al cabo de muy poco tiempo mi fe en la iglesia cayó hecha pedazos dejando un reguero de decepción que alcanzó también al inútil mensaje de Cristo a su iglesia, que tanto se ha tergiversado, tan inútil que ni siquiera desde el punto de vista humano ha servido de mucho.

Arcadia me miraba con atención y parecía tener mil preguntas que hacerme. Simplemente preguntó:

—¿Todo esto desde el mismo bufete que yo conocí?

—No, fundamos otro dedicado exclusivamente a lo laboral y más tarde, cuando ya había caído el fascismo, a reclamar indemnizaciones y pensiones para los exilados que habían podido volver y defensa para los que no habían obtenido autorización. Fue difícil en los primeros años sesenta, poco después de que tú te fueras, menos feroz y más relajado a medida que avanzaba la década y comenzaba la de los setenta y, con mucho trabajo y grandes dificultades de todo orden tras la muerte de Franco con las primeras huelgas y protestas casi coincidiendo con la Transición. Lo fundamos tres de los abogados del bufete de Carlos Pons y Bultó donde trabajábamos, ¿te acuerdas? Y así seguimos.

—Me gusta que llames fascismo al régimen de Franco, hemos oído tanto que esta dictadura no era tal y que nada tenía que ver con los otros fascismos que habían asolado Europa... Y ahora que comenzamos a dar

nombre al régimen que instauró Franco y nos atrevemos a llamarlo dictadura, lo llamamos también franquismo, como si fuera una dictadura, sí, pero en tono menor, ajena a los regímenes totalitarios de Europa, cuando en realidad todos eran y son fascistas.

¡No, no volvamos otra vez a la dictadura!, pensé, pero no volvimos. La miré como salida de otro mundo, lejos de mi propia historia, y sin embargo la tenía al alcance de la mano. Vi sus ojos brillantes con el contorno enrojecido de sueño o de cansancio, tan cerca de mí estaba que la mancha oscura de sus ojeras dominaba su rostro. Sí, debía estar cansada, llevábamos horas hablando. Miré el reloj, las cuatro menos cuarto:

—¿Estás cansada, Arcadia? —le pregunté—, ¿quieres dormir un poco?

—¿Y tú, no lo estás?

—Yo no —respondí—, pero sigo con hambre y sed.

Me levanté, fui a la nevera, saqué una botella de leche, cogí un paquete de galletas del armario y lo puse sobre la mesa. Sí, yo seguía con hambre y al parecer, por lo rápido que comenzó a comer, también ella. Entre galleta y galleta dijo con un punto de ironía que no se me escapó:

—Todavía quedan cosas por hablar en esta primera y desordenada tacada, y puesto que ya hemos comenzado..., dime, ¿qué hiciste durante esos años aparte de consolidar tu ideología?

—Dime primero tú, Arcadia, si sigues aún con tu nombre falso.

—No es un nombre falso —protestó—, es también mi nombre real, mi nombre oficial, y mi nombre profesional si no te parece excesivamente pretencioso, es el nombre con que me conocen mis amigos, mis amigos franceses.

—¿Nadie te llama Arcadia entonces? —quise saber.

—Nadie más que los pocos que van quedando en Toulouse.

—O sea —quise que quedara claro—, eres Arcadia sólo para mí, ¿no es así?

—Ahora que ya ha muerto tía Inés, creo que sólo quedas tú, sí. —Y volvió a sonreír.

Todavía me faltaba saber algo más.

—¿Y sigues en Brest con tu orquesta y con tus clases?

—Sí, allí sigo, y como ahora nuestra orquesta ya está más asentada en la ciudad y no viajamos tanto como antes durante los fines de semana y en periodos de vacaciones, se puede decir que vivo allí todo el tiempo. Sí — vaciló imperceptiblemente—, vivo allí.

Se quedó pensativa y en silencio. Yo lo rompí casi sin pensarlo:

—¿Sola?

Se sirvió el resto de la leche que quedaba en la botella, la bebió a pequeños sorbos pero con cierta avidez, y cuando volvió a dejar el vaso en la mesa vi que la leche le había dejado una sombra blanca sobre el labio superior. Buscó una de las servilletas que ella misma había puesto sobre la mesa, se limpió y, sin dejar de mirarme, retrasando el momento de responder, acabó diciendo con un atisbo de picardía muy breve, muy somero, como si me hubiera guiñado un ojo:

—No, no vivo sola.

Y nos quedamos enseguida en la leve tensión de un silencio expectante. Dije al fin:

—¿Me lo cuentas?

Más silencio.

Insistí, intentando recuperar un tono un poco más desenfadado:

—Si no lo haces yo no te cuento mi historia.

De nuevo la sonrisa y también en la mirada un principio de complicidad, y aviniéndose a ello comenzó a contarme, con una timidez tan estremecedora que no pude decidir si me tranquilizaba o me inquietaba:

—Bueno, ya llevaba por lo menos diez años en Brest y él que es pianista había venido invitado por nosotros a dar un concierto con Cámara blues. Era el Concierto n.º 1 en do mayor para piano y orquesta de Beethoven, cuya entrada de piano siempre me ha emocionado, así que lo escuché con mucha atención y luego hablando de su peculiar interpretación a mi modo de ver demasiado desvinculada del resto de la orquesta a pesar de los esfuerzos del director, fue como nos conocimos. Nos encontramos unas cuantas veces pero él tenía entonces su residencia en Reims que está en el otro extremo de Francia, en el este, así que durante un tiempo nos veíamos muy poco, hasta que hace unos ocho años rescindió el contrato que tenía con una institución de aquella ciudad y se trasladó a Brest. Ya era muy



conocido entonces y podía vivir de sus conciertos. Y así seguimos aunque tenemos distintas formas de pensar no sólo en música sino en lo político y social sobre todo, le cuesta entender la querencia que tengo yo por la República española que él no comparte. Muchas veces hemos discutido — antes, ahora ya no—, porque no le gusta que le diga que los franceses y los ingleses, es decir los aliados, dejaron caer la República española y menos aún quiere oír hablar de la existencia de los siniestros campos de concentración en el sur de Francia de 1939 en adelante donde malvivieron y murieron cientos de miles de españoles, por más que yo le diga que intelectuales franceses como Claude Simon o Louis Aragon entre muchos otros sí lo han reconocido. No es precisamente un amante de la Historia, en esto tenemos visiones distintas, pero sabiéndolo... Aun así, con el tiempo nos hemos hecho el uno al otro.

—¿Pero bien? —pregunté con cautela.

Y ella, también con cautela, respondió:

—Sí, unas veces mejor y otras peor, pero bien, sí, siempre bien, claro.

Y con mayor cuidado aún pregunté:

—¿Tienes hijos?

Tener hijos nunca había sido para nosotros un deseo insoslayable, apenas habíamos hablado de ello ni como proyecto de futuro ni como complemento de nuestra vida juntos, y en cambio ahora se lo había preguntado como si quisiera que me contara si era importante para ella tenerlos, o se había sentido mal por no tenerlos. ¿Los hijos que yo había tenido serían para Arcadia, tal como yo lo sentía en este momento, infidelidades?

—No, no tenemos hijos. —Reaccionó—: ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque yo también tengo que contarte mi historia y yo sí los tengo.

Me tranquilizó que no mostrara ni decepción ni contrariedad por ello. Dijo con naturalidad:

—Sí, he visto su cuarto.

¿Lo había dicho como si hubiera descubierto en un estante de mi habitación un libro que habíamos leído juntos o por el contrario otro desconocido del que simplemente hubiera oído hablar? No podía saberlo.

—Tienen diez y doce años —seguí—. Viven con su madre y de vez en cuando pasan unos días aquí conmigo, pero en general están con ella. Su madre y yo nos conocimos en una reunión del PSUC, el partido de los comunistas catalanes al que estuve afiliado durante algún tiempo. Vivimos juntos unos cuatro años y nos separamos cuando Diego, el pequeño, todavía no había cumplido uno.

Me había escuchado como yo a ella con el único afán de conocer mi historia, lo comprendí cuando dijo:

—Ahora ya no queda mucho más que contar. De momento —añadió como dando a entender que no habíamos hecho más que pasar revista al índice.

—Una cosa más aún, Arcadia —dije yo—, dime la verdad, ¿te has sentido marginada o agraviada o lejos de mí cuando has sabido que tenía dos hijos?

—No, de verdad, yo nunca deseé tenerlos, y nunca fui consciente de que me faltaran como tampoco he lamentado no haberlos tenido. —Y sonrió sinceramente al afirmar—: Siempre pensé que tenía el instinto maternal muy poco desarrollado. En cuanto a ti, y precisamente por ello, que tengas hijos no lo considero más que un episodio de tu vida, como tu trabajo que hoy por hoy no sé en qué me puede afectar. Y bien sabes que nunca tuve imaginación para el futuro.

A pesar de la rojez de los párpados su mirada había cambiado y su expresión se había distendido; la mía también o esto al menos es lo que me devolvía la suya, como si el haber aclarado tanta falsedad y sacado a la luz esos años ocultos nos hubiera liberado de un pasado inquietante.

Pero nada es tan fácil como la interpretación de los actos que decidimos que nos liberan de la carga que hemos soportado durante años. ¿Tenía yo derecho a pensar que lo que me había dicho ella, por el mero hecho de decirlo, la había liberado del peso de mi ausencia o de la serie de confusiones y embrollos que nos habían acompañado durante tantos años? Arcadia había vivido veinte, veinticuatro años para ser preciso, lejos de mí igual que yo los había vivido lejos de ella. Lo que me había contado —y lo

que yo le había contado a ella— no era más que una pequeña parte de esta vida, una versión desde el hoy, y ya se sabe que cuando contamos una larga historia de nuestro pasado hacemos venir bien los conflictos sucedidos para que se adecúen a las causas que les atribuimos y las consecuencias de que los acusamos, de tal modo que desde el presente todo encaje como un puzle cuando le ponemos la última pieza. Pero yo no quería últimas piezas, ni del pasado, ni de la ausencia, ni del presente, no quería interpretaciones, no quería... Mi cabeza daba vueltas. Dejé de pensar y dije en voz alta como si ella hubiera podido seguir mi pensamiento:

—Aunque parezca extraño, Arcadia, todo esto es accesorio, no es lo fundamental.

—¿Y qué es lo fundamental? —quiso saber.

—Quiero creer que lo fundamental es que tras veinticuatro años de ausencia y tantos tropiezos, estemos tú y yo aquí hablando sin ni siquiera darnos cuenta de qué hora es.

Los dos a la vez miramos el reloj: las seis y media. Apagué la lámpara del techo y en la repentina oscuridad un asomo de luz aclaró el cristal de las ventanas de la cocina. La casa se había quedado fría, debía de hacer horas que ya no funcionaba la calefacción. Arcadia se estremeció y se puso a buscar a tientas el mantón que en algún momento había dejado caer, y yo por no verla envuelta en él de nuevo, corrí a mi butaca y cogí una manta que le eché sobre los hombros justo antes de que se agachara a recoger aquella prenda que tan poco atractiva me había parecido durante toda la noche y suavemente la llevé al salón donde la senté a mi lado en el amplio sofá, una reliquia de nuestra antigua casa que había sobrevivido a los cambios.

Pero ella, vencida por el cansancio, se tumbó, apoyó la cabeza en el almohadón del antebrazo, pasó los pies detrás de mí que me había sentado a su lado y cerró los ojos. Yo cogí la manta que había caído al suelo y la arropé preparándola para dormir, me incliné hacia ella y me dejé mecer por el recóndito placer de ir reconociendo lo que el tiempo había transformado en el perfil de su cara y en el ondulante desorden de su cabello, obsesionado en la paciente labor de dar vida y recuperar el ritmo y el movimiento de una imagen que había congelado en el relicario de mi memoria. Por volátil y

frágil que fuera el recuerdo que esta noche dejara en nosotros, habría que protegerlo y cargar con él el imprevisible tiempo que durara la ausencia que no alcanzábamos aún a ver ni adivinar en ese glorioso amanecer, rosado y fulgurante. Y me sentí tan eufórico de pronto que pensé en lo bien que me habría venido que hubiera elegido Melibea como su nombre profesional porque yo recitaría ahora a pleno pulmón: «Melibeo soy y a Melibea adoro y en Melibea creo y a Melibea amo». O Eurídice: «*Che farò senza Euridice, dove andrò senza il mio ben?*», habría cantado como un nuevo Orfeo. O tal vez había llegado el momento de bajar aún más la cabeza hasta susurrarle al oído con un retraso de más de treinta años: «Es ahora cuando termina tu exilio, Arcadia, nuestro exilio». Ella abrió un poco los ojos, levantó perezosamente los brazos y los dobló en torno a mi cuello atrayéndome dócilmente. Sólo entonces comprendí que «el final estaba todavía muy lejos y lo más complicado y difícil no había hecho más que empezar».

*Llofriu, 2012*



ROSA REGÀS (Barcelona, 1933). En los años sesenta se licenció en Filosofía y trabajó con Carlos Barral y, a partir de 1970, fundó y dirigió las editoriales La Gaya Ciencia y Bausán, así como las revistas *Arquitectura Bis* y *Cuadernos de la Gaya Ciencia*. Entre 1983 y 1994 fue editora y traductora para las Naciones Unidas en Ginebra, Nueva York, Nairobi, Washington y París, y entre 1994 y 1998 dirigió el Ateneo Americano de la Casa de América de Madrid.

Es autora de las novelas *Memoria de Almator* (1991), *Azul* (Premio Nadal 1994), que la dio a conocer como novelista al gran público, *Luna lunera* (1999, Premio Ciutat de Barcelona) y *La canción de Dorotea* (Premio Planeta 2001), y de los libros de relatos *Pobre corazón* (1996), *Desde el mar* (1997) y *Viento armado* (2006). Es autora de una selección de cuentos populares, *Hi havia una vegada* (2001), y ha coordinado las obras colectivas *Barcelona, un día* y *De Madrid... al cielo*. Ha escrito sobre ciudades y viajes —*Viaje a la luz del Cham* (1995; Booket, 2010)— y ha

recogido sus artículos de prensa en *Canciones de amor y de batalla* (1995) y *Más canciones* (1998), así como sus experiencias de la vida de familia en *Sangre de mi sangre* (1998) y *Diario de una abuela de verano* (2004). En 2005 recibió del presidente de la República francesa la condecoración de Chevalier de la Légion d'Honneur, y al año siguiente la Creu de Sant Jordi del president de la Generalitat de Catalunya, entre muchas otras condecoraciones concedidas por los gobiernos de varios países. Sus obras han sido traducidas a más de diez idiomas. Colabora regularmente en diversos medios periodísticos.